Rutas de la Patria Nueva

33 historias comunales

Un viaje al corazón
de la Región de O'Higgins

Paulette Aguilera Salazar

Año de edición: 2021
Rancagua, Chile.
Diseño a la Carta. Oficina de Diseño
Foto portada: Pedro Tobar Cerón. Talabartero de Marchigüe

versión digital para descargar:
www.rutasdelapatrianueva.cl

33
historias comunales
Un viaje al corazón de la Región de O'Higgins

Investigación
Paulette Aguilera Salazar

Paulette Aguilera Salazar nació en la ciudad de Los Ángeles, Región del BioBío, donde comenzó a cultivar su interés por la historia. Ingresó a estudiar Licenciatura en la Pontificia Universidad Católica de Chile y luego obtuvo su Magíster en la Universidad de Santiago de Chile.

Este entrañable trabajo surgió de la necesidad de visibilizar a los verdaderos forjadores de las 33 comunas de la Región de O'Higgins. Reconstruir sus fascinantes historias fue mi trabajo como historiadora. Para esto trabajé con fuentes primarias y secundarias, resultando trascendental los recorridos hechos por las zonas, los que, en todo caso, nunca son suficientes.
Descubrí esta región a medida que la estudiaba. Anhelo que mi fascinación contribuya al deslumbramiento de más personas y sirva como homenaje a las mujeres y hombres que protagonizaron la gesta épica de su creación, consolidación y proyección.

33
historias comunales
Un viaje al corazón de la Región de O'Higgins

33 historias comunales / INDICE

9 Introducción

11 Mapa de la Región de O'Higgins

13 I. Primeros habitantes de la Región de O'Higgins

II. Provincia de Cachapoal

23 Requínoa

31 Codegua

41 Coinco

49 Pichidegua

57 Coltauco

65 Doñihue

75 Las Cabras

85 Machalí

95 Malloa

103 Rancagua

113 Olivar

121 Peumo

129 Graneros

139 Quinta de Tilcoco

147 Mostazal

155 Rengo

163 San Vicente de Tagua Tagua

III. Provincia de Cardenal Caro

175 Navidad
183 La Estrella
191 Marchigue
199 Pichilemu
209 Litueche
219 Paredones

IV. Provincia de Colchagua

229 Chimbarongo
239 Chépica
251 Santa Cruz
261 Lolol
271 San Fernando
281 Palmilla
289 Pumanque
297 Placilla
303 Nancagua
317 Peralillo
327 Conclusiones Generales

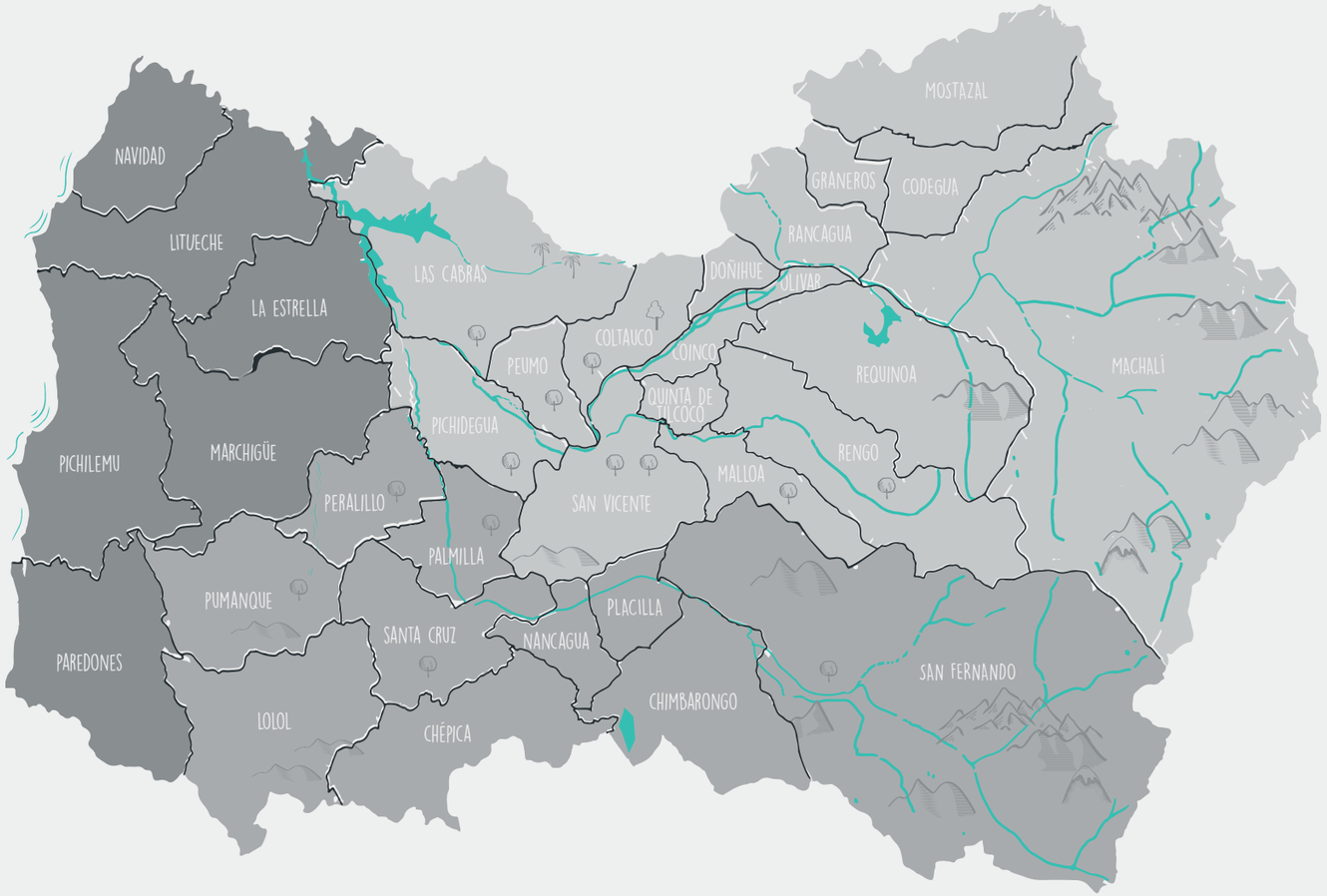
INTRODUCCIÓN

Los siguientes capítulos abordan 33 historias correspondientes a las comunas de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Cada uno de ellos relata la gesta épica de la conformación de esos poblados, los que fueron erigidos por mujeres y hombres de incansable espíritu, domesticadores de su paisaje y depositarios de saberes y técnicas acumulados en el tiempo.

A cada comuna se le ha dedicado un capítulo, no obstante, todos ellos pueden ser apreciados de manera interdependiente. Esto se debe a la existencia de hilos conectores entre un poblado y otro que ocasionan más puntos de encuentro que rotundas diferencias. Por lo anterior es que se dedica un primer capítulo a todas las comunas, que habla del remoto pasado de la región y sus primeros habitantes. Del mismo modo, el conjunto de experiencias compartidas y la determinante influencia del paisaje en el curso que toman las historias del hombre, explican que ciertas temáticas se repitan en comunas distintas.

Estas historias comunales pretenden graficar la enorme empresa que significó su surgimiento y consolidación, además de explicar que sus creaciones son resultado de un largo y complejo proceso, en el cual influyeron actores que muchas veces han pasado desapercibidos. A estos verdaderos autores se busca reposicionar en el sitial que les corresponde.

Los múltiples productos típicos y tradiciones que dan vida a estas comunas son ejes centrales en estos capítulos. Esto porque en ellos se resume el patrimonio cultural de sus habitantes y, además, contienen la clave para el desarrollo y proyección de sus comunidades, para que se inserten y saquen provecho de la modernidad sin tranzar su identidad original.



Región de O'Higgins

Provincia de Cachapoal

Requínoa / Codegua / Coinco / Pichidegua / Coltauco / Doñihue / Las Cabras / Machalí / Malloa / Rancagua / Olivar / Peumo / Graneros / Quinta de Tilcoco / Mostazal / Rengo / San Vicente de Tagua Tagua

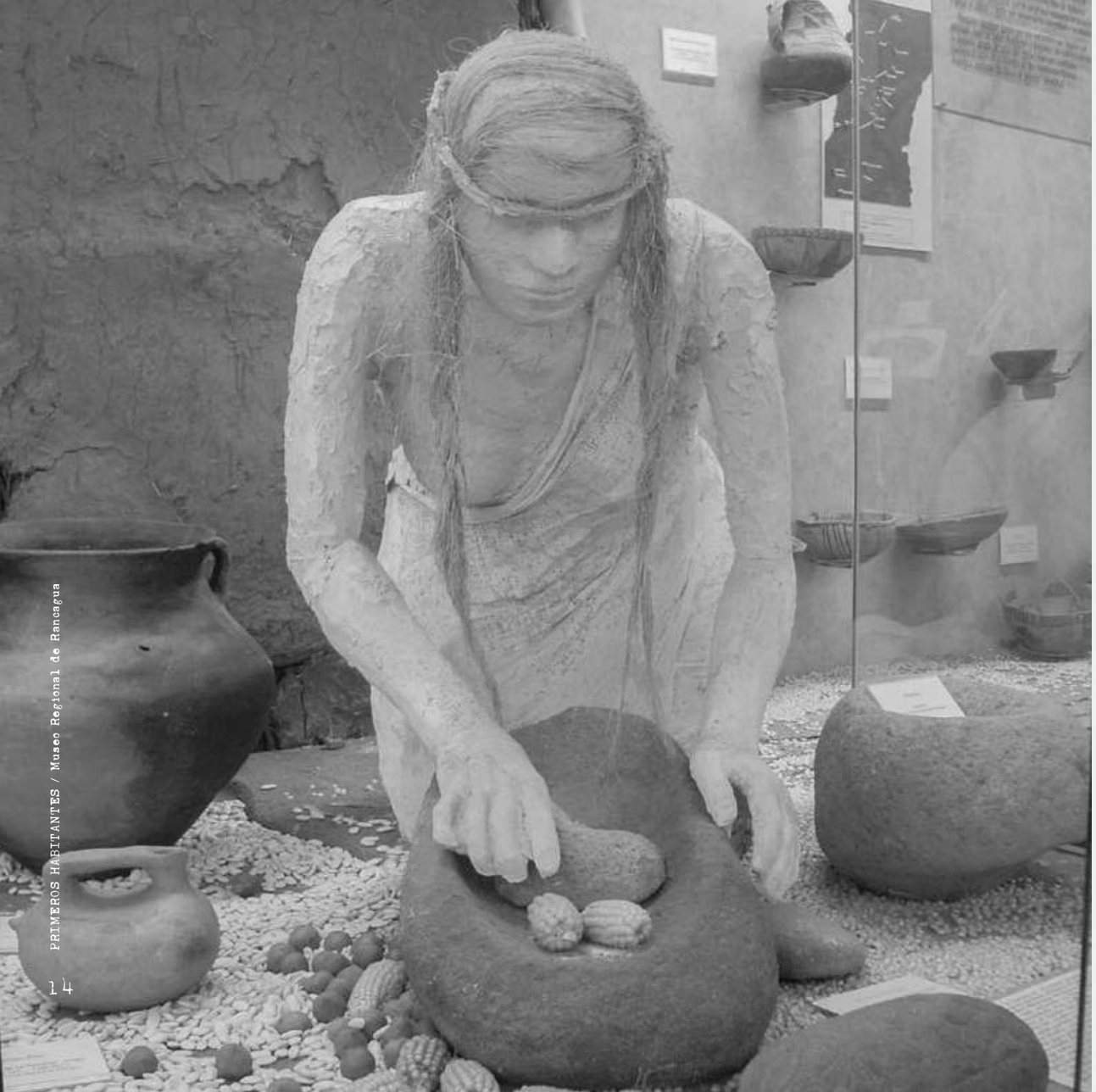
Provincia de Cardenal Caro

Navidad / La Estrella / Marchigue / Pichilemu / Litueche / Paredones

Provincia de Colchagua

Chimbarongo / Chépica / Santa Cruz / Lolol / San Fernando / Palmilla / Pumanque / Placilla / Nancagua / Peralillo

I.
Primeros Habitantes
de la Región de O'Higgins



PRIMEROS HABITANTES / Museo Regional de Rancagua

La historia del poblamiento de la actual Región del Libertador General Bernardo O'Higgins se remonta, a lo menos, 12.000 años atrás. Vestigios arqueológicos diseminados por todo el territorio, tales como piedras tácitas, horadadas, cuchillos de caza, restos alfareros, puntas de flechas, herramientas y conchales avalan esto (Núñez et al, 1994; Cubillos, 2003; Jackson, 2007; Sociedad Chilena de Arqueología, 2017; Falabella et al, 2019). En la región se han encontrado múltiples testimonios de su remoto pasado, como por ejemplo en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua, donde existen restos de fauna pleistocénica que quedaron al descubierto luego del desecamiento de la Laguna Tagua Tagua en el siglo XIX y el cementerio en Cuchipuy, que sería uno de los más antiguos de América con cadáveres de 9.000 años atrás.

La zona de Chile Central, entre los ríos Choapa y Maule, estuvo habitada durante el Paleoindio y Arcaico por diversos grupos de cazadores-recolectores, cuyas dinámicas de vida implicaban una gran movilidad. Con el paso del tiempo algunos limitaron sus movimientos y desarrollaron, en diversos grados, actividades y tecnologías relacionadas a la horticultura, textilería y alfarería.

Es necesario precisar que la historia de la ocupación de la región no siguió un orden rígido o consecutivo, es más, algunos grupos humanos cohabitaron, interactuaron y compartieron algunas características y prácticas. En el período intermedio tardío ya se vislumbraron diversos cambios en torno a las técnicas de producción, el uso de materias primas e instrumentos líticos, los ritos mortuorios, los cultivos de mayor desarrollo, las nuevas formas en el manejo de animales, entre otros. Lo anterior podría ser resultado de la influencia recibida desde el norte y el mundo andino. La enorme complejidad de estos indígenas también se hace patente en su interacción, la cual explica la difusión de saberes y técnicas compartidas, como por ejemplo en la alfarería. Otra muestra de estos intercambios es la obsidiana, materia prima empleada en la fabricación de puntas de proyectiles, la cual se obtenía sólo en la cordillera, no obstante fue ampliamente utilizada en los demás lugares de la región (Falabella et al, 2019).

Los primeros habitantes determinaron en gran medida el curso que seguiría la historia de la región, por ejemplo, a través de los saberes que legaron a sus descendientes. Uno de ellos es la alfarería, técnica llevada adelante por grupos cada vez más sedentarios y cuya presencia se utiliza como rótulo para el período alfarero, el cual comienza cuando aparecen los primeros contextos con cerámica. El sector donde se emplaza la Región de O'Higgins se ha destacado desde tiempos muy remotos –como el alfarero temprano que abarca desde el 800/300 aC al 1.000/1.200 dC aproximadamente– por sus óptimas condiciones para la producción alfarera, ya que posee buenas y abundantes fuentes de arcilla, leña y agua, ingredientes claves para su elaboración, además de marcadas estaciones secas, como la primavera y el verano, que facilitan el proceso. No se descarta el traspaso de experiencias alfareras entre grupos locales y vecinos, cuyas piezas emplearon con fines domésticos y rituales (Falabella et al, 2019). Todos estos datos reafirman el profundo arraigo de la alfarería en la zona, tradición que fue cultivada por sus primeros habitantes y ha trascendido al paso del tiempo hasta la actualidad.

La horticultura es otro ejemplo de la decisiva influencia indígena en la región. Ellos utilizaron productos silvestres tales como la frutilla, el peumo, el lúcumo, las leguminosas y gramíneas, además de la quínoa. Los cultivos de maíz y porotos, por ejemplo, los obligaron a asentarse en los alrededores para cuidar su producción. De este modo, los nativos del sector inauguraron el trabajo de la tierra, que luego formaría parte de las actividades tradicionales de la identidad regional y de su patrimonio cultural y gastronómico.

En términos generales, existe consenso en que los indígenas que habitaban la actual Región de O'Higgins al momento de la irrupción española se denominaban: changos –habitantes de la costa, pescadores y recolectores, creadores de las balsas de cuero de lobo marino y cuyo estilo de vida se basaba en el mar–, picunches –habitantes del secano y valles– y chiquillanes –cazadores recolectores, habitantes y grandes conocedores de la Cordillera de Los Andes, la cual recorrían en búsqueda de alimentos y para realizar intercambios–. Ellos desarrollaron un interesante sistema que les permitió intercambiar los productos que conseguían en sus respectivos ambientes. Precisamente para realizar las permutas los indígenas de la costa y del valle se reunían en Lihueimo, sector ubicado entre Palmilla y Peralillo, mientras que los del valle también intercambiaban con los indígenas cordilleranos en el sector de Talcarehue, cerca de San Fernando (León, 1992).

Fue así como estos primeros habitantes apreciaron y aprovecharon las condiciones naturales de la región, que les proveía alimentos y agua, junto con un clima óptimo para el desarrollo de la vida humana. En atención a estas bondades, se instalaron en la zona y la transformaron en su hogar. Algunos ejemplos de esta apropiación del espacio son las diferentes plantas y semillas que aún brotan en la región, las que han alimentado a numerosas generaciones. Otra muestra de su aprovechamiento fue la ingeniosa obra que instalaron sobre el río Cachapoal, consistente en un puente de cuero y mimbre que les permitía atravesarlo (Michea y Stewart, 2016).

En el siglo XV los incas pretendieron incorporar el territorio de la actual Región de O'Higgins al ala sur-este del Tawantinsuyo, no obstante los indígenas locales se opusieron férreamente a sus intenciones y, a pesar de su inferioridad numérica y tecnológica, lograron expulsarlos. Por lo anterior recibieron la denominación de promaucaes, que en lengua quechua significa "purum: enemigo, salvaje y rebelde" y "aucca: los no conquistados" (Carvallo, 1875). Esta denominación se extendió y ha sido utilizada para señalar, indistintamente, a todos los grupos indígenas de la zona central de Chile.

Si bien el territorio de la región no fue incorporado formalmente dentro del Collasuyo Inca, este imperio sí marcó presencia a través de la relación que forjó con los nativos emplazados entre los ríos Maipo y Maule, la cual no habría sido de sometimiento ni sujeción, sino más bien una alianza intermitente. Esta teoría se refuerza con la existencia de variadas instalaciones que se articularon con los asentamientos locales, tales como centros administrativos, adoratorios, además del tráfico de bienes y los aportes incaicos para la intensificación productiva a través de canales, acequias, el cultivo del maíz, la domesticación de camélidos y las explotaciones mineras. A lo anterior se suman los diversos vestigios existentes en la Región de O'Higgins, tales como las Ruinas de Chada en Angostura de Paine, en La Pataguilla dentro de la comuna de Santa Cruz, los pucará del cerro Grande del Inga, de La Compañía en Graneros, del cerro La Muralla y los entierros en el cerro Tren Tren en Doñihue, Chillehue, Rengo, Malloa y San Vicente de Tagua Tagua, por mencionar sólo algunos (Bengoa, 2005; Lira, 2014; Uribe y Sánchez, 2019).

Gracias a todas esas huellas es posible vislumbrar algunos matices de la relación entre los locales con el Imperio Inca. Por ejemplo, se debe relativizar al río Maipo como una frontera absoluta de la ocupación inca, ya que su presencia no se limitó a ese punto. Es más, luego del río Maipo continuó una zona de exploraciones, intercambios y alianzas económicas, la cual correspondería a la actual Región de O'Higgins. Con todo, esta región no habría sido formalmente parte del Collasuyo, sino que escenario de relaciones intermitentes entre los grupos.

El incanato influenció significativa y determinantemente la cultura del Valle Central, a través de sus magníficos conocimientos en áreas como la agricultura, textilería, minería, alfarería y riego. A modo de ejemplo, vale destacar dos aspectos heredados de los incas y empleados por los indígenas locales para el aprovechamiento de los recursos, como lo fue el manejo del agua del río Cachapoal para regar zonas como Graneros y La Punta, y el control político aprendido por el gran cacique Cachapoal, quien estaba a cargo de la red de caciques menores a quienes empleaba para la construcción de acequias, fortalezas, caminos y puentes (Michea y Stewart, 2016).

Los incas también aportaron con semillas, plantas y frutos de gran valor para el patrimonio gastronómico local, como el maíz, ají, papas y quínoa. Respecto de esta última planta gramínea es necesario destacar su arraigo en el Valle Central y especialmente en Requínoa. La presencia de una de sus variantes es anterior a la irrupción inca, con todo, ellos también contribuyeron a estimular su producción y consumo, junto con los demás alimentos de la tierra que determinaron el futuro agrícola de la región hasta hoy (Planella y Tagle, 2004). También apreciaron las riquezas naturales del mar y la costa, como la sal y los productos marinos, con lo que ayudaron a despertar conciencia entre sus habitantes para continuar valorándolos y fortalecer las actividades extractivas. Con todas estas valiosas cooperaciones los incas sellaron su impronta en la cultura local, la cual profesa un profundo amor y cuidado por la tierra y su cultura de trabajo, de la cual surgieron importantes productos típicos que son reflejo de su identidad e historia.

Al variado conjunto de conocimientos y técnicas indígenas se sumó con posterioridad la intervención de los europeos que arribaron a América, los que portaban una carga cultural completamente diferente y que influyó en el mestizaje cultural y gastronómico en el continente. Precisamente los españoles que llegaron a la región trajeron consigo elementos, creencias, técnicas y prácticas novedosos para los locales. Algunas de estas primicias fueron los animales, como las vacas, cabras, ovejas y caballos, además del trigo y la vid. Estas colaboraciones desempeñaron un rol fundamental en la historia del Valle Central de Chile, ya que transformaron definitivamente su paisaje y los códigos sobre los que se erigió la nueva sociedad y cultura campesina de la Región de O'Higgins.

BIBLIOGRAFÍA

Bengoa, J. (2005). Historia de los antiguos mapuches del sur. Santiago de Chile, Catalonia.

Carvallo, V. (1875). Descripción Histórico-Jeográfica del Reino de Chile. Tomo I. Colección de Historiadores de Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo VIII. Santiago de Chile, Imprenta de la Librería del Mercurio.

Cubillos, J. (2003). Entre cangrejos y trigales: Lolol, historia y tradición. Chile, Impresión BJCREATIVE.

Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza, L., Aldunate, C., Hidalgo, J. (Eds.). (2019). Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Jackson, D., Méndez, C., Seguel, R., Maldonado, A., Vargas, G. (2007). "Initial occupation of the Pacific Coast of Chile during Late Pleistocene Times". Current Anthropology, 48(5):725-31.

León, V. (1992). José Gregorio Argomedo y Montero de Águila. Participación Colchagüina en la Independencia de Chile. San Fernando, Chile, Sergio Morales Ediciones.

Lira, H. (2014). Cosas y casos de Chimbarongo. La ciudad pequeña más grande de Chile. Chile, DIBAM.

Michea, R., Stewart, D. (2016). Historia del Valle de Codegua. Rancagua, Chile.

Núñez, L., Varela, J., Casamiquela, R., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Villagrán, C. (1994). "Cuenca de Tagua en Chile: el ambiente del pleistoceno y ocupaciones humanas". Revista Chilena de Historia Natural, 67(4):503-19.

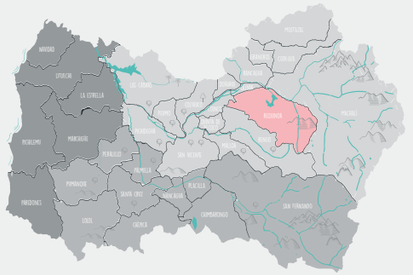
Planella, M., Tagle, B. (2004). "Inicios de presencia de cultígenos en la zona central de Chile, períodos arcaico y alfarero temprano". Chungará (Arica), 36: 387-399.

Sociedad Chilena de Arqueología y Centro de Estudios Humanos y Patrimoniales – Arqueólogos (Eds.). (2017). "Actualizaciones en el estudio de piedras tácitas: nuevas perspectivas". Volumen 6 de serie monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología. Chile.

Uribe, M., Sánchez, R. (2019). Incas en Chile. Aportes de la arqueología chilena a la historia del Tawantinsuyo (1.400 a 1.536 años d.C). En: Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza, L., Aldunate, C., Hidalgo, J. (Eds.). Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

II.
Provincia de Cachapoal

REQUÍNOA / Fachada estación de trenes "Los Lirios"



REQUÍNOA

Requínoa en torno a la quínoa: primeros habitantes y toponimia

La comuna de Requínoa se emplaza entre dicho río y el Tinguiririca, los cuales representaron dos fronteras que aportaron humedad a la zona, volviéndola propicia para los cultivos (Municipalidad de Requínoa, 2014). Lo anterior, en todo caso, todavía requería de un elemento clave, como lo es el esfuerzo e ingenio de sus habitantes para domesticar dichos recursos.

En estos fértiles paisajes aún brotan diferentes plantas y semillas que han alimentado a las generaciones de habitantes, algunas son endémicas y otras fueron introducidas por los grupos que arribaron al sector, como los incas. Como se mencionó anteriormente, los indígenas locales se opusieron a las intenciones expansionistas de los incas y los expulsaron del territorio. También existe la teoría de que llama-

ron a los lugareños de la zona de Requínoa como "pueblo mezquino", en vocablo quechua, por negarse a pagar impuestos (Municipalidad de Requínoa, 2014).

Si bien los incas aportaron con distintas plantas, semillas y frutos al patrimonio gastronómico local, es necesario precisar información sobre la quínoa. Esta planta gramínea tiene un especial arraigo en el Valle Central y especialmente en Requínoa. La presencia de una de sus variantes es anterior a la irrupción inca, con todo, ellos también aportaron a estimular su producción y consumo, junto con los demás alimentos de la tierra que determinaron el futuro agrícola de la comuna hasta hoy (Planella y Tagle, 2004). Por lo anterior es posible afirmar que la tradición del cultivo de la quínoa tiene un antiquísimo arraigo en el sector.

El consumo de la quínoa fue muy importante en la dieta de los indígenas locales. Posteriormente, con la llegada de los españoles su consumo se vio relegado y reemplazado en gran medida por otros alimentos, como el trigo. No obstante, su presencia se mantuvo en los platos de la población indígena y de los más desposeídos, quienes en realidad estaban degustando un enorme tesoro, ya que este grano cuenta con múltiples cualidades que han resurgido en la actualidad y lo han convertido en un demandado superalimento (Lacoste et al, 2017).

La gran cantidad de cultivos de quínoa llamó la atención de los europeos que recorrieron el Valle Central, tales como el naturalista Claudio Gay, el poeta y soldado Alonso de Ercilla y el jesuita Diego de Rosales. Esta abundancia de quínoa en el sector fue la que le dio el nombre a Requínoa, ya que el inicio "re" significaría en lengua mapuche "puro, genuino" y se utiliza para enfatizar la palabra que le sigue, en este caso "quínoa". Por lo tanto, Requínoa es un nombre ancestral, que apela a la realidad natural del sector y a una tradición de cultivo de larga data (Lizama, 1909; Municipalidad de Requínoa, 2014; Lacoste et al, 2017). Su valor también radica en que este nombre fue dado por los pueblos originarios de la zona, ha pervivido al paso del tiempo y vencido en las luchas de poder, ya que el acto de nombrar o bautizar es un acto de poder (Pratt, 2010). En Requínoa, entonces, triunfó la tradición por sobre los topónimos de autoría hispana, los cuales solían hacer referencia a guerras, personajes destacados, lugares de Europa o a la religión católica.

Construcción de Requínoa: actores y aportes para su paulatina formación

Las tierras que actualmente componen la comuna de Requínoa pasaron por distintas etapas desde la llegada de los españoles, quienes transformaron el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. De este modo implantaron mecanismos tales como las mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. Igualmente, muchos terrenos fueron donados o vendidos a las distintas congregaciones religiosas que se diseminaron por la zona. Ese fue el caso de los jesuitas, quienes recibieron en donación gran parte de las tierras de Requínoa (Municipalidad de Requínoa, 2014).

A consecuencia de las múltiples transformaciones y divisiones de los terrenos del Valle de Cachapoal surgieron diferentes haciendas y fundos. En Requínoa unos de renombre fueron el Fundo Santa Amalia, San José de Pichiguau, El Abra, Los Boldos, Los Tribunales y la Hacienda Totihue. Algunos de éstos fungieron como emplazamientos en las luchas independentistas de Chile, como el Fundo El Abra, donde se instaló un cuartel español previo a la Batalla de Rancagua, o el Fundo Los Tribunales, tierras en las cuales el 30 de marzo de 1818 el Comandante Bueras derrotó a un cuerpo de caballería español, por lo que en sus jardines se han encontrados diversos restos del combate, como arreos y municiones (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Municipalidad de Requínoa, 2014).

En medio de las transformaciones de la tierra y las nuevas relaciones entabladas entre indígenas y españoles, en Chile y muy especialmente en el Valle Central se consolidó el sistema de haciendas,

Paisaje natural de Requínoa.
Foto: Municipalidad de Requínoa.

Vista Hacienda Cauquenes en Requínoa.
Foto: Municipalidad de Requínoa.

dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto que se convirtió en protagonista de las historias locales, como la de Requínoa: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

El campesino de Requínoa recibió diversas herencias de sus antepasados indígenas y europeos que han sido fundamentales, ya que gracias a ellas domesticó a la naturaleza, se alimentó y abasteció de los elementos y herramientas necesarios para desarrollar su vida en aquel lugar. Sobre esos conocimientos fundó una fascinante cultura de trabajo y amor por la tierra, que han permitido que la agricultura, ganadería y vitivinicultura permanezcan vivas en Requínoa.

Gracias a la conjunción de los aportes europeos, como las vides, y los conocimientos indígenas sobre riego y agricultura, los campesinos erigieron la cultura del cuidado de la vid, que pasó a formar parte de la identidad de Requínoa, así como sus afamados vinos. De este modo las viñas se arraigaron con éxito a las tierras de la comuna y se incorporaron definitivamente a su paisaje tradicional.

Otra histórica actividad de la zona es la agricultura, en la cual igualmente convergen alimentos propios del continente americano y otros introducidos por los europeos, como por ejemplo el ají, la quínoa, las legumbres, el maíz, el trigo, etcétera. Para su desarrollo también fue necesaria la complementación de saberes, siendo de gran importancia los legados incaicos y también los provenientes de Europa y Asia, especialmente aquellos sobre el manejo del agua. En la actualidad continúa la preocupación entre los campesinos por introducir nuevas tecnologías para el campo, cepas para la producción de vinos y también animales.

En el pasado el traslado de los productos locales a otros mercados fue posible gracias al esfuerzo conjunto y encadenado entre los campesinos productores y los arrieros encargados del transporte, comunicaciones y comercio. La importancia de estos sujetos fue trascendental, especialmente en la época colonial e inicios de la República, cuando las condiciones naturales dificultaban el tránsito expedito en

zonas como la Región de O'Higgins. Algunos obstáculos eran la Cordillera de la Costa, de Los Andes, los ríos, desniveles y quebradas, además de las complicaciones estacionales como las lluvias. Todo lo anterior volvía muy difícil el traslado de mercancías y personas, dificultad que fue superada por el esfuerzo de los arrieros. Estos hábiles jinetes alcanzaban territorios donde las carretas no podían circular, ya que muchas veces los caminos existentes eran sólo huellas mal demarcadas. Ellos permitían la salida de los productos típicos elaborados internamente y la llegada de aquellos que no se producían en la zona, al igual que las noticias traídas desde distintos sectores (Aguilera, 2013; Lacoste et al, 2017). Fue así como algunos productos de Requínoa como la grasa, charqui y cueros lograron llegar al puerto de Valparaíso y también al norte de Chile (Municipalidad de Requínoa, 2014).

Los arrieros además fueron dinamizadores de las producciones locales, por cuanto demandaban algunos elementos específicos para el desarrollo de su fundamental trabajo. Por ejemplo, requerían tejidos para protegerse de la lluvia, los cuales eran elaborados por hábiles tejedoras en cuyos añosos telares convergían conocimientos prehispánicos y lanas obtenidas de las ovejas criadas en la región. Igualmente necesitaban aperos de buena calidad, de los cuales dependía en gran medida el éxito de sus misiones e incluso su vida. Frenos, monturas, lazos y espuelas, por ejemplo, eran confeccionados por los talabarteros y herreros de Requínoa. La alimentación de estos sujetos era otro aspecto que debían cubrir los agricultores locales. Los arrieros requerían nutrientes fáciles de llevar y preparar, tales como quesos, charqui, pan, galletones, harina tostada, frutas y hortalizas deshidratadas. También hicieron especial consumo del ajo, que en la cultura española se considera un alimento adecuado para los trabajos duros por el vigor que aporta (Lacoste et al, 2017). Por todo lo anterior el arriero fue otro personaje clave en la conformación de Requínoa, ya que sirvió como canal de comunicaciones, medio de transporte, dinamizador de la economía local y también como aporte a su cultura y gastronomía patrimonial.

Otro importante impulso para la historia de Requínoa fue la llegada del ferrocarril. A fines del siglo XIX y comienzos del XX el Estado de Chile emprendió ese importante proyecto que buscaba conectar los distintos puntos del país y acelerar los tiempos de traslado. Los lugares donde se instalaban las estaciones del tren se convertían en importantes polos de desarrollo, ya que demandaban mano de obra y aseguraban la pronta llegada de servicios. Al mismo tiempo transformaban el paisaje rural, ya que generaban espacios de sociabilidad y comercio, además de servir como un medio transversal de comunicación y transporte de personas y cargas, como por ejemplo los productos típicos locales. Por consiguiente, al alero de estas estaciones se instalaban familias y daban vida a poblados. Precisamente en la actual comuna de Requínoa existieron las estaciones de Los Lirios y Requínoa (León, 1996; 2007; Municipalidad de Requínoa, 2014; León y Valenzuela, 2014).

Es innegable la influencia inca en la cultura local del Valle Central a través de sus magníficos conocimientos sobre agricultura, textilería, alfarería y riego. También aportaron con semillas, plantas y frutos que se enraizaron tanto en la tierra como en la cultura local, lo que explica que formen parte del patrimonio gastronómico de la zona como el maíz, el ají, las papas y la quínoa la que destaca por su arraigo en el Valle Central y especialmente en Requínoa. La presencia de una de sus variantes es anterior a la irrupción inca, con todo, ellos también aportaron a estimular su producción y consumo, junto con los demás alimentos de la tierra que determinaron el futuro agrícola de la comuna hasta hoy.

Paisaje natural de Requínoa.
Foto: Municipalidad de Requínoa.

Vista Hacienda Cauquenes en Requínoa.
Foto: Municipalidad de Requínoa.

Todo lo anterior da cuenta del complejo proceso de formación de la comuna de Requínoa. Su surgimiento no fue instantáneo aquel 6 de mayo de 1894 cuando se le declaró comuna, sino que comenzó mucho antes. Gracias a la conjunción de esfuerzos, conocimientos y aportes de distintos grupos, Requínoa comenzó su historia. Un actor protagónico en esta paulatina construcción fue el campesino, ya que erigió la cultura de trabajo que dio vida a productos típicos fundamentales de la zona, en los cuales se evidencian aquellas herencias ancestrales y enriquecen su valioso patrimonio.

Tradiciones, fiestas, mitos y leyendas de Requínoa

El carácter campesino de Requínoa es un pilar fundamental de la identidad de sus habitantes. Esta cultura se expresa en sus producciones locales y también en su rico conjunto de tradiciones, fiestas, mitos y leyendas.

Una de sus fiestas costumbristas es la "Fiesta de la Virgen del Carmen", festejo que no es exclusivo de Requínoa pero ha conseguido gran notoriedad en la zona. Cada 16 de julio en las comunidades de Totihue y Villa María se reúnen sus habitantes para homenajear a la Virgen (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). En el campo chileno esta fecha es de gran significado, ya que junto con homenajear a la Virgen se elogia a las mujeres que llevan el nombre de Carmen. En este festejo tiene un rol fundamental la gastronomía tradicional, con preparaciones como asados, pan amasado, estofados y cazuelas. Comúnmente se realiza la matanza de un chancho que es engordado desde el verano, lo cual constituye un verdadero ritual comunitario en el cual se comparten el faenamiento y las posteriores preparaciones de los alimentos, todo esto con un tinte de festividad. De esta matanza se obtienen múltiples subproductos, como el queso de cabeza, longanizas, embutidos, arrollados, prietas, chicharrones y la manteca que es utilizada como base en casi todas las preparaciones, por lo que su

abastecimiento para todo el año es muy importante. Como la tradición indica, estos alimentos son compartidos entre los participantes y familiares de los patrocinantes. Igualmente, de la otoñal matanza de las vacas engordadas en primavera y verano, se consigue el cuero con el cual se fabrican importantes elementos, como las cuerdas, lazos y coyundas para enyugar los bueyes a las carretas.

Otra importante expresión campesina de índole cultural y también religiosa, es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones religiosas del campo de Requínoa, como bautizos, velorios y matrimonios (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Un aspecto infaltable del campo chileno son sus mitos y leyendas. La comuna cuenta con un interesante repertorio de historias que tienen como protagonistas a extraños personajes, como por ejemplo el infaltable Diablo. Se dice que aparecía en la cima del cerro El Abra, desde donde miraba todo el valle bajo la luz de la luna, hasta que los lugareños instalaron en la cumbre la imagen de la Virgen a fin de exorcizar el lugar. Cuentan que esa misma noche se escuchó un gran estruendo y al día siguiente encontraron una misteriosa huella que correspondería a la última visita del Diablo, la cual tiene el poder de tornar desgraciada la vida de todo aquel que la pise (Vásquez et al, 2013).

Otra leyenda es la del cerro Orocoipo, ubicado a un kilómetro al oriente del puente sobre el río Cachapoal. Narra que antiguamente el cerro vagabundeaba por distintos lugares hasta que decidió quedarse fijo en su actual locación y que los días viernes se divierte con música. Además, se dice que entre sus piedras surge una muchacha que peina sus cabellos con un peine de marfil (Vásquez et al, 2013).

Un reciente relato del 2001 señala que en el sector de Pimpinela un vecino llamado Marcelino habría encontrado un misterioso tesoro de monedas de oro. Él tomo dos monedas y procedió a enterrarlo, con la intención de retirarlo después. Su sorpresa fue enorme cuando volvió y el tesoro ya no estaba. Por otro lado, en el sector de Las Mercedes los vecinos cuentan que a medianoche aparecía una gran luz, la cual podría tratarse de un fantasma o una guía para los viajeros nocturnos (Vásquez et al, 2013).

Otro mito de la zona es el del "hombre toro", un sujeto que deambulaba desnudo desde el Cachapoal hasta Requínoa. A pesar de que intentaron vestirlo en reiteradas ocasiones, él se sentía más cercano a los toros que a la humanidad, por lo que vivía desnudo en medio de la manada. Cuentan que un día fue enviado a prisión, donde murió a falta de yerbas y sus amistades salvajes (Plath, 1962).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2007). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

León, V., Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Lizama, E. (1909). Apuntes para la historia de Guacarhue y de Pencahue de Talca. Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Chile.

Municipalidad de Requínoa (2014). Plan de Desarrollo Municipal de Requínoa 2014-2020. Chile.

Planella, M., Tagle, B. (2004). "Inicios de presencia de cultígenos en la zona central de Chile, períodos arcaico y alfarero temprano". Chungará (Arica), 36: 387-399.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

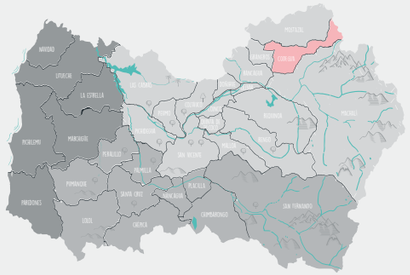
Pratt, M. (2010). Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación. México, Fondo de Cultura Económica.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



CODEGUA

Legados para la formación de Codegua: antiguo pueblo de indios, haciendas

La llegada de los españoles al Valle de Cachapoal trajo aparejada una serie de consecuencias en distintos ámbitos, por ejemplo, en el entendimiento de aspectos esenciales como el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Ellos implantaron mecanismos tales como la repartición de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los hispanos, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). De este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Precisamente la zona de Codegua era reconocida como un antiguo asentamiento indígena que, de acuerdo con los registros de los encomenderos, producía buenas cantidades de trigo, maíz, cebada y frijoles, además de brindar servicios domésticos a los españoles. Este pueblo de indios prontamente vivió un relativo despoblamiento, ya que muchos indígenas fueron trasladados hacia las haciendas y fundos que se conformaron en las cercanías o los emplearon en otras labores, como por ejemplo en la construcción de la iglesia de Chada (Góngora, 1970; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Los indígenas desempeñaron un rol determinante en el proceso de conformación de la comuna de Codegua. Entre los habitantes originarios de la zona existió una notable figura, la del cacique Cachapoal, destacable por su valor histórico, simbólico y también patrimonial. Gracias a los registros de cronistas se sabe que este cacique, del cual toma su nombre el río Cachapoal, fungió como líder de la resistencia indígena, para lo cual pactó alianza con el cacique Michimalongo. Ambos urdieron el plan de atraer al ejército de Pedro de Valdivia hacia el sur y detenerlo en el pucará de La Compañía, en Graneros, desde donde Cachapoal tenía una posición y vista privilegiada para controlar distintos puntos del Valle de Angostura de Paine y Cuesta Chada por el norte, Angostura de Rigolemo por el sur y faldeos de la Cordillera de la Costa y los Andes. En tanto, Michimalongo atacaba la ciudad de Santiago, lo cual desencadenó el incendio del 11 de septiembre de 1541. Con el objetivo de unirse a Michimalongo, el cacique Cachapoal persiguió a las fuerzas hispanas en su huida hacia el norte, no obstante, los españoles sorpresivamente cambiaron de rumbo durante la noche y tomaron por asalto el pucará y, con ello, el control de la zona, ante lo cual los indígenas se replegaron hacia el sur del río Maule (Michea y Stewart, 2016)

Codegua. Foto: Municipalidad de Codegua.

Codegua es una comuna con raíces campesinas. Como tal, su historia está cargada de proezas, como la de los primeros indígenas que la habitaron, los hispanos que luego la conocieron y los campesinos mestizos que luego la transformaron.

La figura del cacique Cachapoal adquiere ribetes simbólicos como líder de una de las luchas contra los recién llegados españoles. Fue un destacado estratega, ya que urdió un plan, entabló alianzas para este fin y lideró a su tropa en el enfrentamiento. Por todo lo anterior, este cacique es un importante eslabón de la historia local de resistencia, la cual forma parte del patrimonio heredado a los habitantes de la provincia. Otro legado de procedencia indígena es la toponimia de la zona, ya que el nombre de la comuna de Codegua provendría del mapudungún y significaría "lugar de aguas y piedras" (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Red comunicadores Werkén, s/f). Este influjo también se evidencia en cada una de las pircas que existen en Codegua, muros confeccionados con piedras que son una tradición prehispánica.

Con la instalación de los hispanos en el sector, los territorios del Valle de Cachapoal sufrieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo. En medio de estas transformaciones surge el nombre de otro personaje, Catalina de los Ríos y Lisperguer, más conocida como la Quintrala. Ella fue una poderosa e influyente mujer, poseedora de grandes extensiones de tierras y encomiendas de indígenas, cuya posición fue bastante inusual para lo acostumbrado en la época, cuando el rol de la mujer estaba relegado a la vida privada y prácticamente omitido en las esferas públicas. En torno a la figura de la Quintrala se han erigido un sinnúmero de mitos y leyendas, por lo que en su biografía se mezclan ficción y realidad, con algunos pasajes oscuros que hablan de asesinatos y violencia en contra de sus empleados. Con todo, es innegable que fue un personaje insólito, que logró abrirse espacio en medio de las esferas masculinas de los grandes terratenientes de la época, por lo que su mérito y actitud son destacables para una mujer del siglo XVII. La relación entre la Quintrala y Codegua comenzó con su abuelo, quien fue encomendero de la zona y posteriormente propietario de las tierras colindantes, aunque por un breve período de tiempo, ya que las donó a la Compañía de Jesús. Cuando esta congregación fue expulsada en 1767, las propiedades fueron adquiridas por el Conde de la Conquista, Mateo de Toro y Zambrano. Por lo anterior, el sector de Codegua denominado La Leonera pasó a manos de privados y en la actualidad allí se emplaza un lujoso hotel (Michea y Stewart, 2019).

Producto de las múltiples transformaciones y divisiones de las tierras del Valle de Cachapoal surgieron diferentes haciendas y fundos. En Codegua algunas se dedicaron al cultivo de la vid, trigo y crianza de animales, labores en las cuales emplearon a los indígenas de la zona (Geografía UC-Proyectos, 2016). A raíz de todas las nuevas interacciones entre indígenas y españoles surgió y se consolidó este sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, lo que se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En paralelo al fenómeno de transformación de la tierra, las familias campesinas se fueron asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas, conventos que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y favorecían la conformación de poblados y comercios. Con todo, el surgimiento de muchas comunas de la Región de O'Higgins también se debe al factor de espontaneidad, el cual impulsó sus surgimientos y propició que luego se oficializaran, pudiendo evolucionar a villas, como fue el caso de Codegua, que en 1897 recibió dicho título dependiente de la Comuna de Graneros.

Delineando Codegua: aislamiento y estímulo para la creatividad

La historia de la Región de O'Higgins está marcada por los obstáculos naturales que sumieron a distintos sectores en un relativo aislamiento y dificultaron el tránsito expedito desde un punto a otro. Ejemplos de esto fueron la Cordillera de la Costa, las quebradas, los cerros y los fenómenos estacionales como las lluvias, las crecidas y desbordes de los ríos.

Chile durante la época colonial e inicios de la República careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es

decir, aquellos que sólo podían ser surcados por hábiles jinetes sobre sus animales. Muchas veces estos caminos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que el escenario era bastante precario y complicado para las comunicaciones, traslados y comercio (Aguilera, 2013). No obstante, en medio de estas problemáticas surgió un actor clave para darles solución: el arriero. Estos diestros jinetes fueron responsables, por ejemplo, de trasladar los productos típicos locales hacia los sectores alejados que los demandaban y también llevar a los rincones de la región aquellos elementos que no eran fabricados de manera local. Igualmente se ocupaban de arrear el ganado para el aprovechamiento estacional de las veranadas e invernadas, útiles para la cría de los animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

El trascendental rol de los arrieros continúa siendo reconocido en la comuna de Codegua, ya que se posicionaron en lo profundo de su cultura local. Además de su impacto económico y social, los arrieros han sido importantes exponentes de la cultura del caballo, en torno a la cual se desarrollaron productos típicos, como los confeccionados por talabarteros y herreros de la zona (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, s/f). Por otro lado, de sus actividades cotidianas y funcionales surgieron importantes expresiones que conforman el patrimonio cultural de Codegua, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar también trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de Codegua (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, s/f).

Los arrieros y el Camino Real de la Frontera, que iba desde Santiago hasta Concepción, se encargaron de conectar Codegua con otros importantes sectores. Al trabajo de los arrieros posteriormente se sumó el de los coches, que ayudaron a integrar la zona al resto del país y solucionar la inexistencia de la red ferroviaria, la cual comenzó a expandirse por la región durante la segunda mitad del siglo XIX (Lacoste et al, 2017; Gallegos, s/f).

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros puntos y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, el campesino de Codegua creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda

La tradición de los arrieros se conserva en Codegua, donde se realizan recorridos para compartir la experiencia de esta centenaria actividad fundamental. Foto: Municipalidad de Codegua.

En Codegua las actividades desarrolladas en alianza con los caballos y vacunos han marcado su historia. Foto: Municipalidad de Codegua.

sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

El conjunto de productos típicos que se desarrollaron históricamente en Codegua representa un aspecto central de su historia, marcada por la inventiva campesina que les permitió sobreponerse a las dificultades naturales y al alejamiento de los grandes centros, como Santiago. Fue así como en la zona se desarrollaron distintas actividades para dar solución a los requerimientos cotidianos de la vida campesina. Algunas de éstas son la alfarería y orfebrería, tradiciones prehispánicas de larga data. Igualmente, el trabajo de los talabarteros se facilitó con la disponibilidad de su principal materia prima, el cuero obtenido de la gran cantidad de animales criados en el sector (Geografía UC-Proyectos, 2016; Lacoste et al, 2017; Gallegos, s/f). Hasta el día de hoy otras actividades artesanales sobreviven al paso del tiempo y son exhibidas con gran orgullo por los codeguanos en instancias como las fiestas costumbristas y ferias. Algunas de estas artesanías se expresan en madera, fierro, calabazas, piedras y cemento (Red comunicadores Werkén, s/f).

Por otro lado, las vides introducidas por los españoles se arraigaron rápidamente en este valle y, a continuación, sus hombres y mujeres desarrollaron la valiosa cultura del cuidado de la vid (Muñoz, 2000-2001). A partir de esta exitosa comunión entre plantas y cultura local, surgieron productos típicos de gran valor, estima y significado para su población. Uno de ellos es la chicha. Su historia es muy antigua y se remonta a la fusión de conocimientos de los distintos grupos que participaron en la creación de la comuna, como los indígenas y europeos. La elaboración de la chicha llegó a representar un tercio de la producción nacional durante el siglo XIX y hasta el día de hoy posee un rol protagónico dentro de celebraciones nacionales como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército (Lacoste et al, 2015; 2017).

Otras actividades históricamente desarrolladas por los campesinos de Codegua son la agricultura y fruticultura, las que han marcado su impronta hasta la actualidad. Gracias a los conocimientos que erigieron y afinaron en torno al manejo de las plantas, la tierra y su riego, los habitantes del sector se han alimentado y abastecido durante generaciones. A través de la gastronomía típica de la zona es posible rastrear la influencia de los mundos indígenas y europeos, los que se fusionan en platos tradicionales de la gastronomía mestiza, como las cazuelas, los guisos y los afamados "dulces chilenos de Codegua", los que corresponden a una herencia jesuita dejada en el sector (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

De la mano de la producción agrícola se desarrolló otra importante actividad que requirió del esfuerzo e inventiva de los codegüinos, como lo fueron los molinos hidráulicos, cuya presencia en la comuna se cotejó en el censo de 1813. Además de su enorme utilidad para la transformación de los granos en harina, los molinos hidráulicos actuaron como polos en torno a los cuales se desplegaron importantes actividades sociales y comerciales, ya que congregaban a gran cantidad de gente que aprovechaba el momento de la molienda para socializar e intercambiar productos con los demás concurrentes. Adicionalmente, la labor del molinero es otro ejemplo patente de la multifuncionalidad del campesino, ya que ellos debían dominar tanto los conocimientos para la molienda como para la reparación del molino y sus engranajes (Lacoste et al, 2017).

Tradiciones, fiestas, mitos y leyendas de Codegua

El patrimonio de la comuna de Codegua cuenta con un sinfín de importantes prácticas, tradiciones, fiestas, creencias, mitos y leyendas que forman parte de la historia de sus habitantes. Muchas de éstas han trascendido al paso del tiempo y se conservan como bastiones de su cultura local.

El patrimonio arquitectónico de Codegua es muy valioso, por cuando refleja los distintos conocimientos legados por sus antepasados.

La historia de su conformación como comuna es un relato épico que demuestra el origen de las tradiciones de las cuales sus habitantes son herederos. Saberes, tradiciones, costumbres, mitos y leyendas son parte de este patrimonio cultural codegüano que es necesario revalorar y reposicionar en el centro de las proyecciones comunales.

Viñedo en Codegua.
Foto: Patricio Ortega, extraída de Municipalidad de Codegua.

Los habitantes de la comuna mantienen el respeto por sus paisajes típicos, debiendo sortear dificultades como los embates de los terremotos que se han ensañado con sus construcciones de adobe. Éstas son un verdadero emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Lo anterior visibiliza, por ejemplo, en las casas de adobe con fachada continua que se conservan en pie (Geografía UC-Proyectos, 2016; Gallegos, s/f; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, s/f).

Por otro lado, el patrimonio cultural inmaterial de Codegua se ve enriquecido con las creencias religiosas de su gente, que se expresan a través de festividades de viejo cuño. Ejemplo de lo anterior es la "Fiesta Patronal de la Virgen de la Merced", que se realiza el 24 de septiembre. Los primeros días del mes la imagen de la Virgen es sacada a recorrer la zona, periplo que es acompañado por misas a la chilena, las que tienen su máxima expresión en el Te Deum del 18 de septiembre. Por aquellos días también se realiza una fonda parroquial que reúne a la comunidad en torno al festejo nacional y religioso y una demostración de trilla, con lo cual se da reconocimiento a las tradiciones campesinas de la comuna (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Gallegos, s/f).

Otra instancia de reunión comunal es la "Cruz de Mayo", cuyas raíces se encuentran en la época colonial y en el sincretismo religioso llevado adelante por los hispanos en los territorios indígenas (Plath, 1962; 1966). Y el denominado "Campeonato de los barrios", realizado durante las Fiestas Patrias, cuando se reúnen en el Estadio Municipal exponentes de los distintos barrios de Codegua para llevar a cabo diversas competencias (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Una importante expresión campesina de Codegua, de índole cultural y también religiosa, es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios o matrimonios (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; s/f). La primer semana de marzo en Punta de Codegua se realiza el Encuentro Nacional de Poetas Populares y Payadores, instancia que congrega a artistas de distintos sectores.

Otro importante elemento del patrimonio cultural inmaterial de Codegua lo conforman sus mitos y leyendas. Como buena comuna campesina, cuenta con un interesante conjunto de relatos que tienen como protagonistas a personajes infaltables del campo, como el Diablo, los brujos, la Llorona, el Piuchén y el Chupacabras. Uno de esos mitos cuenta que en el cerro La Melchora existía una mina de oro, cuya ubicación exacta sólo conocía su propietario. Un día fue seguido por unos ladrones que contemplaron como la mina quedaba sumida bajo una laguna y nadie podía acceder a ella. Se dice que en los días de sol se puede ver el oro hundido y que en las noches de plenilunio la laguna se desvanece y se puede apreciar, siempre a la distancia, a un hombre trabajando con los lingotes. Otra historia señala que en el sector de La Cabrería un sacerdote entró a la Quebrada Quiroz, donde falleció decapitado. Se dice que desde entonces la figura del cura sin cabeza recorre los caminos. También cuentan que en otro lugar denominado La Candelaria se aparecen brujos transformados en el mítico Chonchón y se escucha el galo-

pe de caballos arrastrando estridentemente una carreta, la que es conducida por un misterioso hombre que escupe fuego. La zona de La Leonera es otro sector que posee sus propios mitos. Uno de ellos habla de la presencia fantasmal de la Quintrala, la que deambularía por sus otrora campos. Otra leyenda cuenta que un malvado duende molestaba insistentemente a una joven, cuyo padre lo hirió en su defensa, no obstante, éste enfermó gravemente y falleció y el duende desapareció para siempre (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Santiago de Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (s/f). Codegua, tierra buena. Chile.

Gallegos, P. (s/f). Codegua y su historia. En: http://www.municipalidaddecodegua.cl/codegua/historia.html

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del centro de Chile. Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, 21 (9).

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Lacoste, P., Pszczólkowski, P., Briones, F., Aguilera, P., Mujica, F., Garrido, A. (2015). "Historia de la chicha de uva: un producto típico en Chile". IDESIA, 33(2): 87-96.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

Michea, R., Stewart, D. (2016). Historia del Valle de Codegua. Rancagua.

Michea, R., Stewart, D. (2019). Historia de Graneros 1542-1935. Graneros, Mancilla Editores Ltda.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Muñoz, J. (2000-2001). "Las viñas y el vino en Colchagua en el siglo XVII". Boletín de la Academia Chilena de la historia, 110: 165-204.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1966). Folklore religioso chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Red de comunicadores Werkén. (s/f). Codegua identifica a su gente. Chile.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

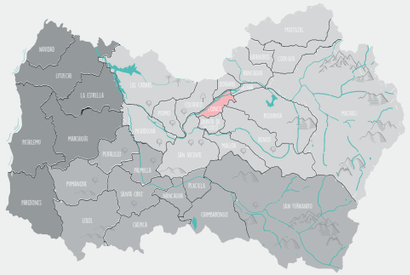
Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.



COINCO

Herencias y mixturas: la construcción de Coinco

La historia de la comuna de Coinco se remonta hace muchísimo tiempo atrás. Los primeros poblamientos humanos en la localidad se habrían emplazado en la zona de La Vega, en Copequén. Posteriormente, en este mismo sitio se habría instalado un curacazgo incaico, lo cual reafirmaría, a lo menos, la influencia inca en la zona (Moraga, 2002; Consejo Regional de la Cultura y las Artes, 2014). En la Hacienda Chillehue se halló otra demostración del encuentro entre ambas culturas, consistente en un entierro humano y restos alfareros. Por el tipo de entierro y el diseño de los objetos se constató que se trataba de una práctica cultural incaica en diálogo con elementos locales (Sepúlveda et al, 2014).

En esta comuna existe una antigua e importante fuente de agua mineral, la cual habría sido conocida y manejada por los indígenas de la zona desde antes de la irrupción española. Esta fuente comenzó a ser explotada industrialmente en 1920 bajo la manda "Cachantun" (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Consejo Regional de la Cultural y las Artes, 2014).

La irrupción de los españoles en el Valle de Cachapoal implicó una serie de consecuencias en distintos ámbitos, como por ejemplo en el entendimiento de aspectos tan esenciales como el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Así, implantaron mecanismos tales como la repartición de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. En la zona de Copequén se instituyó un renombrado pueblo de indios, en el cual se protegieron y perduraron algunas tradiciones y conocimientos que fueron determinantes para el patrimonio de Coinco (Moraga, 2002; Lacoste et al, 2017).

Conforme con la lógica de ocupación de los hispanos, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). De este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa, dinámica que se dio en Copequén, donde se alzaron haciendas y estancias que se sirvieron del trabajo de los peones indígenas (Moraga, 2002; Geografía UC-Proyectos, 2016). Fue así como los territorios del Valle de Cachapoal vivieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo, a partir de las cuales surgieron las haciendas y fundos. A raíz de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

Etiqueta agua mineral Cachantun que refleja el pasado indígena de la zona y los inicios del aprovechamiento natural de esta fuente. Foto: Imprenta Universo, 1955, Archivo del Instituto Nacional de Propiedad Industrial. www.disenonacional.cl

Coinco es una comuna profundamente campesina y su valioso patrimonio así lo evidencia. Posee una interesante historia cargada de tradiciones, conocimientos y técnicas en las cuales convergen herencias indígenas y europeas. A lo largo de su historia el campesino de la zona supo transformar este importante potencial en una útil herramienta para domesticar el paisaje natural y transformarlo en su hogar.

En paralelo al fenómeno de transformaciones de la tierra, las familias campesinas se fueron asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas, conventos que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y favorecían la conformación de poblados y comercios. Con todo, el surgimiento de muchas comunas de la Región de O'Higgins también se debe al factor de espontaneidad, el cual impulsó sus surgimientos y propició que luego se oficializaran, pudiendo evolucionar desde aldeas a villas y luego a comunas, como fue el caso de Coinco que recibió el título de villa en noviembre de 1872 y el de comuna en diciembre de 1891, no obstante su trayectoria y habitación comenzó muchísimo tiempo antes. La conformación de Coinco fue paulatina y en ella confluyeron los aportes de sus primeros habitantes indígenas y los posteriormente introducidos por los europeos. De este modo se vislumbra lo arduo y complejo de este proceso.

A través de la toponimia que pervive en la comuna de Coinco es posible apreciar la determinante influencia indígena en la zona. Precisamente "Coinco" provendrían del vocablo mapuche y significaría "agua del arenal", probablemente por la existencia de abundantes napas subterráneas. Por su parte la traducción de "Copequén" correspondería a "agua del pequén", siendo esto último el nombre de un ave rapaz común en la Zona Central de Chile. El sector de "Chillehue" recibiría dicho nombre por ser un "lugar de aves" o "lugar de chillas", zorros pequeños. En tanto "Millahue" podría significar "lugar donde lavan oro", debido a que en sus cerros se buscó insistentemente este mineral (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Consejo Regional de la Cultura y las Artes, 2014).

Aislamiento y estímulo para la creatividad: arrieros, campesinos y productos típicos

Chile durante la época colonial e inicios de la República careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por jinetes sobre sus animales. Muchas veces estos caminos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que el escenario era bastante precario y complicado para las comunicaciones, traslados y comercio (Aguilera, 2013). Fue así como la historia de la Región de O'Higgins estuvo marcada por los obstáculos naturales, que sumieron a muchos sectores en un relativo aislamiento. La Cordillera de la Costa, de Los Andes, las quebradas, pronunciados desniveles y los fenómenos estacionales como las lluvias, las crecidas y los desbordes de los ríos son algunos ejemplos de las complicaciones que condicionaron el curso de esta región.

No obstante, en medio de este escenario surgió un actor clave para sobreponerse a estas problemáticas: el arriero. Estos jinetes fueron responsables, por ejemplo, de trasladar los productos típicos locales hacia los sectores alejados que los demandaban y también llevar a los rincones de la región aquellos elementos que no eran fabricados de manera local. Igualmente se ocupaban de arrear el ganado para el aprovechamiento estacional de las veranadas e invernadas, útiles para la cría de los animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

El trazado de los principales caminos coloniales evidencia la importancia estratégica de los sectores por donde pasaban, ya fuese por sus ubicaciones útiles para el abastecimiento de los viajeros o por los productos que allí se elaboraban. Por ejemplo, el Camino de la Frontera era muy transitado por sujetos económicos, soldados y misioneros que se dirigían hacia la Araucanía. Esta vía atravesaba haciendas de importancia y renombre, como la de Coinco (Cáceres, 2007).

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros sectores y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, el campesino de Coinco creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la

necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

El conjunto de productos típicos que se desarrollaron históricamente en la zona de Coinco representa un aspecto central de su historia, la cual está marcada por la inventiva campesina que les permitió sobreponerse a las dificultades naturales y al alejamiento de los grandes centros, como Santiago. Fue así como en la zona se desarrollaron distintas actividades para dar solución a los requerimientos cotidianos de la vida campesina. Algunas de éstas sobreviven hasta hoy, como los tejidos en fibras vegetales como el mimbre y la totora y las herramientas y utensilios confeccionados con piedras del sector (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Consejo Regional de la Cultura y las Artes, 2014).

Otras actividades desarrolladas históricamente por los campesinos de Coinco son la agricultura y fruticultura, cuya impronta permanece vigente. Igualmente, los coincanos consolidaron la cultura del cuidado de la vid, en cuya práctica también convergen los conocimientos y técnicas de los mundos europeo e indígena. Gracias al exitoso arraigo de las vides en el Valle de Cachapoal, Coinco y sus alrededores se convirtieron en una zona con clara vocación vitivinícola, lo cual se constata en documentaciones coloniales y en su abundante producción, junto con las de frutales, trigales, ajiares y chacarerías (Muñoz et al, 2013; Lacoste et al, 2015).

El valioso conjunto de saberes heredados y perfeccionados por los coincanos les permitió sortear con éxito la empresa de domesticación del paisaje natural. Un ejemplo de esto fueron los ingeniosos sistemas de conducción del agua a través de los canales de regadío que se construyeron en el Valle Central de Chile durante el periodo colonial (Lacoste et al, 2017). Precisamente en la zona de El Rulo, llamada así por la sequedad de sus tierras, se evidenció el ingenio de sus habitantes que redirigieron el surco del agua para hacer fértiles sus tierras. Otra demostración de la fascinante transformación del paisaje natu-

Gracias a este pacto con la naturaleza
es una destacada zona agrícola
y frutícola hasta la actualidad.
Preservar este importante legado es el
reto actual de sus habitantes.

Sector El Rulo, comuna de Coinco. Foto: Gustavo León.

ral por parte de sus habitantes es la que pervive en Millahue, donde existen cultivos basados en el sistema andino de terrazas (Consejo Regional de la Cultura y las Artes, 2014).

También es un importante elemento patrimonial de la comuna de Coinco su cultura de manejo de la tierra cruda, desarrollada desde antaño por sus habitantes. Las construcciones alzadas con esta técnica y materialidad son un verdadero emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Los embates de terremotos y el incontenible paso del tiempo han hecho desaparecer muchas de estas construcciones, empero otras sobreviven como vestigios de aquella época en que se elaboraban ladrillos con la materia prima obtenida de las laderas de los cerros de Coinco. Afortunadamente, existe la voluntad de mantener la coherencia con el estilo arquitectónico tradicional.

Tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

Coinco posee un rico conjunto de tradiciones, festividades, mitos y leyendas campesinas que han resistido al paso del tiempo y son testimonio de su identidad. A través de ellas es posible reconstruir su historia y fortalecerla para su permanencia.

Las tradiciones de Coinco son principalmente de índole campesino, como por ejemplo la trilla a yegua suelta y las domaduras, ambas expresiones profundas de aquel mundo y la identidad de sus habitantes. El sentido original de la trilla a yegua suelta es práctico, por cuanto los campesinos se reunían para separar los granos de trigo de la paja, ayudados por sus caballos. No obstante, esta instancia comunitaria era también aprovechada como reunión social, ya que se configuraba como una verdadera celebración donde se compartían comida, música y bailes. Si bien es cierto que en las haciendas se operaba bajo el mandato de un patrón, la dinámica de las labores y el conjunto de rituales que allí se realizaban tenían un espíritu y carácter que omitía las diferencias socioeconómicas o de clase, puesto que son patrimonio transversal del mundo campesino.

Igualmente, de las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendió otra importante actividad, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar también trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar al ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, particularmente, en Coinco.

Un aspecto fundamental del patrimonio cultural inmaterial de Coinco son sus fiestas costumbristas, como la "Fiesta del Roto Chileno", que se realiza en el mes de enero. En esta instancia se busca revalorar las características de aquel estereotipo del hombre y mujer chilenos que se sobreponen a las dificultades con ingenio y alegría. En esta fiesta se realizan espectáculos y se ofrece gastronomía local. Otra celebración es la "Fiesta Criolla", que se lleva adelante en el mes de abril, la que pone en el epicentro a la vida del campo y sus tradiciones. Allí se ofrece a los visitantes música folclórica, muestras de artesanía y gastronomía típica, además de exposiciones de caballos, productos típicos y juegos criollos. También la "Semana Coincana" es un importante momento de reunión comunal que ocurre en noviembre, en la cual se realizan desfiles cívicos, espectáculos musicales, campeonatos deportivos, demostraciones de domaduras y rodeos, entre otras actividades que buscan resaltar el carácter tradicional de Coinco.

Los habitantes de Coinco profesan una ferviente fe católica, la cual sacan a relucir especialmente en las festividades comunitarias como

la “Fiesta de San Nicodemo”, que se desarrolla cada 3 de agosto para celebrar al patrono de la comuna; la “Fiesta de la Inmaculada Concepción”, que se realiza el 8 de diciembre; y la “Fiesta de la Virgen del Carmen”, antigua tradición de cada 16 de julio (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Consejo Regional de la Cultura y las Artes, 2014).

Otro valioso elemento del patrimonio de los coincanos son sus mitos y leyendas, los cuales se han preservado mediante la tradición oral, es decir, gracias a la transmisión de generación en generación. Estos relatos hacen referencia a extraños personajes que merodearían por la zona, como el infaltable Diablo. Muchos incluso aseguran que las marcas en las piedras de los cerros son las huellas que habrían dejado sus pasos. También se comenta que por la comuna deambularía el denominado Guirivilo o Nirivilo, animal mitad zorro y serpiente, al igual que el mítico Piuchén, con pico largo y delgado, ojos grises y alado, que se alimentaría de la sangre de las ovejas (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O’Higgins. Chile.

Consejo Regional de la Cultura y las Artes. (2014). Catálogo Cultural Nuestra Identidad en un Relato. Comuna de Coinco. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del centro de Chile. Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). “La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales“. Ciencias e Investigación, 21 (9).

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). “Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777“. UNIVIERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). “La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX“. Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

Moraga, J. (2002). Copequén 500 años. Crónicas para su historia. Chile, Ediciones Offset Bellavista.

Müller, J. (2004). “La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980”. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J., Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788. Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

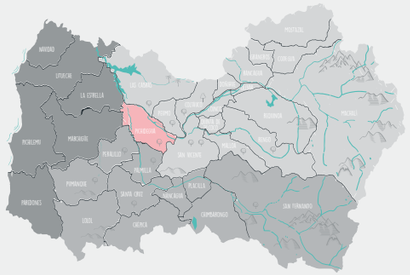
Rodrigues, R. (2007). “El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas”. Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). “Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile”. Revista INVI, 29: 24-33.

Sepúlveda, J., San Francisco, A., Jiménez, B., Pérez, S. (2014). El pucará del cerro La Muralla. Mapuches, incas y españoles en el Valle del Cachapoal. Santiago de Chile, Mutante Editores.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O’Higgins. San Fernando.

PICHIDEGUA / José Huerta / "Tesoro Humano Vivo" / Ruedas de Larmahue



PICHIDEGUA

Pichidegua y la alianza entre naturaleza, agua y hombres

Pichidegua podría interpretarse a partir de la lengua mapuche como "lugar de pequeños ratones", probablemente en referencia al ratón de cola de pincel o ratón de las pircas, denominado dewü o degú (Red Cultura, 2014). Éste es un roedor endémico de Chile que habita en galerías subterráneas que excava en las estepas de matorrales o en la Cordillera de Los Andes, aunque también es posible verlo en terrenos semi pantanosos o cerca de los campos de cultivo, dada la proximidad de su alimento. Beben agua fresca, no de estanco que les resulta fatal, por este motivo alojan en Codegua donde hay muchos esteros y vertientes. Con todo, en la comuna de Pichidegua no habita el dewü, sino que otro animalito. Se trata de la yaca, un marsupial similar a la laucha, que tiene larga cola, fino hocico y suave pelaje. Por

su aspecto muchas veces es confundida con el monito del monte y es conocida con el nombre de pichidewü (pequeño dewü, en lengua mapuche). Como se aprecia, el sólo nombre de la comuna de Pichidegua sirve para desarrollar una imagen y un sinfín de productos relacionados. Sin embargo, el ícono comunal son las Azudas de Larmahue. El agua tiene un alto valor simbólico para los pichideguanos, quienes cada año celebran con una fiesta la apertura de las puertas del canal que anuncia el paso del agua y el girar de las ruedas. Esto evoca el origen de la vida, la vuelta de todo, el ciclo mágico de la naturaleza. Las azudas levantan el agua del canal y los agricultores la aprovechan para regar sus campos de secano.

Así, la historia de esta comuna se basa en el pacto entablado entre sus habitantes y la naturaleza, sobre el cual fue posible desarrollar la agricultura y ganadería, además de un interesante conjunto de productos típicos que cubrieron las necesidades de su gente. Si bien su historia no ha estado exenta de adversidades, a todas ellas se sobrepone valientemente el ingenio y esfuerzo de los campesinos.

La comuna de Pichidegua tiene un emplazamiento privilegiado, ya que se ubica entre los valles del río Cachapoal y Rapel, lo que permite disponer de dos importantes recursos hídricos que favorecen la fertilidad de las tierras. No obstante, el regadío de los campos que se encuentran en altura ha sido un gran e histórico problema. El clima del secano no asegura lluvias suficientes para regar todas las tierras de cultivo de la comuna, por lo que sus habitantes debieron buscar una alternativa.

Para dar solución a esta problemática el campesino se valió, además de su ingenio y los recursos disponibles en su entorno, de los conocimientos heredados de antiguas culturas. Desde tiempos muy remotos la humanidad debió desarrollar distintos sistemas para controlar y manejar el agua como recurso y así asegurar su existencia. Los indígenas americanos poseen una larga tradición de aprovechamiento del agua a través de acueductos, acequias, sistemas de aterrazamientos, depósitos, entre otros. Posteriormente, la influencia hispano-árabe aportó con nuevas técnicas, las que fueron incorporadas a la zona de Pichidegua. Precisamente las azudas han sido un instrumento fundamental para los árabes en la tarea de mantener sus campos y cultivos, y esos conocimientos los traspasaron a los hispanos, quienes los aplicaron en el sistema de haciendas en Chile (Sahady et al, 2014).

Durante la Colonia en el partido de Rancagua y en el corregimiento de Colchagua se implementaron canales para conducir el agua y emplearla en el riego de los campos y para el consumo humano (Lacoste et al, 2017). Precisamente uno de esos canales es el Almahue, que aprovecha el agua del río Cachapoal, en el cual los campesinos instalaron una serie de ingeniosas ruedas de madera llamadas azudas. Estas ruedas están atravesadas por múltiples rayos en cuyos extremos se ubican los capachos o recipientes que recogen el agua y la elevan para depositarla en canaletas que tienen la función de trasladarla hacia los terrenos destinados.

Según la tradición oral, la primera azuda de la comuna de Pichidegua se construyó en la década 1900. Algunos indican que la finalidad de esta rueda era producir energía eléctrica y que luego se modificó su función orientándola al uso agrícola de regadío (Bravo et al, 2014). Frente al éxito alcanzado por la rueda, prontamente fue replicada por otros campesinos y la tradición de las azudas se integró al paisaje de Pichidegua. Se dice que a mediados del siglo XX llegaron a existir 80 azudas en la zona (Larenas et al, 2014).

Las azudas que permanecen en pie funcionan entre los meses de septiembre y mayo cuando las compuertas del canal Almahue se abren, y se detienen en invierno cuando el riego no es necesario, momento que es aprovechado por los campesinos para repararlas y limpiar el cauce. Precisamente uno de ellos, don Arturo Lucero Zamorano, recibió la distinción por parte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes como Tesoro Humano Vivo, en reconocimiento de su valioso aporte como constructor y reparador de las ruedas de agua de Larmahue. En 1998 estas ruedas de agua fueron nombradas Monumento Histórico Nacional, en el 2002 se incluyeron en la lista del Patrimonio Mundial en Peligro de Extinción, en 2009 obtuvieron el Sello Bicentenario y en el 2015 las ruedas de agua pasaron a formar parte del Inventario de Patrimonio Cultural Inmaterial de Chile (Lacoste et al, 2017).

Azuda en canal Almahue, comuna de Pichidegua.
Foto: Santiago Scholl.

En la comuna de Pichidegua se consolidó un pacto entre sus habitantes y la naturaleza, en base al cual fue posible desarrollar la agricultura y ganadería, además de un interesante conjunto de productos típicos que cubrieron las necesidades de su gente.

La cultura del agua, desarrollada con gran esfuerzo por los hombres y mujeres de Pichidegua, permitió modificar la sequedad de estas tierras del secano y convertirlas en fecundos espacios de cultivo para el abastecimiento de las familias del sector. Además de las azudas, la inventiva campesina dio paso a otro magnífico trabajo de aprovechamiento de los recursos naturales y que fue una pieza clave en el engranaje productivo del campo de Pichidegua: los molinos hidráulicos.

Chile colonial fue el principal productor de trigo del cono sur y abastecía tanto para el consumo interno, como para la exportación a Perú. En este contexto el Valle Central jugó un rol fundamental, ya que aportaba más del tercio de la producción de trigo a nivel nacional (Lacoste et al, 2017). La Región de O'Higgins no sólo producía trigo, sino que también otros granos como la quínoa y el maíz, por lo que era totalmente necesario contar con molinos que los procesaran para convertirlos en harina. Durante el siglo XVII en la zona se consolidaron los molinos harineros y formaron una importante red de establecimientos a lo largo de todo el territorio (Cubillos y Muñoz, 2014).

En los molinos no sólo se podían moler los granos, sino que además representaron un espacio de socialización e intercambios, donde se llevaba a cabo una interesante interrelación entre los distintos actores del campo chileno. Por ejemplo, acudían allí los campesinos y los arrieros, quienes debían atravesar complejos y peligrosos caminos con sus cargas y animales. Una vez alcanzado el destino debían esperar pacientemente su turno, puesto que la molienda requería tiempo, incluso podía implicar jornadas de varios días puesto que dependía también del caudal del agua y la cantidad de granos a moler. En tanto esperaban el turno, en las inmediaciones de los molinos se entretejían relaciones comerciales e intercambios de los productos traídos por los campesinos desde sus lugares de origen. Y también relaciones sociales, en las cuales los arrieros desempeñaban un importante rol de comunicadores, ya que en sus largos periplos

transportaban igualmente noticias y novedades, fungiendo entonces como un canal de comunicación popular y horizontal (Lacoste et al, 2017). Una vez que la molienda terminaba se pagaba a través del sistema de "maquila", es decir, el molinero se quedaba con el porcentaje pactado del producto obtenido. Por su parte, el molinero debía desempeñar múltiples funciones, ya que además de operar el molino debía repararlo y mantenerlo. De este modo en los molinos no sólo se obtenía harina, sino que era un punto neurálgico de relaciones, intercambios y encuentros del campo chileno.

Todo lo anterior refleja la dinámica que se comenzó a desarrollar en el siglo XIX y hasta el XX en el molino hidráulico del fundo Santa Amelia, el cual fue construido por la gran cantidad de trigo disponible en la zona. Esta edificación permanece en pie, con sus dos pisos, corredores y pilares con bases de piedra (Araneda, 2011). Si bien hoy se encuentra en desuso, su importancia simbólica trasciende, por lo que ha sido objeto de distintos estudios y se busca emplazar allí el primer Museo de Pichidegua. En tanto este proyecto se concreta, allí se realiza anualmente la fiesta costumbrista de la "Vendimia del Valle de Almahue", instancia en que se exhiben las artesanías, productos típicos y gastronomía propios de la comuna de Pichidegua.

La realidad de Pichidegua: el motor de las creaciones de sus campesinos

La comuna de Pichidegua tiene una historia de larga data, que se remonta a las primeras reparticiones de tierras y encomiendas de indios entregadas por Pedro de Valdivia. En esta zona existieron grandes haciendas, las cuales se sustentaron en el trabajo de los campesinos del sector. Precisamente ellos erigieron sus construcciones en base a la tierra cruda, para lo cual se valieron de ancestrales conocimientos y técnicas constructivas, puesto que valoraron sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). El uso del adobe fue protagónico en todo este sector y si bien los terremotos e incendios han destruido muchas de estas construcciones, algunas se mantienen en pie como vestigios de la inventiva campesina de Pichidegua.

Esta zona está atravesada por distintos accidentes geográficos que durante siglos dificultaron la conectividad de Pichidegua con el resto del país, como por ejemplo los cerros y el río Cachapoal, que dejaba totalmente aislada la zona cuando aumentaba su caudal, ya que hasta la primera década del siglo XX no existió un puente que permitiera cruzarlo. Durante la época colonial en el Reyno de Chile no existía una verdadera red carretera que permitiera el tránsito de carretas para el ingreso de productos o la salida de los locales. En cambio, existían algunas huellas y los predominantes caminos de herraduras, los que sólo podían ser recorridos,

Fiesta de la Vendimia de Almahue. Foto: PLADECO

Si bien su historia no ha estado exenta de adversidades, a todas ellas se sobrepone valientemente el ingenio y esfuerzo de los campesinos. Un ejemplo es la gesta heroica que consiguieron cuando domesticaron el agua y crearon un interesante sistema de azudas o ruedas de agua que permiten hasta hoy trasladarla desde el canal Almahue hacia los campos de cultivos ubicados a mayor altura.

cuando el clima lo permitía, por hábiles jinetes sobre sus caballos y acompañados por sus recuas de mulas que ayudaban al transporte de las cargas. De este modo y en atención a las condiciones geográficas y climáticas del territorio, los arrieros fueron fundamentales para sobreponerse al relativo aislamiento de la comuna.

El arriero permitió el ingreso de aquellos productos que no se elaboraban en el sector y la salida de aquellos productos típicos originarios de la zona, como por ejemplo los tejidos a telar que abrigaban a los campesinos en sus extenuantes jornadas al aire libre. Por otro lado, la cultura del caballo, de la cual fue exponente, también significó un estímulo para el desarrollo de otros productos típicos de la zona, como los creados por los herreros y talabarteros, quienes tenían la importante misión de confeccionar aperos de buena calidad para resistir las complejas y delicadas labores del campo y del transporte (Lacoste et al, 2017).

Por su parte, los campesinos lograron llenar los campos de Pichidegua con trigo, maíz, papas, vides y ganado vacuno, caprino y ovino. Precisamente, en alianza con sus ovejas, estos sujetos consiguieron un importante desarrollo en la región, ya que estos animales se adaptaron bien al clima y suelo del secano, desarrollando en su carne cualidades organolépticas muy valoradas y reconocidas. Conjuntamente, esas mismas ovejas son las que permiten el desarrollo de la textilería en la zona. Por otro lado, los ovejeros de la región llegaron a protagonizar un interesante y desconocido capítulo de la historia de Chile. Fue en el año 1818 que el Director Supremo Bernardo O'Higgins suplicó a los habitantes de la Provincia de Concepción que quemaran sus casas y huertos y abandonaran la zona, para de este modo desabastecer al ejército realista que se reorganizaba para contraatacar desde el sur. Aproximadamente 50.000 patriotas respondieron al complejo llamado y cruzaron al lado norte del río Maule, sin más posesiones que lo puesto y sus ovejas (Lacoste et al, 2017). Con este valiente acto, esos campesinos patriotas se convirtieron en héroes civiles de la Independencia de Chile, acompañados de sus animales con los que se asentaron en la zona centro del país, convirtiéndose muchos de ellos en ovejeros.

De este modo, la historia de Pichidegua se erige sobre un importante pilar, que es la interrelación de sus mujeres y hombres con la naturaleza, que permitió la creación de magnas obras como las azudas, los molinos y el desarrollo de productos típicos de gran valor, que han cubierto las necesidades de los distintos actores de la dinámica campesina de la comuna.

La comunidad de Pichidegua: fiestas, creencias y relatos

La comunidad de Pichidegua se reúne en diferentes momentos para festejar y mantener vivas sus tradiciones. La religión es un aspecto congregante en Pichidegua, especialmente los días 7 de octubre, ya que desde 1763 se celebra la "Fiesta de la Virgen del Rosario", patrona de la comuna, a quien se festeja con distintas actividades siendo la más importante la Santa Eucaristía Solemne. A inicios de octubre también se lleva a cabo la "Fiesta de San Francisco de Asís en Larmahue", territorio que fue donado a la iglesia por sus antiguos dueños devotos de aquel Santo, quienes solicitaron que se le conmemorara todos los años. Otro momento de reunión se lleva a cabo el segundo domingo pascual con el ritual de "Cuasimodo", instancia en que los campesinos adornan sus carretas y toda la comunidad acompaña al párroco a dar la comunión a los enfermos que no pudieron participar en la eucaristía de resurrección.

Un símbolo muy importante para la comunidad de Pichidegua son sus azudas de madera, las que desde el año 2004 tienen su propia "Fiesta de las Azudas de Larmahue". Esta celebración se realiza la segunda semana de octubre, cuando se abren las compuertas del canal Almahue y comienza el funcionamiento de las ruedas. Esto se festeja con bailes, cantos y gastronomía típica, además se exhibe a los visitantes la artesanía local, como por ejemplo los trabajos de talabarteros y confecciones en madera y hojas de choclo.

Otras celebraciones con motivo de las Fiestas Patrias son las ramadas itinerantes de los sectores Pataguas Cerro, San Roberto, Caleuche, San Luis y Camarones. Estas novedosas ramadas tienen la particularidad de irse desplazando por distintos sectores, para así

transmitir el ambiente festivo a todos los vecinos. En ciertas estaciones se detienen para bailar cueca, entonar canciones y compartir bebidas y mistelas (Red Cultura, 2014).

La zona de San José de Marchigüe es un punto muy importante para el turismo y el deporte de la comuna, puesto que allí se ubica un importante humedal con abundante fauna y vegetación, además de los puentes sobre el río Tinguiririca, el estero San Miguel y de Las Cárdenas y el sector La Puntilla, donde se une el río Cachapoal con el lago Rapel. En este sector se desarrolla la pesca deportiva del pejerrey y en el mes de enero se realiza el "Campeonato de Pesca y Peña Folclórica de San José de Marchigüe".

Pichidegua, como buen exponente del campo chileno, cuenta con un interesante conjunto de historias, mitos y leyendas, que han sido transmitidas de generación en generación. Una de ellas habla sobre la presencia de duendes que intimidan a los transeúntes nocturnos, a quienes incluso han perseguido con hachas ensangrentadas o atemorizan imitando el llanto de un niño. Algunos aseguran que habitan los bosques de la cuesta El Álamo (Araneda, 2011).

Infaltable son las historias que hablan de la Llorona, alma en pena que deambula en el sector Mal Paso lamentándose por la muerte de su hijo y, por supuesto, del Diablo, que habría dejado marcada su pata de mula sobre una piedra plana en Larmahue luego de perder un partido de tejo (Vásquez et al, 2013). También se relata que hace muchísimo tiempo, en la población Santa Teresa, cuando llegaba la medianoche se escuchaba el galope de caballos que arrastraban una carroza conducida por un extraño jinete vestido de negro y con relucientes dientes de oro. Todos los vecinos sabían que era el Diablo, por lo que protegían sus casas con crucifijos y ramitas atadas con hilos rojos que instalaban atrás de puertas y ventanas.

Otro relato muy difundido es la catástrofe que habría sufrido una familia del sector Mal Paso, la cual fue asesinada y sus cuerpos lanzados a un pozo. Se dice que en ese lugar posteriormente se plantó una higuera, de la cual nunca brotó un fruto, sino que muchas flores que actuaron como señal para dejar al descubierto el terrible crimen (Araneda, 2011).

Ramada itinerante conjunto Labranza de San Roberto. Foto: Red Cultura.

Pesca deportiva en San José de Marchigüe. Foto: PLADECO.

BIBLIOGRAFÍA

Araneda, J. (2011). Pichidegua en 400 años. Pichidegua, Chile.

Bravo, J., Sahady Villanueva, E., Quilodrán Rubio, A. (2014). "Las azudas de Larmahue. Arquitectura de ruedas en tierras de secano, en pleno corazón campesino de Chile". Revista INVI, 29(82): 76-91.

Bravo, J., Gil, E., Sahady, A. (2018). "Molinos de agua en la región de O'Higgins, Chile. Revaloración de un patrimonio hidráulico y campesino a través del turismo rural. Aportes y Transferencias, 16(1): 47-69.

Cubillos, F., Muñoz, J.G. (2014). El intercambio de tierras por bienes y dinero en Colchagua durante el siglo XVII. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Larenas, J., Sahady, A., Bravo, M., Quilodrán, C., Fuster, X. (2014). "Las ruedas de Larmahue: una manifestación de construcción de territorio y paisaje agrario". Revista Invi, 29(82): 189-216.

Red Cultura (2014). Catálogo cultural Nuestra identidad en un relato Comuna de Pichidegua. Chile.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

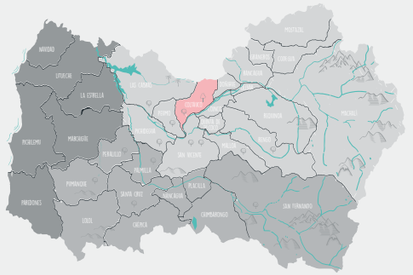
Sahady, A., Bravo, M., Quilodrán, C. (2014). "Las azudas: condición actual de una singular expresión hidráulica que identifica la localidad de Larmahue, en pleno Valle Central chileno". Conserva, 19: 19-33.

Sahady, A., Bravo, J., Quilodrán, C. (2015). "Las azudas de Larmahue, en Chile: ingeniosa solución artesanal para capturar el escaso recurso hídrico en tierras de secano". Identidades: territorio, proyecto, patrimonio, 5: 99-113.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.

COLTAUCO / Germán Reckmann / "Entre Alamos y Cachapoal"



COLTAUCO

Herencias y mixturas: la construcción de Coltauco

En la construcción de Coltauco convergieron las cosmovisiones, conocimientos y técnicas de diversos mundos, como los indígenas y europeos. Por lo anterior, es posible afirmar que el mestizaje cultural es una piedra angular en la historia de esta comuna.

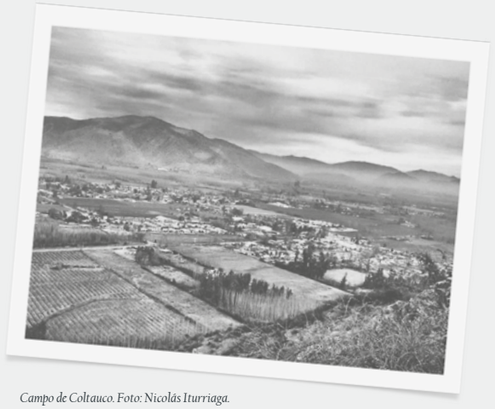
La irrupción de los españoles en el Valle de Cachapoal implicó una serie de consecuencias en distintos ámbitos, como por ejemplo en el entendimiento de aspectos tan esenciales como el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. De este modo implantaron mecanismos tales como la repartición de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras

del Valle Central de Chile fueron repartidas y entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

De acuerdo con su lógica de ocupación, los hispanos solían instalar los poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Así, aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. A lo largo de este proceso los territorios sufrieron múltiples divisiones a partir de las cuales surgieron las haciendas y fundos. También a raíz de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En paralelo al fenómeno de transformaciones de la tierra, las familias campesinas se fueron asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas, conventos que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y favorecían la conformación de poblados y comercios. Con todo, el surgimiento de muchas comunas de la Región de O'Higgins también se debe al factor de espontaneidad, el cual impulsó sus surgimientos y propició que luego se oficializaran, pudiendo evolucionar a comunas y villas, como fue el caso de Coltauco, cuya formalización como comuna ocurrió el 22 de diciembre de 1891 y como villa el 1 de septiembre de 1899 (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

El nombre de la comuna de Coltauco demuestra la influencia indígena en la zona, ya que provendría del vocablo mapuche "kolchawco", que significa "agua de renacuajos" en atención a la cantidad de riachuelos, arroyos, vertientes, pantanos y humedales que propiciaban este tipo de fauna en la zona (Solano, 1867; Herrera et al, 2010).



Campo de Coltauco. Foto: Nicolás Iturriaga.

Si bien la zona de Coltauco no fue incorporada formalmente dentro del Imperio Inca, éste sí marcó presencia a través de la relación que forjó con los indígenas emplazados entre los ríos Maipo y Maule. La innegable cultura incaica influenció significativamente con sus magníficos conocimientos de agricultura, textilería, alfarería y riego. Aportó con semillas, plantas y frutos de gran valor para el patrimonio gastronómico local, como el maíz, quínoa, ají y papas.

El aislamiento de Coltauco: estímulo para la creatividad y sus productos típicos

La historia de la Región de O'Higgins está marcada por los obstáculos naturales que sumieron a distintos sectores en un relativo aislamiento y dificultaron el tránsito fluido desde un punto a otro. Ejemplos de esto son la Cordillera de la Costa, de Los Andes, las quebradas, pronunciados desniveles y los fenómenos estacionales como las lluvias, las crecidas y los desbordes de los ríos.

Chile durante la época colonial e inicios de la República careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por hábiles jinetes sobre sus animales. Muchas veces estos caminos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que el escenario era bastante precario y complicado para las comunicaciones, traslados y comercio (Aguilera, 2013). No obstante, en medio de estas problemáticas surgió un actor clave para darles solución: el arriero. Estos avezados jinetes fueron responsables, por ejemplo, de trasladar los productos típicos hacia los sectores alejados que los demandaban y también llevar a los rincones de la región aquellos elementos que no eran fabricados de manera local. Igualmente se ocupaban de arrear el ganado para el aprovechamiento estacional de las veranadas e invernadas, útiles para la cría de los animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros puntos y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, el campesino de Coltauco creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

El conjunto de productos típicos que se desarrollaron históricamente en Coltauco representa un aspecto central de su historia, marcado por la inventiva campesina que les permitió sobreponerse a las dificultades naturales y al alejamiento de los grandes centros, como Santiago. Fue así como en la zona se desarrollaron distintas actividades para dar solución a los requerimientos cotidianos de la vida campesina. Algunas de éstas sobreviven hasta hoy, como los tejidos en fibras vegetales como el mimbre (Dannemann, 1998). Esta misma actividad ha estado asociada a otro antiguo conocimiento muy arraigado en el sector, la viticultura, ya que los cestillos tejidos eran utilizados para cubrir las botellas con los brebajes obtenidos de las uvas.

Las vides introducidas por los españoles se arraigaron rápidamente en este valle y, a continuación, sus hombres y mujeres desarrollaron la cultura del cuidado de la vid. El manejo exitoso de estas plantas requiere muchos cuidados, técnicas y conocimientos específicos, todo lo cual ha sido aplicado desde aquella

época por los coltauquinos. A partir de esta exitosa historia dieron vida a productos típicos de gran valor, estima y significado para su población. Uno de ellos es el chacolí, vino joven sin envejecimiento en barrica ni guarda en botella, cuya historia se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena, que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central. Este vino es la estrella en momentos de celebraciones, como el fin de la cosecha, carnavales y Fiestas Patrias (Lacoste et al, 2015). Este vino surgió de las entrañas de la cultura popular campesina y sufrió los embates de las corrientes tecnócratas que desdeñaron las cepas y procedimientos locales, no obstante, logró sobrevivir de la mano del consumo popular y la producción tradicional de zonas campesinas como Doñihue y Coltauco (Lacoste et al, 2017).

La agricultura y la fruticultura son otras históricas actividades de los campesinos de Coltauco, las que han marcado su impronta en la comuna hasta la actualidad. Gracias a los conocimientos que desarrollaron en torno al manejo de la tierra y su riego, sus habitantes se han alimentado y abastecido durante generaciones.

Estas actividades recibieron el importante estímulo de la llegada del ferrocarril. En comparación con otros sectores de la Región de O'Higgins, su arribo fue bastante tardío, ya que el ramal desde Rancagua alcanzó Coltauco en la década de 1930 (León, 1996; 2008). No obstante, gracias a su llegada los productos elaborados localmente pudieron ser transportados hacia otras zonas distantes, permitiendo su comercialización e incluso exportación. La pronta implementación de nuevas rutas camineras en el país y las mejoras de las existentes representó una amenaza para el tren, ya que ofreció una nueva alternativa para el transporte de grandes cantidades de cargas en escaso tiempo. Este fue el caso de Coltauco, cuyo camino emplazado en paralelo a la línea férrea se pavimentó a fines del decenio de 1950, lo que hizo decaer significativamente la cantidad de cargas movidas en el tren (www.amigosdeltren.cl).

Tradicionalmente campesino: tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

La identidad de la comuna de Coltauco está profundamente influenciada por el mundo campesino, ya que de él provienen sus tradiciones, prácticas y conocimientos, es decir, su patrimonio cultural. Por lo tanto, la historia de Coltauco se forjó y consolidó sobre el esfuerzo y cosmovisión campesinos.

Algunos ejemplos de sus tradiciones son la trilla a yegua suelta y las domaduras, expresiones que perduran hasta hoy como testimonios de aquel pasado donde fueron protagonistas. Las tareas asociadas al cuidado del ganado generaron importantes expresiones, como las domaduras y también el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica

En la gastronomía típica de Coltauco se expresa el mestizaje de los aportes indígenas y europeos. Fotografías de humitas, huevos de gallinas y pan amasado. Fotos: Nicolás Iturriaga.

Hijuela del Medio. Foto: Nicolás Iturriaga.

Con todas estas valiosas contribuciones los incas sellaron su impronta en la cultura local, la cual profesa un profundo amor y cuidado por la tierra y su cultura de trabajo, de la cual surgieron importantes productos típicos que son reflejo de su identidad e historia.

tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en Coltauco.

Un importante conocimiento campesino arraigado en Coltauco y que forma parte de su patrimonio comunal es el manejo de la tierra cruda, saber manejado desde antaño por sus habitantes. Las construcciones alzadas con esta técnica y materialidad son un verdadero emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Lamentablemente los terremotos y el paso del tiempo son amenazas incontrolables para este tipo de construcciones, muchas de las cuales han sucumbido y algunas sobreviven como vestigios de sabiduría.

La cultura vitivinícola de Coltauco también se expresa a través de otra importante tradición comunal, como lo es la vendimia. Ésta surgió de los trabajos asociados a la producción de vinos y chacolí, pero prontamente trascendió de aquella utilidad y se transformó en un momento de encuentro, celebración y colaboración entre los habitantes de estos campos, acompañado de música y comida. De este modo Coltauco ha erigido una verdadera tradición de fiesta de la vendimia.

Las fiestas costumbristas de la comuna son el escenario propicio para exhibir la identidad campesina de sus habitantes. Éstas tienen diferentes enfoques, como por ejemplo las actividades tradicionales que se desarrollan en la zona. Una de ellas es la "Fiesta de la vendimia de Coltauco", iniciada en 1960 por un sacerdote que recaudaba

fondos para las colonias estudiantiles. Ésta se realiza en el mes de abril y es amenizada con concursos de cueca y zaranda, desfiles de huasos y demostraciones de elaboración de chicha y aguardiente (Aguilera, 2021).

La historia de Coltauco relata cómo sus habitantes debieron abrirse camino en estos paisajes naturales para transformarlos en su hogar. En esta misión los hombres y mujeres campesinos, viviesen en grandes haciendas o pequeños terrenos, debieron proveerse alimento, abrigo, herramientas y utensilios domésticos. Fue así como surgieron valiosos productos típicos que son ofrecidos en las fiestas costumbristas. Si bien el manto urbano se ha extendido en la mayoría de las comunas de la Región de O'Higgins, las actividades asociadas al campo continúan preponderantes en sus ámbitos económicos y culturales. Al respecto, una importante celebración es la "Expocampo de Coltauco", que se realiza entre los meses de enero y febrero, en la cual se homenajea el esfuerzo depositado en las labranzas de frutas y hortalizas mediante exposiciones, competencias del fruto más grande y espectáculos folklóricos (Aguilera, 2021).

La fe católica es profesada por gran parte de la comunidad de Coltauco y la cual celebran en instancias como la "Fiesta de la Virgen del Carmen", cada 16 de julio, cuando la comunidad peregrina hasta la localidad de Almendros para participar en una misa de campaña y finalizar con un show artístico ofrecido a la Virgen. Otras importantes muestras de devoción son la "procesión al Cerro de La Cruz", cada 3 de mayo y la "Fiesta de Cuasimodo", en la cual confluyen la religiosidad y las tradiciones campesinas (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Otra importante expresión campesina, de índole cultural y también religiosa, es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Se trata de un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surgió de las profundidades de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios o matrimonios (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Otro aspecto destacado del patrimonio cultural inmaterial de una comunidad son sus creencias, mitos y leyendas, los cuales son perpetuados y difundidos a través de la tradición oral. En Coltauco existen diferentes leyendas que hablan de personajes míticos del campo chileno. Una de ellas cuenta la historia de Pedro Juan, quien una noche invocó al Diablo en el Callejón de Los Litres. El Diablo se le apareció en un elegante salón, donde lo embriagó con vino servido en finas copas de oro. El hombre muy asustado imploró la intervención de Dios, ante lo cual el Diablo y todo su escenario desaparecieron, mientras Pedro Juan juró nunca más embriagarse.

Otro relato indica que en la cima del Cerro Quillayquén el Diablo jugaba al tejo muy estruendosamente, lo que molestaba a los vecinos, quienes instalaron una cruz y cada cierto tiempo celebran misa para asegurar que el Diablo nunca más merodee por el lugar. Otra versión indica que en ese cerro se esconden muchas riquezas de la época prehispánica, las que fueron escondidas por un cacique que se transformó en tierra para protegerlas.

Otro mito de la comuna relata que antiguamente en el valle existían muchos palacios y riquezas. En uno de ellos vivía un rey junto a su caprichosa hija, a la cual quiso dar una lección, para lo cual pidió ayuda a un mágico sabio del valle. Éste fue donde la princesa y le dijo que la encerraría en una roca hasta que detuviera sus caprichos y que sólo podía adornarse con flores silvestres y nunca más usar joyas y perfumes, pero la princesa no fue capaz de abandonar sus costumbres y todo el valle se sumió en ruina y devastación (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Dannemann, M. (1998). Enciclopedia del folclore de Chile. Chile, Editorial Universitaria.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, 21 (9).

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVIERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago, Chile, Ediciones PlaTur.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton & C.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.

DOÑIHUE / Filomena Cantillana / Chamantera

DOÑIHUE

El paulatino e incontenible surgimiento de Doñihue

Los primeros trazados de la historia de la Región de O'Higgins tienen como autores a sus indígenas locales. Posteriormente, éstos se entrelazaron con los incas, quienes dejaron inconmensurables legados en la zona. En la comuna de Doñihue, precisamente en el sector de California donde se encuentra el cerro Tren Tren, en 1989 se hallaron distintos restos cerámicos, óseos y textiles, entre otros, que dan cuenta de la historia de asentamiento en la región y además del mestizaje entre grupos indígenas locales e incas (Ricci y Abello, 2012; Sepúlveda et al, 2014).

Otro aspecto en el cual se hace patente la influencia indígena es la toponimia. El nombre de Doñihue provendría del vocablo mapuche y significaría "lugar de cejas", lo cual hace referencia a la forma

del conjunto de cerros que allí se encuentran, o "lugar de alverjana" o arvejas, debido a la probable presencia de esta planta leguminosa (Plath, 1983; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014).

El posterior aporte de los hispanos fue la nueva pieza clave en la conformación de la comuna de Doñihue. Su arribo trajo aparejadas consecuencias en las formas de relacionarse y entender aspectos tan esenciales como el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Fue así como implantaron mecanismos tales como la repartición de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles.

De acuerdo con la lógica de ocupación hispana, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Esto les permitía asegurar la disponibilidad de mano de obra y controlar a la población nativa. Fue así como los territorios del Valle de Cachapoal vivieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo, a partir de las cuales surgieron haciendas y fundos (Góngora, 1970; Bengoa, 2015). A raíz de todas las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo.

Juntamente con las nuevas divisiones y transformaciones de la tierra, las familias campesinas se fueron asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas, conventos que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y favorecían la conformación de poblados y comercios. Con todo, el surgimiento de muchas comunas de la Región de O'Higgins también se debe al factor de espontaneidad, el cual impulsó sus surgimientos y propició que luego se oficializaran, pudiendo evolucionar a villas reconocidas y luego a ciudades. Algunas versiones indican que el agrupamiento de población en Doñihue comenzó al alero de la Viceparroquia de Nuestra Señora de la Merced, que existiría desde antes de 1767 o desde 1804 (Ricci y Abello, 2012; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Finalmente, el 27 de junio de 1873 recibió la denominación oficial de villa y en 1929 de comuna.

Aislamiento y estímulo para la creatividad: arrieros, ferrocarril y campesinos

Las historias de las distintas comunas de la Región de O'Higgins están marcadas por los obstáculos naturales que representaban la Cordillera de la Costa, de Los Andes, las quebradas, los cerros y los fenómenos estacionales, como las lluvias, crecidas y desbordes de los ríos. Todo lo anterior sumió a distintos sectores en un relativo aislamiento y dificultaron el tránsito fluido desde un punto a otro.

Durante la Colonia e inicios de la República el territorio chileno careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por hábiles jinetes sobre sus animales. Muchas veces estos caminos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que el escenario era bastante precario y complicado para las comunicaciones, traslado y comercio (Aguilera, 2013). No obstante, en medio de estas problemáticas surgió un actor clave para darles solución: el arriero. Estos jinetes fueron responsables, por ejemplo, de trasladar los productos típicos locales hacia los sectores alejados que los demandaban y también llevar a los rincones de la región aquellos elementos que no eran fabricados localmente. Igualmente se ocupaban de arrear el ganado para el aprovechamiento estacional de las veranadas e invernadas, útiles para la cría de los animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

Empero, el relativo aislamiento de los campos del Valle del Cachapoal fungió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es la inventiva y el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros puntos y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, el campesino de Doñihue creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Parrón doñihuano. Foto: Francisca Orellana.

La comuna de Doñihue posee un invaluable tesoro, heredado y engrandecido desde tiempos muy remotos. Se trata de un conjunto de valiosos conocimientos y técnicas que sus hombres y mujeres han sabido conjugar para crear productos típicos únicos, cargados de valor simbólico además de prácticos. Éstos son parte fundamental de su patrimonio, ya que a través de ellos se cuenta la historia de la comuna y su gente, su conformación, mestizaje y consolidación.

El invaluable y original conjunto de productos típicos de Doñihue representa un aspecto central de su historia, marcado por la inventiva campesina que permitió sobreponerse a las dificultades naturales y al alejamiento de los grandes centros, como Santiago. Estos mismos productos típicos le propiciaron el nombre al denominado "Camino de las carretas", el que a fines del siglo XIX y comienzos del XX sirvió para que los productos locales salieran cargados en carretas confeccionadas en Camarico hacia los distintos lugares que los demandaban (Ricci y Abello, 2012).

Posteriormente, en 1915 Doñihue y sus alrededores recibieron el impulso de uno de los proyectos más ambicioso del Estado chileno, como lo fue conectar el territorio a través de la red ferroviaria sur. En dicho año se extendió el ramal desde Rancagua hasta la estación de Doñihue. El arribo del tren transformó el escenario local, ya que permitió mayor celeridad en el transporte de las personas y los productos obtenidos de aquellos campos (León, 2008).

Doñihue: tierra de productos típicos

La historia de Doñihue está signada por el sacrificio e ingenio de sus mujeres y hombres. Ellos supieron conjugar sus necesidades con los recursos disponibles en su entorno, dando vida a productos típicos únicos y de gran valor. En este escenario brillaron las habilidades y destrezas desarrolladas por los tejedores, viticultores, canteros, toneleros, talabarteros y alfareros de la zona. Todos ellos hicieron posible el asentamiento en estos paisajes.

Los campesinos doñihuanos supieron transformar las dificultades en un aliciente para la construcción de su comuna. Conjugaron la necesidad e ingenio para abastecerse de las herramientas y enseres necesarios para el desarrollo de su vida y actividades, gracias a lo cual transformaron ese espacio en su hogar. Una de las principales transformaciones del paisaje natural vino de la mano con la adopción de las viñas. Estas plantas fueron introducidas por los hispanos y, a continuación, los campesinos desarrollaron toda una cultura de cuidado de la vid a partir de la cual crearon reconocidos productos típicos, como lo son los vinos, aguardiente, chicha y chacolí.

Los brebajes elaborados con las uvas cultivadas en las tierras de Doñihue conservan su gran prestigio hasta la actualidad. Su historia es muy antigua y se remonta a la fusión de conocimientos provenientes de los distintos grupos que participaron en la conformación de la comuna, como los indígenas y europeos. La elaboración de la chicha llegó a representar un tercio de la producción nacional durante el siglo XIX y hasta el día de hoy posee un rol protagónico dentro de celebraciones nacionales como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército. Por su parte, la cultura del aguardiente en la región tuvo diversos polos destiladores y se anidó fecundamente en Doñihue. Este espirituoso de estilo colonial se obtiene en pailas y fondos de cobre a partir de la doble destilación de los orujos de chichas, vinos y chacolíes doñihuanos y posteriormente se envasa en los chuicos y damajuanas para su comercialización. Así, Doñihue pervive como un destacado polo productivo de estas bebidas populares (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014; Lacoste et al, 2015; 2017).

Otro producto típico que le ha otorgado gran prestigio a Doñihue es el chacolí, vino joven sin envejecimiento en barrica ni guarda en botella, cuya historia se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central. Este vino

Gracias a sus creaciones y tradiciones Doñihue es una comuna campesina única, necesaria de conocer y preservar en su particularidad y originalidad.

Chacolí de Doñihue.
Foto: Municipalidad de Doñihue.

Tejidos de Doñihue.
Foto: Municipalidad de Doñihue.

Julia Peralta sosteniendo la casulla y estola regaladas a Juan Pablo II con ocasión de su visita a Chile. Fuente: El Rancagüino, portada del 26 de marzo de 1987: 1.

es la estrella en momentos de celebraciones, como el fin de la cosecha, carnavales y Fiestas Patrias. Surgió de las entrañas de la cultura popular campesina y sufrió los embates de las corrientes tecnócratas que desdeñaron las cepas y procedimientos locales, no obstante, logró sobrevivir de la mano del consumo popular y la producción tradicional de zonas campesinas, como Doñihue. En este producto se vislumbra la influencia vasca, ya que el paisaje viñatero de Doñihue se sustenta en el parrón, sistema de conducción heredado desde la antigua vitivinicultura vasca (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Lacoste et al, 2015; 2017).

Las manos de los artesanos de Doñihue crearon otros importantes productos típicos, como los tejidos y cestería, ambos depositarios de saberes de muy larga data. Los tejidos en fibras vegetales tienen raíces prehispánicas, incluso en la zona de Doñihue se han encontrado antiguos vestigios de cestería (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Por otro lado, el gran desarrollo alcanzado por la textilería de Doñihue ha permitido la consolidación de dos importantes productos típicos, como lo son los chamantos y las mantas corraleras.

Estos tejidos son parte del invaluable patrimonio de Doñihue, elaborados con algodón mercerizado y con técnicas obtenidas tras varios años de práctica que permitieron su alto grado de perfeccionamiento y calidad. El chamanto es una prenda cuadrada o rectangular, que posee una apertura para introducir la cabeza y decoraciones con figuras representativas del campo chileno. Por su parte, la manta corralera es muy similar al chamanto, aunque sin figuras decorativas, en cambio lleva franjas de colores y es utilizada como prenda oficial del rodeo y en fiestas típicas de la Zona Central de Chile (Lacoste et al, 2017).

En el tejido del chamanto de Doñihue se entrelazan la historia de incas, mapuches y europeos, ya que se inspiraría en el poncho andino que fue adoptado por mapuches, criollos y españoles, a la vez que incorpora elementos icónicos de la cultura del Valle Central (Plath, 1977; Gruzmacher y Guajardo, 2009). Por otro lado, el método de tejido en telares verticales habla también del sincretismo con las técnicas indígenas. De este modo, el chamanto de Doñihue es una interesante síntesis de la historia comunal.

El primer registro del chamanto chileno es de 1821, en la zona de Rancagua. Posteriormente vivió un interesante proceso de transformación y enriquecimiento que lo posicionaron, finalmente en el siglo XX, como una prenda de prestigio en el ámbito del rodeo –quedando establecido en sus estatutos su uso obligatorio por parte de los participantes–, religioso –en la visita a Chile del Papa Juan Pablo II en 1987 se le regaló una casulla y estola tejidas por manos doñihuanas– y político –al presidente Patricio Aylwin se le entregó una banda tricolor tejida en Doñihue con motivo del retorno a la democracia, en tanto los chamantos han sido el regalo símbolo de la nación que se entrega a los presidentes en sus visitas oficiales al país, en cumbres como la APEC, entre otras instancias oficiales–. El prestigio de los tejidos de Doñihue ha permitido múltiples reconocimientos, como el Sello de Excelencia Artesanía Chile 2011 y 2012, el Reconocimiento UNESCO Artesanías del Mercosur 2012 y el sello de Denomi-

nación de Origen por parte del Instituto Nacional de la Propiedad Industrial de Chile en el contexto del programa Sello de Origen (Plath, 1977; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2008; 2013; Castro et al, 2017; Lacoste et al, 2017).

La necesidad de autoabastecerse obligó a los campesinos de Doñihue a que confeccionaran sus propias herramientas y demás aperos necesarios para sus labores al aire libre y sobre los caballos. A partir de estas demandas el trabajo de los talabarteros y herreros se transformó en fundamental, existiendo todavía algunos exponentes de estas importantes labores. Por su parte, alfareros y ojalateros proveyeron a las familias campesinas de los adminículos para el hogar. Otra importante tarea es la desarrollada por los canteros, quienes fabrican hasta hoy piezas utilitarias a partir de las piedras de la zona, basándose en los mismos principios que en la antigüedad (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014).

Tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

La comuna de Doñihue cuenta con un rico conjunto de tradiciones campesinas que han perdurado al paso del tiempo y son testimonio de su identidad. A través de ellas es posible reconstruir su historia y fortalecerla para su permanencia.

Las tradiciones de Doñihue son, históricamente, de carácter campesino. Algunos ejemplos son la trilla a yegua suelta y el rodeo. El sentido original de la trilla a yegua suelta es práctico, por cuanto los campesinos se reunían para separar los granos de trigo de la paja, ayudados por sus caballos. No obstante, esta instancia era también aprovechada como momento de reunión social, ya que se transformaba en una verdadera celebración comunitaria donde se compartía comida, música y bailes. Si bien es cierto que en las haciendas se operaba bajo el mandato de un patrón, la dinámica de las labores y el conjunto de rituales que allí se realizaban tenían un espíritu y carácter que anulaba las diferencias socioeconómicas o de clase, puesto que son patrimonio transversal del mundo campesino. Actualmente en la zona de Rinconada de Doñihue se continúa realizando en el mes de enero la trilla a yegua suelta, a la cual concurren los visitantes para presenciar un ejemplo de tradición y cooperación (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Otra actividad que se radicó en los campos de Doñihue es la ganadería. A partir de ésta se obtuvieron alimentos, la fuerza animal para las labores agrícolas y el transporte y materias prima como cuero, huesos y cachos. Igualmente, de las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar también trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins. El vínculo que a continuación desarrolló la zona de Doñihue con el rodeo se consolidó en sus tejidos, puesto que dicha instancia es el momento cúlmine para la exhibición de los chamantos y mantas que engalanan a los participantes y espectadores.

Distintos chacolíes de Doñihue.
Foto: www.vinateroscampesinos.cl

Parte fundamental del patrimonio cultural inmaterial de los doñihuanos son sus fiestas costumbristas. Una de ellas se centra en su producto típico estrella: el chacolí. La "Fiesta del Chacolí" se realiza entre los meses de junio y julio desde el año 1975. En dicha oportunidad se congrega la comunidad local y los visitantes que aprovechan de recorrer los distintos puestos que ofrecen gastronomía y productos locales, además de disfrutar de los espectáculos artísticos (Aguilera, 2021).

Otra instancia de reunión para los doñihuanos es el "Chilenazo de Lo Miranda", organizado por el Colegio de Lo Miranda, donde se ofrecen comidas típicas, espectáculos folklóricos y muestras de actividades tradicionales (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Esta comuna campesina profesa desde antaño la devoción por la religión católica, por lo cual su comunidad cuenta con distintas manifestaciones de fe. Ejemplo de lo anterior son las festividades de la Virgen de la Merced, cada 24 de septiembre; la Misa de Acción de Gracias en el sector de Lo Miranda, cada 15 de agosto; y la tradicional celebración de Cuasimodo, que se realiza el fin de semana siguiente de la Semana Santa para llevar la comunión a los enfermos, en cuyo periplo acompaña al sacerdote una procesión de huasos y feligreses (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Ministerio de Bienes Nacionales, 2016).

Los mitos y leyendas son otros valiosos elementos del patrimonio de Doñihue. Una de ellas relata que hace muchísimos años cayó una copiosa lluvia que obligó a los habitantes a subir al cerro Tren Tren en busca de refugio. Allí rezaron hasta que un ave blanca descendió

de las alturas y con sus alas abrió un cráter en la tierra que sirvió de refugio a la gente. Se dice que todavía se oyen los gritos y música de jolgorio de las fiestas que se continúan realizando en el lugar. En cambio, muy cerca de allí en la zona de La Campanita, los vecinos aseguran que el Diablo merodea.

Los doñihuanos también cuentan que en la Puntilla del Chivato ocurría un particular fenómeno, ya que cada vez que alguien intentaba subir a la cima se producían intensos temblores, como aquel que desplomó a un campesino de la zona y lo hizo rodar gravemente por las laderas. Luego de este accidente, un sacerdote intentó instalar una cruz en la cima, pero sus intentos fueron infructuosos hasta que un sismo derribó la cruz y la desplazó hacia el sitio donde se encuentra hoy y que es punto de peregrinación cada 5 de mayo. Otras versiones indican que en la cima el Diablo realizaba fiestas, bailaba cueca y lanzaba chispas con sus espuelas.

Se dice que por las tierras de Doñihue merodean tenebrosos personajes, como los brujos del sector de Cerrillos, la mujer muerta que intenta visitar a sus hijos y se convierte en fuego cuando la descubren, el Chupacabras, el sacerdote de El Potrerillo en Lo Miranda que deambula con una olla de greda llena de monedas de oro pidiendo que las desentierren de su tumba y el infaltable Diablo (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Castro, A., Mujica, F. y Cussen, F. "Chamantos y mantas corraleras de Doñihue: ascenso y consolidación de un textil con DO (1917-2016)". RIVAR Vol. 4, Nº 11. Mayo 2017: 4-30.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2008). Chile artesanal patrimonio hecho a mano. Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2014). Catálogo de Artesanos Doñihue 2014. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Gruzmacher, M., Guajardo, V. (2009). Chamantos: artesanía y tradición del campo chileno. Santiago de Chile, Corporación Patrimonio Cultural de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9).

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVIERSUM, 30(2): 105-127.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales (2016). Ruta patrimonial n° 70, Libertador General alBernardo O'Higgins. Fiestas tradicionales y populares del Centro. Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

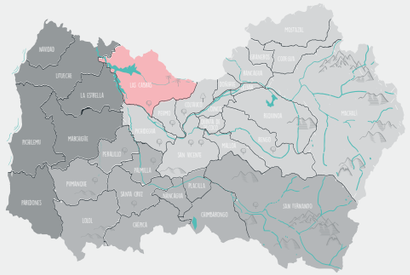
Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas. Atenea, 436: 169-237.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimento.

Ricci, M., Abello, L. (2012). Joyas de Doñihue y la R. N. Roblería del Cobre de Loncha. Chile, Andros Impresores.

Sepúlveda, J., San Francisco, A., Jiménez, B., Pérez, S. (2014). El pucará del cerro La Muralla. Mapuches, incas y españoles en el Valle del Cachapoal. Santiago de Chile, Mutante Editores.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



LAS CABRAS

La paulatina formación de Las Cabras: ancestros, haciendas, fundos y el surgimiento campesino

Las historias de las 33 comunas de la Región de O'Higgins tienen un origen común, que está signado por los aportes de los indígenas locales, incas y posteriormente europeos. La toponimia de la zona ejemplifica estas distintas influencias. Este sector primeramente fue conocido como Llallauquén, que en lengua mapuche podría significar "lugar que tiene llaullau", especie de hongos utilizados para elaborar una bebida fermentada (Plath, 1983; Lenz, 1905-1910). Posteriormente, estas tierras pasaron a manos de españoles que las destinaron a la crianza de cabras por no ser totalmente aptas para la agricultura. En consecuencia, y dada la abundancia de ganado caprino en el sector, pasó a ser conocido como La Cabrería y posteriormente se formalizó

como Las Cabras (Herrera, 2010; El Rancagüino, 16.08.2007). Así, el nombre originalmente indígena fue reemplazado por la nueva realidad que se posó sobre estas tierras.

El asentamiento de los españoles implicó un gran cambio en los códigos de organización y formas de relacionarse entre los distintos grupos, lo cual impactó profundamente en la zona de Las Cabras. Uno de esos cambios afectó el entendimiento del espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Los hispanos instauraron los mecanismos de repartición de tierras y las encomiendas indígenas como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. Tal fue el caso de Inés de Suárez y Rodrigo de Quiroga, matrimonio que llegó a ser propietario de grandes extensiones de tierra y encomiendas indígenas en el Valle de Cachapoal, precisamente en la actual comuna de Las Cabras.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). De este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Fue así como los territorios que hoy componen la comuna de Las Cabras vivieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo, a partir de las cuales surgieron haciendas y fundos, como el Llallauquén, La Rosa, El Carmén, Cocalán, El Durazno, entre otros (León, 2008; Bengoa, 2015).

Especialmente en el Valle Central de Chile, a raíz de todas las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo.

El modelo de hacienda chilena tuvo un orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. Los propietarios, pertenecientes a la aristocracia chilena, utilizaban sus propiedades como trampolín para alcanzar las altas esferas políticas o tenían familiares que se desenvolvían en aquel ambiente (Lacoste et al, 2017). En la comuna de Las Cabras existió la gran Hacienda Cocalán, que luego se dividió y dio paso, entre otros, al Fundo Las Casas de Cocalán, donde se llevaron a cabo múltiples actividades productivas, debido a que estas unidades solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba en el hábil trabajo de los campesinos. Ellos desarrollaron las destrezas necesarias para sostener la vida en aquellos campos, por lo cual es posible interpretar que fue el campesinado el que hizo posible, en gran medida, la existencia de aquellos fundos y haciendas. Por ejemplo, en el Fundo Las Casas de Cocalán se ha identificado la existencia de servidumbre e inquilinaje hasta entrado el siglo XX (Bengoa, 2015).

En definitiva, el poblamiento del sector de Las Cabras fue un proceso paulatino que respondió a los distintos procesos históricos que allí tuvieron lugar. El ciclo de la conformación de su población comenzó cuando sus primeros habitantes indígenas interactuaron con otros grupos y finalmente con los españoles que arribaron al sector. De ese cruce surgió la población mestiza que conformó la gran base de trabajo de las haciendas y fundos del sector: el denominado campesinado. Estas mismas unidades actuaron como polos de atracción para las nuevas familias que se asentaron a su alero. Posteriormente, el campesinado mantuvo su hogar en estos campos, independiente de las nuevas divisiones administrativas y cambios acarreados por la modernidad, ya que allí se encontraban sus raíces. A inicios del siglo XX Fernando Aldunate Lizardi, dueño de los terrenos que actualmente conforman la comuna de Las Cabras, los entregó a sus inquilinos. En 1928 se creó la Municipalidad de Las Cabras, dependiente del departamento de Peumo, luego de la insistencia de sus vecinos por contar con servicios en su sector y, de este modo, evitar viajar hasta Peumo para realizar trámites (Municipalidad de Las Cabras).

Foto: Municipalidad de Las Cabras.

La comuna de Las Cabras cuenta con un interesante pasado que ha pervivido a lo largo del tiempo y es posible palparlo, incluso, en la actualidad, a través de sus campos, gente, tradiciones y sabores. Las transformaciones que se dieron en sus territorios ejemplifican con claridad la evolución y devenir desde los tiempos prehispánicos, pasando por los coloniales, republicanos y posteriores.

Dificultades, conectividad, caminos y arrieros

La comuna de Las Cabras se emplaza en el Valle de Cachapoal y su historia contiene sacrificados episodios, como aquellos vinculados al transporte y comunicaciones. Durante la época colonial e inicios de la República, la red caminera en Chile era bastante precaria, ya que los caminos existentes solían estar en malas condiciones y muchos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas. Las cordilleras de La Costa y de Los Andes, las quebradas, desniveles y fenómenos estacionales como las lluvias, crecidas y desbordes de los ríos, imposibilitaban la existencia de óptimas carreteras. En cambio, predominaban los caminos de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por hábiles jinetes sobre el lomo de caballos y mulas. Con posterioridad, algunos caminos permitieron el tránsito de carretas y yuntas de bueyes, lo cual permitió aumentar el volumen de las cargas. De este modo, el sistema que imperaba en Chile previo a la instauración del ferrocarril era multimodal, compuesto por caminos carreteros, hidrovías y rutas de herradura (Aguilera, 2013).

Otros obstáculos para el transporte eran los asociados al bandidaje, los robos y los cobros de peajes no autorizados. Además, la reparación de los caminos implicaba altos costos que no fueron totalmente costeados por las arcas fiscales, ante lo cual se implementó un sistema mixto de financiamiento, mediante el cual los recursos públicos se complementaban con los aportes de los vecinos. Precisamente los pequeños y medianos campesinos asumieron esta tarea a pesar de su inferior poder adquisitivo, puesto que comprendieron que estas obras iban en directo beneficio de su comunidad. Así, el poder rural, personificado en la cooperación de los pequeños campesinos, fue fundamental para sobreponerse a las dificultades de conexión de la zona (Cáceres, 2007).

Los principales caminos que existieron durante la Colonia fueron el Camino del Centro, Camino de la Frontera y Camino de la Costa. Precisamente el Camino del Centro comunicaba con Santiago y atravesaba las principales haciendas del Valle de Cachapoal y Colchagua, como

la de Cocalán (Ferrari, 1970; Cáceres, 2007). A partir del siglo XVIII el Camino del Centro comenzó a perder visibilidad, ya que se privilegió el camino longitudinal correspondiente al Camino de la Frontera, puesto que allí se concentraba gran demanda. No obstante, el Camino del Centro mantuvo una importancia socioeconómica de gran impacto, ya que conectaba localidades aisladas de la región (Lacoste et al, 2017).

Para aquella época el protagonista a cargo de los intercambios, comercialización y las comunicaciones fue el arriero. Estos sujetos debían ser diestros jinetes para surcar con éxito las difíciles rutas en compañía de sus recuas de mulas, sobre las cuales transportaban los distintos productos típicos de las zonas interiores para trasladarlos a centros de interés, como Santiago y Valparaíso. Y, a su regreso, llevaban a los campos del Valle de Cachapoal, como Las Cabras, los productos que allí no se elaboraban. De este modo, los arrieros actuaron como embajadores de los productos típicos de comunas como Las Cabras (Lacoste et al, 2017).

Ingenio campesino y productos típicos: el trabajo de las mujeres y los hombres de Las Cabras y la llegada del ferrocarril

El relativo aislamiento de Las Cabras fue superado, en gran medida, por el esfuerzo y experiencia de los arrieros. Aquellas dificultades naturales que alejaban a la comuna de los grandes centros donde el comercio y los adelantos llegaban primero, actuaron como estímulo para los campesinos. Ellos conjugaron sus necesidades, ingenio y los conocimientos heredados y dieron vida a productos de gran valor y utilidad. Con esto hicieron frente a la austera vida material en los campos del Valle de Cachapoal, la que en todo caso debe ser relativizada, ya que esos mismos campesinos han sido poseedores de un invaluable tesoro, conformado por los conocimientos ancestrales y las destrezas que erigieron gracias a su ingenio.

Conjuntamente, las labores de los arrieros estimularon el surgimiento de otros productos específicos que las mujeres y hombres de Las Cabras elaboraron con gran habilidad para que ellos ejecutaran

Exposición artesanal en Las Cabras.
Foto: Municipalidad de Las Cabras.

Foto: Municipalidad de Las Cabras.

Los conocimientos que recibieron como herencia los hombres y mujeres del sector, sumado a las condiciones de su entorno y a sus necesidades, les permitieron crear productos típicos de gran valor e identidad, tal fue el caso de los talabarteros, viticultores, tejedoras, campesinos y productores de miel.

sus trabajos. Por ejemplo, requerían aperos de buena calidad para trasladar de manera segura las cargas en caminos de alta peligrosidad, tales como riendas, frenos, monturas, lazos, amarras, espuelas y herraduras. De su confección estuvieron a cargos los herreros y talabarteros de la zona. Precisamente los lazos de Las Cabras consiguieron gran prestigio y fueron muy cotizados (Lacoste et al, 2017).

Al igual que los arrieros, los campesinos requerían aperos resistentes para llevar a cabo sus labores en el campo, además de mantas y ponchos para protegerse del frío y la lluvia. De su confección estuvieron a cargo las hábiles tejedoras de la zona, quienes en sus viejos telares aplicaron los conocimientos prehispánicos que fluían por sus manos, con lo cual elaboraron prendas de gran calidad que consolidaron la tradición del tejido en Las Cabras (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014; Agrupación Raíces, s/f). Otra tradición de larga data es la de los tejedores de fibras vegetales, como el mimbre, con las que se elaboran muebles y variados utensilios, además de sombreros, tan necesarios para las labores al aire libre en invierno y verano (Del Río y Tagle, 2001; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

Los campesinos de Las Cabras erigieron también la valiosa cultura de la vid. Gracias a los conocimientos sobre riego heredados de los incas y a las vides introducidas por los españoles en conjunto con sus técnicas de cultivo y cuidado, los campesinos crearon vinos de gran valor y estima, cuyo prestigio ha perdurado hasta la actualidad. Además, los campesinos de la comuna tuvieron la enorme misión de convertir a Chile en el principal exportador de trigo del Cono Sur durante la época colonial, hazaña conseguida gracias al trabajo de los hombres y mujeres del Valle Central (Lacoste et al, 2017). Los campos de la actual comuna de Las Cabras fueron muy fructíferos en esa área, lo cual explica en gran medida la llegada del ferrocarril hasta sus tierras.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX el Estado de Chile encumbró uno de sus proyectos más ambiciosos e importantes, como lo fue conectar el territorio a través de la red sur de ferrocarriles. Este proyecto pretendía acortar los tiempos y distancias, con el propósito de hacer más eficiente la circulación de las cargas. Con todo, su repercusión social fue de gran impacto, ya que permitió la movilización democrática de las personas y les facilitó el acceso a las grandes ciudades, ya fuese para abastecerse, por fines médicos, educacionales e incluso recreativos (León, 1996, 2008; León y Valenzuela, 2014).

La importancia de contar con un medio de transporte eficiente se fundamentó también en la mala conectividad imperante hasta ese momento. Empero, el boyante éxito alcanzado por las haciendas tales como La Rosa, El Carmen y Cocalán fue también un aliciente para su construcción. Fue así como en 1906 se alargó el ramal ferroviario desde la estación de Peumo hasta Las Cabras, el cual estuvo en funcionamiento hasta 1974. Las estaciones que comprendían esta extensión eran La Rosa, ubicada en terrenos de la hacienda homónima donde se cargaba madera y vino. A continuación, venía la estación Las Cabras, que actuó como polo de atracción para los habitantes que se instalaron a vivir a su alero motivados por las nuevas posibilidades de trabajo que el tren traía aparejadas. Allí se descargaba salitre y tablas para elaborar las

cajas donde se guardaban los envases de miel de palma, otro producto típico de la zona de gran valor. Y se cargaban trigo, cebada y, por supuesto, miel de palma de Cocalán. Finalmente venía la estación El Carmen, ubicada en la hacienda que llevaba este mismo nombre en honor a la Virgen del Carmen. Este ramal pretendía llegar hasta la costa para conectar estratégicamente con el puerto de San Antonio, no obstante, el proyecto no llegó a concretarse. De hecho persiste la duda acerca de la real existencia de la estación El Manzano, que seguiría a la estación El Carmen, la cual podría haber sido inundada por el Lago Rapel (León, 1996, 2008; Cornejo, 2011).

Respecto de la miel de palma de Cocalán, producto típico de la zona, su historia es tan antigua como sus palmares. Sobre el aprovechamiento de estas plantas prehistóricas no es posible fechar el inicio de su explotación para la obtención de miel, ya que aunque su presencia fue registrada por los primeros naturalistas y viajeros que visitaron el territorio, su uso se remonta a épocas prehispánicas (De Rosales, 1877-1878; Carvallo, 1876; Gay, 1862; Domeyko, 1846; Graham, 19--; Molina, 2000). Con todo, es posible indicar que la miel de palma chilena es un producto mestizo desde su origen, por cuanto el vegetal es nativo de Chile, mientras que el conocimiento para su explotación es de antigua raigambre indígena mezclada con africana y europea, ya que habría llegado en los barcos que transportaron a América a los esclavos y en los tratados hispanos sobre agricultura (Lacoste et al, 2017).

En los distintos registros coloniales de la actual Región de O'Higgins se detecta la temprana producción de miel, cuyo método de extracción era devastador, ya que se cortaba toda la palma para extraer su savia. Afortunadamente y gracias a los nuevos conocimientos erigidos durante la época republicana, el proceso comenzó a ser más sustentable, el mismo que todavía se aplica en la Hacienda Las Palmas de Cocalán, donde se elabora miel de palma chilena desde 1878. Lo anterior explica la demanda de madera que llegaba en tren hasta la estación Las Cabras, la que era utilizada para fabricar los cajones donde se enviaba esta apetecida miel para su comercialización en otras zonas del país (León, 2008).

Celebraciones, creencias, mitos y leyendas

La campesina comuna de Las Cabras tiene un carácter especial, por cuanto mezcla el espíritu del campo con el turismo lacustre del Lago Rapel y con su perfil urbano, lo que lleva a postular que Las Cabras posee tres almas (El Rancaguino, 16.08.2007). El gran Lago Rapel además de representar un gran atractivo turístico por los deportes náuticos y la pesca deportiva, permite a los habitantes de la zona manifestar su fe católica cada mes de junio, a través de la "Celebración de San Pedro", momento en que se realizan misas criollas y la figura del santo es ensalzada como indica la tradición (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014). Otra festividad religiosa de gran convocatoria y raigambre es la "Fiesta de la Virgen del Carmen", que se celebra cada mes de julio.

Palmar en Cocalán, comuna de Las Cabras.
Foto: Municipalidad de Las Cabras.

Celebración San Pedro, Lago Rapel.
Foto: Municipalidad de Las Cabras.

Los vecinos de Las Cabras participan también de otro evento que se lleva cabo desde el año 1966. Se trata de la "Misa de Campaña en el Cerro Poqui", de la comuna de Coltauco, hasta donde llegan vecinos de las comunas de Doñihue, Coltauco, Peumo, Alhué, Rengo, Rancagua, San Fernando y Las Cabras, motivados por las rogativas para que las cosechas sean exitosas. Esta tradicional misa que se celebra los domingos de luna llena para alumbrar a los peregrinos nocturnos, comenzó como una manda hecha por los campesinos de Alhué para que lloviera sobre sus siembras, a cambio prometieron instalar una imagen de la Virgen de Lourdes en la cumbre del cerro para dedicarle misas de agradecimiento. Según se cuenta, efectivamente llovió y los campesinos cumplieron su palabra, con lo cual se convirtió en tradición la peregrinación a dicho santuario (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

En Las Cabras existe una peculiar conjugación entre su fe católica y el folclore, que se expresa en el Canto a lo Divino, cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991). También existen Cantores a lo Humano, cuyas temáticas son de aspectos cotidianos y festivos. Conjuntamente, existe una tercera rama que, en todo caso, incluye a las anteriores, que es el Canto a lo Poeta, que corresponde a una tradición oral de tipo poético musical que se basa en la memoria y la improvisación, de alma y orígenes totalmente rurales. Generalmente los cantores se hacen acompañar por guitarras y realizan cantos en rueda (Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, 2019). Un fiel exponente del Canto a lo Poeta de Las Cabras, del sector La Llavería, sostiene que los cantores no son poetas, sino que "puetas", ya que el primero sería una persona escritora, mientras que el pueta es un campesino que recita décimas con rimas de temas que se le ocurren espontáneamente y las canta en distintas instancias de reunión, como los velorios de niños conocidos como "angelitos", matrimonios, santos y festividades comunitarias (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

Por otro lado, la comuna cuenta con una importante celebración que es la instancia perfecta para exhibir a los visitantes las riquezas del sector. Se trata de la "Fiesta Costumbrista de Las Cabras", que se realiza en el mes de octubre, donde se expone la artesanía local, los productos y gastronomía típicos de la zona.

Igualmente, en Las Cabras existen variados mitos y leyendas, que relatan apariciones de personajes típicos del campo chileno. Una leyenda en particular es la que se cuenta sobre una carreta de plata, tirada por bueyes de oro y cargada con sacos de brillantes. Se dice que todas las noches se escucha el rechinar de la carreta que sube por una cuesta, la voz del invisible carretero y el jadear de las bestias. Aunque para conseguir los tesoros es necesario recitar al conductor las palabras exactas de un conjuro secreto que ha permanecido desconocido hasta la fecha (Plath, 1983).

BIBLIOGRAFÍA

Agrupación Raíces. (sin fecha). Catálogo de Artesanos/as, Emprendedores/as y Productores/as de la Comuna de Las Cabras.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile. LOM Ediciones.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Carvallo, V. (1876). Segunda parte de la descripción Histórico-Geográfica del Reino de Chile por don Vicente Carvallo y Goyeneche. Tomo X. Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional. Santiago de Chile, Imprenta de la Librería del Mercurio.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2014). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Cornejo, J. (2011). Historia del ramal Pelequén – Las Cabras – El Carmen. Disponible en: https://www.amigosdeltren.cl/historia-ramal-pelequen-las-cabras

De Rosales, D. (1877-1878). Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano. Tomo I, II y III. Valparaíso, Imprenta El Mercurio.

Del Río, C., Tagle, B. (2001). Región de O'Higgins. Breve relación del patrimonio natural y cultural. Rancagua, Chile, Corporación de Desarrollo Pro O'Higgins.

Domeyko, I. (1846). Araucanía y sus habitantes. Recuerdos de un viaje hecho en las provincias meridionales de Chile, en los meses de enero y febrero de 1845. Santiago de Chile, Imprenta Chilena.

Ferrari, C. (1970). "El convento franciscano de San Pedro de Alcántara en el siglo XVIII y comienzos del siglo XIX". Historia 9: 37-64.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile. Agricultura. Tomo I. París, Casa del Autor.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Graham, M. (19--). Diario de mi residencia en Chile 1822. España, Editorial América.

Hardoy, J. (1965). La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales. En "Ciencias e Investigación". Vol. 21 (9). Buenos Aires.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile. Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lenz, R. (1905-1910). Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile. Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

León, V. Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile. GeoBlack editores.

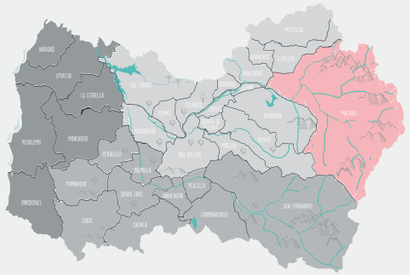
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio (2019). Cuaderno pedagógico de Patrimonio Cultural Inmaterial: el Canto a lo Poeta. Chile.

Molina, J. (2000). Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile. Tomos I y II. Santiago de Chile, Pehuén.

Municipalidad de Las Cabras. Nuestra Historia. Disponible en: https://www.lascabrasmunicipalidad.cl/nuestra-historia/

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile. Editorial Nascimento.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.



MACHALÍ

La paulatina conformación de Machalí y sus actores

Los indígenas denominados chiquillanes, cazadores-recolectores cordilleranos, representaron un importante aporte para la comuna de Machalí, puesto que fueron grandes conocedores de la zona de montaña, la cual atravesaban constantemente para comercializar sal, cazar guanacos, aprovechar los cajones cordilleranos abundantes en agua y pastos y las canteras de piedras para fabricar proyectiles. Restos alfareros, textiles, óseos y petroglifos dan cuenta de la larga data del tránsito humano por la cordillera, lo cual involucraba conocimientos y técnicas específicos por la enorme dificultad de su recorrido. Estas valiosas sabidurías fueron traspasadas a los habitantes de la zona, las que luego se complementarían con los aportes de los hispanos que arribaron al sector (Konna Kuyen, 2017, Gallegos, s/f).

La conformación de la actual comuna de Machalí responde a un largo y esforzado proceso, llevado adelante por los distintos actores que aportaron desde sus áreas de conocimiento, lo cual les permitió erigir una singular comuna, con alma campesina y cordillerana.

La irrupción de los españoles en esta zona trajo aparejados múltiples cambios, entre ellos en la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Esto desencadenó importantes consecuencias, ya que luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de mercedes de tierras y encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios brindados a la corona. Fue así como a contar del siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y entregadas a distintos españoles, quienes erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. Tanto el sistema de encomiendas indígenas como las mercedes de tierras fueron implantados en la zona de Machalí.

Por otro lado, muchos terrenos fueron donados o vendidos a las distintas congregaciones religiosas que se diseminaron por la región. Este fue el caso de los jesuitas, quienes recibieron en donación tierras que hoy corresponden a Machalí, las cuales engrosaron su enorme Hacienda de la Compañía. Precisamente una de las donaciones provino de Catalina de los Ríos y Lisperguer, más conocida como Quintrala. Luego de la expulsión de los jesuitas en 1767 sus terrenos fueron rematados y las tierras de Machalí frecuentemente divididas y vendidas, transformándose en los numerosos fundos y haciendas que han existido en la zona (Lacoste et al, 2017; Konna Kuyen, 2017).

A partir de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, en el Valle Central de Chile se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, los que se sostuvieron en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo. Dentro de estas unidades se realizaron variadas actividades productivas, ya que estos campos solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba, en todo caso, en el hábil trabajo de los campesinos. Ellos consiguieron desarrollar

Reserva Nacional Rio Los Cipreses.
Foto: Municipalidad de Machali.

Machalí posee un interesante conjunto de tradiciones, festividades, mitos y leyendas, los cuales se dividen entre sus perfiles campesino y cordillerano. Igualmente, la zona habría sido el emplazamiento de singulares capítulos de la historia nacional, como cuando se reunieron Bernardo O'Higgins y José de San Martín luego de la Batalla de Maipú. Ambos insignes personajes se encontraron en las famosas Termas de Cauquenes, en la cordillera de Machalí, para reponerse luego de la dura batalla.

Las cualidades curativas de sus aguas eran ampliamente conocidas y fueron un escenario determinante donde dos sujetos cansados, de carne y hueso, repusieron sus fuerzas y, a la vez, definieron el porvenir del continente.

destrezas en las distintas áreas imprescindibles para sostener la vida en aquellos paisajes. En la zona de Machalí destacaron, por ejemplo, las haciendas Cauquenes, Machalí y Chacayes.

El asentamiento de población en determinados lugares durante la Colonia e inmediatamente después, responde a diversos factores, como por ejemplo a la atracción que ejercían las haciendas, conventos, parroquias o estaciones de tren, a cuyo alero existían mayores posibilidades de trabajo, comercio y servicios (León, 2008; Lacoste et al, 2017). En el caso del poblamiento de Machalí, la zona estuvo históricamente habitada por indígenas y luego se sumaron los españoles. Las consiguientes encomiendas indígenas y mercedes de tierras aseguraron habitantes en el sector y, a partir del mestizaje cultural y biológico entre ambos grupos, se consolidó en Machalí la presencia de campesinos mestizos.

Durante este período diferentes sectores de la Región de O'Higgins, entre ellos Machalí, estuvieron sometidos a las dificultades propias de la naturaleza, como por ejemplo las quebradas y desniveles de la Cordillera de los Andes y de la Costa, los deshielos, las crecidas de los ríos y las inundaciones. Todo esto obstaculizaba las comunicaciones, los traslados y el abastecimiento, ya que no permitía la existencia de una red caminera de buena calidad o de caminos carreteros. En tanto, los caminos de herradura, es decir aquellos que sólo podían ser surcados por jinetes sobre sus caballos y recuas de mulas, muchas veces no eran más que peligrosas huellas mal demarcadas (Aguilera, 2013).

En este dificultoso escenario la figura del arriero fue fundamental, ya que gracias a su arriesgado trabajo circulaban mercancías y noticias. Ellos permitieron sobrellevar este relativo aislamiento regional y se transformaron en agentes dinamizadores de la economía local, ya que hacían posible la salida de los productos típicos para comercializarlos en sectores alejados, a la vez que abastecían de aquellos que no se elaboraban localmente. El arriero, por tanto, desempeñó un importante papel como embajador cultural de las distintas creaciones locales. A la vez, estimuló el desarrollo de estas mismas creaciones, puesto que requería productos específicos para desempeñar con éxito sus labores. Fue así como demandó el trabajo de talabarteros y herreros para abastecerse de aperos de buena calidad, tales como monturas, frenos, lazos, alforjas, entre otros. También necesitó mantas y sombreros resistentes para enfrentar las diferentes estaciones de lluvia o sol. De este modo el trabajo de los tejedores también se volvió imprescindible dentro de este encadenamiento productivo, cuya tradición todavía pervive en Machalí (Lacoste et al, 2017; Consultora ASIDES, s/f).

Igualmente, en el trabajo de los arrieros se unen los dos mundos fundantes de la comuna de Machalí: el indígena y el hispano. Los chiquillanes legaron la cultura de montaña, ya que eran grandes conocedores de la cordillera y su geografía, en tanto los españoles aportaron con caballos, cabras y ovejas. A la vez, los hispanos instauraron el sistema de encomiendas y haciendas, ambiente en el cual nació la ganadería de montaña. Esta actividad ha sido históricamente desarrollada por hábiles jinetes, conocidos como baqueanos, quienes aún se encargan de subir el ganado en los meses de octubre-noviembre hacia las

praderas cordilleranas para que se alimenten y engorden, lo cual es conocido como "veranada" y luego los bajan en marzo-abril cuando comienza la época más fría, movimiento denominado "invernada". A estos trabajos se suman las labores de marcar, descornar y capar a los animales, además de cuidarlos del ataque de otras especies, como los pumas y perros. Las actividades de estos arrieros implican un gran sacrificio físico y familiar, ya que se internan en las montañas durante largos períodos de tiempo, debiendo alimentarse, dormir y superar posibles complicaciones físicas con escasos medios y herramientas, ya que la carga debe ser la mínima para optimizar las arduas cabalgatas (Konna Kuyen, 2017).

La ganadería de montaña es un ciclo ecológico que se sostiene en la sabiduría de los arrieros, quienes dejan descansar los pastos para que crezcan hasta la próxima subida. La sacrificada naturaleza de sus labores los obligó a desarrollar múltiples conocimientos, ya que además de diestros jinetes debían ser cocineros, profesores de sus hijos para transmitir el oficio, veterinarios de sus animales, conocedores de las plantas para utilizarlas como medicina y evitar las venenosas, artesanos para mantener y reparar sus aperos, observadores de la naturaleza para anticiparse a los cambios climáticos, etcétera.

Por todo lo anterior, los arrieros han sido actores protagónicos en la historia de Machalí. Ellos fueron responsables de dinamizar su economía, movilizar sus productos típicos y desarrollar la ganadería de la zona. Su trabajo aún pervive en la comuna gracias al esfuerzo de sus cultores y los diversos actores que luchan para mantener viva su sabiduría y tradición, apreciándolos como parte integrante del patrimonio cultural de la zona.

Machalí de los mineros: cobre, El Teniente, Coya, Sewell

Otro importante actor de la comuna de Machalí es el minero. La zona cordillerana ha estado íntimamente ligada a la extracción del cobre, la cual se remontaría al período Agroalfarero Temprano. La abundancia de este metal fue destacada por distintos viajeros y cronistas coloniales, como por ejemplo el Abate Molina, Jerónimo de Vivar, Mariño de Lovera, Diego de Rosales y Carvallo y Goyeneche (Lacoste et al, 2017).

Cuenta la leyenda que un soldado español desertor se internó en la cordillera y encontró una rica veta de cobre, la cual fue bautizada "El Teniente", debido al rango de su descubridor (Pineda, 1998). Otra versión indica que el Teniente Juan de Dios Correa y Saa comenzó la explotación de esta mina, por lo cual los trabajadores decían "vamos a las minas del Teniente" (Drago, 1993). Más allá de la leyenda, se sabe que las tierras correspondientes a Coya tuvieron entre sus propietarios a la Quintrala, quien las donó a la Compañía de Jesús en 1628 y posteriormente fueron compradas por Mateo de Toro y Zambrano, Conde de la Conquista. En 1905 su propietario negoció con la empresa norteamericana Braden Copper Co. para explotar el cobre, conformándose el pueblo de Coya como un campamento minero, precursor de Sewell. A partir de esto la zona sufrió una importante metamorfosis, ya que los trabajadores campesinos de la antigua hacienda se transformaron en mineros y muchos otros llegaron atraídos por la labia del "enganchador", sujeto que recorría los campos en búsqueda de mano de obra para la mina. De este modo Coya se consolidó como poblado minero. Precisamente la Población Errázuriz, sitio de viviendas obreras, fue declarado en 2013 como Monumento Nacional en la categoría de Zona Típica (Lacoste et al, 2017). Misma suerte corrió Sewell, poblado fundado en las cercanías de la mina, también conocido como la "ciudad de las escaleras" y que fue declarada Monumento Nacional en la categoría de Zona Típica en 1988 y Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2006.

Por otra parte, el ferrocarril tuvo la importante función de transportar el metal durante su época de apogeo. En 1911 se terminó de construir el tramo ferroviario desde Rancagua a Coya y en 1912 hasta Sewell (León, 1996; 2008). Posteriormente, en 1967 se comenzó a edificar la Carretera del Cobre, a través de la cual se continúa bajando el mineral y permitió que la población de mineros migrara desde Sewell y Coya hacia Rancagua y Machalí, formando allí verdaderos polos de identidad urbana (Fuentealba et al, 2009; Lacoste et al, 2017).

Casa 100, en Coya. Actualmente pertenece al Estado de Chile y es ocupada como residencia presidencial alternativa.
Foto: Municipalidad de Machalí.

Sewell, declarado Monumento Nacional en la categoría de Zona Típica en 1988 y Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2006.

La historia de la mina El Teniente no sólo definió el perfil de un grupo de machalinos, sino que también marcó tristemente la historia. La denominada Tragedia del Humo ocurrió el 19 de junio de 1945, cuando un incendio comenzó en la maestranza y asfixió a los trabajadores que se encontraban dentro de la mina. Lamentablemente las deficientes medidas de seguridad, el nulo plan de emergencia, la mala coordinación y las condiciones arquitectónicas ocasionaron 355 muertos. A raíz de esta catástrofe se constituyó la Fundación O'Higgins, que entregó compensaciones y viviendas a las familias afectadas en la denominada "población Las Viudas". El recuerdo de esta tragedia permanece vivo, especialmente entre los machalinos cercanos al mundo minero, los que cada 19 de junio conmemoran a las víctimas en el Cementerio N° 2 de Rancagua (Pineda, 1998).

Tradiciones y productos típicos de Machalí

Los forjadores de Machalí lograron abrirse espacio en medio de su naturaleza para convertirla en su hogar. Para abastecerse de alimentos, ropas y demás utensilios necesarios para su vida y trabajo, utilizaron los conocimientos legados por sus antepasados y los desarrollados por ellos mismos. Fue así como se convirtieron en hábiles horticultores, frutícultores, ganaderos y viticultores, además de talabarteros, herreros, alfareros, tejedores y mineros. Ellos erigieron importantes tradiciones y productos típicos que son parte del patrimonio de los machalinos, ya que relatan la historia de conformación y consolidación de su comuna.

Desde el pasado estas tierras han destacado por su fertilidad, en lo cual juega un rol determinante el río Cachapoal (Solano, 1867). No obstante, para que de ellas brotaran frutas y hortalizas se requirió, necesariamente, del trabajo de los campesinos. En esto el aporte indígena se hizo presente a través de sus plantas, semillas y los conocimientos en torno al manejo del agua. Por su parte los hispanos legaron las vides, las cuales condicionaron el futuro de toda la región. Estas plantas se adaptaron positivamente al paisaje del Valle de Cachapoal y sus campesinos erigieron la cultura del cuidado de la vid,

a partir de la cual crearon valiosos productos típicos como los vinos, aguardiente, chicha y chacolí.

Como se mencionó anteriormente, las actividades asociadas al trabajo de la tierra y al transporte realizadas por los arrieros, requerían productos específicos y de buena calidad, como los confeccionados por los herreros y talabarteros. En la Región de O'Higgins existieron varios polos de desarrollo de ambas actividades, algunos de los cuales perviven en la actualidad. Por ejemplo, en Machalí se conserva el trabajo de los talabarteros (Consultora ASIDES, s/f).

Otra histórica actividad de los campesinos de la comuna es la ganadería, usada tanto para la obtención de alimentos como otros subproductos. De las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo y las domaduras, las cuales perviven en Machalí (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins.

La alfarería es una importante tradición prehispánica que se anidó en la región y, especialmente, en la zona de Machalí. Estos conocimientos sobrevivieron al paso del tiempo y fueron preservados por sus cultores, permitiendo que esta práctica continúe en la actualidad. Con el trabajo en barro los machalinos se han abastecido históricamente no sólo de utensilios, sino que también de vivienda. El manejo de la tierra cruda es un emblema de la tradición campesina que supo valorar sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención, en base a la cual desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar. Las creaciones basadas en la tierra, por lo tanto, forman parte del paisaje patrimonial de Machalí, a pesar de que los embates de los terremotos han destruido gran cantidad de estas construcciones (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Lacoste et al, 2014; Consultora ASIDES, s/f).

Fiesta Machalí Criollo. Foto: Municipalidad de Machalí.

Por otro lado, de la cordillera de Machalí sus habitantes han obtenido, desde tiempos remotos y con gran esmero, otro importante producto típico, el cobre. Como se indicó, las actividades asociadas a su obtención son muy antiguas, al igual que las labores de los orfebres, quienes en la actualidad se encargan de redimir este material y poner un sello urbano en sus trabajos, como por ejemplo en las piezas de joyería. Ante la desaparición de estos cultores en la zona, se fundó la Escuela de Orfebres de Coya, la cual ha sido determinante para rescatar la actividad. Gracias a su calidad, los trabajos desarrollados por los orfebres locales han obtenido importantes premios y reconocimientos internacionales (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes A, 2013; Lacoste et al, 2017; Consultora ASIDES, s/f).

Los productos típicos que han nacido en la comuna de Machalí responden, por lo tanto, a sus distintos momentos históricos, a las necesidades de sus habitantes y a los conocimientos y herramientas que han tenido a su disposición. Estas creaciones originales son la manifestación concreta de los conocimientos de los campesinos machalinos, los cuales también provienen de los aportes indígenas y europeos. De este modo, a través de sus productos típicos es posible reconstruir la historia de la conformación y consolidación de la comuna.

Entre campo y cordillera: fiestas, tradiciones, mitos y leyendas de Machalí

Machalí posee un interesante conjunto de tradiciones, festividades, mitos y leyendas, los cuales se dividen entre sus perfiles campesino y cordillerano. Igualmente, la zona habría sido el emplazamiento de singulares capítulos de la historia nacional, como por ejemplo cuando se reunieron Bernardo O'Higgins y José de San Martín luego de la Batalla de Maipú. Se cuenta que ambos insignes personajes se encontraron en las famosas Termas de Cauquenes, en la cordillera de Machalí, para reponerse de la dura batalla, ya que las cualidades curativas de sus aguas eran ampliamente conocidas, incluso previo a la irrupción española. O'Higgins fue quien motivó a San Martín para que acudiera a mejorar las molestias de su reumatismo (Drago, 1993). Allí, habrían tomado importantes decisiones para el futuro de América, como lo fue el planeamiento de la Campaña al Perú. De este modo, aquellos baños termales adquieren el importante rol de vórtice, a través del cual es posible transportarse hacia el pasado y las luchas independentistas del continente. No se trata sólo de reponedoras aguas calientes, sino que fueron un escenario determinante donde dos sujetos cansados, de carne y hueso, repusieron sus fuerzas y, a la vez, definieron el porvenir del continente. Allí se funden, por lo tanto, las dimensiones humanas de ambos personajes con su perfil más poderoso, aquel que los dotaba de una incomparable influencia en aquel momento histórico.

Por otro lado, en Machalí se han consolidado diferentes festividades que ponen en el epicentro aspectos profundos e íntimos de su comunidad, como lo son sus tradiciones, productos típicos y religiosidad. Una de ellas es la "Fiesta Machalí criollo", actividad que surgió de la motivación de diversos actores comunales que buscaban preservar las tradiciones de la zona. En esta fiesta costumbrista se realizan múltiples actividades tradicionales, como las domaduras, desfiles, esquinazos, misa a la chilena y juegos criollos. Igualmente, participan expositores de productos típicos y gastronómicos del Valle de Cachapoal (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Aguilera, 2021). Otra celebración es la "Semana Coyina", en la que también se da cabida a la gastronomía tradicional y a las producciones locales, las cuales se desarrollan junto con un show artístico que congrega a gran cantidad de público. También son tradicionales en la comuna las celebraciones de Fiestas Patrias en el Cerro San Juan. Concurrir a este cerro es una antigua práctica entre los machalinos, la cual ha sobrevivido al paso del tiempo y a los cambios en dicha zona.

Otra importante celebración local, que es patrimonio del campo chileno en general, es la de Cuasimodo. Esta actividad se desarrolla el domingo siguiente de la Pascua de Resurrección, cuando el sacerdote es acompañado por los feligreses a entregar la comunión a los enfermos que no pudieron asistir a la eucaristía pascual. En su periplo es escoltado por huasos y folcloristas, además de los vecinos de Machalí (Geografía UC-Proyectos, 2016).

Al igual que Cuasimodo, el Canto a lo Poeta es otra expresión del mundo campesino presente en la comuna. Es una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años, en la cual se funden los ámbitos cultural y religioso. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios o matrimonios (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes A, 2013).

Un importante elemento del patrimonio cultural de Machalí son sus mitos y leyendas. Precisamente su nombre haría alusión al carácter mítico de la comuna, el cual proviene de la lengua mapuche y significaría "tierra de brujos" o "hay machis" (Plath, 1962; Herrera, 2010; Vásquez et al, 2013). En la zona existen múltiples relatos protagonizados por extraños personajes, como el Carcancho, la Calchona y el Chupacabras. El primero sería un hombre peludo que habita la montaña y no ha logrado ser atrapado ya que avanza a gran velocidad entre la nieve. La Calchona es descrita como un personaje similar a una oveja que se aparece para pedir comida a los viajeros solitarios y si éstos se niegan los arroja al suelo para pisotearlos. En tanto el Chupacabras, monstruo que succiona la sangre de sus víctimas, se indica como el responsable de las extrañas muertes de animales en la zona de El Pantanillo (Vásquez et al, 2013).

Un personaje infaltable en los relatos campesinos de Chile es el Diablo. Se cuenta que en el cerro San Juan existiría una piedra plana donde se observa la huella de un zapato de huaso con espuelas, la que pertenecería al Diablo. En tanto, en la zona de El Cajón aseguran que está la cueva que le serviría como refugio. Otros relatos indican que en Coya y en la Hacienda Machalí deambulaba en un carruaje tirado por un animal negro. En este último lugar su motivación era mortificar al propietario de la hacienda, con quien entabló un pacto para salvarlo de las dificultades económicas que atravesada. Cuentan que cuando el hacendado murió, en su ataúd no se encontró el cadáver, sino que sólo piedras. Sus hijas, atemorizadas por la presencia maligna, instalaron una cruz para calmar el ánimo de los trabajadores, la cual habría sido traída desde Francia en la década del 30. Esta leyenda es conocida como "El Cristo de la Hacienda" (Vásquez, et al, 2013; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Consultora ASIDES. (s/f). Catálogo de actores culturales, Machalí. Chile.

Drago, G. (1993). Historia de Rancagua. Rancagua, Chile.

Fuentealba, P., Elton, A., Hernández, M., Gómez, V., España, M., Molina, J. (2009). Informe final sistematización del estudio. Estudio para el fortalecimiento de la identidad de la Región del Libertador Bernardo O'Higgins. Rancagua, Chile.

Gallegos, P. (s/f). Codegua y su historia. En: http://www.municipalidaddecodegua.cl/codegua/historia.html

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Konna Kuyen. (2017). Baqueano. Arrieros de la Comuna de Machalí. Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Pineda, W. (1998). Historia de una tragedia. Rancagua, Editorial Bernau.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

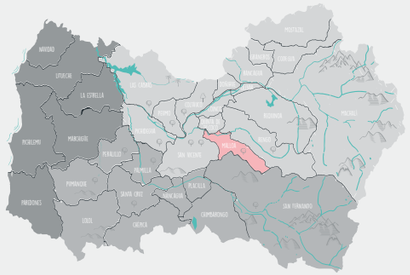
Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. D. Appleton & C., Nueva York.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.



MALLOA

La paulatina formación de Malloa, estímulos y sus actores

El aporte indígena en la conformación de la comuna de Malloa fue determinante. La cultura local se vio complejizada por los aportes incaicos. Un testimonio de aquella influencia serían los siete soles grabados en el lado suroriente del cerro Malloa, los que podrían haber sido plasmados con motivo de la incursión inca alrededor de 1416. Estos mismos soles se encuentran representados en el escudo de la comuna (Plath, 1962; Bengoa, 2005; León, 2008; Lira, 2014; Sepúlveda et al, 2014).

La posterior irrupción de los hispanos en la región involucró grandes cambios en distintos ámbitos, por ejemplo en el entendimiento y valoración de aspectos esenciales como el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Algunos nuevos mecanismos implantados fueron

las reparticiones de tierras y las encomiendas indígenas, ambos utilizados como medios de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la Corona Española. De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas o los denominados pueblos de indios (Solano, 1867; Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa.

Precisamente desde el temprano siglo XVI la zona de Malloa fue dividida y entregada en diferentes mercedes de tierras a los conquistadores. Del mismo modo se les asignaron encomiendas indígenas, las que fueron responsables de la producción de aquellas tierras y, por consiguiente, de la economía de los encomenderos. En Malloa también se instauró un pueblo de indios y se les asignó un cacicazgo para servir de intermediario entre los locales y el encomendero. Todo lo anterior resume las primeras relaciones entabladas entre ambos grupos, las cuales transformaron el modo de vida sostenido hasta ese momento por los indígenas y sentó las bases del posterior sistema de haciendas que se consolidó en el sector (Góngora, 1970; Muñoz, 1990; 2008).

Posteriormente, las grandes mercedes de tierras dieron origen a las haciendas y fundos, dentro de los cuales se reprodujeron nuevas relaciones y modos de producción. De este modo se erigió en la región el sistema de haciendas, el que se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En paralelo a las transformaciones de la tierra, otros factores influyeron en la concentración de población en la zona de Malloa. Las familias campesinas se asentaban en determinados lugares de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas por las oportunidades de trabajo e incluso vivienda que ofrecían, cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y permitían el surgimiento de poblados, servicios y comercios o alrededor de conventos como el de San Antonio en Malloa, fundado por los franciscanos en 1635 (León, 2008; Lacoste et al, 2017).

Los conventos actuaron como verdaderos polos de desarrollo en el Chile colonial, ya que en torno a ellos se articularon asentamientos y rutas comerciales. Así, brotaron mercados en zonas periféricas que se animaban con las fiestas religiosas que congregaban a feligreses de distintos puntos, quienes encontraban allí el espacio propicio para el intercambio de sus productos. Los conventos también estimularon conocimientos, técnicas y la proactividad de los lugareños, ingredientes claves para la creación de productos con identidad. Por lo anterior es que en los lugares donde los conventos tuvieron marcada presencia, surgieron productos típicos fuertemente enraizados en la identidad local (Lacoste et al, 2017).

Con posterioridad, en el siglo XIX el Estado chileno emprendió un ambicioso e importante proyecto, como lo fue la construcción de una red ferroviaria para unir los distintos sectores del país, con la finalidad de acortar distancias y acelerar el traslado de las cargas. Esto tuvo gran impacto en la sociedad de la época, ya que fungió como un medio de transporte eficaz para toda la población, sin distinguir estratos socioeconómicos, y permitió aliviar el histórico aislamiento que aquejó a varios sectores del país. Los habitantes de la Región de O'Higgins debieron sobreponerse a esta complicación utilizando su ingenio y esfuerzo, ya que su naturaleza se encontraba signada por las complejidades de la Cordillera de la Costa, de Los Andes, los grandes desniveles y las complicaciones estacionales del invierno, todo lo cual hacía muy dificultoso el traslado en la época colonial e inicios de la República. Los caminos carreteros no eran viables en dichas condiciones, por lo que el arriero fue el personaje clave para conectar estos sectores, permitir las comunicaciones, el intercambio y abastecimiento de productos (Aguilera, 2013; Lacoste et al, 2017).

Las cualidades de las tierras de Malloa han sido reconocidas desde antaño. A las buenas condiciones naturales de Malloa se sumó la cultura de trabajo de sus habitantes, lo que explicaría que hasta el día de hoy la agricultura y fruticultura de la zona sean de gran calidad.

La construcción del ramal Pelequén – Las Cabras y El Carmen tuvo enorme impacto en la comuna, en cuyas tierras se construyeron las estaciones de Malloa y Pelequén, esta última en 1862 (Núñez, 1910). Además de permitir la conectividad de los habitantes del interior con los grandes centros como San Fernando y Santiago, facilitó la salida de las producciones locales como las frutas, verduras, vinos y demás productos típicos del Valle de Cachapoal. A la vez propició el arribo de aquellos elementos que internamente no se elaboraban, todo lo cual estimuló la economía regional. La llegada del tren trajo aparejada la concentración de personas en torno a sus estaciones, donde se generó una sinergia entre comercios, servicios y nuevos habitantes (León, 1996; 2008; León y Valenzuela, 2014; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

La formación de Malloa, por lo tanto, respondió a un largo y complejo proceso, en el cual influyeron tanto sus primeros habitantes indígenas, como los posteriores campesinos mestizos nacidos de la conjunción biológica y cultural entre locales y europeos. A lo anterior se sumaron distintos estímulos propios del curso de la historia colonial de Chile, como lo fueron las encomiendas y mercedes, y también otros catalizadores como las haciendas, conventos y estaciones de tren. Esto explica que el nacimiento de la comuna de Malloa haya sido paulatino y no se ajuste rígidamente a las fechas formales de fundación, como cuando se declaró villa el 17 de febrero de 1873 o se decretó comuna el 22 de diciembre de 1891 (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Malloa: campesinos, productos típicos y toponimia

Las historias de las comunas de la Región de O'Higgins están condicionadas por su entorno natural. Éste fue determinante en facilitar o dificultar el curso de las vidas de sus habitantes. Por ejemplo, los obstáculos naturales impidieron la conectividad entre distintos sectores, complicaron sus comunicaciones y traslados. Con todo, este relativo aislamiento también estimuló en los campesinos la valiosa habilidad de autosustentarse de alimentos, ropas y herramientas necesarias para sus labores. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Los campesinos de Malloa aprovecharon las bondades de su tierra y desarrollaron productos típicos de gran valor, tanto por su utilidad como por su significado más profundo, ya que también son expresiones de la identidad comunal y fiel reflejo de la cultura de trabajo de sus habitantes. Algunos de sus productos típicos surgieron de la comunión entre los aportes locales e hispanos. Por ejemplo, los españoles introdujeron las vides, plantas que se adaptaron rápidamente al suelo y clima de la comuna, y posteriormente sus habitantes conjugaron los conocimientos recibidos de sus antepasados con las nuevas técnicas europeas y desarrollaron una interesante cultura de la vid. En base a este cúmulo de experiencias y saberes, los campesinos viticultores de Malloa dieron vida a productos típicos como el vino, aguardiente, chicha y chacolí. Precisamente Malloa fue reconocido como un distrito con clara vocación vitivinícola en el siglo XVIII (Plath, 1962; Muñoz, 2000-2001; Muñoz et al, 2013; Lacoste et al, 2015a; 2017).

Los brebajes elaborados con las uvas malloínas conservan su gran prestigio hasta la actualidad y son testimonio de las habilidades de sus autores. La cultura del aguardiente tuvo diversos polos destiladores en la región y se anidó fecundamente en zonas como Malloa y Doñihue. Por su parte la historia de la chicha es muy remota y en el siglo XIX llegó a representar un tercio de la producción nacional. Hasta el día de hoy posee un rol protagónico en celebraciones nacionales como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército. En tanto la historia del chacolí, vino joven sin envejecimiento en barrica ni guarda en botella, se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y también representó un tercio de la producción total nacional. Es un vino típico de la vitivinicultura popular chilena que surgió de manos de los campesinos viticultores del Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central. Este vino sufrió los embates de las corrientes tecnócratas que desdeñaron las cepas y procedimientos locales, no obstante, logró sobrevivir de la mano del consumo popular y la producción tradicional de zonas campesinas como Malloa (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Lacoste et al, 2015b; 2015c; 2017).

Las cualidades de las tierras de Malloa han sido reconocidas desde antaño. Durante la Colonia se destacó la fecundidad de sus ajiares, concepto totalmente desconocido para los hispanos. Los ajiares eran huertos especializados en el cultivo del ají, ajo, cebollas y otras verduras y hortalizas, destinados al consumo local y abastecimiento de los arrieros que deambulaban por la zona. Después de la ganadería, el trigo y los viñedos, los ajiares fueron una de las ramas más dinámicas de la economía local colonial (Muñoz et al, 2013; Lacoste et al, 2017). A las buenas condiciones naturales de Malloa se sumó la cultura de trabajo de sus habitantes, lo que explica que hasta hoy la agricultura y fruticultura sean de gran calidad.

Conjuntamente, la tierra de la comuna suministró greda de tono café claro, materia prima para el desarrollo de la cultura alfarera del sector. La alfarería americana tiene una larga tradición prehispánica,

Artesano de piedra.
Foto: Francisca Orellana.

Artesano de madera Carlos Lucero.
Foto: Bruno Barra.

Iglesia Santa Rosa de Lima de Pelequén. Foto: Municipalidad de Malloa.

la cual se anidó en la Región de O'Higgins, hasta donde llegó el influjo de antiguas civilizaciones como la Tiawanaku y posteriormente la Inca. Se ha propuesto que estos ancestrales conocimientos subsistieron resguardados dentro de los pueblos de indios, como el de Malloa. El arraigo de la cultura alfarera en el sector sería incluso la inspiración para el nombre de la comuna, ya que "Malloa" provendría de las voces quechua o mapuche, pudiendo significar "greda blanca" (Plath, 1983; Herrera, 2010; Lacoste et al, 2017).

En Malloa pervive otra importante y ancestral actividad, como lo son las piedras labradas. Esta tradición, al igual que la alfarería, es de larga data en el continente y en el Valle Central de Chile existen numerosos ejemplos que ratifican el influjo de la cultura incaica en esta materia. En la zona de Pelequén existen canteras de las cuales se obtienen la piedra rosada y la piedra de Rigolemo, el denominado marfil chileno. Con estas piedras se elaboran diversos productos como grutas, bancas, morteros, maceteros, entre otros (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2008; 2013). De acuerdo con los registros de época, los conocimientos asociados a esta actividad irradiaron desde la zona de San Fernando, ya que allí se concentró gran cantidad de canteros y carpinteros en el siglo XIX (Lacoste et al, 2017). Actualmente se encuentra en proceso de postulación la marca colectiva "Kuraken. Canteados de Peleken", ante el Instituto Nacional de Propiedad Industrial, lo cual otorgaría protección y reconocimiento a la Asociación Gremial de Artesanos y sus creaciones.

Una actividad que surgió en el siglo XX es la artesanía en madera, la cual aporta significativamente al reconocimiento de la zona, ya que su punto neurálgico se ubica en la Carretera 5 Sur, algunos kilómetros al norte de los talleres de artesanía en piedra de Pelequén. Esta artesanía en madera se dedica al mobiliario doméstico, principalmente sillas. Sus artesanos representan un positivo ejemplo para la comuna, ya que se organizaron en la "Asociación Gremial de Artesanos de la madera Rosedal Malloa" y anualmente organizan una interesante festividad en conjunto con los canteros de Pelequén (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes 2013; Lacoste et al, 2017).

Religiosidad, fiestas, mitos y leyendas de Malloa

Las celebraciones típicas se inspiran en los aspectos más significativos para su comunidad, como por ejemplo sus actividades tradicionales, gastronomía típica y religiosidad. Por lo anterior es que las fiestas costumbristas forman parte del patrimonio cultural de las comunidades (Aguilera, 2021). Un ejemplo de festividad enfocada en las actividades tradicionales es la "Fiesta de la Madera y Piedra de Pelequén", que se desarrolla cada 5 de noviembre y pone en el epicentro a estas dos actividades tan arraigadas en la zona (Lacoste et al, 2017).

En Malloa la religiosidad de sus habitantes estuvo potenciada en el pasado por el convento franciscano y en el presente se manifiesta en sus multitudinarias celebraciones. Una de las más importantes es la "Fiesta de Santa Rosa de Lima", en Pelequén. Según indica la tradición oral, esta fiesta se originó en la primera mitad del siglo XIX, cuando llegó a la zona un soldado peruano herido que portaba una imagen de Santa Rosa de Lima, a quien se le atribuyó el milagro de su sanación. Posteriormente la imagen habría sido instalada en la iglesia del sector y venerada cada mes de agosto. Otra versión señala que un hombre talló sobre una figura del Niño Dios los rasgos de su enamorada llamada Rosita, hija de los propietarios de la escultura, quienes decidieron continuar la veneración de la imagen transformada en Santa Rosa de Pelequén. Con todo, a fines del mes de agosto se congregan numerosos feligreses provenientes de diversos sectores de la región y el país. Esta instancia además es aprovechada por los cientos de comerciantes que se reúnen para ofrecer sus productos, muchos importados, aunque algunos todavía son productos típicos confeccionados por manos regionales (León, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016; Aguilera, 2021).

Otra importante festividad religiosa es la "Fiesta de San Judas Tadeo". Su veneración comenzó luego de una fuerte epidemia de cólera que azotó en 1887. El párroco de la zona se encontraba en Italia al momento de la desgracia, por lo que llevó a Malloa un cuadro con la

imagen de San Judas Tadeo, el cual fue gratamente recibido por los vecinos en la estación de trenes de Pelequén. Se dice que a partir de ese momento los enfermos sanaron milagrosamente. La celebración del Santo comienza el 29 de septiembre y finaliza el 28 de octubre, período en el cual la imagen recorre las diversas comunidades hasta llegar a la parroquia de Malloa, momento en que se celebran misas y la imagen es sacada en peregrinación por la ciudad (Mora, 2011; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016).

"Cuasimodo" es otra celebración muy arraigada en el campo chileno, incluido Malloa. Se lleva a cabo el domingo siguiente de la Pascua de Resurrección, cuando el sacerdote es acompañado por la comunidad a entregar la comunión a los enfermos que no pudieron participar en la celebración de Pascua (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Conjuntamente, en Malloa existe una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años: el Canto a lo Poeta, expresión campesina de índole cultural y religiosa. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo malloíno, como misas, bautizos, velorios y matrimonios (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

El campo chileno es cuna de gran cantidad de mitos y leyendas, en los cuales se expresa la idiosincrasia de sus habitantes. Malloa no es la expresión, ya que cuenta con un interesante repertorio que tiene como protagonistas a reconocidos personajes, como el Diablo y la Llorona. Uno de los relatos más importantes es la "Leyenda de Malloa". Se cuenta que Malloa era una hermosa joven, hija del cacique Rigolemu y Tralana. Ella fue pretendida insistentemente por sus primos Corcolén y Panquehue, pero ella se prendó de Pelequén, quien la ayudó a deshacerse de sus otros enamorados con flechas envenenadas. La desgracia de Malloa comenzó cuando su madre Tralana huyó con el mocetón Nunco, lo que desató la ira de su padre, quien acudió al hechicero Chuchué para que los convirtiera en bloques de piedras, los que todavía existen en las laderas del cerro Corcolén. Todo esto hastió el espíritu de Malloa quien terminó por asesinar a Pelequén. A continuación, en búsqueda de consuelo consultó al hechicero Chuchué, quien le propuso matrimonio. Primero dudó, pero finalmente aceptó el ofrecimiento y en ese preciso momento comenzó un ruido ensordecedor seguido por un gran movimiento de tierra que partió el cerro y dejó enterrados a ambos personajes para siempre (Plath, 1983; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, nº 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (2005). Historia de los antiguos mapuches del sur. Santiago de Chile, Catalonia.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2008). Chile artesanal patrimonio hecho a mano. Estudio de caracterización y registro de artesanías con valor cultural y patrimonial. Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, 21 (9). Buenos Aires.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Briones, F., Cussen, F., Soto, N., Rendón, B., Mujica, F., Aguilera, P., Cofré, C., Núñez, E., Adunka, M. (2015b). "Vinos típicos de Chile: ascenso y declinación del chacolí (1810-2015)". Idesia (Arica), 33(3), 97-108.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015a). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Pszczólkowski, P., Briones, F., Aguilera, P., Mujica, F., Garrido, A. (2015c). "Historia de la chicha de uva: un producto típico en Chile". IDESIA, 33 nº 2: 87-96.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

León, V., Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Lira, H. (2014). Cosas y casos de Chimbarongo. La ciudad pequeña más grande de Chile. Chile, DIBAM.

Mora, F. (2011). Fe y memoria. Religiosidad popular en la Región de O'Higgins. Santiago de Chile.

Muñoz, J. (1990). "Los hijos naturales en la Doctrina de Malloa". En: Pinto, S. (Ed.). Familia, matrimonio y mestizaje en Chile Colonial. Santiago de Chile, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Ciencias Históricas.

Muñoz, J. (2000-2001). "Las viñas y el vino en Colchagua en el siglo XVII". Boletín de la Academia Chilena de la Historia, Nº 110. Santiago de Chile.

Muñoz, J. (2008). "La concesión de mercedes de tierra en la Doctrina de Malloa (Colchagua, siglos XVI y XVII)". Espacio Regional (1), 5: 69-95.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J., Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788. Chile.

Núñez, S. (1910). Los ferrocarriles del Estado. Santiago de Chile, Imprenta i encuadernación Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimento.

Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

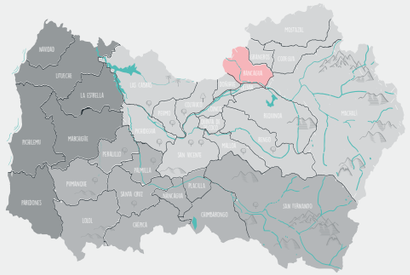
Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Sepúlveda, J., San Francisco, A., Jiménez, B., Pérez, S. (2014). El pucará del cerro La Muralla. Mapuches, incas y españoles en el Valle del Cachapoal. Santiago de Chile, Mutante Editores.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton y C.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



RANCAGUA

La conformación de la Villa de Santa Cruz de Triana

Los indígenas habitantes del sector lo denominaron "Rancague", toponimia que finalmente sobrevivió modificada como "Rancagua". Respecto de su significado, esta palabra provendría del mapudungun y señalaría la presencia de cañaverales o "ranca", una planta abundante en terrenos húmedos de la Zona Central (Lenz, 1905; Herrera, 2010).

La llegada de los españoles a estos territorios fue una verdadera revolución en distintos ámbitos, entre ellos la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de mercedes de tierras y las encomiendas indígenas a modo de reconocimiento y pago a los conquistadores por sus servicios en la empresa conquistadora. Precisamente a contar del siglo XVI las tierras del

Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. De acuerdo con su lógica de ocupación, solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Góngora, 1970).

En el territorio de la actual comuna de Rancagua se implantaron las mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, a partir de las cuales se sostuvieron significativas producciones, como textiles, vinos y crianza de ganados (Góngora, 1970; Muñoz y Abarzúa, 1995). Los indígenas también trabajaron al servicio doméstico y agrícola del encomendero, incluso en las labores de los trapiches que procesaban lo obtenido de las minas, como Alhué (Solano, 1867; Drago, 1993; Miranda, s/f). Dentro del pueblo de indios levantaron fructíferas sementeras y chacras de todo tipo, de las cuales obtenían trigo, maíz, papas y frijoles. Estos productos aseguraron la alimentación de la nueva Villa de Santa Cruz de Triana, que se fundó en 1743. El nombre de esta nueva villa se inspiró en un barrio de la ciudad de Sevilla, asimilación muy común entre los hispanos que bautizaban los territorios americanos (Solano, 1867; Mujica, 1943; Herrera, 2010; Miranda, s/f).

Desde antaño las tierras de esta zona se destacaban por su gran productividad. Gracias al trabajo conjunto de indígenas e hispanos y al sincretismo entre sus conocimientos, animales y semillas, el sector de la actual Rancagua cimentó las bases de sus exitosas producciones, como la viticultura, fruticultura, agricultura y ganadería. A partir de esta última actividad se obtuvieron productos como el sebo, cordobanes, grasa, charqui, lenguas saladas, entre otros, que eran bien exportados hacia Perú (Drago, 1993; Muñoz y Abarzúa, 1995).

Las congregaciones religiosas desempeñaron un significativo rol en la conformación y consolidación de los pueblos, ya que además de brindar apoyo en materias de fe, fomentaron el asentamiento y comercio en torno a sus conventos (Lacoste et al, 2017). Precisamente en la zona de Rancagua los mercedarios, franciscanos y jesuitas consiguieron notoria influencia. Respecto de estos últimos, fueron propietarios de la extensa y muy fructífera Hacienda de la Compañía

Rancagua es la capital de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, pero su historia va mucho más allá de este nombramiento. Esta zona ha sido epicentro histórico de distintos sucesos. Primeramente, la habitaron grupos indígenas que conjugaron sus conocimientos con los aportes hispanos.

Vista aérea Plaza de Armas de Rancagua. Foto: Municipalidad de Rancagua.

de Jesús y también cooperaron en la fundación de la Villa de Santa Cruz de Triana por medio de madera, leña y caballos (Drago, 1993; Miranda, s/f). Por su parte, la Orden de la Merced fundó en 1758 el Convento de San Ramón de Nonato, que sirvió de base para los equipos misioneros encargados de profesar la fe en los campos de los alrededores.

A raíz de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, en Chile y especialmente en el Valle Central surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, los que se sostuvieron en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino. El modelo de hacienda chilena tuvo un orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. Los propietarios, pertenecientes a la aristocracia chilena, utilizaban sus propiedades como trampolín para alcanzar las altas esferas políticas o tenían familiares que se desenvolvían en aquel ambiente (Lacoste et al, 2017). Es más, dentro de la Región de O'Higgins se encontraría el denominado "riñón de la oligarquía", en referencia a los fundos más destacados y tradicionales de las grandes fortunas de Chile (Bengoa, 2015).

En los extensivos terrenos de las haciendas y fundos de Rancagua se llevaron adelante variadas actividades productivas, ya que los campos solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba, en todo caso, en el hábil trabajo de los campesinos (Bengoa, 2015). Ellos consiguieron desarrollar las destrezas necesarias para sostener sus vidas en aquellos paisajes.

Rancagua y sus productos típicos: frutos del sacrificio campesino

La historia de Rancagua cuenta con importantes capítulos de abundancia y éxito, los que en todo caso vinieron dados por el sacrificio y conocimientos de sus habitantes. Ellos domesticaron a la naturaleza salvaje, lograron sobreponerse a las dificultades propias de la zona y consiguieron alzar su fructífero paisaje cultural, en el cual han desarrollado sus vidas y creaciones (UNESCO, 2004; Álvarez, 2011; Carta Iberoamericana del Paisaje Cultural, 2012).

Si bien los campos de Rancagua son generosos con sus frutos, éstos requieren necesariamente del incansable trabajo de los campesinos para brotar. Para esto, los hombres y mujeres del sector se han valido de los conocimientos y técnicas heredados de sus antepasados y perfeccionados por ellos mismos. Gracias a estos han conseguido erigir la exitosa historia agrícola, frutícola y vitivinícola de la comuna.

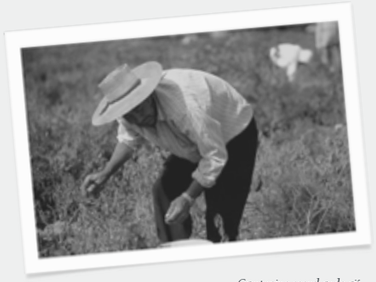
La excelente calidad de las tierras de Rancagua fue frecuentemente comentada por quienes recorrieron este valle (Solano, 1867; Carvallo, 1875). Desde los primeros tiempos coloniales los ganados y trigo se multiplicaron generosamente. Esta misma abundancia de granos permitió que Chile fuese el principal productor del Cono Sur, tanto para el abastecimiento interno como para la exportación hacia Perú y tra-

jo aparejada la necesidad de contar con molinos en la zona (Lacoste et al, 2017; Miranda, s/f). En este contexto el molinero también se consagró como un importante actor encargado de estos verdaderos motores de la naciente agroindustria de la región.

Por su parte, los frutales se arraigaron vigorosamente en estas tierras y permitieron el surgimiento de importantes actividades, como por ejemplo la viticultura. Gracias a su introducción hispana, los campesinos comenzaron a desarrollar la cultura del cuidado de la vid, la cual incorporaron totalmente a su cotidianeidad y paisajes tradicionales. En diversos documentos coloniales, como inventarios y testamentos, se consigna la existencia de viñas e instrumentos asociados a la producción de vinos, licores y aguardientes (Muñoz y Abarzúa, 1995; Lacoste, et al, 2015; 2017). La tradición de elaboración de vinos de calidad sostenida en el tiempo le ha otorgado fama internacional a Rancagua y al Valle de Cachapoal en general.

A comienzos del siglo XX, la gran abundancia de frutas y hortalizas en la zona rancagüina, propiciada por su microclima especial, permitió la temprana existencia de la industria de conservas. Un ejemplo de esto fue el Fundo Santa Inés, en el cual se registró esta producción para venderlas en Santiago y también para exportarlas (Bengoa, 1990; 2015). Lo anterior estimuló la existencia de oficios asociados, como las herrerías y fundiciones que abastecían a los campesinos de las herramientas de labranza.

Otra histórica actividad que se radicó en los campos de Rancagua es la ganadería. A partir de ésta se obtuvieron alimentos, fuerza animal para las labores agrícolas y el transporte, además de materias prima como cuero, huesos y cachos. Igualmente, de las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de Rancagua, posicionada como capital nacional del rodeo.



Campesino cosechando ají.
Foto: Municipalidad de Rancagua.

Viñedos. Foto: Municipalidad de Rancagua.

Allí también surgió la importante cultura campesina, de la cual brotaron variados productos típicos, algunos de los cuales sobreviven al paso del tiempo. A su perfil ganadero y agrícola, se sumó el minero que marcó profundamente a su población. También fue escenario del proceso independentista de Chile, en el cual demostró su carácter patriota.

Por otro lado, la geografía y naturaleza de Rancagua permitió el abastecimiento de la nieve cordillerana, cuya comercialización otorgó importantes recursos a la Villa de Santa Cruz de Triana. Los comerciantes subían sobre sus caballos o burros a la Cordillera de Los Andes para conseguirla y luego la comercializaban en la Villa. Esta actividad no estuvo exenta de conflictos, por cuanto los buscadores de nieve debían atravesar las tierras de la ex Hacienda de la Compañía de Jesús cuando ya pertenecía a Mateo de Toro y Zambrano, cuyos cuidadores impedían el acceso o cobraban peajes indebidos. Otra dificultad vino dada por la restricción del libre tránsito en la zona cordillerana, ya que allí existían pasos utilizados por los patriotas para escapar hacia Argentina (Drago, 1993).

En la cordillera también existe otra antiquísima actividad que ha formado parte de la historia de Rancagua, como lo es la minería. La existencia de cobre, por ejemplo, fue conocida desde la época prehispánica y, posteriormente, los indígenas debieron explotarlo bajo las órdenes de los encomenderos. En los alrededores de la Villa de Santa Cruz de Triana se ubicaron distintos trapiches para la molienda y obtención de los minerales, actividad que aportó importantes réditos a la Villa. Con el paso del tiempo la actividad minera se consagró en la zona, precisamente la mina El Teniente quedó circunscrita a la comuna de Machalí. No obstante, en el siglo XX Rancagua también se destacó como centro minero, ya fuese por su cercanía con El Teniente, por su vinculación a través del tren o por cobijar a las familias mineras (Drago, 1993; Miranda, s/f).

Al margen de la generosidad de la naturaleza del sector, sus habitantes debieron sortear dificultades como la inexistencia de redes camineras fluidas o el anegamiento producto de las invernales crecidas de los ríos (Drago, 1993; Miranda, s/f). La realidad general del Chile Colonial era bastante precaria en cuanto a caminos, ya que no existían carreteras sino que rutas de herradura, es decir, aquellas que sólo podían ser surcadas por hábiles jinetes sobre sus animales, aunque muchas veces no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas (Aguilera, 2013). Con todo, Rancagua detentó una posición privilegiada en relación con otros poblados del interior de los Valles de Cachapoal y Colchagua, los cuales se encontraban cercados por la Cordillera de la Costa. En cambio, Rancagua podía conectarse con Santiago y con los demás poblados del sur a través del Camino Real de la Frontera (Villalobos, 1990; Barros, 2000). Por medio de esta ruta los productos típicos locales consiguieron ser comercializados en mercados alejados (Geografía UC-Proyectos, 2016).

En este complejo escenario colonial y de inicios de la República nació un fundamental actor, encargado de articular las comunicaciones y el comercio: el arriero. Estos sujetos dominaron importantes habilidades, como las de montar a caballo y arrear recuas de mulas, sobre las cuales transportaban las cargas. También se encargaron de la cría y engorda de animales durante las invernadas y veranadas, importantes sistemas de aprovechamiento de las estaciones para la crianza del ganado. Además, durante mucho tiempo representaron el canal más eficiente para las comunicaciones, puesto que condujeron las noticias hasta los rincones más alejados de Chile. Por todo lo anterior los arrieros fueron agentes estratégicos que permitieron la conexión y abastecimiento de la población regional, sin los cuales las comunidades de la Región de O'Higgins hubiesen permanecido aisladas y relegadas de la economía de mayor escala (Lacoste et al, 2017).

Por otro lado, las labores de los campesinos y arrieros demandaron la confección de distintos productos, los que surgieron de las manos de talabarteros, herreros y tejedoras, tales como monturas, frenos, estribos, lazos, sombreros, ponchos y chamantos (Drago, 1993; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Lacoste et al, 2017). Al respecto, existe una anécdota que cuenta que los lazos de Rancagua tuvieron un importante rol dentro de la causa independentista de

Chile, cuando los campesinos rancagüinos lacearon a varios oficiales españoles durante la Batalla de Maipo y con esos mismos lazos arrastraron la artillería enemiga (Plath, 1962). Las creaciones típicas de los sombrereros, tejedoras, herreros, talabarteros, zapateros, carpinteros y toneleros de la comuna, por mencionar sólo algunos, trascendieron en el tiempo y algunas permanecen en la actualidad como vestigios de aquellos conocimientos imprescindibles para el desarrollo de la historia de Rancagua (Drago, 1993).

El ferrocarril de Rancagua: la columna de Chile y la conectividad de la Mina El Teniente

El 25 de diciembre de 1859 fue un día especial para Rancagua, ya que arribó a la zona el Ferrocarril Sur, uno de los proyectos más ambiciosos del Estado chileno (Núñez, 1910). Esta iniciativa buscaba acelerar los trayectos con la finalidad de optimizar el traslado de las distintas cargas que activaban la economía nacional. Antes de la llegada del tren, el recorrido desde Santiago a Rancagua tomaba 12 horas en coche y un poco menos a caballo, tiempo que se vio reducido a tan sólo 2 horas aproximadamente (Drago, 1993).

En torno a la estación ferroviaria de Rancagua se generó una interesante dinámica de comercio y servicios para abastecer a los viajeros y a la población flotante que circulaba por la zona. También fue terminal de carretas y coches, a la vez que era aprovechada por la mina El Teniente para trasladar las cargas de mineral hacia Valparaíso, donde se embarcaban hacia el extranjero. Igualmente, a través del tren se movilizaron los productos locales rancagüinos y llegaron las noticias impresas (Drago, 1993). Junto con su función económica, el tren permitió acortar las distancias para las personas y facilitar su acceso a las grandes ciudades como San Fernando, Rancagua y Santiago, las que eran visitadas para abastecerse de mercaderías o en búsqueda de servicios médicos, por ejemplo. Por lo anterior, el tren tuvo un significativo impacto social y democrático (León, 1996; 2008; León y Valenzuela, 2014).

Posteriormente, en 1911, desde la estación de Rancagua se extendió un trazado hacia el campamento minero de Coya, donde se ubicaban oficinas y algunas viviendas de trabajadores de la mina El Teniente. En 1912 la trayectoria del tren alcanzó Sewell, ciudad minera donde habitaron cientos de familias hasta que fueron reubicadas en la ciudad de Rancagua. Y en 1915, también desde Rancagua, se extendió un ramal hasta Doñihue, el que en 1938 llegó hasta Coltauco, lo que permitió dar conectividad a las localidades del interior con la línea central de trenes (León, 1996; 2008).

Rancagua patriota y otras anécdotas: mitos, leyendas y festividades

Rancagua ha sido reconocida como una zona patriota en el contexto de la Independencia de Chile. Su plaza fue escenario del denominado "Desastre de Rancagua", acontecido los días 1 y 2 de octubre de 1814, en que las fuerzas realistas vencieron a los patriotas comandados por Bernardo O'Higgins, quien habría utilizado la Iglesia de La Merced como atalaya para la protección de mujeres y niños, inmueble que posteriormente se consagró como Monumento Histórico Nacional (Drago, 1993). Con este episodio finalizó el período llamado "Patria Vieja" y comenzó el de "Reconquista", en el cual se afianzó la dominación realista en el territorio y afectó gravemente a los patriotas de Rancagua, muchos de los cuales huyeron hacia Argentina a través del Paso Las Damas ayudados por los arrieros (León, 1992). Al respecto, existe una curiosa leyenda sobre un paso llamado "de las 24 horas", el que habría sido utilizado por los patriotas luego del Desastre de Rancagua para llegar a Mendoza en dicho lapso de tiempo y que también habría sido aprovechado por Manuel Rodríguez, no obstante, a pesar de las búsquedas no ha podido ser localizado y algunos descartan de plano su existencia (Guajardo, 2010).

Se dice que Rancagua quedó destruida y desanimada luego del sitio efectuado por los realistas, no obstante, renació de las cenizas y posteriormente, el 27 de mayo de 1818, recibió el título de ciudad "mui leal i nacional", con lo cual se le reconoció a la población su coraje durante la resistencia (Solano, 1867; Miranda, s/f).

La comuna de Rancagua conoció las andanzas del afamado Manuel Rodríguez, quien recorrió los Valles de Cachapoal y Colchagua

Jorge Abrigo, sombrerero.
Foto: Municipalidad de Rancagua.

Tren Rancagua-Sewell.
Foto: Municipalidad de Rancagua.

y cruzó en varias ocasiones la Cordillera de Los Andes burlando a las fuerzas realistas disfrazado de arriero (León, 1992). Manuel Rodríguez tuvo gran cercanía con la gente de la zona y su popularidad trascendió en el tiempo, por lo que se ha convertido en un entrañable y querido personaje popular. La gran complicidad y lealtad que sembró entre los vecinos fue tal que ninguno lo delató cuando se ofreció precio por su cabeza junto con el indulto de cualquier crimen cometido (Balbontín, 1963; Opazo, 2010). Precisamente su cercanía con los campesinos de estos valles explica la gran adhesión a la causa patriota por parte de los hacendados y más desposeídos.

Una leyenda cuenta que una mujer oriunda de Rancagua lloró desconsoladamente la muerte de Manuel Rodríguez. Ella habría sido su amante, probablemente llamada Corina Monterreal. El reconocido poeta rancagüino Óscar Castro comentó discretamente esta historia en uno de sus poemas, aunque reservó el nombre de la mujer y sólo dijo que "Vivió en Santa Cruz de Triana; era criolla y morena..." (Drago, 1993).

Otros importantes sucesos han acontecido en Rancagua, como cuando fue subsede del Campeonato Mundial de Futbol de 1962, donde ocurrieron los partidos entre Argentina v/s Bulgaria, Hungría v/s Argentina, Inglaterra v/s Argentina, Hungría v/s Bulgaria e Inglaterra v/s Bulgaria.

La actual capital de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins conserva dentro de sus raíces su alma campesina. Ésta la enriquecen sus mitos y leyendas que se han traspasado de generación en generación. Personajes típicos del campo chileno son citados en estos relatos, como el Diablo y la Llorona. Hay quienes aseguran haber visto sentado al Diablo sobre una piedra en la Avenida Baquedano, la que fue removida para repavimentar la calle. Los trabajadores que ejecutaron la labor enfermaron de gravedad, probablemente como venganza del Diablo por quitarle su asiento (Vásquez et al, 2013).

Existe otra leyenda que se remonta a la época de la Independencia, cuando luego del Desastre de Rancagua un grupo de ricos campesinos patriotas quiso proteger sus riquezas, por lo que ordenaron a uno

de sus trabajadores que las ocultase lejos. Desafortunadamente, soldados realistas lo siguieron y el peón, para cumplir fielmente su cometido, prefirió hundir la carreta completa, con todas las riquezas, dentro de la Laguna Aculeo (Plath, 1983).

Otro importante elemento de la identidad de los rancagüinos es su fe católica. Como se mencionó anteriormente, desde los tiempos de la Colonia distintas órdenes religiosas se instalaron en la zona, lo cual contribuyó a la evangelización del lugar. En la actualidad perviven distintas expresiones de fe a través de las fiestas costumbristas. Una de ellas es la "Fiesta de la Virgen de la Merced", que se realiza cada 24 de septiembre por influencia mercedaria. Otro destacado festejo es la "Fiesta de la Virgen del Carmen", que se celebra cada 16 de julio y cuyo origen en Chile habría sido en 1680. Otra instancia de reunión para los vecinos de Rancagua es la "Fiesta de la Purísima", cuando se congregan en torno al dogma de la Inmaculada Concepción de María. Para este evento se realizan peregrinaciones familiares desde el día 7 de diciembre, las que parten en Rancagua y finalizan en el Santuario de la Compañía, donde se realizan vigilias, cantos a lo divino y misas, para finalizar el 8 de diciembre con la procesión final (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

En Rancagua existe una singular tradición campesina que fusiona la religiosidad de sus habitantes con el folclor. Se trata del Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Rancagua es también capital nacional del rodeo, en torno al cual se realiza un antiguo certamen con tintes de fiesta. Si bien el rodeo se practica durante todo el año, tiene su punto cúlmine en el mes de abril con el "Campeonato Nacional de Rodeo", que se lleva a cabo en la Medialuna Monumental de Rancagua, instancia que congrega a numeroso público y cuyo escenario también es aprovechado por los clubes de cueca y conjuntos folklóricos (Aguilera, 2021).

Medialuna de Rancagua.
Foto: Municipalidad de Rancagua.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Álvarez, L. (2011). "La Categoría de Paisaje Cultural". Revista de Antropología Iberoamericana, 6 (Enero-Abril). En línea.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Barros, D. (2000). Historia General de Chile. Tomos I-VIII. Santiag de Chile, Editorial Universitaria.

Balbontín, M. (1963). Epopeya de los húsares. Santiago de Chile, Orbe.

Bengoa, J. (1990). Historia social de la agricultura chilena. Tomo II Haciendas y campesinos. Santiago de Chile, Ediciones SUR.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Carvallo, V. (1875). Descripción Histórico-Jeográfica del Reino de Chile. Tomo I. Colección de Historiadores de Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional. Tomo VIII. Santiago de Chile, Imprenta de la Librería del Mercurio.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Drago, G. (1993). Historia de Rancagua. Rancagua, Chile.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Guajardo, E. (2010). Manuel Rodríguez Historia y leyenda. Santiago de Chile, Ril Editores.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile. Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lenz, R. (1905). Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (1992). José Gregorio Argomedo y Montero de Águila. Participación Colchagüina en la Independencia de Chile. San Fernando, Chile, Sergio Morales Ediciones.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

León, V., Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Miranda, F. (s/f). Historia de Rancagua. Santiago de Chile, Editorial Andujar.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Muñoz, J., Abarzúa, M. (1995). Cuatro pobladores de Rancagua y sus familias. Agüero-Cavieres-Droguett-Rubio. Santiago de Chile.

Núñez, S. (1910). Los ferrocarriles del Estado. Santiago de Chile, Imprenta i encuadernación Chile.

Opazo, G. (2010). "Manuel Rodríguez (III)". En: Guajardo, E. Manuel Rodríguez Historia y leyenda. Santiago de Chile, Ril Editores.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimento.

Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton.

UNESCO (2004). "Gestión de Paisajes Culturales". En: Programa de Desarrollo de Capacidades para el Caribe. Recuperado de: http://unesdoc.unesco.org/images/0021/002170/217017s.pdf

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Villalobos, S. (Dir.). (1990). Historia de la ingeniería en Chile. Santiago de Chile, Hachette.

Carta Iberoamericana del Paisaje Cultural. Cartagena de Indias. (2012). Recuperado de: http://ipce.mcu.es/pdfs/carta-iberoamericana-del-paisaje.pdf

OLIVAR / Pedro Órdenes / Mate de calabaza

OLIVAR

Toponimia, herencias y mixturas en la comuna de Olivar

Olivar es la comuna con menor superficie de la Región de O'Higgins, pero no por eso la más pequeña. Su particular historia es un enorme relato de sacrificios e ingenio, en base a los cuales sus habitantes se abrieron espacio en la naturaleza y consolidaron un poblado que luego se transformaría en comuna.

En la conformación de Olivar fueron decisivos los aportes de sus primeros habitantes indígenas, quienes también recibieron influencia de grupos externos como los incas. Posteriormente, la llegada de los españoles reconfiguró la realidad del sector, efecto que se vio reflejado en su paisaje y toponimia, por ejemplo. Allí se arraigaron positivamente los olivos provenientes del continente europeo, los que transformaron el paisaje natural y dotaron de su nombre a la comuna

(Muñoz et al, 2013; Lacoste et al, 2013; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Municipalidad de Olivar, 2013).

Otras transformaciones impuestas por los hispanos fueron las mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, mecanismos utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile, incluidas las de Olivar, fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas (Muñoz, 2000-2001).

De acuerdo con la lógica de ocupación de los hispanos, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Fue así como los territorios del Valle de Cachapoal vivieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo, tal y como sucedió en Olivar. Allí también, a partir de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En paralelo a las transformaciones de la tierra, las familias campesinas se fueron asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas, conventos o parroquias que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y estimulaban el surgimiento de poblados y comercios. Con todo, en el surgimiento de muchas comunas de la Región de O'Higgins también influyó la espontaneidad. La concentración de población en el actual territorio de Olivar es previa a la formalización de la comuna, que se llevó a cabo el 14 de febrero de 1846. La labor desempeñada por los religiosos domínicos y luego por los jesuitas atrajo habitantes a la zona. Las órdenes religiosas, además de su labor evangelizadora, impartían conocimientos en distintas materias y oficios útiles para el autoabastecimiento campesino y el surgimiento de productos típicos. Conjuntamente, propiciaban el mercado para sus ventas o intercambios en instancias de las celebraciones religiosas que llevaban a cabo (Lacoste et al, 2017). En la comuna de Olivar se fundó en 1824 la primera Parroquia de Olivar Bajo, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced. Y en 1840 la Parroquia se trasladó al sector de Olivar Alto bajo la advocación de la Virgen del Carmen, patrona de la comuna (Mujica, 1943; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; www.muniolivar.cl).

Estímulos para la creatividad campesina y su patrimonio: aislamiento, arrieros y productos típicos

La historia de la Región de O'Higgins está marcada por los obstáculos naturales que sumieron a distintos sectores en un relativo aislamiento y dificultaron el tránsito fluido desde un punto a otro. Ejemplos de estos fueron la Cordillera de Los Andes, de la Costa, las quebradas, cerros y los fenómenos estacionales como lluvias, crecidas y desbordes de los ríos.

Chile durante la época colonial e inicios de la República careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por jinetes sobre sus animales. Las principales rutas existentes eran el Camino Real del Centro, el Camino Real de la Costa y el Camino Real de la Frontera. Las condiciones de los demás caminos eran deplorables y muchas veces no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que las comunicaciones, traslados y comercio eran actividades complejas (Aguilera, 2013). No obstante, en este escenario surgió un actor clave para la resolución de estas problemáticas: el arriero. Estos hábiles jinetes asumieron el traslado de cargas y productos locales para comercializarlos en sectores alejados que los demandaban. Igualmente, arreaban el ganado para el aprovechamiento estacional, utilizando las veranadas e invernadas para la cría de animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

Olivar posee una particular historia que demuestra el sacrificio y la inventiva de sus habitantes por transformar la naturaleza salvaje del lugar en su hogar. Gracias a las herencias y conocimientos desarrollados por las mujeres y hombres del sector, Olivar se erigió como una zona campesina, con tradiciones y patrimonio dignos de ser difundidos y necesarios de ser preservados por sus habitantes como carta de presentación ante el mundo. La historia de Olivar fue escrita gracias al aporte, sacrificios e inventiva de distintos grupos humanos que permitieron transformar la naturaleza de este lugar en su hogar.

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros puntos y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, el campesino de Olivar creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Los productos típicos que históricamente se han creado en la zona de Olivar son testimonio y resultado de su historia, aquella erigida por los campesinos que recurrieron a sus habilidades e inventiva para sobreponerse a las dificultades naturales y proveerse los elementos necesarios para sus quehaceres cotidianos. Fue así como los habitantes de estos campos desarrollaron un conjunto de técnicas y saberes utilizando las herencias indígenas y europeas, con los cuales se abastecieron, por ejemplo: de las herramientas para sus trabajos agrícolas, frutícolas y ganaderos; de las ropas como mantas y sombreros para abrigarse, protegerse del sol y de las inclemencias del clima durante sus actividades al aire libre; o de los aperos imprescindibles para las labores de campesinos, arrieros y jinetes.

Desde antaño, la zona de Olivar se ha destacado por su producción de olivos, actividad en la cual convergen y se asocian los aportes hispanos e indígenas, ya que la introducción de estas plantas se debe a los primeros, mientras que las técnicas de labranza de la tierra y riego provienen especialmente de los segundos. Por ello, los campesinos de Olivar recibieron una invaluable herencia que luego perfeccionaron y gracias a la cual su agricultura y fruticultura se destacan hasta la actualidad. Con el paso del tiempo, los primeros cultivos de olivares y ajiares que existieron en el siglo XVIII fueron reemplazados por manzanos y ciruelos, cuya producción todavía otorga

reconocimiento a la comuna, junto con los tomates, peras y uvas (Municipalidad de Olivar, 2013; Lacoste et al, 2017). Estos productos típicos de Olivar son exitosamente exportados a Estados Unidos y Europa, lo que ha favorecido el surgimiento en la zona de industrias asociadas a la producción y empaque (Plan de Desarrollo Comunal de Olivar, 2019-2022).

La introducción de las vides fue otro aporte de los hispanos. Estas plantas se arraigaron con mucho éxito en el Valle de Cachapoal y gracias al trabajo de los campesinos olivarinos se transformaron en elementos integrantes de su paisaje tradicional (Muñoz, 2000-2001; Lacoste et al, 2015; Plan de Desarrollo Comunal, 2019-2022).

Otro importante elemento patrimonial de la comuna de Olivar es la cultura de manejo de la tierra cruda, desarrollada desde antaño por sus habitantes. Las construcciones alzadas con esta técnica y materialidad son un verdadero emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Los embates de los terremotos y el incontenible paso del tiempo han hecho desaparecer muchas de estas construcciones, empero otras sobreviven como vestigios de aquella época. Un ejemplo del patrimonio arquitectónico de la comuna es su iglesia, cuya construcción original se basaba en el adobe antes de ser destruida por el terremoto del 2010. Afortunadamente fue reconstruida y permanece como vestigio de aquellos conocimientos y sabiduría campesina.

Tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

Parte fundamental de la identidad y cultura de los habitantes de la comuna de Olivar son sus tradiciones, fiestas, mitos y leyendas. Éstos son elementos esenciales del patrimonio inmaterial de los olivarinos, por lo cual deben ser preservados con orgullo para asegurar su legado.

Las tradiciones de esta comuna son principalmente campesinas. Olivar se forjó en manos de las mujeres y hombres que entablaron un pacto de mutuo respeto con la naturaleza, que les proveyó el espacio y los recursos necesarios para su asentamiento. A partir de su estilo de vida centrado en el cuidado y aprovechamiento de la tierra y los animales, surgieron importantes actividades que hasta el día de hoy conforman la identidad de los olivarinos. Un ejemplo de esto son la fruticultura y la ganadería.

A partir de la ganadería los olivarinos han obtenido alimentos, fuerza animal para las labores agrícolas y el transporte, además de materias prima como cuero, huesos, cachos y lana. Igualmente, de las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de Olivar (Plan de Desarrollo Comunal, 2019-2022).

Desfiles en Olivar.
Foto: Municipalidad de Olivar.

Procesión comunal. Foto: Municipalidad Olivar.

Otras importantes manifestaciones de la cultura de Olivar provienen de su fe católica, la cual es profesada por la mayoría de sus habitantes. Una de aquellas expresiones es la celebración de "Cuasimodo", que se realiza el domingo siguiente de la Pascua de Resurrección cuando el sacerdote acude a entregar la comunión a quienes no pudieron participar de la eucaristía pascual. En su recorrido lo escoltan los vecinos sobre caballos y carretas engalanadas para la ocasión. Igualmente, la "Fiesta de la Virgen del Carmen de Olivar Alto" es otro importante momento de reunión, ya que se festeja a la patrona de la comuna con rezos, novenas, cantos y procesiones.

Una particular celebración es la "Fiesta de Santa Cecilia", que se celebra el 22 de noviembre. Este festejo es único, por cuanto se celebra a la patrona de los músicos y se reconoce públicamente a la Banda Santa Cecilia, el conjunto instrumental más antiguo del país, fundado en 1913. En dicha instancia los músicos acuden al cementerio a visitar a los antiguos integrantes y recorren la comuna cantando dianas (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Plan de Desarrollo Comunal, 2019-2022). Esta banda es parte del repositorio cultural íntimo de Olivar, ya que surgió de sus entrañas y se han transformado en pieza infaltable de las celebraciones religiosas de la Virgen del Carmen y Virgen de la Merced, además de las romerías de bomberos, desfiles cívicos y el tradicional toque de dianas que realizan cada 18 de septiembre y 20 de octubre para anunciar el inicio de la novena de la Virgen del Carmen (Sistema de Información para la Gestión del Patrimonio Cultural Inmaterial – www.sigpa.cl).

Junto a todo lo anterior, en la comuna se lleva a cabo la “Semana Olivarina”, celebrada en el mes enero, instancia en que se exhiben las tradiciones de Olivar, su gastronomía típica y productos oriundos (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Los mitos y leyendas son un particular tesoro de las comunidades, el cual se transmite de generación en generación y permite acercarse a la identidad profunda de los grupos. La comuna de Olivar posee sus propios relatos, como la leyenda del “Tesoro de la mula”, que cuenta que en el sector de Olivar Bajo, precisamente en el cerro Las Petacas, existe un tesoro que fue escondido por los incas con motivo de la irrupción española en la zona. Se dice que los incas encargaron la custodia del tesoro a un sacerdote mercedario, el que fue inmortalizado en una roca tallada que todavía se conoce como la “roca del cura”, en la cual se distingue la silueta del sacerdote en cuclillas que reza y custodia el tesoro. Existen distintas versiones al respecto, algunas indican que el sacerdote todavía merodea la zona vigilando el tesoro, en tanto otros campesinos aseguran haber encontrado algunas monedas peruanas. Con todo, existe la advertencia de que todo aquel que se atreve a ir en búsqueda del tesoro se pierde, muere o queda atrapado por derrumbes (Plath, 1983).

Otro mito también se localiza en el cerro Las Petacas, en cuya cima existiría una piedra similar a una taza, cuya agua nadie se atreve a beber. Se cuenta que los días Viernes Santo se puede ver a una princesa con corona de oro que visita dicha taza y luego desaparece (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile. LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O’Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). “La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales“. Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9). Buenos Aires.

Lacoste, P., Aranda, M., Yuri, J., Castro, A., Solar, M., Soto, N., Polanco, C. (2013). “La cultura y el cultivo del olivo en Chile y Cuyo, 1550-1850“. Colonial Latin American Historical Review, 18, 1: 63-91.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). “Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777“. UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). “La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX“. Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile.

Müller, J. (2004). “La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980“. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Municipalidad de Olivar. (2013). Relatos Patrimoniales. Comuna de Olivar. Chile.

Muñoz, J. (200-2001). “Las viñas y el vino en Colchagua en el siglo XVII“. Boletín de la Academia Chilena de la Historia, 110: 165-204.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J., Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788. Chile.

Plan de Desarrollo Comunal de Olivar. (2019-2022). Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

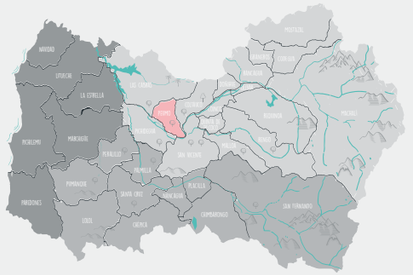
Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Chile, Nascimento.

Rodrigues, R. (2007). “El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas“. Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). “Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile“. Revista INVI, 29: 24-33.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O’Higgins. San Fernando.

PEUMO / Rigoberto Zúñiga / Guardián de semillas



PEUMO

La paulatina construcción de Peumo: pueblo de indios, encomiendas y haciendas

La historia de toda la Región de O'Higgins se encuentra marcada por la relación entre los indígenas locales e incas. Si bien la zona de Peumo no fue incorporada formalmente dentro del Tawantinsuyo, su cultura se asentó en la zona y enriqueció la local. El particular vínculo que entablaron ambos grupos no fue de sometimiento ni sujeción, sino más bien una alianza intermitente. Esta teoría se refuerza con la existencia de distintos pucaras, pircas, cultivos en terrazas y restos arqueológicos diseminados por el territorio (Bengoa, 2005). Puntualmente en el cerro Gulutrén se encontraron en 1989 vestigios de un sacrificio realizado en época prehispánica, consistentes en restos óseos humanos, vasijas de greda, conchas y tejidos con fibras animales y vegetales, lo cual demuestra la influencia incaica en la zona de Peumo (Plan Municipal de Cultura, 2019-2022).

La posterior irrupción de los españoles en el Valle de Cachapoal complejizó aún más la realidad local. Luego de someter a la población nativa, impusieron ciertos mecanismos como las mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona española. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los hispanos, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa, esquema que se aplicó en torno al pueblo de indios de Peumo, donde se alzaron haciendas y estancias. Los registros del siglo XVI evidencian que del pueblo de indios de Peumo se obtuvieron importantes réditos de la extracción de oro y el uso de mano de obra indígena en labores agrícolas, mineras, ganaderas -como la importante cría de ovejas, cabras y vacunos- y en el servicio doméstico que realizaban para los encomenderos (Mujica, 1943; Góngora, 1970; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Debido a factores como el extenuante trabajo al que fueron sometidos, sus malas condiciones de vida o la entrega de mercedes de tierra, el pueblo de indígenas de Peumo comenzó a despoblarse. No obstante, pronto se instaló en la zona una iglesia que se convirtió en asiento de parroquia, lo cual atrajo población (Solano, 1867). La atracción que ejercían los conventos e iglesias durante la época colonial tuvo notables efectos sobre las historias de asentamiento y conformación de pueblos, ya que actuaban como polos de atracción en torno a los cuales se asentaban las familias, se desarrollaba comercio y se estimulaban las producciones locales (Lacoste et al, 2017).

Fue así como el Valle de Cachapoal vivió múltiples transformaciones, ya que a raíz de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

La campesina comuna de Peumo es un enclave de tradiciones digno de conocer. Su historia es un relato construido por las mujeres y hombres que con gran sacrificio lograron abrirse espacio en este paisaje natural para transformarlo en su hogar. Gracias al pacto que entablaron con la naturaleza obtuvieron alimentos y otros importantes productos típicos que son reflejo de las herencias culturales, conocimientos y técnicas de sus antepasados.

Las gestiones para que Peumo se oficializara como villa son de la década de 1760, no obstante el reconocimiento formal ocurrió el 5 de enero de 1793 (Plan Municipal de Cultura, 2019-2022). El nombre de Peumo proviene del vocablo mapuche y hace referencia al árbol que lleva este mismo nombre, con lo cual se evidencia una vez más la determinante influencia indígena en la cultura del sector (Lenz, 191?; Plath, 1983; Herrera, 2010; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Ingenio campesino: domesticadores del paisaje y creadores de productos típicos

La historia de la Región de O'Higgins está condicionada por los obstáculos naturales que sumieron a distintos sectores en un relativo aislamiento y dificultaron el tránsito desde un punto a otro. Ejemplos de esto fueron la Cordillera de la Costa, de Los Andes, las quebradas, cerros y los fenómenos estacionales como las lluvias, crecidas y desbordes de los ríos.

Chile durante la Colonia e inicios de la República careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por jinetes sobre sus animales. Muchas veces estos caminos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que las comunicaciones, traslados y comercio eran bastante dificultosos (Aguilera, 2013). No obstante, en este complejo escenario surgió un actor clave: el arriero. Estos hábiles jinetes asumieron el traslado de las cargas y los productos locales para comercializarlos en sectores alejados que los demandaban. Igualmente, arreaban el ganado para el aprovechamiento estacional, utilizando las veranadas e invernadas para la cría de animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

El trazado de los principales caminos coloniales evidencia la importancia estratégica de los lugares que atravesaban, ya fuese por su posición para el abastecimiento de los viajeros o por los productos que allí se elaboraban. Por ejemplo, el Camino Real del Centro entraba a Colchagua por Peumo, seguía por Pichidegua, Colchagua, Lolol, Nilahue, Las Palmas hasta el río Mataquito (León, 2008). Esta fue la principal ruta utilizada para conectar la zona de Peumo durante los primeros siglos coloniales, aunque las condiciones naturales y climáticas eran las que finalmente decretaban la factibilidad o no de las travesías.

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros puntos y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, los campesinos de Peumo crearon productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Históricamente, los campesinos de Peumo han elaborado productos típicos para dar solución a los requerimientos cotidianos de su vida campesina. De este modo, lograron sobreponerse a las dificultades impuestas por la naturaleza y al alejamiento de los grandes centros de abastecimiento, como Santiago. De este modo los talabarteros de la zona elaboraron los aperos imprescindibles para las labores de jinetes, campesinos y arrieros. Por su parte, los tejedores utilizaron variadas fibras para sus creaciones, como el mimbre, con el cual confeccionaron distintos utensilios como los canastos, y también emplearon la lana, que tejida en telares avitualló de vestuario y abrigo a las familias de Peumo (Lacoste et al, 2017; Plan Municipal de Cultura, 2019-2022).

Otras fundamentales actividades desplegadas por los campesinos de la comuna son la ganadería, agricultura, vitivinicultura y fruticultura. A partir de la primera se han obtenido diferentes alimentos como carnes, quesos y leche, además de materias prima como cueros, huesos, cachos y lana, que son la base para el desarrollo de otras actividades tradicionales.

La introducción de las vides por parte de los europeos que arribaron al continente americano se complementó con los conocimientos y técnicas indígenas. Producto de esta fusión, las vides se arraigaron con gran éxito en el Valle de Cachapoal y sus campesinos erigieron la cultura del cuidado de la vid, gracias a la cual obtuvieron productos típicos de gran renombre y calidad hasta el día de hoy. Algunos de ellos son los vinos, aguardientes y demás licores que se favorecen de la fecundidad de las tierras de Peumo. Igualmente, la chicha es un producto típico de la comuna. La elaboración de la chicha llegó a representar un tercio de la producción nacional durante el siglo XIX y hasta el día de hoy posee un rol protagónico dentro de celebraciones nacionales como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército (Lacoste et al, 2015; 2017; Plan Municipal de Cultura, 2019-2022).

La gran fertilidad de los campos de Peumo permitió que la zona destaque por la producción del Tomate Rosa de Peumo, el cual posee cualidades organolépticas únicas brindadas por las condiciones naturales del entorno, fruto que algunos se esmeran por rescatar para consolidar y proyectar su histórica producción. Por otro lado, la exitosa fruticultura de Peumo permite la elaboración de conocidas mermeladas y licores hasta la actualidad (Lacoste et al, 2017; Plan Municipal de Cultura, 2019-2022). Mención especial merecen las paltas de Peumo, cuya producción ya es emblemática y posee su propia celebración, la "Fiesta de la Palta de Peumo".

Antiguamente, estas producciones típicas de Peumo fueron transportadas por los arrieros sobre los lomos de sus mulas. Posteriormente, se beneficiaron con los adelantos brindados por uno de los proyectos más ambiciosos del Estado de Chile, como lo fue la construcción de la red de ferrocarril sur. Con el tren se pretendía acelerar los tiempos de traslado y optimizar el transporte de las diferentes cargas producidas a lo largo del país. La construcción del ramal que unió Pelequén con Peumo comenzó a estudiarse en 1880, los trabajos se iniciaron en 1889, para ser finalmente inaugurado en 1893 (Núñez, 1910; León, 2008). Esta estación de tren tuvo un gran impacto en la zona, ya que facilitó la salida de los productos típicos nacidos en los campos del sector, especialmente las naranjas, paltas y limones. Y también permitía la llegada de productos y alimentos procesados, como por ejemplo las cervezas (León, 2008, Plan Municipal de Cultura, 2019-2022).

Patrimonio, tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

Peumo posee un rico conjunto de tradiciones, festividades, mitos y leyendas campesinas que han perdurado al paso del tiempo y son testimonio de su identidad. A través de ellas es posible reconstruir su historia y fortalecerla para su permanencia.

En la actualidad Peumo conserva muchas de estas tradiciones campesinas que le dieron vida, las cuales deben ser preservadas y puestas en valor para que no desaparezcan con el apabullante paso de la modernidad. Ésta es la riqueza e identidad profunda de Peumo.

Campesinos peuminos.
Foto: Alonso Salazar.

Mermeladas elaboradas con frutas de la zona.
Foto: Municipalidad de Peumo.

Naranjos y limoneros, parte del paisaje típico de Peumo.
Foto: Municipalidad de Peumo.

Las tradiciones de Peumo son principalmente de índole campesino, como por ejemplo las domaduras de caballos. Igualmente, de las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendió otra importante actividad, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar también trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins.

Otro importante elemento patrimonial de la comuna es la cultura de manejo de la tierra cruda, desarrollada desde antaño por sus habitantes. Las construcciones alzadas con esta técnica y materialidad son un verdadero emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda dentro de su paisaje patrimonial. Los embates de los terremotos y del incontenible paso del tiempo han hecho desaparecer muchas de estas construcciones, empero otras sobreviven como vestigios de la inventiva campesina y su saber hacer, que se ha transmitido de generación en generación.

Un aspecto fundamental del patrimonio cultural inmaterial de Peumo son sus fiestas costumbristas, que se enfocan en aspectos significativos de la identidad de sus habitantes, como las actividades tradicionales, su gastronomía típica y religiosidad. Una de gran trascendencia en la actualidad es la "Fiesta de la Palta de Peumo", que se realiza en el mes de agosto y pone en el epicentro a esta emblemática

producción, con lo cual se reconoce el esfuerzo y saberes de sus cultivadores, instancia que es igualmente aprovechada por los productores locales para ofrecer sus creaciones (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Plan Municipal de Cultura, 2019-2022; Aguilera, 2021).

La mayoría de los peuminos profesan una ferviente fe católica que sacan a relucir en sus fiestas religiosas. Desde antaño celebran su devoción por la Virgen a través de la "Fiesta de Nuestra Señora de la Merced", de "la Virgen del Rosario", de "la Virgen del Carmen" y de "la Purísima", siendo esta última la patrona de la comuna. Otra importante instancia de reunión se da con la "Peregrinación del Cerro de la Cruz o Cerro Gulutrén". Esta antigua tradición se enmarca en la celebración de la Cruz de Mayo y, según cuentan sus habitantes, los peregrinos llevan a cuestas una cruz que pesa 2.000 kilogramos y mide 12 metros de alto (Plath, 1962; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Plan Municipal de Cultura, 2019-2022).

Una importante expresión cultural y también religiosa de los peuminos es el Canto a lo Poeta. Se trata de una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años y que consiste en un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Otros destacados elementos del patrimonio comunal son sus mitos y leyendas, los cuales actúan como ventanas para observar la idiosincrasia e identidad profunda de sus habitantes. La mayoría de estos relatos hablan de personajes típicos del campo chileno, como por ejemplo el Diablo. El cerro Gulutrén es renombrado como escenario de antiguas fiestas demoniacas organizadas por el Diablo, hasta que un día un sacerdote propuso instalar una cruz en esos terrenos que lo espantó para siempre. En las diferentes versiones que existen al respecto, se destaca la vestimenta del Diablo, que habría consistido en ropa huasa, como los chamantos. También se precisa que su diversión era jugar al tejo en la cima del cerro y que las fiestas eran amenizadas con guitarreos, cuecas y abundante vino. Sin dudas, los relatos son totalmente campesinos. Otra leyenda cuenta que en el siglo XIX los lugareños avistaron bolas de fuego sobre la cumbre del cerro Peumo, las que luego aterrizaron en el cerro Toquihua. Los vecinos asustados pensaron que este espectáculo se debía a sus pecados, por lo que instalaron múltiples cruces en la cima para evitar su repetición (Plath 1983; Vásquez et al, 2013; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Huaso peumino rezando a la Virgen.
Foto: Alonso Salazar.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (2005). Historia de los antiguos mapuches del sur. Santiago de Chile, Catalonia.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9). Buenos Aires.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile. Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Lenz, R. (191?). Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Núñez, S. (1910). Los ferrocarriles del Estado. Santiago de Chile, Imprenta i encuadernación Chile.

Plan Municipal de Cultura, 2019-2022. Peumo. Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Chile, Nascimento.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

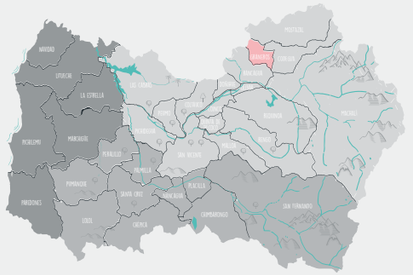
Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton & C.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.

GRANEROS / Pukara



GRANEROS

Aportes del remoto pasado

Si bien la zona de Graneros no fue incorporada formalmente dentro del Imperio Inca, éste sí marcó presencia a través de la relación y alianzas que entabló con los indígenas emplazados entre los ríos Maipo y Maule. Esto se reafirma con la existencia de pucarás, pircas, cultivos en terrazas y variados restos arqueológicos en la zona (Bengoa, 2005; Lira, 2014). Puntualmente en el Cerro Grande se encuentra el Pucará de La Compañía, cuyos vestigios cerámicos y arquitectónicos narran la presencia incaica en el sector y además demuestran su utilización previa, a fines del siglo XIV y comienzos del XVI. Este mismo pucará fue utilizado por los indígenas locales liderados por el cacique Cachapoal, quien fue un destacado líder indígena, cabeza de 400 familias y referente al momento de la llegada de los hispanos.

Gracias a los registros de cronistas se sabe que Cachapoal, del cual toma su nombre el río de aquel valle, fungió como líder de la resistencia indígena, para lo cual pactó alianza con el cacique Michimalongo. El plan que urdió consistía en atraer al ejército de Pedro de Valdivia hacia el sur y detenerlo en el Pucará de La Compañía, desde donde Cachapoal tenía una posición y vista privilegiadas para controlar distintos puntos del Valle de Angostura de Paine y Cuesta Chada por el norte, Angostura de Rigolemo por el sur y faldeos de la Cordillera de la Costa y los Andes. En tanto, Michimalongo atacaba la ciudad de Santiago, lo cual desencadenó en el incendio del 11 de septiembre de 1541. Cachapoal persiguió a las fuerzas hispanas en su huida hacia el norte, con el objetivo de unirse a Michimalongo, no obstante, sorpresivamente los españoles cambiaron de rumbo durante la noche y tomaron por asalto el pucará y, con ello, el control de la zona, ante lo cual los indígenas se replegaron hacia el sur del río Maule (Michea y Stewart, 2016; Planella et al, 2004; www.monumentos.gob.cl).

La cultura Inca permeó la del Valle Central de Chile a través de los múltiples y magníficos conocimientos, técnicas y elementos que legaron a este territorio, complementando y complejizando aún más la cultura local. A modo de ejemplo, vale destacar dos aspectos heredados de los incas y empleados por los indígenas locales para el aprovechamiento de los recursos, como lo fue el manejo del agua del río Cachapoal para regar zonas como Graneros y La Punta, y el control político adoptado por el gran cacique Cachapoal, quien empleó a la red de caciques menores para la construcción de acequias, fortalezas, caminos y puentes (Michea y Stewart, 2016).

Entre mayorazgos, haciendas, fundos y religiosos: la construcción de Graneros

La irrupción de los españoles en el Valle de Cachapoal implicó una serie de consecuencias en distintos ámbitos, por ejemplo en el entendimiento de aspectos esenciales como el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. De este modo implantaron los mecanismos de repartición de tierras y encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y entregadas a españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas fortunas.

Foto: Municipalidad de Graneros.

La comuna de Graneros tiene una identidad muy particular que se explica en su trayectoria histórica. En su pasado confluyen los aportes de indígenas, hispanos y posteriores campesinos mestizos, que fueron los pilares sobre los cuales se forjó este sector.

Lo anterior dotó a la comuna de su valioso patrimonio de saberes y costumbres que se anclan en la sabia y sacrificada cultura campesina que todavía persiste en la zona, junto a su desarrollo moderno e industrial.

Sus habitantes apreciaron y aprovecharon las condiciones naturales de este espacio que les proveía alimentos y agua y lo transformaron en su hogar.

La historia colonial de Graneros fue bastante exitosa en términos de producciones, tanto agrícolas como ganaderas. Esta zona quedó incorporada dentro de un importante y extenso mayorazgo que tuvo diferentes propietarios hispanos. Posteriormente, los terrenos del sector fueron donados y también vendidos a la Compañía de Jesús, con lo cual se conformó la afamada Hacienda de la Compañía. Ésta se destacó por su gran tamaño, capacidad y variedad productiva. Cuando los jesuitas fueron expulsados de América en 1767, la Hacienda fue rematada en 1771 a Mateo de Toro y Zambrano, posterior Gobernador interino del Reyno de Chile y llamado Conde de la Conquista. Pasado el tiempo y las numerosas sucesiones, estos extensos territorios fueron divididos en muchos fundos producto de la hijuelación llevada a cabo durante el último tercio del siglo XIX (Michea y Stewart, 2019).

Respecto de su toponimia, se dice que el nombre de Graneros se originó en la época colonial, debido a la presencia de construcciones de adobe y tejas utilizadas para almacenar los granos que allí se producían. De este modo, el sector pasó a ser conocido por esos graneros, nombre que perduró en uno de sus fundos y que también fue empleado en la estación de trenes del lugar (Herrera, 2010; Municipalidad de Graneros, s/f)

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Así, aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Esta dinámica también incentivó la congregación de las familias campesinas que luego se asentaron en el sector de Graneros, las que sirvieron como mano de obra para las labores agrícolas y ganaderas de estos campos.

Fue así como los territorios del Valle de Cachapoal vivieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo, a partir de las cuales surgieron haciendas y fundos (Michea y Stewart, 2019). Especialmente en el Valle Central de Chile, a raíz de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

La zona de Graneros contó además con otro importante catalizador para su poblamiento y desarrollo, como lo fue la presencia de los jesuitas. Como se indicó, éstos fueron propietarios de la extensa Hacienda de la Compañía, gracias a la cual se asentaron en el lugar y lo influenciaron decisivamente. Las congregaciones religiosas ejercían un importante influjo en las zonas donde se instalaban, ya que actuaban como polos de atracción en torno a los cuales se asentaba población, articulaban redes comerciales y de intercambio y, además, impartían la enseñanza de importantes oficios facilitadores del autoabastecimiento campesino (Lacoste et al, 2017). De este modo en Graneros, por ejemplo, los jesuitas aportaron a la continuidad de la tradición textil indígena de la zona, que se destacaba por sus paños, frazadas y géneros de ropa (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Además, los jesuitas legaron su destacada producción de trigo, maíz y viñedos, la cual se consolidó positivamente en aquellos paisajes y se transformó en la base del trabajo y alimentación de las familias campesinas de la comuna, perdurando hasta la actualidad.

Aislamiento, ferrocarril e ingenio campesino

Las historias comunales de la Región de O'Higgins estuvieron marcadas por los obstáculos naturales que sumieron a muchas de ellas en un relativo aislamiento y dificultaron el abastecimiento y tránsito de un punto a otro. Ejemplos de éstos fueron la Cordillera de la Costa, Los Andes, las quebradas, cerros y los fenómenos estacionales como las lluvias, crecidas y desbordes de los ríos.

Chile durante la Colonia e inicios de la República careció de caminos carreteros y, en cambio, predominaron los de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por jinetes sobre sus animales.

Muchas veces estos caminos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas, por lo que el escenario era bastante precario y complicado para las comunicaciones, traslados y comercio (Aguilera, 2013). No obstante, en medio de estas problemáticas surgió un actor clave para solucionarlas: el arriero. Estos hábiles jinetes se encargaron del traslado de los productos locales para comercializarlos en sector alejados que los demandaban y del ingreso de aquellos elementos que no se elaboraban de manera local. También arreaban el ganado para el aprovechamiento estacional, para lo cual utilizaban las veranadas e invernadas para la cría de animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban. Por todo lo anterior, los arrieros fueron agentes dinamizadores de la vida y economía rural en aquellas épocas, además de embajadores de los productos típicos locales (Lacoste et al, 2017).

Durante la segunda mitad del siglo XIX la zona de Graneros recibió un importante estímulo de parte del Estado, a través de uno de sus proyectos más ambiciosos y de enorme impacto: la red de ferrocarril sur. La idea de conectar Santiago con la zona sur del país se fundamentaba en la necesidad de acortar los tiempos y costos del traslado de cargas y pasajeros. El establecimiento de la estación de tren en la zona de Graneros, en 1860, fue otro imán para el asentamiento de población en el sector, atraída por las oportunidades laborales y de desarrollo que venían aparejadas con el tren, el mismo que propició la llegada y salida de los productos locales.

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad para abastecerse y conectarse con otros lugares, el campesino de Graneros creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

El conjunto de productos típicos que se desarrollaron históricamente en Graneros representa un aspecto central de su historia, marcado por la inventiva campesina que les permitió sobreponerse a las dificultades naturales y al alejamiento de los grandes centros, como Santiago. Fue así como en la zona se desarrollaron actividades para dar solución a los requerimientos cotidianos de la vida campesina. Algunos ejemplos de lo anterior son los tejidos a telar, en los cuales se fusionan los conocimientos indígenas y españoles, y dan cuenta de una antigua tradición arraigada en la zona desde la época prehispánica (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Otras importantes labores fueron las de los alfareros, canteros, ebanistas, talladores, santeros, carpinteros, mueblistas, relojeros, plateros y joyeros, todos los cuales dieron solución a los requerimientos de los habitantes del sector (Ministerio de Bienes Nacionales, 2016).

Imagen INAPI, n° 17224, 12-11-1917. Erasmo Guzmán, Industrial, Graneros. Vermouth. "Licor de guindas extrafino". Foto: Patrimonio y Desarrollo territorial.

Restos del pucará La Compañía. Foto: Alonso Salazar.

Antigua estación de ferrocarril de Graneros, 1985. Foto extraída de Municipalidad de Graneros.

Otras fundamentales actividades de los campesinos de Graneros han sido la ganadería, agricultura, viticultura y fruticultura. A partir de la primera obtenían variados alimentos tales como carnes, quesos y leche, además de materias primas como cueros, huesos, cachos y lana, que son la base para la confección de utensilios y herramientas para las labores campesinas. Por otro lado, de la ganadería se originaron otras actividades tradicionales: la trilla y domaduras. Prontamente el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de Graneros.

Conjuntamente, Graneros fue escenario propicio para el desarrollo de la viticultura y sus productos típicos derivados. La introducción de las vides por parte de los europeos que arribaron a América se complementó decisivamente con los valiosos conocimientos y técnicas indígenas sobre riego y manejo de la tierra. A continuación, los campesinos del Valle de Cachapoal desarrollaron la cultura del cuidado de la vid, gracias a la cual las plantas se arraigaron con gran éxito en estos paisajes y sus mujeres y hombres consiguieron crear productos típicos de renombre y calidad hasta el día de hoy. Algunos de ellos son los vinos, aguardientes, chicha y licores, como por ejemplo los macerados de guinda que anunciaban su origen en Graneros (Lacoste et al, 2017).

Graneros y su despegue industrial

La comuna de Graneros tuvo una importante transformación durante el siglo XX, cuando la zona vivió un despegue industrial de

gran envergadura. Por ejemplo, allí operó la importante fundición metalúrgica Ovalle-Hodgkinson, la cual en 1902 armó el primer automóvil en Chile, el primer tranvía que se utilizó en Rancagua, la primera lancha a vapor y las campanas de la Parroquia de Graneros, además de carros de ferrocarril y locomotoras.

En 1905 se inauguró el camino Longitudinal Sur que provocó el crecimiento de la comuna, lo cual fue acompañado por el plan de la Caja Nacional de Ahorros, que construyó las primeras villas cuyas casas fueron vendidas a precio de costo para estimular el poblamiento de Graneros.

En 1906 se creó en la comuna una fábrica enlatadora de leche condensada, queso relleno y pasta de calzado, además de otros productos. Luego, en la década de 1930 la firma Weir Scott, importadora estadounidense, construyó una nueva industria y se conformó la Sociedad Nacional Lechera de Graneros (SONALEGRA), la cual en 1941 fue comprada por la Compañía Chilena de Productos Alimenticios Sociedad Anónima Industrial (CHIPRODAL), lo que generó mayor diversificación de productos ya que dejó de ser una sociedad exclusivamente lechera. Esto trajo aparejado cambios en la planificación espacial y urbana de Graneros, ya que surgieron nuevas poblaciones y sitios dedicados a la explotación agrícola. En 1947 la misma CHIPRODAL se fusionó con Maggi y nació oficialmente Nestlé Alimentana S.A.

En lo anterior se aprecia que la consolidación de Graneros como polo industrial viene dado también por su histórica realidad agrícola y ganadera, la que generó el ambiente propicio para la posterior instalación de industrias alimentarias, como la lechera. La historia de Graneros, por lo tanto, se entrelaza directamente con su perfil productivo, ya que fue la cultura de trabajo de sus campesinos la que consolidó a la comuna y permitió su despegue industrial.

Otro capítulo de la historia de Graneros une a la comuna con la explotación de la mina El Teniente. Precisamente en la Casa Hodgkinson vivió a comienzos del siglo XX William Braden, uno de los dueños de la mina, y allí instaló oficinas y algunas bodegas para el

Compañía Chilena de Productos Alimenticios Sociedad Anónima Industrial (CHIPRODAL). Foto: Osvaldo Sáez, extraída de Municipalidad de Graneros.

almacenaje y reparación de las maquinarias. Lo anterior se debió a la posición estratégica de Graneros en relación con la mina, ya que su cercanía y la existencia de caminos permitían el tránsito de las carretas que subían hacia El Teniente con vigas de fierro y madera y luego bajaban con mineral y pasajeros (Plath, 1983). Igualmente la estación de tren permitía la llegada de insumos y la salida del mineral. No obstante, debido a que los propietarios de algunos terrenos no quisieron venderlos, las oficinas y bodegas de la Braden Copper Company fueron trasladadas a Rancagua, donde se construyó posteriormente la línea férrea que conectaba con la mina (Municipalidad de Graneros, s/f).

Patrimonio, tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

La comuna de Graneros cuenta con un particular patrimonio cultural conformado por sus tradiciones campesinas, fiestas, mitos y leyendas.

Gran parte de los granerinos profesan la fe católica, elemento importante de su identidad. Su religiosidad la expresan en distintas festividades que han trascendido al paso del tiempo, como por ejemplo la "Fiesta de la Purísima o de la Inmaculada Concepción", que se realiza cada 8 de diciembre para celebrar el dogma de la inmaculada concepción de María. Este festejo comienza el día 7 con misas cada dos horas y una vigilia que es amenizada por los cantores a lo divino, en tanto los sacerdotes atienden confesiones durante toda la noche y los peregrinos se dirigen en procesión desde Rancagua y otros puntos de la región. El día 8 la imagen de la Virgen es acompañada por todos los fieles en peregrinación por las calles de Graneros y se realiza la misa final que da término a la ceremonia (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Otra destacada instancia de reunión comunal es la "Fiesta Patronal de la Virgen de la Merced", que se lleva a cabo el día 24 de septiembre, no obstante, los días previos se realizan peregrinaciones simbólicas de la imagen por los distintos sectores de Graneros y misas a la chilena. En el marco de esta misma celebración se recrea otra importante actividad tradicional del campo de Graneros, como lo es la trilla (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). La trilla a yegua suelta es un verdadero ritual de ayuda comunitaria que surgió de la necesidad práctica de obtener granos limpios, para lo cual los vecinos se reunían y brindaban ayuda con sus animales, carretas y demás herramientas. Esta labor trascendió de su utilidad meramente práctica y adquirió ribetes simbólicos, ya que se transformó en una verdadera fiesta comunitaria donde se compartían alimentos, vinos, bailes y música. De este modo, la trilla es todo un evento en el campo chileno y, aunque las maquinarias modernas reemplazaron su utilidad, su simbolismo permanece vigente como parte del patrimonio campesino chileno.

Igualmente, la Virgen de Lourdes del Cerro La Cantera, considerada patrona y protectora del valle campesino, es celebrada en Graneros por sus fieles peregrinos desde 1986 en la "Fiesta de la tradición". Según los relatos, la Virgen intercedió para que la familia propietaria del cerro consiguiera su vivienda y posesiones luego de la trágica muerte del padre. La familia instaló la tradición de veneración a la Virgen, cuya continuidad fue asumida por un grupo de folcloristas que anualmente organizan la celebración, que es acompañada con muestras de folclor local y extranjero, además de incluir una típica choclada, consistente en repartir maíz cocido con mantequilla. De este modo, la fiesta funde una expresión de religiosidad con un tradicional alimento cultivado por los fieles campesinos (Aguilera, 2021).

En Graneros también existe una de las tradiciones más antiguas de Chile, con más de 400 años. Se trata del Canto a lo Poeta, expresión campesina de índole cultural y también religiosa. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está

el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios, matrimonios o aquellas de carácter religioso, como las fiestas ofrecidas en honor a la Inmaculada Concepción y a la Virgen de la Merced (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

A la par, Graneros ha sido cuna de importantes expresiones folclóricas, así lo demuestran los múltiples conjuntos donde participan vecinos de todas las edades. En la comuna también se realizan los denominados "bautizos y matrimonios a la chilena", en los cuales se hacen presentes diversos simbolismos campesinos y los cantores a lo poeta deleitan con sus talentos (Municipalidad de Graneros, s/f).

Otros importantes elementos del patrimonio cultural inmaterial de Graneros son sus mitos y leyendas, que han sido traspasados de generación en generación. Estos relatos hablan de personajes típicos del campo chileno, como por ejemplo el infaltable Diablo, que se aparecería en el Camino La Compañía y el Chon Chon, extraña ave de plumas color negro y gris que se forma a partir de una cabeza humana. Se dice que en el Cerro Grande existe una particular caverna, en la cual los días viernes se reúnen brujos provenientes de Machalí, Doñihue, Larmahue, Graneros, Rengo, Rancagua, Almahue Viejo, Rinconada, Cerrillos, Quinta, Coltauco y Tagua Tagua, los que llegan volando convertidos en Chon Chon (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (2005). Historia de los antiguos mapuches del sur. Santiago de Chile, Catalonia.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9).

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

Lira, H. (2014). Cosas y casos de Chimbarongo. La ciudad pequeña más grande de Chile. Chile, DIBAM.

Michea, R., Stewart, D. (2016). Historia del Valle de Codegua. Rancagua, Chile.

Michea, R., Stewart, D. (2019). Historia de Graneros 1542-1935. Graneros, Chile, Mancilla Editores Ltda.

Ministerio de Bienes Nacionales. (2016). Ruta Patrimonial N° 70. Libertador General Bernardo O'Higgins. Fiestas tradicionales y populares del Centro. Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Municipalidad de Graneros. (s/f). Antología de Graneros. Chile.

Planella, M., Tagle, B., Stehberg, R., Niemeyer, H. (2004). "Logros y fracasos en la etapa de recuperación de un patrimonio arqueológico e histórico vulnerado: el caso de la fortaleza Cerro Grande de la Compañía". Chungará (Arica), 36: 1159-1174.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Chile, Nascimento.

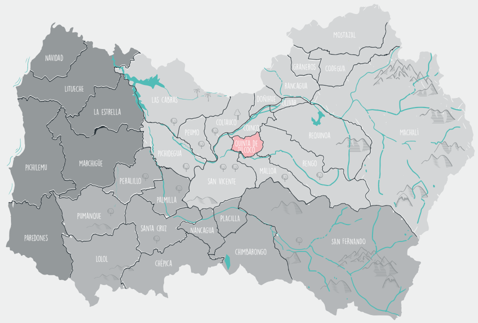
Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.

QUINTA DE TILCOCO / Juan Díaz Jorquera / Productor de melones



QUINTA DE TILCOCO

La formación de Quinta de Tilcoco: mixturas, haciendas y estancias

El arribo de los españoles al Valle de Cachapoal desencadenó una serie de consecuencias en distintos ámbitos, lo que se tradujo, por ejemplo, en las transformaciones profundas de los códigos sociales y de la posesión de la tierra. Los hispanos impusieron las mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, mecanismos que utilizaron como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Todos estos mecanismos fueron implantados en la zona de Quinta de Tilcoco, donde existieron múltiples haciendas y también la encomienda Tilcoco que representó la fuerza de trabajo en el sector (Góngora, 1970). Precisamente las tierras de esta comuna conformaron una extensa hacienda que fue reiteradamente subdividida y heredada, lo que dio origen a diversos fundos. Algunos de los más reconocidos fueron las haciendas y fundos Tilcoco, Las Casas de Quinta y Caylloma (Plan de Desarrollo Comunal, 2016-2019).

Fue así como paulatinamente se consolidó en el Valle Central de Chile el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, todo lo cual se sostuvo en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En paralelo al fenómeno de transformaciones de la tierra, las familias campesinas se iban asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese al alero de grandes haciendas, conventos que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y estimulaban la aparición de poblados y comercios. Con todo, en el surgimiento de muchas comunas de la Región de O'Higgins también intervino la espontaneidad. Para el caso de la formación de la comuna de Quinta de Tilcoco, el atractivo de las haciendas fue determinante, ya que requerían mano de obra y algunas veces ofrecían la posibilidad de vivir dentro de ellas como inquilinos. De este modo muchas familias se asentaron en el lugar, lo cual dio paso a la oficialización de la comuna en 1891 (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

El nombre de la comuna de Quinta de Tilcoco proviene de la lengua mapuche y podría significar "agua entre piedras" (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). La pervivencia de esta toponimia demuestra el fuerte influjo indígena en la zona.

Producciones de Quinta de Tilcoco, aislamiento y estímulo para la inventiva campesina

Los obstáculos naturales de la Región de O'Higgins, tales como la Cordillera de la Costa, de Los Andes, las quebradas, desniveles, cerros y fenómenos estacionales, sumieron a distintos sectores en un relativo aislamiento. Precisamente la comuna de Quinta de Tilcoco se emplaza en el centro de la cuenca de Rancagua, flanqueada en uno de sus costados por la Cordillera de la Costa.

Durante la época colonial e inicios de la República, en Chile predominaron los caminos de herradura, es decir, aquellos que sólo podían ser surcados por jinetes sobre sus animales. Muchas veces estos caminos eran sólo huellas mal demarcadas, por lo que el escenario era bastante precario y complejo para las comunicaciones, traslados y comercio (Aguilera, 2013). No obstante, en esta realidad surgió un actor clave que se encargó de solucionar estas problemáticas: el arriero. Estos hábiles jinetes asumieron el traslado de cargas y productos locales para comercializarlos en sectores alejados que los demandaban. Igualmente, arreaban el ganado para el aprovechamiento estacional, utilizando las veranadas e invernadas para la cría de animales. Junto a lo anterior, representaron un canal popular de comunicaciones, puesto que diseminaban las noticias entre los distintos puntos que visitaban (Lacoste et al, 2017).

El trazado de los principales caminos coloniales evidencia la importancia estratégica de los lugares por donde pasaban, ya fuese por su utilidad para el abastecimiento de los viajeros o por los productos que en aquellos sitios se elaboraban. Por ejemplo, el Camino Real de la Frontera era utilizado principalmente por sujetos económicos, soldados y misioneros que iban hacia la Araucanía. Éste atravesaba las principales haciendas de la zona, entre ellas las de Quinta de Tilcoco (Cáceres, 2007). Este sector tuvo un importante flujo de tránsito, ya que era camino obligado para quienes provenían de los campos interiores en dirección a Santiago y Valparaíso. También para las carretas que trasladaban los productos locales hacia aquellos atractivos mercados para su comercialización (Góngora, 1970).

Comuna Quinta de Tilcoco.
Foto: Municipalidad Quinta de Tilcoco.

La comuna de Quinta de Tilcoco posee una rica cultura cargada de tradiciones que comenzaron a construir sus antepasados. En su historia se fusionan los aportes y conocimientos de indígenas, europeos y campesinos que lograron domesticar su naturaleza y transformar estos paisajes en su hogar. A través de la trayectoria de la comuna se hacen palpables los esfuerzos de sus habitantes y la inventiva que aplicaron para dar vida a productos típicos que han alimentado y abastecido de herramientas a diferentes generaciones.

Con todo, el relativo aislamiento de los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de una característica clave de sus hombres y mujeres, como lo es el ingenio campesino. Ante la dificultad de conectarse con otros puntos y abastecerse de los productos que no confeccionaban localmente, el campesino de Quinta de Tilcoco creó productos típicos únicos, surgidos desde la necesidad y su ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Los campos de Quinta de Tilcoco tienen una exitosa historia. Desde tiempos coloniales la zona se destacó por su producción ganadera y agrícola. Ovejas, cabras y vacas estimularon la instalación de curtiembres, por ejemplo, en las cuales se confeccionaban productos típicos que eran imprescindibles para las actividades de campesinos, arrieros y jinetes. Por aquel período la producción de sebo también activó la comercialización hacia Santiago y Valparaíso para su exportación (Góngora, 1970).

Igualmente, en estas tierras la agricultura y fruticultura se han mantenido positivamente hasta la actualidad. El microclima de Quinta de Tilcoco, sumado a la ausencia de heladas, han estimulado estas producciones (Bengoa, 1990). El trigo de la zona, por ejemplo, fue otro producto local de gran valor que permitió que Chile se convirtiera en el mayor exportador del Cono Sur (Lacoste et al, 2017).

Por otro lado, la vitivinicultura también encontró suelo fecundo en la comuna. Estas plantas introducidas por los españoles se adaptaron adecuadamente a las condiciones naturales del sector. Y, a continuación, sus habitantes desarrollaron las destrezas y conocimientos necesarios para consolidarse como exitosos viticultores hasta el presente (Góngora, 1970).

A inicios del siglo XX, los fecundos campos de Quinta de Tilcoco continuaban dando cuenta de su generosidad, la que en todo caso

no era gratuita, ya que se sustentaba en el arduo trabajo campesino. En este sector funcionaron exitosos y modernos fundos, los cuales explotaron en un nivel superior la fruticultura y agricultura, convirtiéndose en verdaderas fábricas de conservas. Un ejemplo de esto fue el Fundo Los Quilos, cuyos productos basados en duraznos, guindas, damascos, manzanas, membrillos, peras y almendras fueron muy demandados con ocasión de la Primera Guerra Mundial. Los campos más desarrollados de la comuna se autoabastecían de herramientas y maquinarias manuales, al tiempo que actuaban como imán para los nuevos pobladores que se sumaban a las labores de producción, muchos como inquilinos (Bengoa, 1990).

Los productos típicos que históricamente se han desarrollado en las tierras de Quinta de Tilcoco son un eslabón fundamental de su historia, que da cuenta de la gran inventiva de sus habitantes y su ingenio para aprovechar los recursos disponibles. A partir de ellos lograron suministrarse herramientas y los utensilios necesarios para desarrollar sus vidas en aquellos paisajes. De este modo nacieron importantes productos típicos, como los aperos confeccionados por talabarteros; textilería en lana de ovejas; tejidos en fibras naturales como la totora con la cual se confeccionaba mobiliario para el hogar, entre otros.

Tradiciones campesinas, fiestas, mitos y leyendas

El sello distintivo de la comuna de Quinta de Tilcoco es su alma campesina. Este aspecto de su identidad se refleja en el conjunto de tradiciones que sobreviven al paso del tiempo, festividades, mitos y leyendas, todos elementos fundamentales del patrimonio cultural inmaterial de sus habitantes.

Una tradición que pervive es la de las "santiguadoras" de la comuna. Estas mujeres han heredados antiquísimos conocimientos que les permiten sanar a los enfermos de múltiples dolencias, entre ellas el denominado "mal de ojo", que consiste en un mal transmitido de una persona a otra con sólo mirarla y que suele expresarse con desánimo e indigestión, especialmente en niños. Esta práctica está íntimamente ligada a la religión, ya que el principal antídoto son los rezos, credos y el Ave María. Si bien estos conocimientos no son exclusivos del campo de Quinta de Tilcoco, se mantienen vivos en el sector (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Otra importante expresión campesina en que se funde el folklore y la religión es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Igualmente, los festejos de las Carmenes y de Cuasimodo son parte del patrimonio del campo chileno en general. La primera se realiza cada 16 de julio, con motivo de la "Fiesta de la Virgen del Carmen" que se celebra con misas, fuegos artificiales y una importante procesión que termina a los pies del Cerro de la Virgen. Conjuntamente, aquel día se festeja a las mujeres que llevan dicho nombre a través de la gastronomía tradicional, como asados, pan amasado, estofados, cazuelas, etcétera. También se realiza la típica matanza de un chancho, el cual es engordado desde el verano. Esto es un verdadero ritual comunitario del campo chileno, en el cual se comparten los trabajos de faenamiento y las posteriores preparaciones de los alimentos, todo esto con un tinte de festividad. De esta matanza se obtienen múltiples subproductos, como el queso de cabeza, longanizas, embutidos, arrollados, prietas, chicharrones y la manteca que es utilizada como base en casi todas las preparaciones, por lo que su abastecimiento para todo el año es muy importante. Como la tradición indica, estos alimentos son compartidos entre los participantes y familiares

Celebración Virgen del Carmen.
Foto: Municipalidad Quinta de Tilcoco.

Paseo familiar de Fiestas Patrias al cerro El Manzano.
Foto: Municipalidad de Quinta de Tilcoco.

de los patrocinantes. Igualmente, de la otoñal matanza de las vacas engordadas en primavera y verano, se consigue el cuero con el cual se fabrican importantes elementos, como las cuerdas, lazos y coyundas para enyugar los bueyes a las carretas.

La celebración de Cuasimodo es otra tradición profundamente arraigada en los campos y que pervive en la comuna de Quinta de Tilcoco. Ésta se desarrolla el domingo siguiente de la Semana Santa, en la cual la comunidad acompaña al sacerdote a entregar la eucaristía a quienes no pudieron participar de la misa de Resurrección. El sacerdote es escoltado por huasos a caballo, vecinos creyentes y cantores a lo divino (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Un destacado momento de reunión comunal sucede con las celebraciones de Fiestas Patrias, cuando los vecinos se reúnen en el tradicional paseo al cerro El Manzano, costumbre de larga data en la comuna que se ha traspasado de generación en generación.

Por otro lado, las tareas asociadas al cuidado del ganado generaron en Quinta de Tilcoco otras importantes actividades, como las domaduras y el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y especialmente en Quinta de Tilcoco.

El manejo de la tierra cruda es otro valioso conocimiento campesino arraigado en la comuna y que forma parte de su patrimonio arquitectónico y cultural. Las construcciones alzadas con esta técnica y materialidad son un verdadero emblema de la antiquísima tradición

campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda dentro de su paisaje patrimonial. Los embates de los terremotos y el incontenible paso del tiempo han hecho desaparecer muchas de estas construcciones, empero otras sobreviven como vestigios de aquella época y conocimientos.

Parte integrante del patrimonio cultural inmaterial de las comunidades son sus mitos y leyendas. Éstos, transmitidos de generación en generación, han sobrevivido al paso del tiempo y forman parte del repositorio íntimo de los habitantes de la comuna. Estas historias hablan de personajes típicos del campo chileno, como el Diablo, que aseguran habita la zona de Camarico y sale a recorrer los campos a caballo o en carroza. Algunos vecinos indican que en la zona de Valle Hermoso tiene múltiples entierros de oro y plata que cambia por las almas humanas. Otros relatos hablan de personajes como el Chupacabras, que habría matado 15 aves de corral en un campo de la comuna y el Culebrón, que todavía cuidaría el tesoro escondido por unos españoles hace muchísimos años atrás en el sector del actual cementerio de Guacarhue (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (1990). Haciendas y campesinos. Historia Social de la Agricultura Chilena. Tomo II. Santiago de Chile, Ediciones SUR.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile. LOM Ediciones.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9). Buenos Aires.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Plan de Desarrollo Comunal Quinta de Tilcoco. (2016-2019).

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

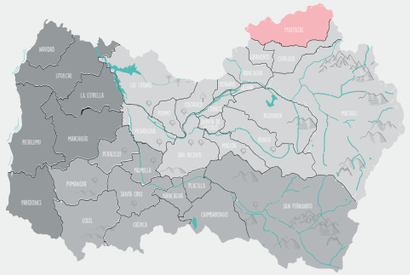
Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.



MOSTAZAL

La paulatina formación de Mostazal: divisiones de tierras, convento y ferrocarril

La primera piedra de la construcción de Mostazal fue puesta por los indígenas locales. Ellos recibieron importantes influjos, por ejemplo de los incas que incursionaron en la zona. Si bien los territorios de la actual comuna no fueron incorporados formalmente dentro del Collasuyo, los incas fueron determinantes en la cultura local a través de sus valiosos y variados conocimientos.

Los primeros habitantes de esta zona apreciaron sus condiciones naturales y utilizaron los recursos allí disponibles. Desde esta antigua época ellos transformaron el espacio para su máximo provecho, algunos ejemplos de esta apropiación y beneficio fueron las ingeniosas obras instaladas en el río Cachapoal, como el puente de cuero y

mimbre que les permitía atravesarlo y las acequias que conducían el agua para regar distintos sectores, entre ellos Mostazal. Esta acequia todavía pervive y ha adquirido tal relevancia que en la actualidad es considerada como el río Cachapoal propiamente tal, lo cual demuestra la importancia de la geografía histórica de la provincia (Michea y Stewart, 2016; 2019).

El posterior arribo de los españoles al Valle de Cachapoal generó una verdadera revolución en distintos ámbitos, cambiando la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Ellos implantaron mecanismos tales como la repartición de mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los hispanos, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Puntualmente en la zona de Mostazal existieron múltiples mercedes de tierras y posteriores divisiones que dieron origen a importantes fundos, los que congregaron a gran cantidad de personas como mano de obra.

Durante la época colonial muchas tierras correspondientes a la actual comuna de Mostazal estuvieron en manos de la Compañía de Jesús, las que luego fueron vendidas con motivo de su expulsión en 1767. Posteriormente, algunas de ellas fueron donadas a la Orden Franciscana, la que instaló un convento a mediados del siglo XIX en el sector denominado Mostazales. Allí, los frailes se dedicaron especialmente a la tarea educativa, ganadera y agrícola, además de la confección de tejas y ladrillos (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Michea y Stewart, 2019; Plan de Desarrollo Comunal, 2016-2019). En el Chile colonial e inmediatamente después, los conventos actuaron como verdaderos polos de desarrollo, ya que en

Maqueta de la estación "San Francisco", confeccionada con motivo de su restauración como Monumento Nacional.
Foto: Municipalidad de Mostazal.

Entre los habitantes originarios de la zona existió un notable cacique llamado Cachapoal, cuya figura es destacable por su valor histórico, simbólico y patrimonial para toda la Provincia de Cachapoal. Gracias a los registros de cronistas se sabe que este cacique, del cual toma su nombre el río Cachapoal, fungió como líder de la resistencia indígena frente a los hispanos. La figura del cacique Cachapoal, por tanto, adquiere ribetes simbólicos como líder de una de las luchas frente a los recién llegados españoles. Los enfrentó, confeccionó planes y entabló alianzas para este fin.

Fundo La Candelaria.
Foto: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Fundo Romeral.
Foto: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

torno a ellos se articularon asentamientos y rutas comerciales. De este modo surgieron mercados en zonas periféricas que eran animadas con fiestas religiosas, las que congregaban a feligreses de distintos puntos, quienes encontraban allí el espacio propicio para el intercambio de sus productos (Lacoste et al, 2017). Los conventos también estimularon conocimientos, técnicas y la proactividad de los lugareños, ingredientes claves para la creación de productos con identidad. Junto con esto, ayudaron a generar el circuito comercial para su venta o intercambios.

En Mostazal el convento franciscano actuó como imán, a cuyo alero se asentaron familias que dieron origen a un núcleo urbano, el que luego se consolidaría con la instalación de una obra de gran impacto social y económico: el ferrocarril (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

La red caminera en Chile durante la Colonia e inicios de la República era deficiente. Precisamente la geografía de la Región de O'Higgins presentaba obstáculos naturales que impedían la circulación fluida, como lo son la Cordillera de Los Andes, de la Costa, los ríos, las quebradas y los fenómenos estacionales como lluvias, crecidas y desbordes de ríos. El sistema que imperaba en el país previo a la instauración del ferrocarril era multimodal, compuesto por caminos carreteros, hidrovías y las predominantes rutas de herradura, es decir, que sólo podían ser surcadas por hábiles jinetes sobre el lomo de sus caballos (Aguilera, 2013). En Mostazal, zona abrazada por la Cordillera de la Costa y de Los Andes, el arriero desempeñó una trascendental función, por cuanto solucionó los problemas de aislamiento, permitió la salida de los productos locales hacia mercados distantes y atractivos, proveyó los que no se confeccionaban internamente, se encargó del ganado y también comunicó y difundió noticias de un lugar a otro (Lacoste et al, 2017).

Durante el siglo XIX el Estado de Chile emprendió uno de sus proyectos más importantes, como lo fue la instalación de una red ferroviaria para conectar los distintos sectores del país, con la finalidad de acortar las distancias y acelerar el traslado de las cargas. Para esto

aprovechó los réditos obtenidos de la explotación del salitre. En 1861 se terminó de construir la estación en Mostazal, bautizada como San Francisco (Solano, 1867). Su infraestructura reproducía el estilo de la primera estación Alameda de Santiago. El arribo del tren benefició a gran cantidad de pasajeros, además de permitir la circulación de mercancías agrícolas a una mayor velocidad. Igualmente, las construcciones de las estaciones de trenes atraían a nuevos pobladores que se instalaba a su alrededor, ya fuesen trabajadores o familias que auguraban el consiguiente éxito y desarrollo del sector. Precisamente esto último ocurrió en Mostazal, lo que sumado al influjo del convento franciscano dotó a la zona de una importante concentración de habitantes (www.monumentos.gob.cl).

El 17 de marzo de 1894 se oficializó la fundación de la comuna de Mostazal, cuyo nombre proviene de la gran cantidad de mostazales plantados en la zona por la familia Valdés, los que eran de gran utilidad para el uso medicinal casero. No obstante, este sector era mayormente reconocido por su santo patrono, San Francisco de Asís, lo cual se explica por la influencia de la congregación franciscana instalada en la zona. Todo lo anterior indujo que la capital comunal fuera bautizada como San Francisco de Mostazal (Herrera, 2010; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Ingenio campesino en Mostazal

La conformación de la comuna de Mostazal fue un proceso paulatino, en el cual convergieron aportes provenientes de distintos grupos. Además de la atracción del convento franciscano y la llegada del ferrocarril, un factor determinante fue el trabajo desplegado por los hombres y mujeres campesinos del sector. Ellos recibieron por herencia los conocimientos de su ancestral cultura indígena y también europea, los que enriquecieron con su impronta, aquella basada en el ingenio y capacidad de sobreponerse a las dificultades naturales del entorno.

El relativo aislamiento que aquejaba a los campos del Valle de Cachapoal sirvió como estímulo para el desarrollo de la inventiva campesina, que fue el origen de sus productos típicos únicos, surgidos de la necesidad y el ingenio. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Estación de trenes "San Francisco", Mostazal.
Foto: Monumentos Nacionales.

Canastos tejidos en fibra vegetal, expuestos con motivo del Día del Patrimonio Cultural.
Foto: Municipalidad de Mostazal.

Productos de la tierra.
Foto: Municipalidad de Mostazal.

Históricamente los campesinos de Mostazal han realizado importantes labores en la tierra, gracias a lo cual se abastecieron de alimentos y de las herramientas necesarias para su vida en el campo. En medio de esta realidad surgió la figura del viticultor, sujeto en el cual confluyeron, por ejemplo, los conocimientos indígenas sobre riego y los aportes europeos como las vides. Estas plantas se adaptaron perfectamente al escenario local y los campesinos supieron desarrollar las habilidades necesarias para su cuidado, con lo cual consolidaron la cultura vitivinícola que les permitió crear, desde la época colonial, productos típicos de gran calidad, como los vinos y aguardientes de la zona (Lacoste et al, 2015). Estas actividades trascendieron al paso del tiempo y permanecen vigentes en las exitosas viñas de la comuna.

Los campesinos de la región desarrollaron una magnífica capacidad de autosustentarse, la cual se basaba en las destrezas de distintos personajes, como por ejemplo los herreros, tejedoras y talabarteros, a través de los cuales fluían los conocimientos de sus ancestros y sus propias habilidades. De este modo se abastecían de ropas confeccionadas con lana de sus ovejas; de utensilios para trabajar la tierra; de los variados aperos, monturas, lazos, estribos necesarios para laborar y desplazarse sobre sus caballos; de sombreros, canastos y muebles confeccionados con fibras vegetales y un largo etcétera.

Impulsados por esta necesidad de autosustentarse, los fruticultores de Mostazal transformaron el paisaje para su beneficio. De este modo, en la zona se extendieron los frutales y el perfil agricultor se convirtió en un aspecto fundamental de la identidad de los habitantes de Mostazal. Esto ha pervivido hasta la actualidad, ya que las actividades asociadas al trabajo de la tierra continúan siendo las más relevantes de la comuna (Plan de Desarrollo Comunal, 2016-2019). Gracias a ellas se ha erigido el patrimonio gastronómico local, en el cual se hacen presentes las contribuciones de los distintos grupos fundadores de la comuna. Variados animales, frutas, verduras, semillas y demás hortalizas, preparados con distintas técnicas, conforman el recetario mestizo tradicional de Mostazal.

Festividades, mitos y leyendas

La comuna de Mostazal mantiene su espíritu campesino signado por el trabajo esforzado y las herencias culturales indígenas y europeas, que son elementos claves de la identidad de sus habitantes. La religión es un aspecto de gran valor para ellos y lo demuestran en sus distintas festividades. El patrono de la comuna de Mostazal es San Francisco de Asís, cuya devoción se debe a la influencia del convento franciscano.

Cada 4 de octubre se realiza la gran "Fiesta de San Francisco de Asís", en la cual la imagen del Santo es llevada en procesión por toda la ciudad, sobre carros adornados con flores y acompañado por hábiles bailarines. En dicha instancia se realiza la multitudinaria bendición de los animales y una exposición costumbrista y folclórica, en la cual participan diversos exponentes del sector (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Al igual que en otros sectores campesinos del país, la "Fiesta de la Virgen del Carmen" es un momento de encuentro comunal en Mostazal. Se efectúan procesiones a los pies del cerro La Carmelita y finalmente una misa a la chilena en la Iglesia de la Punta (Moreno, 2016). En el ámbito familiar se aprovecha de celebrar a todas las mujeres que llevan el nombre Carmen, para lo cual se preparan distintas comidas del recetario tradicional.

Otro momento de reunión se lleva a cabo el domingo siguiente de la Pascua de Resurrección, cuando se realiza la celebración de Cuasimodo. En dicha instancia la comunidad acompaña al párroco a dar la comunión a quienes no pudieron participar en la eucaristía de resurrección (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Una importante expresión campesina que se desarrolla en Mostazal, de índole cultural y también religiosa, es el Canto a lo Poeta, antigua tradición chilena con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008). En Mostazal se lleva a cabo un especial encuentro de payadores populares, en el cual los artistas demuestran sus habilidades en torno a las rimas y algunas guitarras (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013, Geografía UC-Proyectos, 2016).

Conjuntamente, en la comuna existen antiguos mitos y leyendas que mencionan a reconocidos personajes, como el Diablo y la Llorona. Uno de ellos habría ocurrido en el Tranque de O'Higgins de Pilay. Se dice que allí acechaba el mal, lo que ocasionaba que el tranque se secara todos los años. Un día los propietarios del lugar mandaron a instalar una imagen de Cristo en madera, que parecía estar mirando directamente hacia la iglesia y la casa patronal. Cuentan que a partir de ese momento la maldición se habría acabado y el tranque nunca más se secó (Moreno, 2016).

Iglesia San Francisco de Asís, Mostazal.
Foto: Municipalidad de Mostazal.

Tranque de O'Higgins de Pilay.
Foto: Luis Garrido.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación. Vol. 21 (9). Buenos Aires.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile. Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Michea, R., Stewart, D. (2016). Historia del Valle de Codegua. Rancagua.

Michea, R., Stewart, D. (2019). Historia de Graneros 1542-1935. Graneros, Chile, Mancilla Editores Ltda.

Moreno, M. (2016). Caminando entre cordilleras por Mostazal. Chile.

Plan de Desarrollo Comunal de Mostazal. (2016-2019).

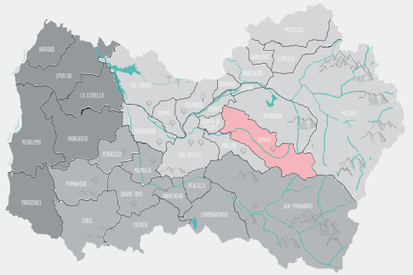
Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton & C.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

RENGO / Raúl Arredondo / Cochero de carruajes



RENGO

Paulatina conformación del poblado de Rengo

En la comuna de Rengo se manifestó especialmente la intención inca de incorporar estos territorios al ala sur-este del Tawantinsuyo. Puntualmente en las riberas del Río Claro habría tenido lugar una tenaz batalla entre locales e incas (Solano, 1867). Precisamente por este tipo de enfrentamientos y la actitud asumida por los indígenas locales que se propusieron expulsarlos de su territorio, es que recibieron la denominación de "promaucaes". Por otro lado, en el sector Camarico Las Pataguas se encontró un entierro múltiple que da muestra del sincretismo entre indígenas locales e incas (Sepúlveda et al, 2014).

Posteriormente, los nativos tuvieron que hacer frente a otro grupo que arremetió en la zona, los españoles, que en todo caso consolidaron su presencia a través del mestizaje, tanto biológico como cultu-

ral. La instalación de los europeos en la región implicó una serie de cambios en los códigos sociales, el entendimiento de la tierra y su propiedad. Algunos mecanismos nuevos que implementaron fueron las reparticiones de tierras y las encomiendas indígenas, ambos utilizados como medios de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la Corona Española. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. La zona de Rengo fue especialmente valorada, puesto que la buena calidad de sus suelos y agua favorecía los sembrados y cría de ganados (Guarda, 2000).

De acuerdo con la lógica de ocupación de los hispanos, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. En Rengo existió desde época prehispánica un asentamiento indígena y luego, con la llegada de los españoles, se oficializó el pueblo de indios. Precisamente una antigua encomienda se configuró en el sector de Apalta –que en lengua mapuche significa "temblor"– cuando Pedro de Valdivia se la concedió al conquistador Diego García de Cáceres (Guarda, 2000; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Tempranamente, la actual comuna de Rengo fue repartida en mercedes de tierras, a partir de las cuales se formaron diferentes haciendas y fundos. La historia de la estancia de Apalta así lo demuestra. Ésta consiguió gran reconocimiento, ya que la calidad de sus suelos favoreció los sembrados, la cría de ganados y la obtención de maderas, en tanto sus afluentes proveían variados pescados, como pejerreyes, truchas y bagres. A fines del siglo XIX las tierras fueron donadas a la Congregación de Padres Agustinos de la Asunción, quienes se instalaron allí entre 1892 y 1893 y construyeron una escuela apostólica. Luego, el recinto se transformó en una casa de ejercicios para las diferentes misiones. A continuación, en 1983 las tierras fueron donadas a las monjas benedictinas para la fundación del Monasterio de la Asunción de Santa María Virgen (Guarda, 2000).

A raíz de todas las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, especialmente en el Valle Central de Chile, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción. Todo esto se sostuvo en el arduo trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En paralelo a las transformaciones en torno a la posesión de la tierra, otros factores influyeron en la concentración de población en la zona de Rengo. Algunos de los criterios que primaban para que las familias campesinas se asentaran en determinados lugares eran la presencia de haciendas que demandaban mano de obra; la cercanía de estaciones de trenes que estimulaban el surgimiento de poblados y comercios; o alrededor de conventos que actuaban como polos de atracción para el desarrollo de oficios, productos típicos y su comercialización (Lacoste et al, 2017). Esto último se dio en el sector de La Isla, por ejemplo, donde se ubicó el Convento de la Recoleta Franciscana. Así, todos estos factores fueron alicientes para que se instalara población en lo que hoy se conoce como Rengo. Este proceso fue paulatino y no respondió a las fechas formales, tales como el 31 de diciembre de 1695 cuando se fundó la "Aldea de Río Claro" llamada así por el emblemático río de la zona; 1825 cuando pasó a ser "Villa Deseada" en referencia a los viajeros que anhelaban arribar pronto a ese punto para refrescarse; 1831 cuando se rebautizó como "Villa de Rengo" en honor al cacique mapuche cuyo nombre provendría del mapudungún "Renkü" que significa "invencible"; o 1865 cuando se declaró formalmente como ciudad (Solano, 1867; Herrera, 2010; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Perfil de Rengo: sus productos y su gente

En la conformación de la comuna de Rengo las manos de los hombres y mujeres campesinos fueron protagónicas, ya que ellos consiguieron abrirse espacio en medio de la naturaleza y la aprovecharon para su sustento. Para esto, utilizaron los conocimientos heredados de sus antepasados indígenas y europeos. Gracias a esta conjunción de recursos y saberes, los campesinos de Rengo erigieron sus exitosas agricultura y ganadería (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

La comuna de Rengo es el resultado de la interesante conjugación de aportes desde diversos mundos, como el indígena y europeo. Se forjó y consolidó gracias al arduo trabajo de mujeres y hombres campesinos que abrieron un espacio en medio de la naturaleza y lograron domesticarla para su asentamiento. Gracias a su cultura de trabajo desarrollaron interesantes productos típicos y potenciaron el valor de sus tierras, de las cuales hasta el día de hoy obtienen alimentos de gran calidad, por ello, Rengo es una comuna con alma campesina.

Pileta Plaza de Armas de Rengo. Foto: Pablo Valderrama - Municipalidad de Rengo.

Un valioso aporte de los hispanos a esta zona fueron las vides. Estas plantas se adaptaron exitosamente al paisaje de Rengo y a continuación sus habitantes desarrollaron toda una cultura de cuidado de la vid, a partir de la cual crearon importantes productos típicos como vinos, aguardiente, chacolí y chicha. La historia de estos brebajes es muy remota y en ella se patenta la fusión de saberes ancestrales con la imprenta de los campesinos locales. Lo anterior explica que estos productos típicos estén profundamente arraigados en la identidad de Rengo.

La cultura del aguardiente en la Región de O'Higgins tuvo diversos polos destiladores, entre ellos Rengo y Doñihue, siendo este último todavía muy reconocido. Por otro lado, la chicha llegó a representar un tercio de la producción nacional durante el siglo XIX y hasta el día de hoy posee un rol protagónico dentro de celebraciones nacionales, como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército. Por su parte la historia del chacolí, vino joven sin envejecimiento en barrica ni guarda en botella, se remonta a la centuria del 1900, la cual fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y también representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central. Este vino es la estrella en momentos de celebraciones como el fin de la cosecha, carnavales y Fiestas Patrias. Al igual que la chicha, el chacolí surgió de las entrañas de la cultura popular campesina y sufrió los embates de las corrientes tecnócratas que desdeñaron las cepas y procedimientos locales, no obstante, logró sobrevivir de la mano del consumo popular y la producción tradicional de zonas campesinas como Rengo (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014; Lacoste et al, 2015a; 2015b; 2015c; 2017).

Históricamente, la tierra de Rengo se ha destacado por sus buenas condiciones, fecunda para la agricultura y fruticultura. El viajero ale-

mán Paul Treutler describió su paso por Rengo entre 1851-1863 con las siguientes palabras: "Tres leguas al suroeste de Rancagua pasamos por la aldea de Rengo que es pequeña, pues sólo cuenta con 600 habitantes; está situada sobre el Río Claro y se caracteriza por sus magníficas quintas, a otras cuatro leguas al sureste, avanzando siempre entre campos cultivados y alfalfares llegamos a la capital de la provincia de Colchagua, San Fernando" (Treutler, 1958; Purcell, 2000). Esta cualidad de sus suelos ha proveído a sus habitantes de los alimentos necesarios para su sustento, tales como tomates, legumbres, cereales y remolacha, los que constituyen el patrimonio gastronómico local y continúan produciéndose en la comuna (Muñoz et al, 2013; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014; Lacoste et al, 2017).

La historia de muchas comunas de la Región de O'Higgins está marcada por los obstáculos naturales que las sumieron en distintos grados de aislamiento y dificultaron el tránsito desde un punto a otro. Ejemplos de estos fueron la Cordillera de la Costa, de Los Andes, las quebradas, cerros y los fenómenos estacionales como las lluvias, crecidas y desbordes de los ríos. Este relativo aislamiento estimuló en los campesinos de la región la valiosa habilidad de autosustentarse. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Fue así como en Rengo los talabarteros, tejedoras y herreros desempeñaron un importante rol proveyendo aquellos artículos imprescindibles para el desarrollo de la vida en aquellos campos. Por ejemplo, para desarrollar sus labores en la tierra, los campesinos y sus caballos demandaron productos específicos como las monturas, espuelas, lazos, mantas, sombreros, estribos, entre muchos otros aperos. Así, en Rengo se generó un interesante encadenamiento productivo que lo convirtió en un importante polo de confección de arte huaso, en conjunto con San Fernando y Rancagua (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014; Lacoste et al, 2017).

Club de huasos de Rinconada.
Foto: Municipalidad de Rengo.

Fiesta de la Vendimia de Rengo.
Foto: Municipalidad de Rengo.

Posteriormente, en la segunda mitad del siglo XIX llegó a la zona de Rengo un eslabón del ferrocarril sur. Este ambicioso proyecto del Estado chileno buscaba acortar las distancias y los tiempos de traslado de las cargas, aunque igualmente tuvo un enorme impacto social, ya que benefició a la población sin importar sus estratos sociales (León, 2008; León y Valenzuela, 2014). La apertura de la estación Rosario en 1861 trajo grandes consecuencias en la comuna, ya que además de estimular la concentración de población en su entorno, permitió la salida de los productos locales, como los agrícolas, y la llegada de aquellos que no se elaboraban internamente (Solano, 1867; Núñez, 1910).

Otra actividad desplegada desde antaño en los campos de Rengo es la ganadería, tanto para la obtención de alimentos como demás subproductos. De las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de Rengo.

Tradiciones, fiestas, mitos y leyendas de Rengo

La comuna de Rengo tiene alma campesina. Esto se ve reflejado en su valioso conjunto de tradiciones, fiestas y leyendas. Las históricas actividades campesinas del sector han sobrevivido al paso del tiempo y continúan expresándose como parte del patrimonio cultural de los renguinos.

La significativa producción de vinos y demás brebajes en Rengo transformó el momento de la vendimia en un verdadero ritual y la consagró como una instancia de encuentro comunitario, trabajos compartidos y festejos. Si bien la modernización y tercerización del trabajo modificaron las labores tradicionales, la vendimia mantiene su valor simbólico a través de las fiestas costumbristas. Entre los meses de marzo y abril se lleva a cabo la "Fiesta de la vendimia de Rengo", que cuenta con un afamado espectáculo artístico y cata de vinos (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Aguilera, 2021).

Por otro lado, las fiestas costumbristas que se inspiran en la gastronomía típica son particularmente valiosas para sus comunidades, ya que a través de sus platos tradicionales reafirman su identidad, relatan su pasado y reconocen las herencias recibidas. En esta categoría está la "Fiesta de la fruta, sus frutos y su gente de Rosario", que se realiza en la antigua bodega de la estación de tren que fue punto neurálgico en el traslado de las frutas, hortalizas y ganado local, lo que rememora la histórica relación de esta zona con dichas

producciones y sus célebres momentos de comercialización (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014; Aguilera, 2021).

La religiosidad es un aspecto muy presente en la vida de los renguinos, por tal motivo cuentan con diversas celebraciones en las cuales demuestran su fe y el anclaje campesino que éstas tienen, puesto que algunos de estos festejos no son exclusivos de Rengo, sino que parte del patrimonio campesino nacional. Un importante festejo de la zona es la "Fiesta de la Asunción de la Virgen María", que se celebra cada 15 de agosto y tiene gran afluencia de público de distintos sectores que acuden a las misas en el cerro. Otra celebración con gran poder de convocatoria es la "Fiesta de Santa Ana", que motiva multitudinarias procesiones cuyo epicentro es la Basílica Santa Ana de Rengo (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014).

Otras instancias de reunión comunal son la "Fiesta de la Purísima", que se celebra con una misa al alba, la "celebración de San Expedito", que congrega a muchos devotos en la zona de Rosario en torno a la imagen del santo tallada en madera con rasgos indígenas y la "celebración de Cuasimodo", que se realiza el domingo siguiente a la Pascua de Resurrección cuando la comunidad acompaña al sacerdote a entregar la comunión a los enfermos. Esta última tradición no es exclusiva de Rengo, sino que forma parte del repositorio campesino nacional (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014).

La comuna de Rengo, como buena exponente de la cultura campesina, cuenta con un importante conjunto de mitos y leyendas. Una de ellas tiene como protagonista al infaltable Diablo, que según los relatos locales frecuentaba el Cerro San Juan hasta que se instaló una imagen de la Virgen, cuya data sería del siglo XIX y que habría sido llevada por Bernardo O'Higgins a Mendoza y luego devuelta a Chile (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Un extraño personaje local es la Calchona, mujer que vestida de negro y montada sobre un burro deambula por las noches asustando a todo aquel que se atraviesa por su camino. En la zona cordillerana del Palomo, al interior de Popeta, otro particular personaje habría sido avistado por testigos que aseguraban se trataba de un ser gigantesco, mitad hombre y mitad mono, al que llamaron "Hombre de las nieves", no obstante, nunca logró ser encontrado. También en Popeta algunos vecinos dicen que un jinete sin cabeza cabalga sobre un corcel negro con ojos brillantes, mientras otros comentan que en la zona vivió una mujer que tenía el poder de convertirse en bruja y luego recobrar su forma humana gracias a unos mágicos ungüentos (Plath, 1983; Vásquez et al, 2013).

Fiesta de Santa Ana de Rengo.
Foto: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014.

Celebración de Cuasimodo en Rengo.
Foto: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2014). Catálogo Cultural de Rengo. Rancagua, Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Guarda, G. (2000). La Estancia de Apaltas y las Casas de Mendoza. Monasterio de la Asunción de Santa María Virgen Monjas Benedictinas. Chile.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, 21 (9).

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Briones, F., Cussen, F., Soto, N., Rendón, B., Mujica, F., Aguilera, P., Cofré, C., Núñez, E., Adunka, M. (2015b). "Vinos típicos de Chile: ascenso y declinación del chacolí (1810-2015)". Idesia (Arica), 33(3), 97-108.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015c). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Pszczólkowski, P., Briones, F., Aguilera, P., Mujica, F., Garrido, A. (2015a). "Historia de la chicha de uva: un producto típico en Chile". IDESIA, 33 n° 2: 87-96.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

León, V., Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J., Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788. Chile.

Núñez, S. (1910). Los ferrocarriles del Estado. Santiago de Chile, Imprenta i encuadernación Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimento.

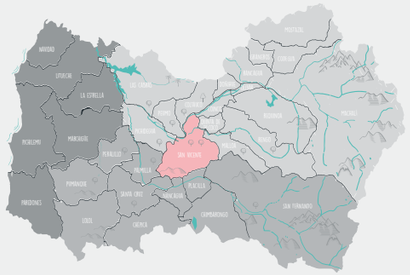
Purcell, F. (2000). Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Sepúlveda, J., San Francisco, A., Jiménez, B., Pérez, S. (2014). El pucará del cerro La Muralla. Mapuches, incas y españoles en el Valle del Cachapoal. Santiago de Chile, Mutante Editores.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton y C.

Treutler, P. (1958). Andanzas de un alemán en Chile. 1851-1863. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



SAN VICENTE DE TAGUA TAGUA

El pasado de San Vicente de Tagua Tagua: inicios de su valioso patrimonio

La historia de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins es muy remota y la comuna de San Vicente de Tagua Tagua es un claro ejemplo de ello. A través de su interesante historia de poblamiento se obtiene una imagen panorámica de toda la región, para la cual se propone una data de entre 11.000 a 13.000 años atrás. Este importante dato se obtuvo a partir de hallazgos arqueológicos en la comuna, como instrumentos líticos y huesos de fauna pequeña, además de la gran cantidad de piedras tácitas, horadadas, cuchillos de caza, restos alfareros, puntas de flechas, herramientas y conchales (Núñez et al, 1994; Cubillos, 2003; Jackson, 2007; Sociedad Chilena de Arqueología, 2017; Falabella et al, 2019; Ramírez, 2019).

Dentro de la comuna de San Vicente de Tagua Tagua perviven interesantes testimonios de sus primeros habitantes. Algunos de ellos han sido estudiados, mientras que otros permanecen enterrados a la espera de ser descubiertos. Un ejemplo de esto se da en la zona de Cuchipuy, donde se encontró el que sería uno de los cementerios más antiguos de América, con cadáveres de hace 9.000 años atrás. Adicionalmente, en la comuna existió la Laguna Tagua Tagua, la cual fue secada en siglo XIX dejando en evidencia múltiples vestigios de fauna pleistocénica como mastodontes, gonfoterios, caballos y ciervos, cuyos huesos evidencian la manipulación de las presas por parte de los cazadores.

El ambiente lacustre de la antigua Laguna Tagua Tagua atraía a gran cantidad de animales, los que a su vez eran perseguidos por los cazadores, simbiosis que dejó múltiples vestigios en el sector, tales como artefactos de caza y restos óseos. Al respecto, los estudiosos han propuesto una reconstitución del ritual de cacería de la megafauna en la zona, el que habría consistido en un trabajo grupal por medio del cual perseguían a la presa, por ejemplo un gonfoterio, hasta aislarlo de su manada, para lo cual utilizaban antorchas de fuego y herramientas de cacería, tales como dardos y elementos contundentes. A continuación, el faenamiento de la presa se realizaba en el sitio de deceso del animal, ya que por su gran tamaño no era posible arrastrarlo. Estas interesantes escenas son propuestas en base a los restos hallados en las cercanías de la laguna (Sepúlveda et al, 2014).

Los primeros pobladores apreciaron y aprovecharon las condiciones naturales de este medioambiente, el cual les proveía alimentos y agua, junto con un clima óptimo para el desarrollo de la vida humana. Un ejemplo de lo anterior habrían sido los alrededores de la Laguna Tagua Tagua, la cual fue explorada por insignes personajes como Claudio Gay, Charles Darwin e Ignacio Domeyko. Junto con lo anterior, los diferentes ríos de la región y su consecuente humedad facilitaron el desarrollo de la horticultura, lo que dotó a estos paisajes de una formidable fertilidad responsable de que en la zona aún broten diferentes plantas y semillas, algunas endémicas y otras introducidas por los distintos grupos que arribaron al sector, como los incas.

Si bien el sector de la actual comuna de San Vicente de Tagua Tagua no fue incorporado formalmente dentro del Imperio Inca, éste sí marcó presencia a través de la relación que entabló con los nativos de entre los ríos Maipo y Maule. Una muestra de esto es el cerro La Muralla, donde existe un sitio arqueológico con una dimensión de 17 hectáreas. Luego de muchas investigaciones en terreno, se estableció que las murallas de piedras ubicadas en la cima corresponderían al pucará más austral del Imperio Inca detectado hasta el momento, cuya función sería defensiva. Posteriormente esas mismas instalaciones fueron utilizadas por los indígenas locales para frenar la avanzada española (Sepúlveda et al, 2014). Con todo, la Región de O'Higgins no perteneció formalmente al Tawantinsuyo, sino que en estos territorios se habría dado una suerte de intermitencia en las relaciones entre locales e incas.

Representación a escala real de gonfoterio encontrado en la ribera de la Laguna Tagua Tagua donado por el Museo Nacional de Historia Natural de Chile a la Municipalidad de San Vicente de Tagua Tagua. Foto: Santiago Scholl.

Maqueta representativa de la caza de un gonfoterio, en Museo Escolar Laguna Taguatagua. Foto: Santiago Scholl.

La zona que comprende la actual comuna de San Vicente de Tagua Tagua destacó desde antaño por lo fértil de sus tierras. En ellas abundaban arboledas, viñas, sementeras y chácaras en el siglo XVIII. Este carácter de sus tierras continúa hasta la actualidad, ya que en el sector permanecen cultivos de maíz, hortalizas, vides y frutales, de los cuales brotan importantes productos típicos como las afamadas sandías de San Vicente de Tagua Tagua. Todo lo anterior sólo fue posible gracias a los conocimientos de quienes volvieron estas tierras cultivables. Antiguamente, fueron los indígenas, quienes a su vez obtuvieron valiosos aportes del pueblo inca.

Formación del poblado y toponimia: indígenas, haciendas y tren

Posteriormente fue el turno de los españoles, quienes arribaron al Valle de Cachapoal y transformaron los códigos sociales imperantes, afectando directamente las relaciones y la posesión de la tierra. Ellos implantaron los mecanismos de mercedes de tierras y las encomiendas indígenas, utilizados como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Ambos mecanismos fueron aplicados en los territorios de la actual comuna de San Vicente de Tagua Tagua.

Desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas. De acuerdo con su lógica de ocupación, solían instalar los poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Precisamente en San Vicente de Tagua Tagua los indígenas locales fueron reducidos en un pueblo de indios, el cual desempeñó una significativa labor de preservación, ya que allí se resguardaron los conocimientos indígenas asociados a la alfarería, cestería y textilería, gracias a lo cual pervivieron a la irrupción hispana (Góngora, 1970; Barrera y Valdés, 2017; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

Producto de las múltiples transformaciones y divisiones de las tierras del Valle de Cachapoal, surgieron las haciendas y fundos. En la zona de San Vicente de Tagua Tagua existieron en gran número, siendo insigne la hacienda que llevaba el mismo nombre, reconocida como una de las más grandes de la región en el siglo XVIII. Dentro de la estructura latifundista de la zona se desarrollaron complejas relaciones laborales y sociales, además de variadas producciones, las que se sostuvieron en el trabajo de un personaje clave de la historia regional: el campesino mestizo (Bengoa, 1990; 2015; Barrera y Valdés, 2017).

En paralelo a las transformaciones de la tierra, las familias campesinas se fueron asentando de acuerdo con diversos criterios, ya fuese

al alero de grandes haciendas, conventos que actuaban como polos de atracción o cerca de estaciones de trenes que demandaban mano de obra y estimulaban el surgimiento de poblados y comercios. En el caso de San Vicente de Tagua Tagua confluyeron distintos factores. Como se dijo con anterioridad, allí se conformó un pueblo de indios, el que dio el nombre al sector Pueblo de Indios y dotó a la zona de cierta cantidad de habitantes. Por otro lado, la localidad de Zúñiga comenzó como un poblado surgido en torno a la Parroquia allí instalada (Ministerio de Bienes Nacionales, s/f). Igualmente, el influjo que ejercieron las distintas haciendas de San Vicente de Tagua Tagua aportaron con otro contingente de pobladores, por ejemplo, campesinos que trabajaban y vivían dentro de ellas o de manera independiente (Geografía UC-Proyectos, 2016).

En el siglo XIX el Estado chileno emprendió un trascendental proyecto destinado a unir los territorios del país, acelerar el traslado de las cargas y facilitar el transporte de la población. Se trató de la red de ferrocarril sur, para la cual se construyeron dos estaciones dentro de la actual comuna de San Vicente de Tagua Tagua. La estación de Requegua, que en lengua mapuche significaría "maíz mezquino", permitía la salida de productos locales como la madera de álamo y chicha de uva. En tanto, en la estación de San Vicente de Tagua Tagua se cargaba el ganado sureño que llegaba a esa zona para su engorda y posterior traslado hasta Santiago. Allí también se cargaban otros productos típicos de la comuna, como sandías, melones, arroz, trigo y semillas de maravilla (León, 2008).

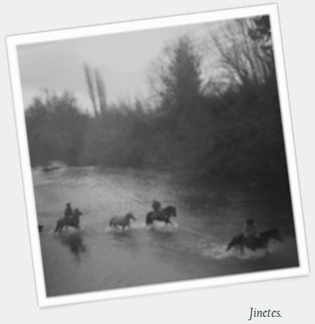
El ferrocarril además de ser un importante estímulo para el comercio por cuanto permitía la salida de los productos típicos y la llegada de aquellos que no se elaboraban internamente, fue un importante imán para nuevos pobladores, ya que demandaba mano de obra para su construcción y para el funcionamiento de los diversos servicios que surgían a su alrededor.

El incipiente pueblo que luego sería conocido como San Vicente de Tagua Tagua ya era mencionado por allá por 1700. Posteriormente, el 6 de octubre de 1845 la hacendada Carmen Gallegos donó los terrenos para que se fundara el poblado de San Vicente, en honor al santo español San Vicente Ferrer. No obstante, esta toponimia no fue definitiva, ya que perseveró la de origen indígena: "Tagua Tagua", nombre de los pájaros que habrían habitado en abundancia la laguna del sector. De este modo, el nombre de la comuna es reflejo del sincretismo entre indígenas y españoles, lo cual forma parte de la identidad de sus habitantes y su patrimonio. Así, el 22 de diciembre de 1891 se fundó oficialmente la comuna con el nombre de San Vicente de Tagua Tagua (Lenz, 191?; Plath, 1983; León, 2008; Herrera, 2010; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Barrera y Valdés, 2017)

Campesinos y productos típicos de San Vicente de Tagua Tagua

La zona que comprende la actual comuna de San Vicente de Tagua Tagua destacó desde antaño por lo fértil de sus tierras. En ellas abundaban arboledas, viñas, sementeras y chácaras en el siglo XVIII (Muñoz et al, 2013). Esta característica de sus tierras continúa hasta la actualidad, ya que en el sector permanecen cultivos de maíz, hortalizas, vides y frutales, de los cuales brotan importantes productos típicos como las afamadas sandías de San Vicente de Tagua Tagua (Lacoste et al, 2017). Todo lo anterior fue posible gracias a los conocimientos de quienes labraron estas tierras. Antiguamente, los encargados fueron los indígenas locales, quienes obtuvieron valiosos aportes del pueblo inca. Gracias a su gran manejo de los ciclos naturales, estacionales y también del agua, consiguieron variados alimentos que han abastecido a las diferentes generaciones de la comuna.

Posteriormente, los hispanos contribuyeron con nuevos elementos que cambiarían la historia de la región, como las vides. Estas plantas se adaptaron muy bien al suelo de San Vicente de Tagua Tagua y, a continuación, sus habitantes erigieron la cultura del cuidado de la vid, gracias a la cual han obtenido reconocidos productos típicos como los vinos, chicha y chacolí. Este último es un vino joven sin envejecimiento en barrica ni guarda en botella, cuya historia se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena, que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central. Por su parte la chicha tiene una historia muy antigua que se remonta a la fusión de conocimientos de los distintos grupos que confluyeron en la conformación de la comuna, como los indígenas y europeos. La elaboración de la chicha llegó a representar un tercio de la producción nacional durante el siglo XIX y hasta el día de hoy posee un rol protagónico dentro de celebraciones nacionales como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército (Lacoste et al, 2015; 2017).



Jinetes.
Foto: Municipalidad de San Vicente de Tagua Tagua.

El ferrocarril permitió que estos productos típicos salieran de San Vicente de Tagua Tagua y fuesen comercializados en otras zonas, generándose así un interesante circuito propulsado por el tren (León, 2008). No obstante, previo al ferrocarril e incluso posteriormente, los arrieros fueron los encargados de esta importante misión. Durante la época colonial y avanzado el siglo XIX varios sectores de la Región de O'Higgins estuvieron sumidos en un relativo aislamiento ocasionado por la naturaleza. Algunos obstáculos eran la Cordillera de Los Andes, de la Costa, las quebradas, desniveles, crecidas de los ríos, lluvias, etcétera. Todo lo anterior dificultaba el tránsito fluido por esta región, ya que tampoco existían carreteras adecuadas y muchos de los caminos de herradura eran sólo huellas mal demarcadas. Con todo, el Camino Real de la Frontera fue una de las arterias más importantes, ya que conectaba el centro con el sur del país, vía que era aprovechada por los sujetos económicos, soldados y misioneros que se dirigían hacia la Araucanía. A la vera de este camino se fundaron importantes asentamientos destinados a proporcionar avituallamientos a los viajeros. A la vez, estos lugares se beneficiaban de la conectividad ofrecida por esta ruta, como fue el caso de San Vicente de Tagua Tagua (Cáceres, 2007).

Por sus aportes como catalizador económico y canal de comunicaciones, el arriero fue un actor protagónico en las historias de las comunas de la Región de O'Higgins. Además, ellos demandaban la confección de productos específicos para el desarrollo de sus labores. Por ejemplo, requerían aperos de buena calidad como monturas, lazos, espuelas, frenos, sombreros y ropas que les permitieran sortear con éxito las difíciles rutas que debían atravesar. Fue así como los trabajos de los talabarteros y tejedores de San Vicente de Tagua Tagua se convirtieron en esenciales para las labores de arrieros y campesinos en esas tierras (Lacoste et al, 2017). Muchas de estas actividades persisten hasta hoy, como por ejemplo los tejidos en lana y mimbre, talabartería y artesanías en piedra y madera, lo que da cuenta del profundo arraigo de estos conocimientos que forman parte del valioso patrimonio cultural de la comuna (Dannemann, 1998; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

Otra importante actividad tradicional de la zona es la alfarería. Su práctica se remonta a tiempos prehispánicos y destacan los conocimientos indígenas al respecto, los cuales se enriquecieron con los magníficos aportes de las culturas Tiawanaku e Inca. A lo anterior se suman las condiciones naturales de la zona de

San Vicente de Tagua Tagua, que desde antaño proveen los materiales necesarios para confecciones de gran calidad, como por ejemplo la greda, el colo empleado para dar brillo a las piezas, la arena del río de San Vicente de Tagua Tagua y las bostas de vacas y caballos utilizadas para hacer el fuego. Con la llegada de los españoles, los indígenas resguardaron sus conocimientos alfareros en el pueblo de indios de la zona. Precisamente la localidad llamada Pueblo de Indios ha sido reconocida por sus producciones alfareras totalmente naturales, tales como cerámicas, tejas y ladrillos. En la actualidad su fama continúa y se estima que en la zona existen 30 hornos. Es necesario destacar el gran valor de estas piezas elaboradas a mano, tanto por su funcionalidad práctica como contenedores de comida, como por su valor simbólico en cuanto representan piezas únicas surgidas de los conocimientos ancestrales traspasados de generación en generación. Por lo anterior, son productos típicos en los cuales se manifiesta un saber acumulado que es parte del patrimonio comunal (Dannemann, 1998; Ministerio de Vivienda y Urbanismo, 2015; Lacoste et al, 2017; Barrera y Valdés, 2017).

Todos los valiosos productos típicos que históricamente se han desarrollado en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua nacieron del ingenio y la cultura de trabajo erigida por sus campesinos. Gracias a la observación de la naturaleza, el aprovechamiento de los recursos naturales y los conocimientos heredados de sus antepasados, los campesinos se abastecieron de las herramientas y alimentos necesarios para desarrollar su vida en el sector. En el recorrido que el naturalista Claudio Gay hizo por el país, destacó: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862). De este modo, el campesino de San Vicente de Tagua Tagua fue productor y demandante de los productos típicos de la zona, algunos de los cuales han trascendido en el tiempo.

La historia de San Vicente de Tagua Tagua está signada por sus multifacéticos campesinos, que se convirtieron en exitosos agricultores, fruticultores, vitivinicultores, artesanos y ganaderos. Precisamente la crianza de animales ha sido una importante actividad desde la Colonia, cuando se destacaba su gran producción ovina (Lacoste et al, 2017). A partir de la crianza de ganados se obtuvieron alimentos, fuerza animal para las labores agrícolas y el transporte, además de materias prima como cuero, huesos y cachos. Igualmente, de las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria

Ladrillos y alfarería elaborados en Pueblo de Indios. Foto: Ministerio de Vivienda y Urbanismo.

Campesino San Vicente de Tagua Tagua. Foto: Municipalidad de San Vicente de Tagua Tagua.

lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua. Igualmente, las domaduras de caballo continúan desarrollándose periódicamente en la zona de Toquihua, donde se llevan a cabo campeonatos nacionales en los que se ofrecen los productos gastronómicos típicos de la comuna (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014).

Mitos, leyendas y festividades: patrimonio cultural de San Vicente de Tagua Tagua

El patrimonio cultural de los habitantes de San Vicente de Tagua Tagua es muy nutrido. Además de las tradiciones ya comentadas, en la comuna existen diversos mitos, leyendas, anécdotas y festividades que dan cuenta de la idiosincrasia de sus habitantes.

Antiguamente, por la zona habría pasado un famoso personaje de la historia independentista de Chile: Manuel Rodríguez. En torno a su figura se tejen un sinfín de relatos, algunos corroborados por las fuentes históricas y otros en los cuales se funden verdades y leyendas. En San Vicente de Tagua Tagua habría ocurrido una singular anécdota, puntualmente en la zona de Los Rastrojos. Se cuenta que Manuel Rodríguez se dirigió a la casa de su amigo José Eulogio Célis, juez, simpatizante y patrocinador de la causa patriota. En tanto, sus pasos eran seguidos de cerca por las patrullas enviadas por Marcó del Pont. Para escapar de sus perseguidores, Manuel Rodríguez tuvo una genial ocurrencia: meterse en el cepo que se encontraba en el primer piso de la casa de su amigo para hacerse pasar por un borracho. Cuando llegaron los soldados y preguntaron al juez si había visto al rebelde, éste les respondió afirmativamente y señaló el sendero por el cual se habría marchado. Los soldados registraron la casa y cuando llegaron al cepo preguntaron quién era el detenido. El juez les contó que se trataba de un ebrio y fresco tenorio que molestaba a todas las chinas (mujeres trabajadoras) de la hacienda. El oficial sonrió y aconsejó al juez no ser tan severo con el enamorado y abandonó el lugar, sin sospechar que el detenido era, en realidad, el buscado guerrillero (Latchman, 1975; Guajardo, 2010; León, 1992).

Por otro lado, la Laguna Tagua Tagua ha inspirado diferentes historias protagonizadas por extraños personajes. Uno de ellos es el monstruo de la laguna, con un largo de tres varas y media, largas uñas y melena. Sus largos dientes habrían medido 30 centímetros y su boca tenido el ancho de toda su cara. Algunas versiones indican que poseía dos colas, alas y escamas como coraza. Este ser supuestamente cazaba los animales de los campesinos, quienes se organizaban para ir en su búsqueda sin éxito. El singular monstruo fue dibujado en 1784, cuyo bosquejo habría sido encontrado en la Biblioteca Nacional de Madrid dos siglos después (Plath, 1983; Sepúlveda et al, 2014).

Otra historia cuenta que la laguna habría sido secada por el Diablo, en cumplimiento de las cláusulas de un pacto con el propietario del lugar. El dueño recurrió a la bruja Micaela para que lo ayudara en este entuerto. Ella se reunió con el Diablo y tranzó un nuevo acuerdo, pero pasaron los días y él regresó, desatando una enorme tormenta que partió en dos el cerro y desaguó la laguna. También cuentan que, a raíz de este suceso, se veía deambular por la zona a una hermosa niña sobre un blanco corcel y acompañada por un perro negro, hasta que se instaló una imagen de la Virgen de Fátima para proteger a los vecinos y espantar a los espíritus. Por otro lado, se comenta que en el lecho lacustre existiría una ciudad encantada, de la cual emergen su rey y séquito cada Noche de San Juan para deambular por sus terruños y enceguecer a todo aquel que los quede mirando (Solano, 1867; Plath, 1983; Vásquez et al, 2013).

Hay múltiples leyendas localizadas en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua, como los avistamientos de duendes, fantasmas, el jinete sin cabeza, el mítico Tue Tue, la Llorona y el Diablo, quien deambularía por la localidad de Zúñiga. Otros relatos mencionan el paso de los incas por la zona, como aquella historia del recaudador de impuestos que estaba a cargo del pucará del Cerro La Muralla. Un día el Sapa Inca le habría pedido rendición de cuentas, pero el recaudador, temiendo que le quitaran sus posesiones mal habidas, lanzó un conjuro y todo el poblado se hundió en el fondo de la laguna (Vásquez et al, 2013).

Junto a los mitos y leyendas de la comunidad, se encuentran otros importantes elementos de su patrimonio cultural, como lo son sus festividades tradicionales. Estas expresiones colectivas tienen distintas motivaciones, como por ejemplo la religiosidad de sus habitantes. En el cerro de La Muralla se reúnen año tras año, en el mes de septiembre, cientos de peregrinos a celebrar a la Virgen de Fátima. Allí se realizan misas a los pies de la Virgen instalada en 1950 por la hija del terrateniente del sector para que fuera divisada desde lejos. Esta instancia es aprovechada igualmente para ofrecer los productos típicos de la zona, como su gastronomía tradicional y artesanías. Otras celebraciones son la de Nuestra Señora de la Merced, que se realiza cada 24 de septiembre y la de la Inmaculada Concepción, las cuales se llevan a cabo en la Parroquia de Nuestra Señora de la Merced en la localidad de Zúñiga (Sepúlveda et al, 2014; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; 2014).

Otra motivación de las fiestas costumbristas son las actividades tradicionales, como por ejemplo la vendimia, actividad que trascendió de su función práctica y adquiere ribetes simbólicos para su comunidad. En el sector de Zúñiga, declarado Pueblo Típicamente Chileno, se realiza la "Fiesta de la vendimia artesanal", organizada por las familias del pueblo sin auspicio de grandes viñas y cuyo objetivo es revivir la antigua tradición de elaboración comunitaria de mostos para el abastecimiento invernal. Esta fiesta igualmente ofrece gastronomía típica con ingredientes locales y productos típicos regionales (Aguilera, 2021).

Una importante expresión campesina, de índole cultural y también religiosa, es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). En 1830 en San Vicente de Tagua Tagua habría ocurrido un célebre duelo de versos entre el mulato Taguada y el latifundista Javier de la Rosa. Se cuenta que duró 80 horas, tiempo en el cual ambos contrincantes payaban sus mejores rimas, resultando ganador el latifundista y Taguada muerto por una daga que se enterró en el corazón por su orgullo roto (www.memoriachilena.cl; Plath, 1983; Dannemann, 1998).

Parroquia Nuestra Señora de la Merced, Zúñiga.Foto: Municipalidad de San Vicente de Tagua Tagua.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Barrera, D., Valdés, F. (2017). La semilla del folclore. Cultores de San Vicente de Tagua Tagua. Santiago de Chile, Ediciones Cliché.

Bengoa, J. (1990). Historia social de la agricultura chilena. Tomo II Haciendas y Campesinos. Santiago de Chile, Ediciones Sur.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2014). Catálogo cultural nuestra identidad en un relato. Comuna de San Vicente de Tagua Tagua. Chile.

Cubillos, J. (2003). Entre cangrejos y trigales: Lolol, historia y tradición. Chile, Impresión BJCREATIVE.

Dannemann, M. (1998). Enciclopedia del folclore de Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Falabella, F., Uribe, M., Sanhueza, L., Aldunate, C., Hidalgo, J. (Eds.). (2019). Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del Centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Guajardo, E. (2010). Manuel Rodríguez: historia y leyenda. Santiago de Chile, RIL Editores.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9).

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Jackson, D., Méndez, C., Seguel, R., Maldonado, A., Vargas, G. (2007). "Initial occupation of the Pacific Coast of Chile during Late Pleistocene Times". Current Anthropology, 48(5):725-31.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Pszczólkowski, P., Briones, F., Aguilera, P., Mujica, F., Garrido, A. (2015). "Historia de la chicha de uva un producto típico en Chile". IDESIA, 33 n° 2: 87-96.

Latchman, R. (1975). Manuel Rodríguez. Chile, Editorial Nascimento.

Lenz, R. (191?). Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (1992). José Gregorio Argomedo y Montero de Águila. Participación Colchagüina en la Independencia de Chile. San Fernando, Sergio Morales Ediciones.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales. (s/f). Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua. Chile.

Ministerio de Vivienda y Urbanismo. (2015). Pueblo de Indios historias por descubrir. Chile, Editora e Imprenta MAVAL Ltda.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J. Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788. Chile.

Núñez, L., Varela, J., Casamiquela, R., Schiappacasse, V., Niemeyer, H., Villagrán, C. (1994). "Cuenca de Tagua en Chile: el ambiente del pleistoceno y ocupaciones humanas". Revista Chilena de Historia Natural, 67(4):503-19.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimento.

Ramírez, L. (2019). Nuevo hallazgo en Tagua Tagua: encuentran restos de ocupación humana de 7 mil años de antigüedad. https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/tagua-tagua-restos-7-mil-anos/941510/

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sepúlveda, E., Moya, J., Rotary Club San Vicente. (2014). Memoria fotográfica San Vicente de Tagua Tagua. Una búsqueda visual e histórica por el patrimonio. San Vicente de Tagua Tagua, Chile.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Sociedad Chilena de Arqueología y Centro de Estudios Humanos y Patrimoniales – Arqueólogos (Eds.). (2017). "Actualizaciones en el estudio de piedras tácitas: nuevas perspectivas". Volumen 6 de serie monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología. Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. D. Appleton & C., Nueva York.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

III.
Provincia de Cardenal Caro

NAVIDAD

Y se llamó Navidad... donde se juntan el mar con la tierra

Según los relatos que se han traspasado de generación en generación, a mediados del siglo XVI un grupo de franciscanos desembarcó en las costas de Matanzas, promovidos por el mandato cristiano de "id y predicad". Fue en vísperas de Navidad, por lo que prepararon un pesebre para celebrar el nacimiento del Niño Jesús (Venegas, 2001). Gracias al azar los frailes llegaron a la zona y se instalaron para predicar a los lugareños, bautizando al pueblo como "Navidad", en conmemoración de la fecha de su arribo. Esto resurgió con el tiempo como una nueva expresión de sincretismo religioso, ya que cada año los vecinos se reúnen para personificar su tradicional "pesebre humano" y celebrar juntos la Misa del Gallo (Lagos, 2008).

Históricamente la costa de Navidad ha sido un lugar especialmente privilegiado. Desde épocas prehispánicas los pescadores artesanales y algueros han acumulado y perfeccionado sus conocimientos sobre este mar, que les permite abastecerse y mantener su particular estilo de vida. Una zona estratégica es la boca del río Rapel. Allí se forma un microclima particular gracias a la fusión del agua dulce del río y el agua salada y fría del Océano Pacífico, que le imprime características particulares al "piure de Navidad", que es mucho más suave y dulce que el de otras zonas del país (Lacoste et al, 2017).

Medio milenio después de la llegada de los españoles, Navidad mantiene su identidad de microclima especial, gracias a la tenacidad de sus habitantes que se han convertido en verdaderos escuderos de su paisaje natural, resistiendo las presiones de la industria y el mercado. Ellos han mantenido el borde costero limpio de puertos, muelles y desagües submarinos. A pesar de encontrarse a menos de cien kilómetros de Santiago, esta ciudad artesanal se ha cuidado a sí misma.

Otra riqueza sorprendente de la costa de la Región de O'Higgins es la sal. La explotación del histórico "oro blanco" tiene una remota trayectoria en la zona que se consolidó en la cultura de valoración de la sal como producto de alto valor. Los incas ya conocieron su existencia y, posteriormente, los españoles recibieron tempranas noticias de estas salinas costeras, las cuales tuvieron alta demanda desde Santiago por considerarse a la sal un producto de primerísima necesidad, ya que además de condimentar permitía la conservación de los alimentos y el tratamiento de los cueros, entre otras funciones (Molina, 1987; Bibar, 1966). Fue así como en torno a este preciado mineral se levantó una compleja ruta que permitía la salida de éste y otros productos locales hacia mercados distantes como Santiago y Valparaíso: el denominado "Camino Real de la Sal" o "Camino Real de la Costa" (Lacoste y Lacoste, 2017). En esta ruta los arrieros y sus mulas eran los protagonistas, ya que actuaban como verdaderos embajadores de los productos artesanales del borde costero.

Así pues, desde tiempos coloniales los productos extraídos del mar de Navidad, que luego eran salados y secados con esmero por los pescadores y algueros para su conservación, recorrieron largos kilómetros sobre

Costa de la comuna de Navidad.
Foto: Alexandra Kann.

Pescadores artesanales, algueros, campesinos, artesanos y arrieros fueron los fundadores de la actual comuna de Navidad. Ellos forjaron, con esfuerzo e ingenio sostenidos a lo largo de los siglos, un tejido social y cultural que sería el sello único de la zona, el cual se niega a desaparecer a pesar de los embates del tiempo y las tentaciones de la modernidad. Sus conocimientos ancestrales del mar y la tierra les permitieron dar origen a alimentos y productos artesanales únicos, que son el reflejo de su historia y cultura.

La boca del río Rapel.
Foto: Alexandra Kann.

las recuas de mulas para marcar presencia en lugares distantes y demandantes, especialmente en épocas de Cuaresma y Semana Santa cuando estaba prohibido el consumo de carne roja. Y esa presencia aún se mantiene vigente gracias a la persistencia de sus productores. En la actualidad, mediante la organización entre sus sindicatos, han logrado posicionar a la zona como una de las mayores productoras de algas de la región, potenciando su histórica actividad con nuevos procedimientos que le añaden valor a sus productos y dan paso a innovadoras creaciones como las mermeladas de cochayuyo, sazonadores de algas y harina de luche y cochayuyo, que son exportados a distintos países.

El campo de Navidad

Las pendientes de la Cordillera de la Costa engalanan también la comuna y dan paso a un paisaje distinto: el campo secano costero. El clima de Navidad, que combina inviernos fríos y húmedos y veranos cálidos y secos, convierte a este suelo en un espacio propicio para la agricultura de rulo. Así lo supieron los españoles.

Ellos introdujeron nuevas especies de plantas y animales, enriqueciendo el perfil agrícola y ganadero local. Al cultivo de maíz, ají y quínoa de los indígenas, los españoles sumaron el trigo, la vid, garbanzos, gallinas, ovejas y caballos. Las mulas brindaron a los arrieros su capacidad de transportar 100 kilogramos por largas distancias, volviéndose esenciales en el sistema de comercialización e intercambio. Por su parte, las ovejas se adaptaron muy bien al clima y suelo del secano costero y también a las necesidades de los campesinos. De estos animales obtenían carne y leche, la que aliñada con sal de la costa dio paso al famoso Queso de Chanco (Aguilera, 2016). Además, las ovejas han brindado abrigo a través de su lana, permitiendo la creación de artesanías únicas y de profunda raigambre, como lo son los tejidos a telar que cada año reciben su justo reconocimiento en la "Fiesta de la Esquila".

Ciertamente el mestizaje entre los indígenas locales, incas y españoles no fue sólo biológico, sino que también se expresó en la tierra y

sus frutos, sentando las bases del patrimonio gastronómico local y su carácter mestizo. La cazuela nació con maíz y papa indígena, junto con gallina o carne roja de origen europeo. El pastel de choclo alterna maíz y carne, mientras que para los largos viajes de los arrieros la comida ideal era el ajiaco, con charqui y vegetales. A éstos se sumaban los platos con pescados, mariscos y algas, sazonados con sal de la costa.

¿Todos los caminos conducen a Navidad?

No obstante todas las bondades de la tierra navideña, algunas condiciones de su naturaleza han forjado el sacrificado estilo de vida de sus habitantes. Esto se debió a las dificultades de conexión de la comuna, lo que la sumió en un relativo aislamiento que sólo fue superado con el ingenio y esfuerzo de los arrieros, balseros y marineros.

Los productos agrícolas y del mar salieron de la zona gracias a un peligroso y costoso sistema que imbricaba rutas de herradura, fluviales y marítimas. Una alternativa era el Camino Real de la Costa, el que sólo con buen clima permitía exclusivamente a los arrieros y sus mulas llegar hasta Santiago y Valparaíso.

También existió un notable circuito en el cual el Puerto de Matanzas o Puertecillo jugó un rol fundamental. Si bien éste se fundó oficialmente en 1872, documentos de inicios del siglo XIX hablan de su existencia como caleta, hasta donde llegaban las mulas que habían sido cargadas en la desembocadura del río Rapel con los productos agrícolas venidos del interior en lanchones o balsas. Además, un reciente hallazgo habla de un puerto ubicado en pleno océano, frente a la boca del Rapel, donde los vapores esperaban fondeados para trasladar hacia San Antonio o Valparaíso los productos provenientes del interior a través del río (Ávalos, 2015; 2016).

Asegurar la comunicación tampoco ha sido tarea fácil, menos aún en los siglos coloniales. Ante la inminente amenaza de arribo de naciones enemigas del Imperio Español o incluso piratas, cuyas historias abundan en las costas del Reyno de Chile y precisamente en esta región, se debió implementar un audaz sistema de comunicaciones en la costa del partido de Colchagua. Precisamente en las Diputaciones de Navidad, Rosario (Litueche), La Estrella y Cáhuil se instalaron atalayas o puntos de avistamiento, que podían ser o no fortificaciones al estilo de torres (Guarda, 1978; Mella, 1996). Desde esos puntos elevados se enviaban mensajes de alerta a través de banderas, gallardetes y faroles. La atalaya de Navidad quedó oficialmente registrada en un mapa de 1791. Esta valiosa carta del Imperio Español muestra la importancia estratégica que tenía entonces la localidad de Navidad, motivo por el cual los españoles invirtieron en fortificarla y defenderla.

Lamentablemente, no se han hallado vestigios de estas fortificaciones. No obstante, gracias al trabajo en terreno de investigadores, se pudo establecer que muy probablemente era el Cerro Centinela el que cumplía dicha función.

La costa de Navidad ha sido un lugar especialmente privilegiado, pescadores artesanales y algueros, desde épocas prehispánicas, han acumulado y perfeccionado sus conocimientos sobre este mar, que les permite abastecerse y mantener su particular estilo de vida.

Fuente: Plano de la Costa de Colchagua. Domingo Javier de Urrutia y Luis Antonio de Velazco. 1791. Archivo Nacional, mapa n° 225.

En la centuria posterior, las fortificaciones militares del siglo XVIII fueron sustituidas por la infraestructura para transportes y comunicaciones. Fue así como en la segunda mitad del siglo XIX el Estado y las clases dirigentes se concentraron en extender los rieles del tren en busca de la prosperidad y el progreso. Causó fuerte impacto la extensión del ferrocarril desde San Fernando hasta la localidad de Alcones. Esta estación se convirtió en un polo de actividad comercial y pronto se abrió el debate sobre qué ruta debía seguir la línea férrea para llegar al borde costero. Algunos propusieron que el ferrocarril se ampliara desde Alcones a Matanzas, tratando de conectar la zona de Navidad. Sin embargo, prevaleció el proyecto de traza hacia Pichilemu, para promover el balneario allí instalado.

Frustrado el proyecto de conexión ferroviaria, los campesinos y pescadores artesanales de Navidad se esforzaron por suplir ese medio de transporte mediante su ingenio y arduo trabajo. Si bien se trataba de otra época, hasta hace poco los problemas de conectividad se negaban a desaparecer. La micro "Santiago-Navidad", de mediados del siglo XX, es recordada como una verdadera odisea, que muchas veces requirió del trabajo colectivo de los pasajeros para sacarla de los barriales o de la fuerza de algunas yuntas de bueyes y hasta un tractor.

La conectividad de Navidad con la capital del país cambió en los últimos años gracias a las nuevas carreteras. Se realizaron grandes inversiones para asegurar el transporte terrestre mediante una traza cercana a la que antiguamente seguían los arrieros que iban desde Navidad hasta Santiago tocando Melipilla. Esta ruta se articula también con la Ruta 78, de altos estándares internacionales, lo cual asegura el acceso desde Santiago a Navidad en una hora y media de viaje.

Tradiciones, celebraciones y leyendas

Navidad se ha construido sin dar la espalda a su pasado. Su tradición ancestral se refleja tanto en sus actividades productivas de largo cuño, como en sus fiestas locales que tienen a sus productos estrella como protagonistas y son el escenario perfecto para la demostración de su sincretismo cultural.

En el mes de febrero se celebra la "Fiesta del Cochayuyo" y en el mes de julio se festeja en el sector de La Boca al santo patrono de los pescadores en la "Fiesta de San Pedro", vestigio del trabajo perdurable de los primeros misioneros cristianos.

En el mes de agosto se lleva a cabo una fiesta que tiene sus raíces en el siglo XIX, cuando se reunían en el litoral campesinos provenientes del secano para festejar la Asunción de la Virgen, instancia aprovechada para intercambiar sus productos de la tierra, como animales, granos, vinos, chacolíes, chichas y aguardientes, por los productos del mar. Los pescados y mariscos, como el piure, se preparaban en la playa sobre parrillas o discos, todo esto precisamente en la época del año en que la marea es más baja y por ende perfecta para la extracción de este marisco. Allí se modeló una celebración religiosa de invierno que fue funcional al intercambio comercial entre paisajes diferentes y complementarios. Esta tradición de hace dos siglos ha llegado viva hasta nuestros días con la "Fiesta del Piure" (Lacoste et at, 2017).

Navidad aún preserva algunos rasgos del tradicional estilo de vida de sus habitantes, cuyos lazos de profunda solidaridad se continúan estrechando en expresiones de larga data como el mingaco, el trueque y las trillas, que ahora también son ofrecidas para el deleite de turistas y visitantes.

Esta zona también ha dado origen a leyendas y albergado a ciertos personajes míticos. Se dice que allí suelen aparecen el "culebrón", serpiente que se aprovecha de la leche materna de las recién paridas. También es famoso "el toro de los cachos de oro", que ataca al ganado y a todo aquel que intente atraparlo refugiándose en medio del mar. A ellos se suma el "piuchén", engendro que se alimenta de la sangre de las ovejas y que tiene alas y pico de loro, cuerpo de sapo y cola de culebrón y el infaltable Diablo, que adoptando forma de mujer o viejo intercepta a los desprevenidos (Vásquez et al, 2013).

La leyenda de la "Piedra de la Sirena", ubicada frente a Matanzas, cuenta que una hermosa joven se enamoró de un marinero extranjero, desatando los celos de los lugareños. Éstos, con sed de venganza, acudieron donde una bruja que convirtió a la joven en una roca y su enamorado al no encontrarla regresó a su país. Se dice que por las noches ella vuelve a la vida para ayudar a los navegantes perdidos y dar buena fortuna a los enamorados que se juran amor eterno sobre la piedra. Cercana a esta roca se ubica la denominada "Playa del Cura", escenario de la trágica muerte de un fraile franciscano que se ahogó y su cuerpo nunca fue encontrado. Cada cierto tiempo algunos lugareños ven su silenciosa silueta rezando en las orillas. También se previene a los visitantes de la Laguna de Guaguinco, donde hace muchos años una mujer murió ahogada, no sin antes luchar con ahínco por salir de las aguas. Se dice que todavía intenta escapar aferrándose a las piernas de los bañistas. Y, por otra parte, la "Cueva del Pirata en Puertecillo" es la locación de la leyenda que asegura la existencia de tesoros en su interior, los que habrían sido escondidos por piratas de otra época en aquellas costas (Vásquez et al, 2013).

San Pedro, La Boca, Navidad.
Fotos: Santiago Scholl.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR 3(8): 41-63.

Ávalos, L. (2015). Dos vidas en la historia de Matanza. Santiago de Chile, Único Camino Editores.

Ávalos, L. (2016). Historia de los Puertos del Rapel. Santiago de Chile, Único Camino Editores.

Bibar, G. (1966). Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile. Tomo II. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

Guarda, G. (1978). Historia urbana del Reino de Chile. Chile, Editorial Andrés Bello.

Lacoste, M., Lacoste, P. (2017). "Sal de Cáhuil, cordero de secano y queso de Chanco: aportes para el estudio de patrimonio gastronómico y cultural de Chile". Idesia 35(2): 17-26.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lagos, A. (2008) "Navidad en Navidad". Revista Paula. Disponible en: http://www.paula.cl/reportajes-y-entrevistas/navidad-en-navidad/

Mella, J. (1996). Historia urbana de Pichilemu. Chile, Editorial Bogavantes.

Molina, J. (1987). Ensayo sobre la historia natural de Chile. Santiago de Chile, Ediciones Maule.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Venegas, R. (2001). Síntesis Histórica y Geográfica de la Comuna de Navidad. Chile.

LA ESTRELLA

Sus habitantes: herederos de encuentros culturales

Mucho antes de que La Estrella se fundara oficialmente como una comuna en 1891, esta localidad ya había sido creada por las laboriosas manos de los campesinos y artesanos. Ellos utilizaron la valiosa herencia ancestral de conocimientos sobre la naturaleza para llenar su paisaje de colores, sabores y aromas. Los campesinos labraron esta tierra e hicieron surgir leguminosas, maíz y trigo. También colorearon sus cerros con el cuidado de los guindos, ciruelos, higueras, manzanos, duraznos y membrillos, por nombrar sólo algunos, sin olvidar a las generosas parras, de las que obtienen hasta hoy reconocidos brebajes. Igualmente, hicieron de esta zona el refugio de sus ganados y las ovejas han retribuido con su preciada lana, que las hábiles tejedoras transforman en abrigadoras mantas, frazadas y choapinos.

Todos estos alimentos y productos típicos de la región han sido el sustento de sus pobladores y también su carta de presentación en lugares apartados, a los que llegaron gracias a los arrieros, verdaderos embajadores culturales que propiciaban los intercambios acortando las penosas distancias de la época colonial.

Convento Agustino: estímulo para el alma y la región

La Estrella contó con un importante catalizador para el desarrollo de la zona: el convento agustino de San Nicolás de Tolentino, fundado en 1635. Los conventos actuaron como polos de desarrollo en el Chile colonial, ya que en torno a ellos se articularon asentamientos y rutas comerciales. Junto a los conventos surgieron mercados en zonas periféricas que eran animadas con las fiestas religiosas. Allí se congregaban los feligreses de distintos puntos, quienes encontraban el espacio propicio para el intercambio de sus productos (Lacoste et al, 2017).

Los conventos estimularon también conocimientos, técnicas y la proactividad de los campesinos, ingredientes claves para la creación de productos con identidad. Junto con esto, ayudaron a generar el circuito comercial para venderlos o intercambiarlos. No es novedad, entonces, que precisamente en los sectores donde los conventos tuvieron marcada influencia hayan surgido productos típicos fuertemente enraizados en la identidad local, como lo son, por ejemplo, la chicha, el aguardiente y el cordero secano de La Estrella.

Desde antaño, el paisaje de La Estrella albergó a múltiples capillas rurales, modestas muestras del ferviente sincretismo religioso en la zona, pero que lamentablemente sucumbieron ante la ingratitud de los terremotos. También los sufrió la Parroquia San Nicolás de Tolentino de La Estrella, iglesia principal cuya fachada se negaba a caer hasta que el terremoto del año 2010 terminó por doblegarla. No obstante, los estrellinos orgullosos de su patrimonio continúan esforzándose y en los últimos años se han concentrado en el proyecto de un nuevo campanario.

Mermeladas de frutas, miel de abejas y aguardiente enguindado. Productos artesanales de la comuna de La Estrella. Foto: Alexandra Kann.

Mucho antes de que La Estrella se fundara oficialmente como una comuna en 1891, esta localidad ya había sido creada por las laboriosas manos de los campesinos y artesanos. Ellos modelaron una valiosa herencia ancestral de conocimientos sobre la naturaleza, que les ha servido para llenar su paisaje de colores, sabores y aromas.

La producción de trigo generó la necesidad de levantar molinos hidráulicos para obtener la harina. Grandes piedras se utilizaban para moler el grano. Izquierda: Piedra de molino exhibida en "Cabañas de Piedra" (Pichilemu). Foto: Alexandra Kann. Derecha: Molino de Rodeillo en funcionamiento. Foto: Santiago Scholl.

El campo de La Estrella y sus productos típicos

Los campesinos y artesanos le dieron vida a La Estrella con su trabajo, a través del cuidado y esmero en la crianza de sus ganados, la labranza de la tierra, la conservación de su naturaleza y la creación de cada uno de sus productos típicos.

De la tierra los campesinos obtienen, por ejemplo, garbanzos, lentejas, arvejas, cebada, maíz y trigo. Estos alimentos son el sustento para sus familias y les sirven para la comercialización a pequeña escala. En tiempos coloniales el trigo de la región convirtió a Chile en el principal productor del continente y permitió que se activara un conjunto de actividades dirigidas por sus respectivos protagonistas. Tal es el caso de los arrieros, que propiciaban la salida y comercialización de los productos campesinos del secano. Y también los molinos, polos estratégicos en la producción agrícola que permitían a los campesinos moler sus granos, pagando a través del sistema de "maquila" con el cual el molinero obtenía su pago con parte del producto final. Sin ir más lejos, se dice que La Estrella tuvo el primer molino de toda la región departamental, brindando este fundamental servicio a los habitantes de los alrededores (Cáceres, 1985). Los molinos permitían entonces obtener la harina, base de la alimentación campesina, a la vez de servir como espacio de encuentro, sociabilidad e intercambio entre los campesinos.

Parte fundamental del paisaje de La Estrella han sido las plantas frutales. En el caso de las vides, introducidas por los españoles, se adaptaron muy bien a las condiciones de este territorio y al sistema de vida de sus habitantes, por lo que pasaron a formar parte de su paisaje tradicional. Las vides han brindado generosamente al campesino sus frutos, de los cuales obtienen los renombrados aguardiente y chicha de La Estrella, que tienen su merecido reconocimiento cada año en la "Fiesta de la Chicha Estrellina".

El campesino estrellino también ha convivido armónicamente con sus ganados. Vacunos y caprinos han alimentado a las familias con su leche y subproductos como el queso. Por su parte, las ovejas encon-

traron en este paisaje del secano el espacio propicio para su desarrollo, brindando aportes de gran impacto, como por ejemplo su lana. Las tejedoras en cuyos telares convergen conocimientos ancestrales incaicos e hispánicos, dan vida a textiles de gran calidad y durabilidad, como las mantas, choapinos y frazadas. Igualmente, en épocas coloniales con su leche y sal de la costa se fabricaba el connotado Queso de Chanco (Aguilera, 2016). Gracias a la alimentación que reciben y la buena calidad de los pastos, su carne posee cualidades muy valoradas que le han otorgado al denominado "cordero secano" la fama de ser el mejor del país. Y, por si fuera poco, estos animales aportan al equilibrio natural del paisaje, ya que ayudan con el desmalezamiento de los parrones.

También en torno al caballo se construyó una singular cultura que sirve como sello distintivo de la Región de O'Higgins. Este animal además de ser pieza clave en los trabajos del campo, se ha convertido en un elemento de prestigio, alrededor del cual han surgido actividades complementarias como la talabartería y herrería, que por supuesto existieron en La Estrella. Estas artesanías debían cumplir con exigentes estándares, ya que no sólo servían como piezas decorativas y de ostentación, sino que cumplían un rol fundamental en el peligroso trabajo de los arrieros (Lacoste et al, 2017).

Los arrieros fueron parte de este sincronizado engranaje del campo. Ellos activaban la economía de la región conectando a La Estrella con el resto del Valle Central de Chile, permitiendo que sus productos artesanales llegaran a mercados atractivos como Santiago y Valparaíso. Para esto, debían atravesar complicadas rutas de herradura, siempre y cuando el clima se los permitiera. Los productos típicos de La Estrella iban cargados sobre los lomos de las mulas, por lo que las amarras y alforjas debían ser de excelente calidad para sortear con éxito las quebradas y malas sendas de la Cordillera de la Costa. Para que el arriero soportara las largas horas de cabalgata, las monturas, riendas y demás aperos tenían que provenir de manos artesanas verdaderamente expertas (Lacoste et al, 2017). Así, La Estrella fue cuna de estas importantes actividades artesanales, promovidas en gran medida por la urgente necesidad.

El cordero secano es un emblema de la cultura campesina de La Estrella. Foto: Alexandra Kann.

Los campesinos labraron esta tierra e hicieron surgir leguminosas, maíz y trigo. Colorearon sus cerros con el cuidado de los guindos, ciruelos, higueras, manzanos, duraznos y membrillos, sin olvidar a las generosas parras, de las que obtienen hasta hoy reconocidos brebajes. Hicieron de esta zona el refugio de sus ganados y las ovejas han retribuido con su preciada lana, que las hábiles tejedoras transforman en abrigadoras mantas, frazadas y choapinos.

Accesos y caminos: dificultades de conexión

Desde la época colonial los arrieros debieron suplir una enorme desventaja de la zona: su desconexión con el centro del país. La Estrella no contaba con acceso directo por las dificultades geográficas del sector. Al no existir carreteras que facilitaran la salida o ingreso de productos, los caminos de herradura tomaron el protagonismo, junto con los arrieros encargados de surcarlos.

Otra alternativa podría haber sido el océano Pacífico, cuando la Diputación de La Estrella comprendía un trozo de costa entre las Diputaciones del Rosario (hoy Litueche) y Cáhuil. Pero en la zona de La Estrella no se fundaron puertos que permitieran esta salida. No obstante, sí hubo dos estructuras muy significativas y que demuestran la importancia de esta zona costera: las "Atalayas de Quilicheumo y de La Mala Vajaca". Éstas eran puntos de avistamiento que podían ser o no fortificaciones al estilo de torres (Guarda, 1978; Mella, 1996). Desde esos puntos elevados se enviaban mensajes de alerta a través de banderas, gallardetes y faroles para advertir la presencia de embarcaciones enemigas de España. Las atalayas de La Estrella quedaron oficialmente registradas en un mapa de 1791. Esta valiosa carta del Imperio Español muestra la importancia estratégica que tenía entonces la localidad de La Estrella, motivo por el cual los españoles invirtieron en fortificarla y defenderla.

Las fortificaciones militares del siglo XVIII fueron sustituidas en la centuria posterior por la infraestructura para transportes y comunicaciones. En la actual Región de O'Higgins se produjo entonces la fiebre del ferrocarril. En la segunda mitad del siglo XIX el Estado de Chile y las clases dirigentes se concentraron en extender los rieles del tren en busca de la prosperidad y el progreso. Causó fuerte impacto la extensión del tren desde San Fernando hacia el oeste, hasta llegar a la localidad de Alcones. La estación allí situada se convirtió en un polo de actividad comercial y pronto se abrió el debate sobre qué traza debía seguir la línea férrea para llegar al borde costero. Algunos propusieron que el ferrocarril se extendiera desde Alcones a Matanzas, tratando de conectar la zona costera norte de la región. Sin embargo, prevaleció el proyecto de traza hacia Pichilemu, para promover el balneario allí instalado.

Frustrado el proyecto de conexión ferroviaria, los campesinos y pescadores artesanales de La Estrella se esforzaron por suplir ese medio de transporte mediante su ingenio y arduo trabajo.

Mitos y leyendas de La Estrella

Pero ¿de dónde proviene el nombre de La Estrella? Algunos cuentan la leyenda de que hace muchísimos años una estrella cayó de los cielos y formó en la tierra un lindo valle, rodeado por montañas pequeñas, un estero y muchos árboles y flores. Motivados por la curiosidad, un grupo de religiosos acudió al lugar y quedaron maravillados con la milagrosa creación, decidiendo asentarse allí junto con las familias que ha-

bían ido a presenciar el milagro (Cáceres, 1985). Otras versiones indican que el nombre fue inspirado por el convento agustino de la zona, cuyo patrono San Nicolás de Tolentino es reconocido como el "Santo de La Estrella", ya que tiene dibujada una en su pecho y hábito como símbolo de las visiones que tuvo antes de morir, cuando una estrella lo visitó para augurarle su santificación.

La Estrella también ha dado origen a otros mitos y leyendas. Una de ellas es la leyenda de la "Gruta Abate Molina". Se cuenta que hace muchos años un enamorado no correspondido vagó desesperanzado hasta llegar a una cueva, a través de la cual avanzó durante largo rato. Cuando sus rezos por encontrar una salida se volvieron desesperados, se encontró ante una esplendida gruta repleta de riquezas, aperos de labranzas, trigo y agua fresca, un verdadero paraíso. Corrió a compartir la noticia al convento agustino cercano y la historia tentó a algunos lugareños que acudieron a buscar los tesoros, pero nunca pudieron encontrar el lugar (Vásquez et al, 2013; Cáceres, 1985).

En esta localidad también se han avistado personajes muy particulares, despertando el temor o suspicacia de sus habitantes. Se comenta que una de aquellas apariciones ocurrió en el sector de San Miguel, una noche en que los vecinos regresaban de misa y se encontraron con un inmenso chancho vestido de huaso y brillantes espuelas. Otro personaje infaltable en las historias del campo chileno es el Diablo, quien deambularía por las tierras estrellinas. Cuentan que en el Cerro de Cristo el Diablo se aparecía para perturbar a todo aquel que pasara por allí. Incluso con sus carcajadas asustaba a los muertos para robar sus almas. Un grupo de vecinos cansados de estos espantos, subió al cerro junto con el sacerdote del pueblo para instalar una cruz en la cima y una figura de Cristo en yeso. El Diablo intentó sin éxito desmoronar estos potentes símbolos, retirándose indignado, aunque cuentan que aún merodea buscando la oportunidad de volver al cerro (Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR 3(8): 41-63.

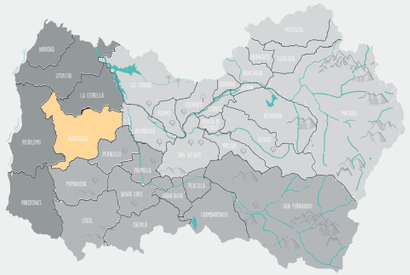
Cáceres, G. (1985). Breve Historia de la Comuna de "La Estrella". Chile.

Guarda, G. (1978). Historia urbana del Reino de Chile. Chile, Editorial Andrés Bello.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Mella, J. (1996). Historia urbana de Pichilemu. Chile, Editorial Bogavantes.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



MARCHIGUE

Toponimia y fusión cultural: el sujeto costino

Si bien no hay consenso en torno a una toponimia única, "Marchigue" podría interpretarse en voz mapuche como "lugar de embrujo". También se dice que significa "lugar de tierra gredosa" o que hace referencia a la azuela, herramienta para trabajar la madera (Niemeyer y León, 2001). En lo que no hay duda, es que esta comuna del secano costero ha sido históricamente una tierra fecunda, tanto para los productos agrícolas y ganaderos, como para los productos típicos que surgen de las manos de sus habitantes y que dan cuenta de la complementación de saberes y técnicas.

De la fusión cultural entre los indígenas locales, incas y posteriormente los españoles, surgió algo único y propio del secano costero y costa de la Región de O'Higgins: la cultura costina (Leiva et al, 2017).

Sus hombres y mujeres son de una enorme complejidad, puesto han desarrollado múltiples actividades que son dirigidas por el ritmo de la naturaleza. A lo largo del tiempo acumularon y perfeccionaron una gran cantidad de conocimientos que les permiten convivir con su paisaje y crear productos típicos de mucho valor e ingenio, todo esto acompañado por un fuerte sentido de comunidad y cooperación (Echaíz, 1968; Gajardo, 2009). La comuna de Marchigue ha sido cuna, por ejemplo, de agricultores, viticultores, ganaderos, artesanos, talabarteros, herreros, maestros molineros, tejedoras, alfareros y arrieros. Todos estos sujetos tienen el mérito de haberse sobrepuesto al relativo aislamiento del sector y escases de recursos, para hacer surgir de su tierra creaciones únicas que son el reflejo de su cultura de trabajo.

La formación de Marchigue: de la adversidad surge la creación

El territorio que compone la actual comuna de Marchigue tiene una larga historia de aislamiento y desconexión con el resto del país, que obligó a sus habitantes a autoabastecerse de alimentos y aquellos productos necesarios para vivir en ese paisaje. De este modo, y gracias a los aportes que dejó el mestizaje entre los primeros habitantes de la zona, en Marchigue se logró asentar la agricultura, especialmente el trigo, cebada y maíz, por mencionar algunos. Precisamente el trigo convirtió al Reyno de Chile en el principal productor del cono sur, utilizado tanto para el consumo interno como para la exportación en grandes cantidades hacia Perú (Lacoste et al, 2017).

Por otro lado, las vides se anidaron en las tierras del secano costero y los campesinos desarrollaron la cultura del cuidado de la vid, a partir de la cual crearon valiosos subproductos como el vino, la chicha y el aguardiente, los que se consolidaron como patrimonio de los campesinos del sector. De aquellas uvas se obtiene hasta hoy la renombrada "Chicha dulce de Marchigue". Precisamente el naturalista Charles Darwin en su viaje por la región en el año 1834 habría probado este brebaje, describiéndolo como un vino nuevo, amargo y de cuerpo flojo (Darwin, 1840; Urzúa, 2009). Una actividad secundaria es la elaboración del aguardiente, en la cual se utilizan las borras y orujos sobrantes de la vendimia (León, 2018). Gracias al cuidado depositado en sus vides y al buen manejo de los procesos artesanales de elaboración, los campesinos de la comuna se autoabastecían de estos brebajes, tanto para el consumo familiar como para su comercialización e intercambio.

Así, las vides fueron totalmente incorporadas en el paisaje tradicional de la comuna de Marchigue hasta hoy. Estas plantas además aprendieron a convivir con otro personaje central del campo marchiguano, la oveja, animal que ayuda a desmalezar los parrones mientras se alimenta. El ganado ovino tiene una especial importancia para las familias campesinas del sector, ya que además de proveer carne, su leche era utilizada para la elaboración de los otrora famosos quesos de Chanco (Aguilera,

Paila para elaborar aguardiente (arriba). Humberto Espinoza, productor de chicha en La Quebrada (abajo). Fotos: Victor León y Sergio Jiménez.

Mariana Pino, tejedora de Marchigue. Foto: Juan Eduardo Orellana.

Si bien no hay consenso en torno a una única toponimia, "Marchigue" podría interpretarse en voz mapuche como "lugar de embrujo". También se dice que significa "lugar de tierra gredosa" o que hace referencia a la azuela, herramienta para trabajar la madera.

Esta comuna del secano costero ha sido históricamente una tierra fecunda, tanto para los productos agrícolas y ganaderos, como para las creaciones artesanales que surgen de las manos de sus campesinos artesanos, tejedoras, talabarteros, herreros, alfareros, sin olvidar a los maestros creadores de los molinos de viento que antaño permitieron el riego de estas tierras y que hoy continúan engalanando el paisaje como testimonios del ingenio y la cultura de trabajo de su gente.

2016). Conjuntamente, de las ovejas se obtiene la lana, valioso subproducto utilizado tanto en el pasado como en el presente por las tejedoras de la comuna para elaborar en sus telares frazadas, mantas y ponchos de reconocida calidad (Peters y Núñez, 1999). Estas útiles prendas han abrigado a los campesinos en sus extenuantes jornadas de trabajo en la tierra o sobre sus caballos.

Dificultades de conexión

La zona de la actual comuna de Marchigue históricamente ha padecido la desconexión con el resto del territorio nacional. Durante los siglos coloniales no existieron caminos que aseguraran el tránsito fluido por este sector. La Cordillera de la Costa representaba una enorme barrera, ya que sus quebradas, ríos y las inclemencias del clima no permitían el paso de carretas que unieran estos campos con los principales centros, como Santiago y Valparaíso. Sólo los caminos de herradura permitían de manera estacional el paso de los arrieros con sus recuas de mulas. Ellos fueron actores fundamentales durante la Colonia e inicios de la República, puesto que permitían la salida de los productos artesanales elaborados en la zona y la llegada de aquellos que no se confeccionaban de manera local, además de fungir como un canal de comunicaciones horizontal y popular, llevando y trayendo noticias, con lo cual se rompía en cierta medida el aislamiento de la zona (Lacoste et al, 2017).

Los arrieros debían sortear grandes peligros durante sus periplos. Para ejecutar correctamente sus labores, además de ser diestros jinetes debían contar con aperos de buena calidad que aseguraran su vida y las de sus animales. Por este motivo el arriero demandó riendas, monturas, frenos, espuelas, amarras, herraduras, mantas y sombreros, productos que fueron elaborados por los artesanos de la comuna de Marchigue. Herreros, talabarteros y tejedoras asumieron la importante misión de proveer artículos de buena calidad a aquellos arrieros que, por su parte, permitían que sus producciones llegaran a centros comerciales atractivos.

El ferrocarril y el “Pueblo de los molinos”

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el transporte y las comunicaciones en el país tuvieron un importante avance. Fue así como la comuna de Marchigue recibió el positivo impacto del ferrocarril, que en el año 1893 se extendió desde San Fernando hasta la localidad de Alcones (León, 1996; 2008; León y Valenzuela, 2014). La estación de Alcones se convirtió en un polo de actividad comercial, ya que hasta allí llegaban comerciantes y vendedores que ofrecían sus productos o se embarcaban con la finalidad de comercializarlos en otros sitios. También esa estación fue utilizada como punto de combinación para continuar el viaje hasta Pichilemu sobre “cabritas”, carros tirados por caballos. El ferrocarril además desempeñó una importante función social y democrática al permitir a las familias viajar hasta las ciudades en búsqueda de productos y servicios, sin importar su condición socioeconómica.

En torno a la estación de Alcones se comenzaron a construir casas y la demanda de los productos agrícolas marchiguanos se incrementó (Lacoste et al, 2017). Si bien el ferrocarril no alcanzó a beneficiar a todos los sectores de la comuna por igual, fue un importante catalizador de la actividad artesanal de la zona. En medio de este auspicioso escenario un gran problema subsistía: el abastecimiento del agua.

Las condiciones climáticas del secano costero no facilitaban el regadío de los campos y el abastecimiento del ganado. Para contar con agua se debían excavar profundas norias, con todo el trabajo y costos que aquello significaba. Ante esta adversidad nuevamente se sobrepuso el ingenio del campesino. Fue la historia que inició don Emeterio del Carmen Ruz Reyes alrededor de 1920, cuando construyó el primer molino de viento en Marchigue, gracias a los conocimientos que adquirió como trabajador en importadoras de estos artefactos. El primer molino de viento que instaló era totalmente de madera y, a pesar del escepticismo de sus vecinos, dio excelentes resultados. A partir de ese momento se instalaron muchos molinos de viento y Marchigue se hizo conocido como el “Pueblo de los molinos”. Con el paso del tiempo, la llegada del agua potable y la electricidad relegaron el uso de estos aparatos, no obstante su presencia ya se encontraba enraizada en la identidad de Marchigue (León, 1996; 2007). Hoy muchos molinos de viento continúan en pie como vestigio de aquel pasado y símbolo de la identidad de ese pueblo.

Paisaje patrimonial, vivo y vigente

Hasta hoy en la comuna de Marchigue se desarrollan importantes labores artesanales que dan cuenta del arraigo de este tipo de creaciones. Alrededor de 30 artesanos continúan dando vida a productos únicos en greda, cuero, madera, lana, fibras vegetales, acero y cachos de animales. Todos estos artesanos marchiguanos comparten una importante condición en común, que es la pervivencia de los conocimientos a través de su traspaso de generación en generación.

Otro elemento del paisaje típico de la comuna de Marchigue son sus construcciones de adobe. Algunas casas con corredores continuos en sus fachadas sobreviven al paso del tiempo y a las embestidas de los terremotos, convirtiéndose en el testimonio de esta tradición campesina de larga data. Desde muy antaño y utilizando saberes indígenas ancestrales, los campesinos valoraron las bondades de la tierra cruda como eficiente aislante natural, ecológico, que brinda gran confort térmico y es de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). A continuación, esos mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertir la tierra cruda en sus viviendas y bodegas.

Durante los primeros siglos de la época colonial y República, el estilo de vida que imperaba en estos valles era bastante austero. Los elementos domésticos eran más bien escasos y la mayoría de ellos eran elaborados por las mismas familias. Para su confección utilizaban los materiales disponibles en su entorno, como madera, huesos de animales, cueros y barro. Respecto de este último material, se destaca su uso en la elaboración de cuencos, platos, jarrones, vasos y tinajas, por ejemplo. Los alfareros continúan destacando las cualidades de la greda marchiguana, de color gris blanquecino y protagonista de la antigua cultura alfarera de la zona (Lacoste et al, 2017).

Molinos de viento de Marchigue.
Foto: Municipalidad de Marchigue.

Artesania en barro marchiguano.
Foto: Juan Eduardo Orellana.

Tiempo de fiestas, comunidad y creencias

En la comuna de Marchigue permanecen vigentes ciertas dinámicas que reflejan el fuerte sentido de comunidad entre los costinos. De este modo, al finalizar el año se realizan las trillas, cuyo sustento es el trabajo en equipo. También perviven las celebraciones comunitarias donde todos los vecinos participan de las matanzas de animales y sus preparaciones al calor del fuego, donde bullen conocimientos y técnicas gastronómicas mestizas.

Una instancia donde confluyen la diversión en grupo y la gastronomía mestiza es la “liebrada”. Esta actividad se desarrolla cada 15 de agosto desde el año 1937, con motivo del aniversario del Club Deportivo Victoria. Los vecinos se reúnen temprano en la mañana para recorrer los potreros con sus perros en busca de liebres silvestres para cazar. Al finalizar el día comparten los distintos platos preparados con las presas, tales como escabeches, al disco, empanadas, estofados o al jugo, todas preparaciones acompañadas con vinos de la zona.

En el mes de enero se desarrolla la “Semana Marchiguana”, instancia en que los distintos productos típicos son ofrecidos al público en la Plaza de Armas de la ciudad, acompañados de danza y música. En marzo se lleva a cabo la “Fiesta de la Vendimia”, celebración donde la comunidad muestra con orgullo sus artesanías, comida y cultura del vino a todos los visitantes que concurren a disfrutar de esta centenaria actividad. Y en el mes de octubre se realiza la “Expogama de Marchigue”, renombrada feria de exposición de productos artesanales y ganaderos, donde es posible conocer los distintos rincones de la comuna a través de sus creaciones únicas. En dichas instancias el cordero del secano es protagonista, ya que se reconoce como un emblema típico de los marchiguanos. La calidad de su carne, proveniente del modo natural de crianza, es una de sus características más apreciadas.

La comuna de Marchigue tiene una profunda devoción por la fe católica. Así lo demuestran cada 24 de septiembre en la “Fiesta de Nuestra Señora de la Merced”, que se realiza en la Parroquia de Alcones, fundada en el año 1897. Esta celebración tendría una data de más

de cien años y en cada oportunidad los vecinos engalanan sus casas para festejar el paso de la Patrona de Alcones, cuya procesión es acompañada por huasos y conjuntos folclóricos. Otra importante demostración de la religiosidad campesina es el "Canto a lo divino". Sus orígenes se encuentran en el proceso de evangelización del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991). Se trata de un tipo de "Canto a lo Poeta", que es una de las tradiciones más antiguas de Chile, con más de 400 años. Esta expresión de fe tiene un gran arraigo en esta zona y los cantores se hacen presentes en la mayoría de las celebraciones con sus poemas cantados.

Los marchiguanos además poseen un interesante conjunto de creencias y mitos. Una de sus historias cuenta que un habitantes de la zona habría encontrado en el sector de Los Maitenes un tesoro de oro con el cual compró las actuales tierras de Marchigue, justo antes de la llegada del ferrocarril. Se rumorea que en ese mismo sector habita un jote negro que en realidad sería el Diablo y que cada Viernes Santo se escucha llorar a un niño que éste recibió a cambio de ayudar a un campesino a recuperar a su familia. Dicen también que en un peñón al oeste de Marchigue una niña se habría encontrado con el mítico "culebrón", el cual dejó a su paso varias monedas de oro que ella guardó. Cuando el padre de la niña quiso despojarla de su tesoro cayó en desgracia y ella huyó con un apuesto joven que llevaba puesto un medallón con la imagen del culebrón.

Algunos lugareños advierten que cerca del cruce de la Ruta I-50 con Marchigue, una joven mochilera se aparece frente a los conductores pidiéndoles que la transporten. Lo extraño de la historia es que esa joven andaría en búsqueda del chofer de camión que la atropelló causándole una trágica muerte hace varios años atrás (Vásquez et al, 2013).

Otra interesante historia habría tenido lugar en la antigua Hacienda San José de Marchigue, que a mediados del siglo XVIII fue propiedad de la Compañía de Jesús y, luego de su expulsión, fue adquirida por Pedro Iñiguez Landa y Mercedes Ignacia Vicuña y Aguirre. Los vecinos relatan que por aquella época el afamado Manuel Rodríguez se hospedó en dichas instalaciones, cuando iba a visitar a su amada Francisca de Paula Segura, en Pumanque. Algunos aseguran que existiría un registro escrito de la visita del guerrillero el día 2 de agosto de 1815 (Gajardo, 2009). Hoy la antigua hacienda es un hotel y allí continúan relatando dicha anécdota, señalando incluso la habitación en que el Coronel de los Húsares de la Muerte habría pernoctado.

Parroquia Nuestra Señora de La Merced, Alcones. Foto: Municipalidad de Marchigue.

Fachada "Hotel Hacienda Histórica de Marchigue", ex Hacienda San José (izquierda). Actual comedor del Hotel, donde se dice habria pernoctado Manuel Rodriguez (derecha). Fotos: Santiago Scholl.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR 3(8): 41-63.

Darwin, Ch. (1840). Journal of researches into the Geology and Natural History of the varoius countries visited by H.M.S. Beagle, under the command of Captain Fitzroy from 1832 to 1836. London, Colburn.

Echaiz, R. (1968). Historia de Curicó. Tomo II. Santiago de Chile, Editorial Neupert.

Gajardo, V. (2009). Costumbres, personajes típicos y anécdotas de mi pueblo. Santiago de Chile, MAGO Editores.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Leiva, L., Pequeño, A., Baeza, P. (2017). La sal de la vida: memorias de las antiguas salinas de la laguna de Bucalemu. Municipalidad de Paredones.

León Donoso, V. y Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986.GeoBlack editores, Chile.

León Donoso, V. (2018). La cultura e historia de la chicha y el aguardiente Lo Marchant / La Quebrada Comuna de Marchigue. Chile.

León Donoso, V. (2007). Cultura Ferroviaria de San Fernando y sus Ramales Pichilemu y Las Cabras – El Carmen. Santiago de Chile, CNCA.

León Vargas, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Ediciones Museo de Colchagua. Santiago de Chile.

León Vargas, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Niemeyer Fernández, H., León Vargas, V. (2001). Arte rupestre precolombino en el Tinguiririca. Provincia de Colchagua Sexta Región de Chile. Santiago, Impresión Gráfica Escorpio.

Peters Barrera, C., Núñez Gajardo, S. (1999). Artesanías de Chile. Chile, Caupolicán Servicios Gráficos. Ministerio de Educación.

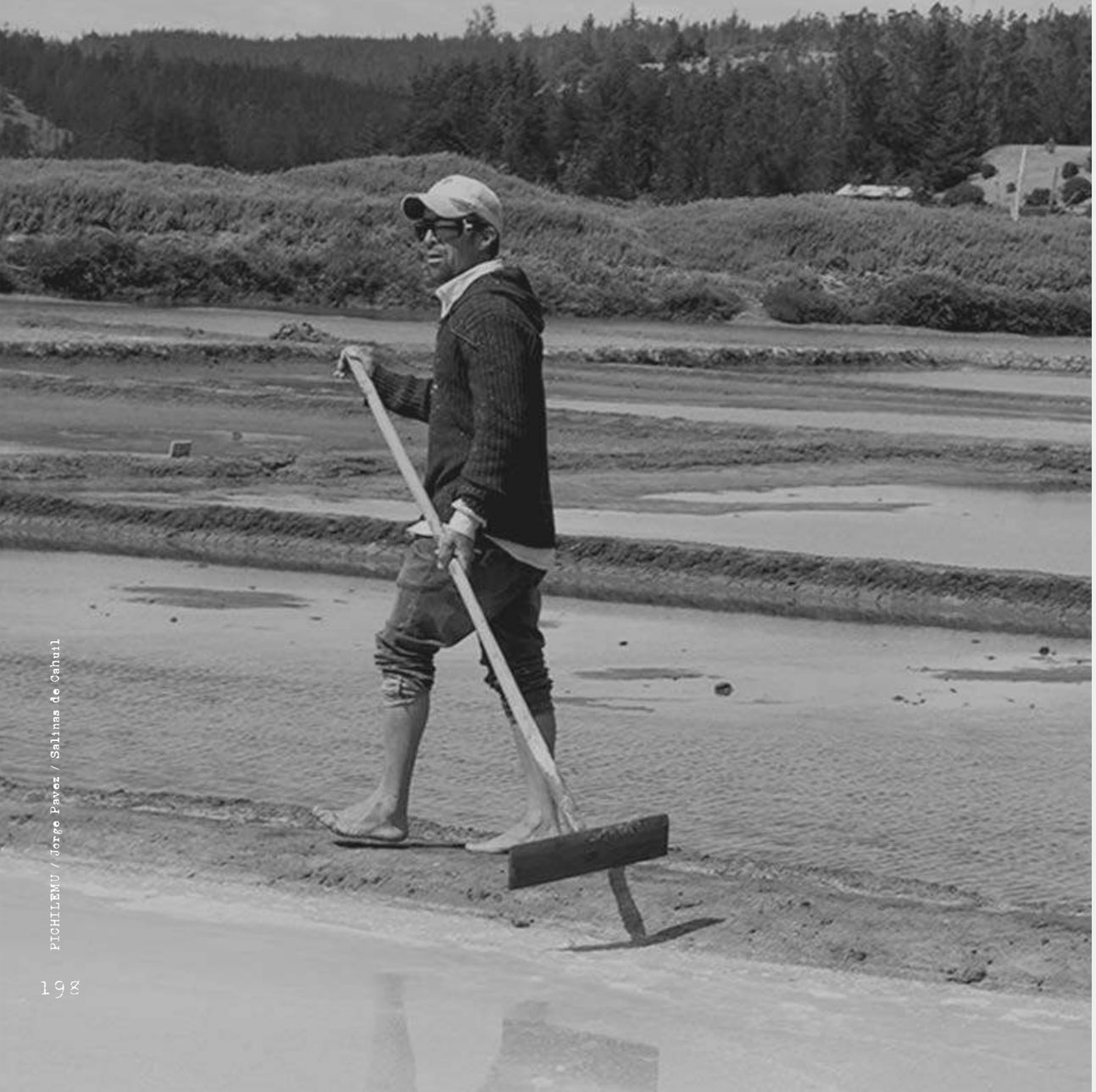
Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Urzúa, C. (2009). Chile en los ojos de Darwin: veinte meses de viaje por el país físico y humano. Santiago de Chile, Ediciones B grupo zeta.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico miticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



PICHILEMU / Jorge Pavez / Salinas de Cahuil

PICHILEMU

Los sujetos históricos de Pichilemu y sus creaciones típicas

"Pichilemu" en lengua mapuche significa "bosque pequeño", pero es mucho más que eso. Esta zona fue erigida con tenacidad por los hombres y mujeres costinos, que durante siglos han mantenido una relación con su entorno y dado vida a productos típicos de gran valor, que son el sello distintivo de su comuna. De este modo existen los salineros de Cáhuil, en quienes se personifica una tradición de más de cinco siglos. También están sus campesinos, que extraen de estas tierras alimentos como la quínoa, maíz, trigo y legumbres para el sustento de sus familias, además de criar en ellas vides y ganados de los que obtienen subproductos de mucha utilidad, como carne, leche, quesos, lanas, cueros y pieles. A partir de éstos últimos, los hábiles artesanos del sector elaboran una gran variedad de instrumentos imprescindibles para las labores en el campo. Otros hijos

ilustres de Pichilemu son sus pescadores y mareros, quienes para extraer los frutos del mar deben armarse de valentía y valerse también de los conocimientos que durante generaciones han ido acumulando.

Los habitantes de esta comuna surgieron a partir del mestizaje biológico y cultural de indígenas locales y foráneos, como los incas, con los europeos que arribaron a la zona. De todos estos encuentros surgió algo único, invaluable y sello distintivo del sector: la cultura costina, cuyos exponentes son de una enorme complejidad (Echaíz, 1968; Leiva et al, 2017). Históricamente, estas mujeres y hombres costinos han desempeñado variadas labores que son dirigidas por el ritmo de la naturaleza, el que logran seguir gracias a sus sentidos afinados por cientos de años y a la gran cantidad de conocimientos que han heredado y perfeccionado.

Desde épocas muy remotas en Pichilemu existen pescadores y mareros, cuyos conocimientos se han traspasado de generación en generación. Ellos tienen la habilidad de reconocer el momento propicio para la extracción de los frutos del mar, los que poseen características especiales de pureza gracias a la ausencia de puertos, muelles, desagües submarinos y plantas industriales en la zona (Lacoste et al, 2017).

Ellos han obtenido de las costas de la comuna algas, mariscos y pescados, los que antiguamente eran secados y salados para su conservación. Para esta última faena requerían del producto obtenido por los salineros de Cáhuil. Éstos esperaban el período que va desde septiembre hasta marzo para extraer de manera artesanal la sal. Este mineral fue muy demandando también por los españoles desde el primer momento de su asentamiento, ya que lo consideraban un producto de primerísima necesidad que además de condimentar permitía conservar los alimentos y el tratamiento de los cueros, entre otras funciones (Molina, 1987; Bibar, 1966). La sal de la zona ha sido de tal importancia a lo largo de la historia, que entre mediados de los siglos XVIII y XIX las salinas de Cáhuil fueron las principales de la costa central de Chile (Lacoste y Lacoste, 2017). Incluso en la actualidad la sal de Cáhuil ha recibido el importante reconocimiento de "producto con Denominación de Origen".

Pichilemu, principal balneario de la Región de O'Higgins. Foto: Alexandra Kann.

Pichilemu es conocido actualmente como el principal balneario de la Región de O'Higgins. Sus playas convocan a los turistas nacionales e internacionales, lo cual ha permitido que se consolide como un centro turístico destacado por los deportes acuáticos y la gastronomía. Pichilemu es conocido actualmente como el principal balneario de la Región de O'Higgins.

Sus playas convocan a los turistas nacionales e internacionales, lo cual ha permitido que se consolide como un centro turístico destacado por los deportes acuáticos y la gastronomía.

Cuadrillas de sal inundadas en el mes de abril, Cáhuil. Foto: Santiago Scholl.

Molinos hidráulicos de Pañul (izquierda) y Rodeillo (derecha). La canoga conduce el agua para mover la rueda. Fotos: Santiago Scholl.

En torno a la sal de la costa se levantó una compleja ruta que permitía la salida de éste y otros productos locales hacia mercados distantes como Santiago y Valparaíso, llamada "Camino Real de la Sal" o "Camino Real de la Costa" (Lacoste y Lacoste, 2017).

Por otro lado están los campesinos, quienes tienen amplios conocimientos sobre los ciclos de la tierra que les han permitido proveer a sus familias alimentos como la quínoa, el trigo, el maíz y las legumbres. Precisamente, gracias a paisajes como el de Pichilemu, Chile se convirtió en el principal productor de trigo del Cono Sur durante los siglos coloniales, utilizado tanto para el abastecimiento interno como para la exportación a Perú (Lacoste et al, 2017). Esta realidad estimuló el surgimiento de otra actividad fundamental para el engranaje productivo de los campos: los molinos.

Los molinos fueron verdaderos centros neurálgicos donde los granos del secano se convertían en harina, alimento base de las familias campesinas. El molinero era una figura central en el proceso, ya que además de procesar los granos debía mantener y reparar su molino. Precisamente en la zona de Rodeillo y Pañul aún existen dos molinos hidráulicos que son testimonios de la hermosa y sacrificada danza que en torno a ellos se trenzaba: primero, es la naturaleza con su agua la que permite el movimiento de los engranajes y de las piedras moledoras; luego, son los arrieros o los propios campesinos los que emprendían la odisea de trasladar por peligrosos caminos sus granos hacia el molino, donde debían esperar pacientemente su turno; y era durante esa espera que se desarrollaba un interesante momento de socialización e intercambio de los productos provenientes de distintos sectores. De este modo en los molinos no sólo se obtenía harina, sino que se entretejían las relaciones propias del campo chileno.

El campesino de Pichilemu además de labrar la tierra, cría allí a sus animales. Precisamente la oveja ha generado un gran impacto en el sector. Este animal fue introducido por los españoles y se adaptó perfectamente a las condiciones del secano, además ha brindado importantes subproductos, como lana, cuero y carne. Gracias a la crianza natural de los ovinos en la zona, su carne detenta positivas caracte-

rísticas que le permiten ser reconocida como una de las mejores del país. Además, de las ovejas se obtenían cantidades considerables de leche, la que salada con sal de Cáhuil dio origen durante la época colonial a un importante y singular producto típico: el queso de Chanco (Aguilera, 2016).

El artesano ha sido otro personaje fundamental de Pichilemu. En esta categoría se encuentran el talabartero y herrero, quienes debían ser diestros maestros en la confección de aperos y herramientas de buena calidad para que soportaran las arduas faenas de los campesinos y arrieros. También están los artesanos en cerámica, que son poseedores de una valiosa tradición alfarera prehispánica. En las localidades de Copao y Pañul aún pervive esta importante actividad (Lacoste et al, 2017).

Los artesanos de Copao continúan empleando las técnicas indígenas en su trabajo con la greda morena, la que pulen con el filo de piedras escogidas y luego echan a cocer a fuego lento en hornos de barro (Arraño, 2003). Cerca de allí se encuentra la localidad de Pañul, entremedio de cerros que parecen proteger su encanto natural, sincero y honesto. Los artesanos de Pañul exhiben con orgullo las piezas que surgen de sus hábiles manos y permiten al público conocer sus talleres y hornos donde entra la arcilla y sale convertida en piezas únicas de alta resistencia y con un particular color beige-damasco.

Mientras la cerámica de Copao se destaca por su perfil artístico, la de Pañul entrega un servicio funcional y utilitario. Su objetivo principal es equipar la mesa para crear una sensación de calidez en el hogar. En este sentido, los artesanos de Pañul mantienen vivos algunos valores de la tradición cultural inca, que también empleaba la cerámica para el ajuar doméstico y para lo cual usaban moldes. Estos últimos son también utilizados por los alfareros de Pañul para dar la forma inicial a las piezas que luego terminan a mano y lijan para imprimirles su sello único.

Taller de elaboración de cerámica de Pañul. Foto: Santiago Scholl.

Accesos por agua y por tierra: problemas de conectividad y la llegada del ferrocarril

Durante la época colonial y ya instalada la República, Pichilemu sólo contaba con dificultosos caminos de herradura para la salida de los productos locales y la llegada de aquellos que no se elaboraban en el sector. El nombrado Camino Real de la Sal era de suma importancia en esta sincronía económica. El arriero era el encargado de recorrerlo, siempre y cuando el clima se lo permitiera, actuando como un verdadero embajador de los productos típicos del borde costero.

La conectividad por vía marítima no fue muy fluida, pero hubo algunos intentos de promoverla. En 1887 los propietarios de la Hacienda San Antonio de Petrel construyeron un pequeño muelle para embarcar los productos agropecuarios producidos en la zona (Muñoz, 1980). No obstante, en 1891 el muelle fue quemado en medio de la guerra civil por leales al Presidente Balmaceda, ya que desde allí embarcó un grupo de opositores con pertrechos (Grez y Rojas, 2017). Posteriormente el muelle fue reconstruido como puerto civil, pero la naturaleza no dio su aprobación y terminó destruyéndolo, siendo finalmente clausurado en 1916.

Fuente: Plano de la Costa de Colchagua. Domingo Javier de Urrutia y Luis Antonio de Velazco. 1791. Archivo Nacional, mapa n° 225.

El paisaje de Pichilemu está signado por el estilo neoclásico que impuso a comienzos del siglo XX el balneario fundado por Agustín Ross, con sus elegantes construcciones y balaustradas. No obstante, esta fachada se articula con la cultura ancestral de la zona, que se encuentra profundamente arraigada en el medio sociocultural de esta comuna.

Durante la Colonia permanecía latente la amenaza de arribo de naciones enemigas del Imperio Español o incluso piratas, cuyas historias abundan en las costas de esta región. Por tal motivo, se implementó un audaz sistema de comunicaciones en la costa del partido de Colchagua. Precisamente en la Diputación de Cáhuil se instaló una atalaya o punto de avistamiento, que podía ser o no una fortificación al estilo de torres (Guarda, 1978; Mella, 1996). Desde ese punto se enviaban mensajes de alerta a través de banderas, gallardetes y faroles. La atalaya de Cáhuil denominada "Atalaya de la loma de Chacurra", quedó oficialmente registrada en un mapa de 1791. Esta valiosa carta del Imperio Español muestra la importancia estratégica que tenía entonces la localidad, motivo por el cual invirtieron en su defensa. Lamentablemente, aún no se han hallado vestigios de esta atalaya.

Las fortificaciones militares del siglo XVIII fueron sustituidas en la centuria posterior por la infraestructura para transportes y comunicaciones. En la actual Región de O'Higgins se produjo entonces la fiebre del ferrocarril. En la segunda mitad del siglo XIX el Estado y las clases dirigentes se preocuparon por extender los rieles en búsqueda de la prosperidad y el progreso. Fuerte impacto causó la prolongación del ferrocarril desde San Fernando hasta la localidad de Alcones (León, 1996; 2008; León y Valenzuela, 2014). La estación allí instalada se convirtió en un polo de actividad comercial y se abrió el debate sobre qué trazado debía seguirse para llegar al borde costero. Algunos propusieron que se extendiera hasta Matanzas, sin embargo prevaleció el proyecto de traza hacia Pichilemu, lo que sirvió para promover el balneario allí instalado por el empresario Agustín Ross Edwards (Arraño, 2003).

Así, el 5 de enero de 1926 llegó a Pichilemu el ferrocarril. Fue todo un evento que conmocionó a los vecinos. Junto con el ferrocarril llegaron nuevos personajes, como los cantores de los trenes, los corteros que ayudaban a acarrear los equipajes y las venteras que ofrecían huevos duros, pan, arrollados, empanadas, pescados fritos y dulces. El tren acercó esta zona al resto del país, desempeñando una función social, ya que permitía a los vecinos de Pichilemu ir hacia San Fernando por mercadería, fines médicos o educacionales, y por otro lado llevaba

a las playas de Pichilemu a las familias que acudían por el día en el denominado "Tren Excursionista", que en época estival realizaba dos recorridos los días domingo, funcionando por última vez el 3 de marzo de 1985 producto del terremoto (León, 2008). Muchos recuerdan esos modestos viajes que eran acompañados con ciruelas verdes con sal y mate, los que representaban un paréntesis en la sacrificada rutina de aquellas familias, la cual distaba mucho del estilo de vida de los acomodados visitantes del balneario, hotel y casino Ross.

Sucesos, mitos y leyendas en Pichilemu

Pichilemu tiene su propio arsenal de historias, en las cuales el mito y la realidad se entremezclan. Uno de estos sucesos habría ocurrido en la zona de Pañul, donde se llevó a cabo la "Batalla de los Cardones", el que fue el último enfrentamiento entre patriotas y realistas en el proceso de Independencia de Chile. Se cuenta que las tropas realistas llegaron a la zona en busca de apoyo. No obstante, los habitantes de Pañul fueron previamente alertados por uno de los vecinos, Bernardo De Rojas, quien los organizó para resistirse. Como no tenían más armas que sólo un fusil, se armaron con palos de cardón y se escondieron en el cerro El Mongote. Cuando las tropas se acercaron, De Rojas salió a su encuentro y les dijo que se rindieran o de lo contrario daría la orden de atacar, señalando a los vecinos que se divisaban a lo lejos. Los españoles entendieron que eran inferiores en número y se entregaron. Cuando se dieron cuenta que las supuestas armas de los lugareños eran simples palos, ya era tarde para reaccionar y fueron llevados prisioneros a Santiago (Grez y Rojas, 2017).

En la zona de Cáhuil también se habría desarrollado una ingeniosa resistencia patriótica. Se cuenta que luego de la derrota realista en la Batalla de Maipú, algunos soldados huyeron con dirección al sur a través de la costa. Allí recibieron el hostigamiento de los patriotas y fueron desorientados por los lugareños que les entregaron malas indicaciones de las rutas. Incluso uno de ellos se hizo pasar por guía y los condujo a la Laguna de Cáhuil, donde los abandonó por la noche a su suerte (León, 1992).

Una de las leyendas más importantes es la del caballito de mar. Cuenta que en la Laguna de Cáhuil antiguamente vivió un caballito que alegremente regalaba muchos peces a todos los pescadores, siempre y cuando se los repartieran en partes iguales. Un día, algunos codiciosos rompieron el pacto y comenzaron a sacar provecho personal. Cuando el caballito descubrió esto, se marchó de la laguna dejándola sin peces. Algunos dicen que el caballito tenía un amigo brujo, al que llamaban el "viejo Vega", quien tenía fama de ser muy diestro en el agua. Un día un propietario de Topocalma le pidió ayuda para desencallar una de sus embarcaciones y el viejo Vega aceptó, con la condición de trabajar solo y sin testigos. No obstante, un curioso se escondió para mirar lo que hacía, llevándose una gran sorpresa cuando vio que el viejo se untó un extraño ungüento y entró al agua convertido en un lobo marino (Vásquez et al, 2013).

Otro personaje que merodearía la zona es el renombrado Diablo. Abundan los relatos sobre su presencia en distintas localidades, como la de Ciruelos, donde lo han visto dispuesto a robarse niños si no le dejan como ofrenda un gallo muerto. Mientras que en Copao dejó su huella estampada sobre una piedra. Otro suceso paranormal es el que ocurre en las profundidades de la hermosa Laguna del Perro, donde aseguran que un ser acuático llamado "cuero" ahoga a sus víctimas y mata especialmente a las vacas que se acercan a beber agua a la orilla (Vásquez et al, 2013).

Por el antiguo camino a Cáhuil, poco antes de llegar a Los Cruceros, se puede divisar sobre la ruta la silueta de una mujer desnuda. Los lugareños cuentan que ésta se formó cuando un brujo lanzó una maldición a una pareja de enamorados para separarlos, pero la muchacha protegió al joven y se puso por delante, convirtiéndose en tierra para siempre. Otra fatídica historia habría ocurrido en El Espinillo. Allí el padre de una joven descubrió el romance que uno de sus empleados tenía con su hija, por lo que lo mandó a matar y enterrar en las cercanías del pozo El Encanto. La joven al descubrir tal aberración se lanzó a esas profundas aguas y muchos aseguran verla por las noches cuando sale a peinar sus cabellos con un peine de oro (Vásquez et al, 2013).

Antigua estación de ferrocarril de Pichilemu. Actualmente es un museo de historia social, económica y cultural de la localidad. Foto: Alexandra Kann.

Pichilemu cuenta con una variada oferta de hoteles y restaurantes. Foto: Alexandra Kann.

Turismo de ayer y hoy

Pichilemu desde siempre se ha destacado por sus hermosas playas, como La Puntilla, Infiernillo, Punta de Lobos, Chorrillos, Playa Hermosa y Panilonco, junto con las lagunas de Cáhuil, del Perro y de Los Curas. Hoy es uno de los destinos favoritos de quienes practican deportes acuáticos y pesca. Pero el éxito entre los turistas no es algo nuevo.

A inicios del siglo XX Pichilemu se hizo conocido como un balneario para la clase acomodada, contando con un moderno hotel y el primer casino del país. De este modo la zona efectivamente tuvo un pasado esplendoroso, pero que sucumbió con el paso del tiempo. Hoy esas construcciones ya no existen con la suntuosidad de antaño y sólo una parte de ellas sobrevive como Centro Cultural y feria artesanal, distando mucho de sus orígenes. No obstante, hay una parte más sustancial de Pichilemu y sus alrededores que se niega a desaparecer y es su fortaleza.

Se trata de la esencia de estas tierras, que se personifica en su patrimonio cultural y natural. Pichilemu cuenta con paisajes naturales dignos de orgullo para sus vecinos y que son su carta de presentación. Pero, además, posee un acervo cultural único y de gran valor. De este modo en Cáhuil existen los salineros, que durante los meses estivales tiñen de blanco sus cuarteles y generosamente muestran a los turistas su tradición artesanal de más de cinco siglos. En la misma localidad los cocheros ofrecen su servicio de paseo en cabritas, acercando a los visitantes a ese pasado que se niega a desaparecer.

Más al interior están los artesanos de Copao que, refugiados en sus viviendas de adobe, continúan modelando la greda morena, tal y como aprendieron de sus antepasados. Cerca están los ceramistas de Pañul, que valientemente se niegan a abandonar sus raíces. Con valor muestran al público sus habilidades y la proeza que significa domar el fuego para transformar la arcilla en bellos utensilios.

En Pañul y Rodeillo permanecen estoicos otros testimonios de la cultura campesina de la zona: los molinos hidráulicos construidos a

inicios y mediados del siglo XX. Estos molinos son un verdadero ejemplo del ingenio del campesino, que supo entablar una alianza con la naturaleza que le permite transformar el grano en harina y, a cambio, ella abraza estas construcciones volviéndolas parte de su paisaje.

En el patrimonio arquitectónico de Pichilemu también se vislumbra la esencia de la zona. Hoy las construcciones de adobe que continúan en pie son cada vez menos producto de los embates de la naturaleza, como los terremotos. No obstante, algunas permanecen como emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda dentro de su paisaje patrimonial.

Otro eslabón de la cultura local de Pichilemu es su patrimonio gastronómico de raíces mestizas. La reina es la quínoa, cuyas propiedades le han otorgado su merecido trono. Si bien los españoles no supieron valorar de inmediato sus incontables cualidades, los campesinos de la zona no abandonaron su producción y hoy es parte de su acervo culinario (Sáez, 2013). Otros protagonistas son el cordero del secano, las legumbres, hortalizas y frutos del mar. Todos sazonados, por supuesto, con sal de Cáhuil. Los variados platos que pueden disfrutarse en esta localidad hablan de aquellos primeros encuentros entre indígenas, españoles y mestizos. Estos alimentos tienen su merecido reconocimiento en la "Fiesta del Cochayuyo" y la "Fiesta de la Sal". También se celebran tradiciones como la trilla a yegua suelta, la "Fiesta Costumbrista de Pañul" y la "Fiesta de la Primavera", además de las festividades religiosas de San Andrés, patrono de la Parroquia de Ciruelos y San Pedro, patrono de los pescadores.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR 3(8): 41-63.

Arraño, J. (2003). Hombres y cosas de Pichilemu. Pichilemu, Chile.

Bibar, G. (1966). Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile. Tomo II. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

Echaíz, R. (1968). Historia de Curicó. Tomo II. Santiago de Chile, Editorial Neupert.

Grez, D., Rojas, C. (2017). Crónicas de Pichilemu. Una mirada al pasado, un vistazo al presente. El Marino Producciones, Pichilemu, Chile.

Guarda, G. (1978). Historia urbana del Reino de Chile. Chile, Editorial Andrés Bello.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, M., Lacoste, P. (2017). "Sal de Cáhuil, cordero de secano y queso de Chanco: aportes para el estudio de patrimonio gastronómico y cultural de Chile". Idesia 35(2): 17-26.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Leiva, L., Pequeño, A., Baeza, P. (2017). La sal de la vida: memorias de las antiguas salinas de la laguna de Bucalemu. Municipalidad de Paredones.

León Donoso, V. y Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986.GeoBlack editores, Chile.

León Vargas, V. (1992). José Gregorio Argomedo y Montero de Águila. Participación Colchagüina en la Independencia de Chile. Sergio Morales Ediciones. San Fernando, Chile.

León Vargas, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Ediciones Museo de Colchagua. Santiago, Chile.

León Vargas, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago, Chile.

Mella, J. (1996). Historia urbana de Pichilemu. Chile, Editorial Bogavantes.

Molina, J. (1987). Ensayo sobre la historia natural de Chile. Santiago de Chile, Ediciones Maule.

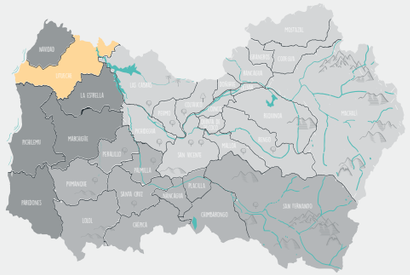
Muñoz, J. (1980). San Antonio de Petrel. Tenencia, producción y trabajo en una hacienda costera de Chile central, siglos XVII y XVIII. Tesis para optar al grado de licenciado en Filosofía con mención en Historia. Santiago, Chile.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sáez, V. (2013). Una historia de reproducción y resistencia cultural. Mujer y gastronomía tradicional del secano costero de la Provincia de Cardenal Caro Región de O'Higgins. Centro de Desarrollo Sustentable de Pichilemu, Chile.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.



LITUECHE

Y se llamó... Pucalán, El Rosario, Lo Solís, Litueche

Los antiguos indígenas de la zona la llamaban "Pucalán", que habría significado "renuevos" o "pozo de la muerte" (Valenzuela, 1984; Saldías, 2002). A inicios del siglo XVII, las autoridades coloniales españolas entregaron estas tierras en merced al capitán Lorenzo Núñez de Silva, quien levantó la capilla llamada "San Lorenzo de Pucalán". Posteriormente, en 1750, cambió de patrono y se pasó a venerar a la Virgen del Rosario, posiblemente motivado por las propietarias del sector que eran sus devotas, por lo que la capilla fue renombrada como "Nuestra Señora del Rosario". Este templo se convirtió en referente territorial, tanto por sus actividades religiosas como por el mercado que surgió en sus adyacencias. Como efecto, su nombre se trasladó al conjunto de la localidad y el pueblo pasó a llamarse "El Rosario". Pero éste no sería el último cambio de nombre de la comuna.

Alrededor de 40 lugares distintos recibían la misma denominación de "El Rosario", lo que ocasionaba muchísimas confusiones, como la reiterada pérdida de correspondencia que era despachada a lugares equivocados. Esto hizo que espontáneamente las personas agregaran en las cartas la denominación de "Lo Solís", ya que ese era el apellido de la familia que atendía la agencia postal. Al ser tan popular esta nominación, en 1905 se dictó un decreto que cambió oficialmente el nombre de la agencia postal al de "Lo Solís" y, de este modo, todo el pueblo fue conocido como "Rosario de Lo Solís". Esta modificación fue adoptada por distintos servicios y comercios de la zona, lo que distorsionó entonces la identidad del sector (Saldías, 1993). Para dar solución a esto, en 1975 se produjo el último cambio de nombre y la comuna fue bautizada como "Litueche", que en lengua mapuche significa "hombres de tierras blancas", haciendo alusión al caolín, mineral no metálico de color blanco que es muy abundante en el sector.

Los primeros hombres y mujeres y el nacimiento del "costino"

Como se mencionó anteriormente, a la población nativa del sector luego se sumarían los aportes de los incas y españoles que arribaron a la zona. La simbiosis que se generó entre estos diversos grupos dio por resultado una cultura local muy compleja, cargada de diversos conocimientos, técnicas, alimentos, tradiciones y creencias.

Además, de todos estos encuentros culturales surgió algo único, que pasó a ser el sello distintivo de la costa y el secano costero: la cultura costina. Sus sujetos son de una enorme complejidad, ya que desempeñan variadas funciones que son dirigidas por el ritmo de la naturaleza, el que logran seguir gracias a sus sentidos afinados por cientos de años y a la gran cantidad de conocimientos que han acumulado y perfeccionado (Echaíz, 1968; Leiva et al, 2017). De este modo existen en Litueche los pescadores artesanales y mareros, que saben reconocer el momento propicio para conseguir los productos del mar. Los pirquineros, quienes pacientemente y con mucho esfuerzo hurgan entre las rocas para extraer el preciado caolín o arcilla blanca. Los campesinos, sabios conocedores de los ciclos de la tierra y de sus preciados animales, de los que obtienen el sustento para sus familias y las materias primas que son transformadas por los hábiles artesanos. Sin olvidar a los arrieros, que en sociedad con sus mulas y caballos lograron transportar, en extenuantes jornadas, sacos cargados con frutos de estas tierras, con lo cual facilitaron el comercio y acortaron las distancias que tenían sumida a esta zona en un relativo aislamiento.

Nacidos en Litueche: sus productos típicos

En esta zona desde tiempos remotos se ha desarrollado un complejo encadenamiento productivo de gran valor y particularidad, que tiene a sus productos típicos como epicentro.

Litueche es el hogar de agricultores, ovejeros, calicheros, artesanos, arrieros y pescadores. Todos ellos desde épocas inmemoriales se dedican a observar y aprender de su paisaje.

Cantera de Caolín, Litueche.
Foto: Manuel Prado.

Esquila de ovejas, Litueche.
Foto: Gustavo León.

Desde muy antaño los pescadores artesanales y mareros obtienen del mar productos de excelente calidad, gracias a la pureza de sus aguas que han permanecido libres de puertos y desagües submarinos. Los mariscos, algas y pescados eran secados y salados para conservarlos durante las largas jornadas de transporte hacia mercados distantes. Durante el período colonial Santiago era un centro muy demandante de estos productos, especialmente en épocas de Cuaresma y Semana Santa cuando el consumo de carnes rojas estaba prohibido (Lacoste et al, 2017). Por aquellos tiempos la única manera de que estos productos llegaran al centro era a través de caminos de herradura, es decir, rutas que sólo podían ser surcadas por los arrieros sobre sus caballos, siempre y cuando el clima se los permitiera.

Los arrieros eran actores fundamentales en la economía colonial. Ellos permitían el abastecimiento de aquellos productos que internamente no se producían, a la vez que aseguraban la salida de los productos típicos de la zona para instalarlos en mercados atractivos como Santiago y Valparaíso. Por si esto fuera poco, los arrieros no sólo transportaban cargas, sino que además difundían noticias, conocimientos y ayudaban a tejer el entramado de las relaciones sociales de la época (Lacoste et al, 2017).

Para desarrollar estas importantes labores, los arrieros contaban con sus inseparables caballos y recuas de mulas. Pero también requerían de implementos como mantas, lazos, frenos, alforjas, sombreros, amarras, monturas, estribos, entre otros. Los aperos debían ser de excelente calidad para resistir en las complicadas rutas, ya que de ellos dependía que la carga llegara en buenas condiciones e, incluso, la vida del arriero. La necesidad de contar con estos productos indispensables para las faenas de arrieros y campesinos estimuló el desarrollo de actividades esenciales, como por ejemplo las que estaban a cargo de los herreros, talabarteros, tejedoras y curtidores.

Otros productos campesinos de gran importancia en la zona son las hortalizas, frutas, verduras y granos. Éstos representan la base de la alimentación de la familia campesina y antiguamente también

Provincia de Cardenal Caro / LITUECHE

eran comercializados por medio de los arrieros o intercambiados por otros productos, como los provenientes del mar. Sin ir más lejos, frutas como las uvas y frutillas mantienen su importancia en la actualidad. Las primeras son parte fundamental del paisaje típico de la zona, junto con las casas de adobe. Desde la época colonial se registra la existencia de parrones en la mayoría de la casas de la región (Lacoste et al, 2017). Y su presencia continúa hasta hoy, prevaleciendo sus cualidades organolépticas especiales provenientes de las condiciones climáticas y del suelo del secano costero. Por otro lado, las frutillas son comercializadas a la orilla de la ruta por donde transitan los turistas que visitan la costa, junto con otros productos locales como miel, hortalizas y huevos. Lo anterior demuestra que la valoración de estos productos naturales se ha mantenido a lo largo de los siglos, lo cual se explica por su gran calidad y pureza.

Históricamente el campesino de Litueche, además de labrar la tierra, se ha dedicado al cuidado de sus animales. Uno de gran importancia es el cordero. Durante la Colonia estos animales eran un bien preciado, ya que además de ser accesible para los pequeños campesinos, aportaba múltiples subproductos de gran estima. Junto con brindar carne, se aprovechaba su lana para la confección de los famosos tejidos costinos, y su leche, la cual era aliñada con sal de la costa para elaborar un importante producto típico de gran fama y prestigio incluso internacional: el Queso de Chanco (Aguilera, 2016). De este modo las ovejas se adaptaron al escenario del secano costero y se integraron completamente a la dinámica campesina de la zona.

Es más, los corderos tienen su propio papel en la Independencia de Chile, como compañías indispensables de aquellos campesinos y hacendados que respondieron al llamado que en 1818 hizo el Director Supremo Bernardo O'Higgins. Por aquel año O'Higgins clamó a los habitantes de la Provincia de Concepción que quemaran sus casas y huertos y abandonaran la zona, para de este modo desabastecer al ejército realista que se reorganizaba para contraatacar desde el sur. Aproximadamente 50.000 patriotas respondieron a este complejo llamado, sobrepusieron los intereses del proyecto libertario y cruzaron hacia el norte del río Maule, sin mayores posesiones que lo

Cultivo de miel y papas en Litueche. Fotos: Gustavo León.

Gracias al gran arsenal de conocimientos acumulados y transmitidos de generación en generación, han logrado dar vida a valiosos productos que representan el abrazo fraternal entre el hombre y la naturaleza. Es precisamente la riqueza natural de Litueche, donde convergen el campo del secano costero y el mar, la que permite a sus habitantes desarrollar variadas actividades, como la crianza de corderos, cultivo de hortalizas, frutas y verduras y la extracción de productos del mar. Además, desde las entrañas de esta tierra el pirquinero estoicamente ha conseguido extraer un mineral de gran calidad y utilidad, el caolín.

puesto y sus ovejas. De este modo aquellos campesinos patriotas se convirtieron en héroes civiles de la Independencia de Chile y acompañados por sus animales se asentaron en la zona centro del país, convirtiéndose muchos de ellos en ovejeros.

Otro importante habitante de Litueche es el calichero, ejemplo de sacrificio y perseverancia. Estos mineros desde antaño han golpeado piedras y escudriñado en las canteras de caolín para extraer este mineral no metálico de amplia funcionalidad. Precisamente el yacimiento de Litueche es el más importante y de mejor calidad industrial de todo el país (Pardo y Jordán, 2016). Entre los múltiples usos del caolín se encuentran la fabricación del cemento, caucho, pinturas, papel, porcelanatos, ladrillos y cerámica. A modo de ejemplo, los ceramistas de Pañul lo utilizan para mezclarlo con su arcilla, lo que aporta mayor durabilidad y resistencia a sus creaciones (Lacoste et al, 2017). Si bien hoy se emplean técnicas extractivas modernas que facilitan la labor, en el pasado sólo el músculo de estos mineros se encargaba de la obtención del caolín. Eran necesarias largas y extenuantes jornadas dentro de los yacimientos a tajo abierto, en las cuales los calicheros sólo contaban con palas y picotas para remover las capas de piedras que cubren las vetas del mineral blanco. Allí los mineros estaban expuestos a los grandes peligros de las faenas mineras, como los derrumbes, no obstante se mantuvieron estoicos en sus labores y contribuyeron a la tradición de esfuerzo de los hombres y mujeres de Litueche.

Caminos y comunicaciones

La gran variedad de productos típicos oriundos de Litueche y de todo el borde y secano costero de la Región de O'Higgins, además de servir para la subsistencia familiar, también fue comercializada en mercados distantes. De este modo, la necesidad de transportar estos productos estimuló la formación de una importante ruta de alto tráfico, la cual pasaba por Litueche: el Camino Real de la Costa (Lacoste y Lacoste, 2017). Este camino de herradura sólo podía ser surcado por los arrieros y sus mulas, ya que los accidentes geográficos que representaba la Cordillera de la Costa hacían imposible el paso de carretas. Era una ruta compleja y con peligrosos riscos y quebradas, por lo que se necesitaban habilidades y valentía por parte de los arrieros, además de aperos de buena calidad.

El aislamiento de la zona representó entonces una gran dificultad que debió ser superada con ingenio y esfuerzo. Por ejemplo, ante la inminente amenaza de las naciones enemigas del Imperio Español o piratas, cuyas historias abundaban en las costas del Reyno de Chile y precisamente en esta región, se implementó un audaz sistema de comunicaciones en la costa del partido de Colchagua. Precisamente en las Diputaciones de Navidad, Rosario (Litueche), La Estrella y Cáhuil se instalaron atalayas o puntos de avistamiento, que podían ser o no fortificaciones al estilo de torres (Guarda, 1978; Mella, 1996). Desde esos puntos elevados se enviaban mensajes de alerta a través de banderas, gallardetes y faroles. La atalaya de Litueche, llamada "Atalaya de Topocalma", quedó oficialmente registrada en un mapa de 1791. Esta valiosa carta del Imperio Español muestra la importancia estratégica que tenía entonces la localidad de Litueche, motivo por el cual los españoles invirtieron en fortificarla y defenderla. Lamentablemente, no se han hallado todavía vestigios de estas fortificaciones.

Topocalma también fue el emplazamiento de otra importante instalación, que otrora servía a los antiguos marineros como indicativo de que a una cuadra del famoso "faro de Topocalma" se debía iniciar el giro de la ruta para continuar rumbo al puerto de Valparaíso. Esto demuestra la importancia estratégica de la zona para la navegación, por lo cual urgía su protección de los invasores.

No obstante, las fortificaciones militares del siglo XVIII fueron sustituidas en el siglo siguiente por la infraestructura para transportes y comunicaciones. En la actual Región de O'Higgins se produjo entonces la fiebre del ferrocarril. En la segunda mitad del siglo XIX el Estado chileno y las clases dirigentes se concentraron en extender los rieles del tren en busqueda de la prosperidad y el progreso. De este modo, causó gran impacto la extensión del ferrocarril desde San Fernando hasta la localidad de Alcones. Esta última estación se con-

virtió en un polo de actividad comercial y pronto se abrió el debate sobre qué ruta debía seguir la línea férrea para llegar al borde costero. Algunos propusieron que el ferrocarril se extendiera desde Alcones a Matanzas, lo cual hubiese favorecido enormemente la producción y economía de esa zona, sin embargo prevaleció el proyecto de traza hacia Pichilemu, para promover el balneario allí instalado.

Sucesos, mitos y leyendas en Litueche

Litueche tiene su propio arsenal de particulares historias que mezclan mitos con realidad. Uno de esos acontecimientos tiene que ver con la fragata inglesa Scorpion, capitaneada por Tristán Búnker, la que en 1808 se asomó a las costas de Topocalma para negociar su cargamento de telas inglesas y demás productos. Esta transacción era del todo ilegal, ya que el Imperio Español mantenía vigente la prohibición de negociar con cualquier nación enemiga. Las partes involucradas en el contrabando, entre ellos el dueño de la hacienda Topocalma y el Subdelegado del Distrito de Colchagua, acordaron que la embarcación se retirara a Coquimbo en espera de que terminara el invierno. En tanto ellos contactaron al gobernador Francisco Antonio García Carrasco para confabularse. El plan consistía en simular un decomiso del contrabando, para en realidad robar la carga. Pasado el tiempo la Scorpion regresó a Topocalma y acordaron realizar la transacción en Quilimarí, Pichidangui. En dicha playa ya se había montado una verdadera escena teatral, con barras de cobre que simulaban ser el pago de la transacción y muchísimos marinos y dragones (policía de la época) disfrazados y armados para la emboscada. El cierre del negocio transcurrió con total naturalidad y mientras cargaban las barras en la fragata Scorpion el capitán Búnker era entretenido en tierra. Al cabo de un rato éste se percató de ruidos extraños y gritos, pero cuando intentó ir a averiguar lo que sucedía, fue apuñalado por la espalda y lanzado a un foso. De este modo la embarcación fue tomada y las mercancías robadas (Barros, 2002). Esto significó un verdadero escándalo en la época, llegando a decirse que este suceso fue uno de los catalizadores de la Independencia de Chile.

Precisamente, durante el proceso de Independencia de Chile la zona nuevamente fue el epicentro de las noticias, por haberse realizado en Topocalma una de las capturas más comentadas de la época: la de Benavides. Vicente Benavides fue un mal afamado soldado que se unió a las fuerzas realistas en 1813. Luego del triunfo patriota en la Batalla de Chacabuco, Benavides huyó al sur con la intención de sublevar a los mapuches en contra del nuevo gobierno y apoyar el contraataque realista. Más tarde fue tomado prisionero en la Batalla de Maipú y condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por el destierro a Mendoza. En el trayecto intentó huir, por lo que le dispararon y dieron por muerto. No obstante, sobrevivió y recibió el apoyo de un sacerdote que convenció al General San Martín de las buenas intenciones y utilidad del soldado Benavides, por lo que lo envió al sur para negociar la rendición de los realistas. Pero esto último nunca sucedió. Una vez que Benavides llegó al sur, rápidamente organizó un ejército con el que inició la llamada "Guerra a muerte", caracterizada por la ferocidad con que actuaba en contra de los patriotas. En 1821 el ejército de Benavides fue finalmente derrotado y éste huyó por el mar en dirección a Perú. En el trayecto se detuvo en Topocalma para aprovisionarse, momento en que uno de sus hombres lo traicionó y fue tomado prisionero, para finalmente ser fusilado el 23 de febrero de 1822 (Vicuña, 1868). Se dice que la noticia fue motivo de grandes alegrías entre los patriotas y que su cabeza se exhibió en distintas partes del territorio a modo de aleccionamiento.

Otras misteriosas historias se cuentan en Litueche. Una de ellas habría ocurrido en el puente Lingue, donde tuvo lugar un fatídico suceso. Una noche de tormenta una mujer cargaba a su bebé en brazos, el que cayó desde ese puente a las turbulentas aguas. La mujer se lanzó desesperada para salvarlo, pero fue inútil y ambos murieron ahogados. Algunos aseguran que a partir de ese momento, cada vez que llueve, se escuchan los gritos lastimosos de la desgraciada madre buscando a su hijo (Vásquez et al, 2013).

También extraños personajes y fantasmas merodearían la comuna. Por ejemplo, algunos aseguran que en el Valle de Hidalgo se habría

Playa de Topocalma, Litueche.
Foto: Municipalidad Litueche.

Iglesia Nuestra Señora del Rosario, Litueche, año 2015.
Foto: Municipalidad Litueche.

Registro de bautismos de 1774 resguardado en la Iglesia Nuestra Señora del Rosario, titulado "Libro de Bautismo y Óleos en la doctrina que corre de siete días del mes de Agosto del año 1774 en que me recibi de esta doctrina sacerdote Antonio de Quezada". Foto: el Rancahuaso.

encontrado al Culebrón, serpiente que se aprovecha de la leche materna de las recién paridas. Otra historia se sitúa en un punto intermedio entre Litueche y San Vicente de Pucalán, donde existiría una casa embrujada. Los rumores indican que allí asesinaron trágicamente a una familia y que sus almas continúan vagando en el interior (Vásquez et al, 2013).

Patrimonio de Litueche: cultural, arquitectónico, religioso y gastronómico

El patrimonio de Litueche es valientemente resguardado por sus habitantes, toda vez que se resisten a abandonar su lugar de origen y aquellas actividades que históricamente han sido el sustento de sus familias.

Este patrimonio se expresa en distintos ámbitos, uno de ellos es el arquitectónico. Ejemplo de esto es su Iglesia Nuestra Señora del Rosario, cuya primera edificación fue construida en 1585. Luego de algunas reconstrucciones, el terremoto del año 2010 obligó que fuera definitivamente demolida. Su reconstrucción fue gestionada en gran medida por sus vecinos, quienes no abandonaron la idea de verla nuevamente en pie.

Al interior de esta iglesia se preserva un verdadero tesoro documental: el primer libro parroquial de bautismo que data de 1774 y que comienza con el registro del primer habitante bautizado en el lugar, un bebé español de apellido Donoso.

Un elemento clave del paisaje típico de la zona son las construcciones de adobe. El adobe es un emblema de la tradición campesina que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Lamentablemente, son cada vez menos los vestigios de aquel pasado, ya que las inclemencias de la naturaleza los han azotado.

La religiosidad es el epicentro de distintas celebraciones que convocan a los habitantes de Litueche. En la zona son fervientes devotos de la Virgen del Rosario. Basta con recordar que en un pasado la comuna recibió su nombre de la veneración a dicha Virgen. Esa misma devoción es la que expresan cada 7 de octubre cuando cientos de personas llegan al centro de Litueche para festejar a su patrona y escoltar su imagen en una procesión acompañada de cantos y bailes.

Otra importante manifestación del patrimonio de la comuna se da en el ámbito gastronómico. El afamado cordero de Litueche ha ganado reconocimiento por la buena calidad de su carne, que se debe principalmente a las condiciones de su crianza en el campo secano costero. La historia del cordero secano se remonta a la llegada de los españoles y tiene otro momento fundante en el éxodo patriota de 1818. No obstante, todos estos hitos se lograron consolidar gracias al trabajo sostenido durante siglos por los campesinos y ovejeros de la zona. Esta historia de esfuerzo y dedicación recibe su reconocimiento cada mes de octubre en la "Fiesta del Cordero". En esa celebración los vecinos de la comuna se esmeran por fabricar las ramadas que serán los puestos donde ofrecen sus preparaciones, las que tienen al cordero como protagonista, ya sea en pan, brochetas, asados, arvejados, anticuchos, chorrillanas, al palo o, incluso, empanadas. Es precisamente en esa instancia donde se aprecian el sincretismo gastronómico resultante de las herencias de antaño, las que conviven en sabrosa armonía. Ese valioso legado se sostiene en el trabajo de todos los hombres y mujeres que continúan la tradición de labranza y cuidado de sus animales. Gracias a todos ellos en Litueche aún se puede respirar y saborear lo originario.

Fiesta del Cordero de Litueche.
Foto: Municipalidad Litueche

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR 3(8): 41-63.

Barros, D. (2002). Historia General de Chile. Tomo VIII. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Echaíz, R. (1968). Historia de Curicó. Tomo II. Santiago de Chile, Editorial Neupert.

Guarda, G. (1978). Historia urbana del Reino de Chile. Chile, Editorial Andrés Bello.

Lacoste, M., Lacoste, P. (2017). "Sal de Cáhuil, cordero de secano y queso de Chanco: aportes para el estudio de patrimonio gastronómico y cultural de Chile". Idesia 35(2): 17-26.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Leiva, L., Pequeño, A., Baeza, P. (2017). La sal de la vida: memorias de las antiguas salinas de la laguna de Bucalemu. Municipalidad de Paredones.

Mella, J. (1996). Historia urbana de Pichilemu. Chile, Editorial Bogavantes.

Pardo, F. y Jordán, M. (2016). Aportación al estudio de las arcillas industriales en Chile. Universidad Miguel Hernández de Elche, disponible en:

https://books.google.cl/books?id=AFsyDAAAQBAJ&printsec=frontcover#v=onepage&

q&f=false

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Saldías, A. (1993). Litueche, antes El Rosario. Sus Alcaldes, Regidores y antecedentes para su historia. Editora e Impresora El Promaucae, Chile.

Saldías, A. (2002). Franciscanos en Litueche. Edistoria, Chile.

Valenzuela, R. (1984). "La Doctrina de Rapel en el Reino de Chile (1585-1810)". Revista de Estudios Históricos, N° 28: 141-172.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Vicuña, B. (1868). La Guerra a Muerte. Memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile, 1819-1824. Santiago de Chile, Imprenta Nacional.

PAREDONES

Paredones al natural: toponimia, sus primeros habitantes y el nacimiento de los costinos

Mar y campo, la naturaleza los hizo paisajes separados. Pero hay un lugar donde el minucioso trabajo de siglos de los campesinos, pescadores, mareros, salineros y artesanos los unió. Paredones es la encarnación del abrazo fraterno entre los productos típicos creados y obtenidos por sus habitantes, como por ejemplo pescados, mariscos, algas, chupallas, quínoa, sal, trigo, cordero, mantas, choapinos, frazadas y frutas. El nutrido patrimonio comunal es obra del trabajo de los campesinos que hicieron surgir de las entrañas de la tierra los frutos que han sido su sustento; de los pescadores y mareros que extraen delicias de un mar que a veces se ha mostrado implacable; de los artesanos que tejiendo y trenzando transforman nobles materiales en mantas y chupallas para protegerse del frío o

del sol; y de los salineros que son tesoros vivos de sabiduría y laboriosidad, ya que consiguen artesanalmente un producto que además de salar aporta más de 90 minerales saludables al organismo, resultando más beneficioso para la salud que la sal industrial que se encuentra casi totalmente desprovista de minerales (Arnal, 2012).

La comuna de Paredones ha definido su identidad a partir de un cálido paisaje, donde las casas construidas artesanalmente son protagonistas. La tradición campesina supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Fueron precisamente esas "paredes", algunas hechas con adobes y otras con tapiales, las que dieron a esta localidad el nombre de "Paredones", que todavía permanece como un verdadero rincón artesanal.

En la zona de Paredones cohabitaban distintos grupos desde tiempos muy remotos. Allí se asentaron, por ejemplo, chiquillanes, picunches y changos, indígenas que conocían muy bien el territorio y aprovechaban sus ventajas naturales para alimentarse, de este modo contaban con los frutos de la tierra y del mar.

Como se precisó anteriormente, en el siglo XV los incas pretendieron incorporar estas tierras a su imperio, no obstante los indígenas locales se interpusieron. Lo anterior no afectó las innumerables influencias y aportes que los incas legaron a la cultura local. Junto con sus saberes sobre la agricultura, riego, textilería, alfarería y manejo del agua, perviven otros vestigios de su paso. En la zona de San Pedro de Alcántara se conserva hasta hoy la denominada "Piedra del Sol", que tiene tallada en una de sus caras una representación de su divinidad "Inti", que muy probablemente marcaba el "Camino del Inca" de hace seis siglos atrás (Barros, 1943).

Al poco tiempo arribaron a la zona los españoles, junto con su acervo cultural completamente novedoso para los locales. Del encuentro

Los salineros de Lo Valdivia realizan la cosecha de la sal de manera completamente artesanal. Foto: Municipalidad de Paredones.

La comuna de Paredones ha definido su identidad a partir de un cálido paisaje, donde las casas construidas artesanalmente con tierra cruda son las protagonistas. Esa tradición campesina supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Fueron precisamente esas "paredes", algunas hechas con adobes y otras con tapiales, las que dieron a esta localidad el nombre de "Paredones", que todavía permanece como un verdadero rincón artesanal.

Piedra del Sol, San Pedro de Alcántara. Foto: Municipalidad de Paredones

Iglesia Nuestra Señora de las Nieves de Paredones, Monumento Histórico Nacional. Foto: Municipalidad de Paredones.

cultural entre estos distintos grupo surgió algo único, invaluable y sello distintivo del sector: la cultura costina (Echaíz, 1968; Gajardo, 2009; Leiva et al, 2017). Sus sujetos son de una enorme complejidad, ya que desempeñan variadas funciones que son dirigidas por el ritmo de la naturaleza, el que logran seguir gracias a sus sentidos afinados por cientos de años y a la gran cantidad de conocimientos que han acumulado. Así, existen los pescadores y mareros, que se destacan por su capacidad para reconocer el momento propicio para la extracción de los productos del mar; los salineros, que esperan pacientemente el período desde septiembre hasta marzo para extraer de manera artesanal la sal, el llamado "oro blanco"; los campesinos, que con el conocimiento de los ciclos de la tierra y de sus animales logran obtener el sustento para sus familias y las materias primas para las creaciones que nacen de las manos de hábiles artesanos; sin olvidar a los arrieros, que sobre los lomos de sus mulas transportaban, en extenuantes jornadas, sacos cargados con frutos de estas tierras para tranzarlos en lugares distantes. De este modo los arrieros favorecían el comercio que era tan dificultoso por las inclemencias del clima y las condiciones geográficas de la zona.

Sincretismo cultural: la Virgen de las Nieves y el convento franciscano

Las tradiciones locales señalan que en 1645 o 1646, producto del hundimiento de un barco, arribó a las costas de Paredones una imagen de la Virgen de las Nieves, cuya veneración se remontaría al siglo IV cuando milagrosamente hizo nevar sobre un cerro en Italia para demarcar el sitio donde se debía erigir una iglesia. Al descubrir el misterioso arribo de esta imagen los vecinos de la zona de Paredones intentaron varias veces trasladarla, pero sus esfuerzos eran inútiles ya que siempre volvía al sitio donde encalló (Leiva et al, 2017). Entendiendo que esa era su voluntad, le construyeron allí la Capilla de las Paredes (Vichuquén: 400 años, 1985). De este modo la Virgen de las Nieves pasó a ser la patrona de Paredones. Cada 5 de agosto la conmemoran con una procesión huasa que comienza en la Iglesia Nuestra Señora de las Nieves de Paredones, hoy Monumento Histórico Nacional que alberga a la misma imagen del siglo XVII, la que recorre las calles sobre una carreta tirada por una yunta de bueyes, escoltada por huasos. Con esto Paredones mantiene viva una tradición que es reflejo del sincretismo religioso de estas tierras.

La llegada de los españoles fue, sin duda, determinante en el sincretismo religioso resultante. Las distintas congregaciones se diseminaron por toda la región y se instalaron en sus campos para cumplir con su misión evangelizadora. Los franciscanos, por ejemplo, establecieron una verdadera ruta misionera cercana a la costa, que comenzaba en Santiago y continuaba en dirección al sur (Leiva et al, 2017). A lo largo de ella fundaron parroquias e iglesias, al alero de las cuales nacieron poblados que servían también como hitos de descanso. Un ejemplo de esto es San Pedro de Alcántara, localidad surgida al lado del convento franciscano del mismo nombre, creado en el año 1691 y que hoy es Monumento Histórico Nacional.

Los conventos actuaron como polos de desarrollo en el Chile colonial, ya que en torno a ellos se articularon asentamientos y rutas comerciales. Así brotaron mercados en zonas periféricas, que eran animadas

con las fiestas religiosas que congregaban a feligreses de distintos puntos, quienes encontraban allí el espacio propicio para el intercambio de sus productos (Lacoste et al, 2017).

Los conventos también estimularon conocimientos, técnicas y la proactividad de los lugareños, ingredientes claves para la creación de productos con identidad. Junto con esto, ayudaron a generar el circuito comercial para venderlos o intercambiarlos. Por lo tanto, en los sectores donde los conventos tuvieron marcada influencia surgieron productos típicos fuertemente enraizados en la identidad local, como la quínoa, las chupallas y los textiles de Paredones.

Mitos y leyendas en Paredones

La comuna de Paredones también ha sido fecunda en cuentos, mitos y leyendas. Precisamente la Piedra del Sol es uno de los escenarios donde ocurrirían sucesos extraños, la aparición de sospechosos personajes o ruidos inexplicables, como el galope de tropeles de caballos inexistentes. También se cuenta que hace muchos años tres hermanos acudieron a la Piedra del Sol siguiendo el consejo de un anciano que les aseguró allí encontrarían trabajo. En dicho lugar arrancharon y al día siguiente dos de ellos salieron a cazar. Inesperadamente, el hermano que se quedó fue asaltado por un hombre completamente vestido de negro. El segundo día otro hermano vivió el mismo ataque. Y al tercer día el último hermano decidió quedarse. En cierto momento irrumpió un hombre con cachos, a quien se enfrentó y logró romperle uno de ellos. Junto a sus hermanos lo siguió hasta una cueva, donde descubrieron que tenía secuestradas a tres mujeres. Luego de romperle el cacho faltante, liberaron a las cautivas y huyeron. Ese sujeto era el Diablo y dicen que aún se le escucha llorar cerca de la Piedra del Sol en las noches invernales. Otros lugareños aseguran que lo han visto merodear por la Cuesta del Calvario, a dos kilómetros al sur de Paredones, donde dejó marcada la huella de su pie sobre una piedra (Vásquez et al, 2013).

Mar, playa y oro blanco

Uno de los protagonistas en Paredones es el mar, ya que en él históricamente se han desarrollado actividades económicas y culturales que son parte de la identidad del costino (Echaíz, 1968). Pescadores, mareros y salineros han extraído de este vasto ecosistema productos de gran valor y construido un modelo sustentable basado en la cooperación entre la naturaleza y el hombre. Ellos han mantenido su borde costero limpio de puertos, muelles y desagües submarinos. De este modo, ese relativo aislamiento de la zona es también una de sus fortalezas que se ve reflejada en la pureza de sus productos.

La labor de pescadores y mareros en la región es de larga data y gran complejidad. Durante la época colonial e inicios de la República los pescados, mariscos y algas eran productos exigidos desde mercados distantes, sobre todo desde Santiago en épocas de Cuaresma y Semana Santa, cuando el consumo de carne roja estaba prohibido. Para soportar los largos trayectos hasta esos mercados, algas y pescados eran secados y éstos posteriormente salados. Así, la sal costera se transformó en un producto fundamental, ya que permitía la conservación de los alimentos además de otras funciones, como el tratamiento de los cueros. Lo anterior explica que el abastecimiento de la sal haya sido considerado un asunto de primera necesidad por los recién llegados españoles, que posaron su interés en las salinas de Bucalemu, Cáhuil y Lo Valdivia (Bibar, 1966; Molina, 1987). Precisamente estas dos últimas mantienen de manera ininterrumpida su producción artesanal desde hace más de 500 años.

Iglesia San Pedro de Alcántara. Foto: Municipalidad de Paredones.

El maestro chupallero Aníbal Muñoz en su taller, San Pedro de Alcántara. Foto: Alexandra Kann.

El campo de Paredones es escenario del sincretismo entre los aportes de las distintas culturas que han convivido en el sector. Foto: Municipalidad de Paredones.

La necesidad de este mineral estimuló la creación del denominado "Camino Real de la Sal", una ruta de herradura que permitía la salida de productos típicos de la costa, siempre y cuando el clima diera su venia. Los arrieros actuaban como un eslabón fundamental en el circuito de abastecimiento de los grandes centros, como Santiago y Valparaíso, y también a la inversa, ya que proveían a los sectores alejados, como Paredones, de aquellos productos que allí no se producían. Junto con su labor comercial, los arrieros actuaron como comunicadores de noticias, técnicas y, en definitiva, de cultura (Lacoste et al, 2017). Fueron verdaderos embajadores culturales de estas zonas alejadas, dándolas a conocer a través de su mejor carta de presentación: sus productos típicos.

El generoso campo de Paredones

El otro protagonista de Paredones es su campo. En él también se expresa el sincretismo entre los distintos aportes que recibió la zona. De las labranzas del campesino se continúan obteniendo retazos de esa historia. Tanto incas como españoles dejaron en esta tierra semillas, plantas y frutos que se han mezclado para dar vida al patrimonio gastronómico local de raíces mestizas. Platos sazonados con sal de la costa, como las papas con chuchoca (maíz tostado), chancho en piedra (tomate molido con ají), pailas marinas (guisos de mariscos), se suman al afamado cordero del secano, reconocido por las cualidades de su carne.

Un alimento que vale mención especial es la quínoa. La presencia de una de sus variantes es anterior a la irrupción inca, con todo, ellos también aportaron a estimular su producción y consumo, junto con los demás alimentos de la tierra que determinaron el futuro agrícola de estos valles (Planella y Tagle, 2004). La quínoa se adaptó perfectamente a las condiciones del secano costero de Paredones, convirtiéndose en uno de sus productos estrellas. Si bien con la llegada de los españoles su consumo se vio relegado, los campesinos de la zona no abandonaron su producción (Núñez y Bazile, 2009). En los últimos años, la quínoa ha sido revalorada con la difusión de sus múltiples propiedades y beneficios, los que eran conocidos desde época prehispánica. Es tanta la importancia de esta semilla, que ha recibido el espaldarazo de distintos restaurantes que se unieron al llamado de la Municipalidad que busca promover su consumo. Este producto típico de Paredones tiene su merecido reconocimiento durante el verano en la "Fiesta de Quínoa".

Del trigo y avena de estos campos los hábiles artesanos aprovechan hasta la última fibra, naciendo otro producto típico de gran valor y singularidad: las chupallas. Si bien es una palabra enraizada en la lengua quechua, también influyó en su uso la cultura del sombrero introducida por los españoles. A continuación, los campesinos de la zona dieron un paso más allá y crearon la chupalla, confección basada en la paja de trigo y avena cuyo uso se masificó entre los siglos XVIII y XIX. Así, las chupallas de Cutemu, Carrizalillo y San Pedro de Alcántara son creaciones únicas y propias de los artesanos de Paredones (Lacoste et al, 2017).

El campesino de Paredones también se ha dedicado al cuidado de sus animales, de los que obtiene distintos subproductos como carne, queso, leche y miel. Las ovejas encontraron en este paisaje del secano costero el espacio propicio para su desarrollo, brindando aportes de gran valor, como su lana. Las tejedoras, en cuyos telares se deslizan conocimientos prehispánicos, dan vida a textiles de gran calidad y

durabilidad, como las mantas, choapinos y frazadas de Cabeceras. También en épocas coloniales con su leche aliñada con sal de la costa se fabricaba el connotado Queso de Chanco (Aguilera, 2016). Gracias a la alimentación que reciben estos animales y las condiciones naturales en que se crían, su carne posee excelentes cualidades que le han otorgado al cordero del secano la fama de ser el mejor del país.

Paredones y el turismo

Paredones tiene mucho que mostrar a los visitantes. Con gran orgullo, sus vecinos presentan a sus tesoros vivos: los salineros de Lo Valdivia, quienes fueron reconocidos por el Estado de Chile, bajo recomendación de la UNESCO, como "Cultores Destacados" en el marco del programa Tesoros Humanos Vivos. Se puede tener el privilegio de observar sus faenas extractivas, cuya tradición ha perdurado por más de cinco siglos. A estos diestros maestros salineros los festejan a fines de febrero cuando finaliza la temporada de cosecha del oro blanco, en la "Fiesta del Salinero de Lo Valdivia".

Otros paisajes de gran estima y belleza son los que brinda Bucalemu, que cuenta con una variada fauna, humedales y su caleta, en donde celebran las Fiestas Patrias con la "Paila Marina Gigante de Bucalemu".

El patrimonio arquitectónico de la comuna también es motivo de orgullo para sus habitantes, quienes han depositado gran esfuerzo en su conservación. Gracias a su trabajo es posible conocer la Iglesia Nuestra Señora de las Nieves de Paredones y el convento de San Pedro de Alcántara, ambos declarados Monumentos Históricos. Si bien los terremotos e incendios han afectado a sus construcciones típicas de adobe, algunas se conservan hasta hoy como verdaderos emblemas de la tradición campesina.

Otro elemento del patrimonio cultural inmaterial de los paredoninos es su gastronomía de raíces indiscutiblemente mestizas. Las herencias dejadas por los distintos grupos que han habitado la zona convergen en platos que cuentan aquellas historias. De este modo es posible encontrar restaurantes que orgullosamente realzan en sus preparaciones a la reina del lugar, la quínoa. Abundan las verduras, semillas, legumbres y hortalizas del campo secano y por supuesto los pescados, algas y mariscos regalados por el mar y costa de la comuna. También está el rey, el cordero del secano. Todo lo anterior sazonado con el gusto típico del lugar, la sal de la costa.

Los trenzados de Cutemu recibieron el Sello de Excelencia a la Artesanía de Chile año 2018. Foto: Municipalidad de Paredones.

Salinas Lo Valdivia. Foto: Helena Córdova.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR 3(8): 41-63.

Arnal, M. (2012). "La mejor sal agua de mar ¿por qué?". Fundación Aqua Maris. Disponible en: http://www.aquamaris.org/wp-content/uploads/e_LM-SAM.pdf

Barros, R. (1943). "Algunos recuerdos prehistóricos de la costa de Curicó". Revista Universitaria (Universidad Católica de Chile) 28(1): 35-39.

Bibar, G. (1966). Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reynos de Chile. Tomo II. Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

Echaíz, R. (1968). Historia de Curicó. Tomo II. Santiago de Chile, Editorial Neupert.

Gajardo, V. (2009). Costumbres, personajes típicos y anécdotas de mi pueblo. Santiago, MAGO Editores.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Leiva, L., Pequeño, A., Baeza, P. (2017). La sal de la vida: memorias de las antiguas salinas de la laguna de Bucalemu. Municipalidad de Paredones.

Molina, J. (1987). Ensayo sobre la historia natural de Chile. Santiago de Chile, Ediciones Maule.

Núñez, L., Bazile, D. (2009). "Cultura campesina en Chile Central sobre la producción y consumo de Chenopodium Quinoa Willd.: el caso de la comuna de Paredones Provincia Cardenal Caro Región de O'Higgins". Revista Geográfica de Valparaíso, 42: 87-94.

Planella, M., Tagle, B. (2004). "Inicios de presencia de cultígenos en la zona central de Chile, períodos arcaico y alfarero temprano". Chungará (Arica), 36: 387-399.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

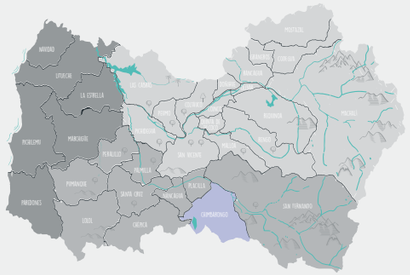
Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Vichuquén: 400 años. (1985). Curicó, Chile, Ediciones La Prensa.

IV.
Provincia de Colchagua

CHIMBARONGO / Manos artesanas trabajando el mimbre



CHIMBARONGO

La formación de Chimbarongo: Convento, haciendas y Camino Real de la Frontera

En el poblamiento de la zona correspondiente a Chimbarongo influyeron los distintos grupos indígenas que habitaron y recorrieron la zona. Si bien este sector no fue formalmente incorporado dentro del Tawantinsuyo, la influencia inca es innegable. Distintos vestigios arqueológicos en toda la región dan cuenta de aquello. Precisamente en Chimbarongo existen pircas de aquella época (Lira, 2014).

Una de las teorías acerca de la toponimia de Chimbarongo recoge dos elementos fundantes de la comuna, como lo son el lenguaje indígena y una de sus características naturales. Según esto, Chimbarongo provendría del mapudungún y significaría "lugar entre nieblas" (Herrera, 2010), "la ciu-

dad de la neblina" (Pequeño atlas ilustrado del río Tinguiririca, s/f) o "niebla del otro lado" (Lira, 2014). En todas estas versiones, el nombre de la comuna recoge la presencia de la neblina, tan característica de esta zona y que también influye en el exitoso crecimiento del mimbre.

La posterior irrupción de los españoles modificó definitivamente los códigos de organización y formas de relacionarse, lo cual impactó profundamente en la zona de Chimbarongo. Luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de repartición de tierras y las encomiendas indígenas como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Así fue como los territorios que hoy componen la comuna de Chimbarongo vivieron múltiples divisiones a lo largo del tiempo, a partir de las cuales surgieron haciendas y fundos (Góngora, 1970; Bengoa, 2015).

En la comuna de Chimbarongo existieron prosperas haciendas y fundos que actuaron como benefactores del importante convento que se instaló en la zona. Los conventos, en general, actuaron como polos de desarrollo en el Chile colonial, ya que en torno a ellos se articularon asentamientos y rutas comerciales. Así brotaron mercados en zonas periféricas que eran animadas con las fiestas religiosas que congregaban a feligreses de distintos puntos, quienes encontraban allí el espacio propicio para el intercambio de sus productos. Los conventos también estimularon conocimientos, técnicas y la proactividad de los lugareños, ingredientes claves para la creación de productos con identidad. Junto con esto, ayudaron a generar el circuito comercial para venderlos o intercambiarlos. Por lo tanto, es común que en los sectores donde los conventos influyeron decisivamente, hayan surgido productos típicos enraizados en la identidad local, como las chupallas de San Pedro de Alcántara, la chicha de La Estrella, el cordero secano de Litueche y La Estrella y los mimbres de Chimbarongo (Lacoste et al, 2017).

La Orden de La Merced se instaló en la zona de Chimbarongo en 1612, gracias a la donación de terrenos en el sector de Convento Viejo, donde fundaron el Convento Mercedario de San Juan Bautista (Valenzuela, 1976; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Los mercedarios fueron los primeros en instalarse entre los ríos Maipo y Maule y recibieron múltiples donaciones por parte de los hacendados del sector, como terrenos cultivables, ovejas, madera e incluso afluentes de agua para mover su molino (Mujica, 1943). Por su parte, el convento retribuyó de un modo fundamental, ya que los religiosos además de ocuparse de la instrucción religiosa de los habitantes del sector y de pueblos aledaños, como el de indios de Teno y Rauco, estimuló la enseñanza, labores y el comercio a su alrededor. Todo lo anterior explica la generación espontánea de un poblado a su alero, ya que distintas familias llegaron a instalarse, engrosando la población junto con los indígenas locales, encomenderos, funcionarios de la corona y participantes de las cofradías que allí se fundaron. Diversas voces coinciden, entonces, con que la fundación de Chimbarongo fue espontánea alrededor de una iglesia (Soto, 1971; Mujica, 1943; Lira, 2014; Aliaga y Schätzke, 2016).

Ingreso a la comuna de Chimbarongo. Foto: Municipalidad de Chimbarongo.

La comuna de Chimbarongo tiene una interesante historia que mezcla tradiciones y resistencias, de la cual son guardianes sus habitantes. Gracias a esto, los chimbaronguinos poseen un valioso patrimonio cultural en el cual convergen ancestrales conocimientos, interesantes tradiciones y productos típicos que nacieron de la inventiva de sus habitantes y la relación que entablaron con su territorio. La modernidad amenaza, en gran medida, muchos de estos paisajes tradicionales y sus relaciones, afortunadamente Chimbarongo cuenta con estratégicas armas y resilientes guardianes que resultan prometedores para el futuro de la comuna y preservación de su épica historia.

Se cuenta que la fundación de Chimbarongo tuvo tres intentos previos a su formalización definitiva como Villa en 1871 (Valenzuela, 1976; Lira, 2014). Otro aspecto de relevancia en su historia es su posición estratégica entre Santiago y Chillán, en la cual reparó el Gobernador Tomás Marín de Poveda por la necesidad de contar con un punto de abastecimiento que también reuniera a la población dispersa (Mujica, 1943; Pequeño atlas ilustrado del río Tinguiririca, s/f). De este modo, Chimbarongo se ganó su lugar dentro del Camino Real de la Frontera, que iba paralelo a la Cordillera de Los Andes y pasaba por Rancagua, Requínoa, Rengo, Pelequén, San Fernando y Chimbarongo, a continuación por Curicó, Talca, Linares y Chillán. La ubicación clave de Chimbarongo le aseguró, incluso posteriormente, un sitial preferente dentro de la Ruta 5 Sur, lo cual fue decisivo en el curso que tomó su historia artesanal en el siglo XX y XXI.

Ingenio campesino: domesticadores del paisaje y creadores de productos típicos

Viviesen dentro de las grandes haciendas o en pequeños terrenos, los campesinos debían valerse de su ingenio y los conocimientos heredados de sus antepasados para abastecerse de alimentos, abrigo, vivienda y herramientas necesarias para desarrollar sus vidas en los campos de Chimbarongo. La necesidad de autosustentarse, sumado al relativo aislamiento de la zona, estimularon el surgimiento de distintos productos típicos confeccionados por las manos campesinas. De este modo, los sujetos de la zona se consolidaron como agricultores, viticultores, ganaderos, talabarteros y artesanos, por ejemplo.

La alimentación, aspecto fundamental para la sobrevivencia, fue cubierta gracias al trabajo de los agricultores y ganaderos. En este aspecto, Chimbarongo tiene una larga tradición en el cultivo de pa-

pas y porotos, por ejemplo, que dan cuenta del mestizaje gastronómico que dio paso a la cocina típica de la zona. Igualmente, la crianza de animales como vacas, cabras y ovejas es una actividad de larga data y de la cual los campesinos obtienen carne y leche, junto con cuero y lana, materias prima que permitieron el desarrollo de otras importantes actividades (Muñoz et al, 2013; Sánchez, 2013; Aliaga y Schätzke, 2016).

También estaban la curtiduría y talabartería, que proveyeron lazos, aperos, ropas, monturas, entre otros fundamentales objetos que permitieron la ejecución de las labores de campesinos, arrieros y jinetes y complementaron sus austeras vida material (Plath, 1977). Otro importante producto típico confeccionado por los habitantes de Chimbarongo fue la chupalla (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Lacoste et al, 2017). No se trataba de un accesorio decorativo, sino de un artículo de primera necesidad para las labores al aire libre de los agricultores y arrieros, por lo que las destrezas de estos artesanos fueron pieza clave en el engranaje campesino de la zona.

Por otro lado, las vides introducidas por los españoles en el continente americano encontraron suelo fecundo en el Valle de Colchagua. Junto con ellas, trajeron los conocimientos asociados a su cultivo, los que se enriquecieron con la amplia sabiduría indígena sobre cultivo y riego. A partir de esta rica herencia, los campesinos de Chimbarongo desarrollaron la cultura del cuidado de la vid, gracias a la cual se destacó en la época colonial como una zona con clara vocación vitivinícola, la cual se ha proyectado hasta la actualidad a través de sus vinos de renombre (Muñoz, 2001; Lacoste et al, 2015; 2017).

Fue así como la viticultura se consolidó en la tierra de Chimbarongo y pasó a ser parte integrante de su paisaje cultural típico (UNESCO, 2004; Álvarez, 2011; Carta Iberoamericana del Paisaje Cultural, 2012). Además, repercutió en el desarrollo de otra importante actividad artesanal: el tejido del mimbre.

El histórico uso del mimbre en Chimbarongo

La práctica del tejido de fibras vegetales es de antiquísima data a nivel mundial. En América se destacan las técnicas desarrolladas por los pueblos precolombinos, que fueron empleadas en distintos utensilios domésticos y también en grandes construcciones. En Chile, en el asentamiento de Monte Verde cercano a Puerto Montt cuya antigüedad es de 18.500 años, se hallaron restos de elementos confeccionados con fibras vegetales, además de puentes colgantes de la misma materialidad sobre los ríos Aconcagua, Maipo y Mapocho (Castro et al, 2020). Esta misma tradición de puentes colgantes se expresó sobre el río Tinguiririca, ya que antiguamente para atravesar desde San Fernando se utilizaba un cesto que se deslizaba a través de una lienza que conectaba ambas riberas (Pequeño atlas ilustrado del río Tinguiririca, s/f; Lira, 2014).

Chimbarongo es la zona con mayor producción de mimbre (salix viminalis) del país.
Foto: Municipalidad de Chimbarongo.

Escultura del mimbrero en Plaza de Armas de Chimbarongo.
Foto: Agrupación Pasión de Artesanos.

En Chile la precolombina tradición de tejido en fibras vegetales, tales como maqui, boqui, palma y quilineja, encontró un aliado con la introducción que hicieron los españoles de la especie salix viminalis (INTEC-Chile, 2000; Caviedes et al, 2004; Aliaga y Schätzke, 2016; Lacoste et al, 2017). Este tipo de mimbre es el que se alojó en el paisaje de Chimbarongo y dio paso a la tradición de su tejido, cuyo primer registro escrito es de 1762 en la Estancia Chépica de Chimbarongo (Castro et al, 2020). De este modo, en el tejido del mimbre se manifiesta también el sincretismo cultural entre los mundos indígena y español, que a continuación se alojó y perfeccionó en la cultura mestiza de los chimbaronguinos.

Las técnicas del tejido del mimbre han sido traspasadas de generación en generación, lo que explica su permanencia en la cultura local y la efectividad de este mecanismo de traspaso del conocimiento (Artesanos y artesanas de Chimbarongo, 2014; Aliaga y Schätzke, 2016). Una teoría indica que el Convento Mercedario de San Juan Bautista estimuló la producción de los tejidos de mimbre, ya que generó un hábitat a su alrededor en donde se asentó la población que buscó su sustento a través de este tipo de oficios (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

La tradición de los productos de mimbre de Chimbarongo comenzó siendo utilitaria, es decir se trataba de utensilios para las labores diarias, como canastos de almacenaje y traslado de papas, pan, leña, ropa, huevos, mate, flores, o empolladoras, jaulas para pollos, harneros para limpiar semillas y legumbres, etcétera (Del Río y Tagle, 2001; Castro et al, 2020). La utilidad de los productos de mimbre se encuentra fuertemente vinculada a la viticultura de la zona, por cuanto las viñas y sus labores asociadas lo demandaban para las cosechas de uvas y para el encamisado o encanastillado de las chuicas y damajuanas en proporciones no despreciables (Caviedes et al, 2004; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Aliaga y Schätzke, 2016; Castro et al, 2020).

Posteriormente, a fines del siglo XIX y en el XX se industrializó la producción de mimbre en Chimbarongo, aunque su fabricación artesanal para uso cotidiano continuó en las esferas campesinas. En este contexto se fundó la Fabrica Nacional del Mueble del Mimbre en San Fernando, la que posteriormente desapareció, pero no así su tradición y conocimientos, ya que muchos artesanos se trasladaron hasta Chimbarongo al igual que los provenientes de Convento Viejo luego de la inundación del sector para la construcción del embalse.

La puesta en funcionamiento de la Ruta 5 Sur en 1970 permitió la visibilización de Chimbarongo como pueblo productor de mimbre, y a cuya vera se instalaron los puestos de los mimbreros. Fue un momento de auge para los productores de Chimbarongo, sumado a la disponibilidad de materia prima, créditos para los talleres artesanales y organización entre los artesanos (Casto et al, 2020). No obstante, la posterior implantación del modelo económico neoliberal ocasionó la desprotección del rubro, aunque la inventiva y perseverancia de estos hombres y mujeres les permitió sortear estas dificultades y reposicionarse en el presente de la mano de la innovación y el diseño, sin tranzar su identidad profunda. Con lo anterior, los artesanos de Chimbarongo se forjaron como guardianes de su ancestral tradición y épica histórica.

La identidad de Chimbarongo y su patrimonio cultural: tradiciones, fiestas, mitos y leyendas

La historia de la comuna de Chimbarongo evidencia el gran esfuerzo depositado por sus habitantes para domesticar y transformar este paisaje natural en su hogar. Esta capacidad e inventiva se refleja en la identidad de la comunidad y su rico patrimonio cultural.

El patrimonio cultural de Chimbarongo está compuesto por sus valiosos productos típicos, que son testimonios del esfuerzo campesino, así como por las expresiones inmateriales más íntimas y profundas de sus habitantes, tales como su religiosidad y folklore. La fe católica profesada por la mayoría de los chimbaronguinos es objeto central de diversas manifestaciones que reúnen a la comunidad.

La tradición del mimbre de Chimbarongo congrega a gran parte de su población en sus diferentes labores y etapas de fabricación. Foto: Municipalidad de Chimbarongo.

Virgen de La Merced de mimbre, Parroquia Nuestra Señora de La Merced. Foto: Municipalidad de Chimbarongo.

Parroquia San José de Chimbarongo. Foto: Municipalidad de Chimbarongo.

La historia religiosa de Chimbarongo se remonta a las importantes labores desempeñadas por los mercedario desde el siglo XVII, quienes implantaron en el sector la devoción por la Virgen de La Merced, cuya celebración congrega a los vecinos cada 24 de septiembre en torno a novenas, procesiones y una tradicional misa en su honor. Igualmente, en la zona se festeja a la Virgen del Carmen en el mes de octubre, instancia en que se destaca la identidad campesina de Chimbarongo, ya que son los huasos a caballo los que rinden honores a Virgen, convirtiéndose en todo un espectáculo para los visitantes (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Aliaga y Schätzke, 2016).

Respecto de la Iglesia de Chimbarongo, se reconoce la antigua data de su primera Capilla San José de Toro, de 1660, la cual fue reubicada en 1883 dentro de la Villa de Chimbarongo ante la petición de los vecinos que reclamaban mayor cercanía y accesibilidad. Fueron ellos quienes se organizaron para reunir fondos y concretar el tan anhelado traslado (Sánchez, 2013). Esta antigua iglesia sufrió los embates de terremotos y sismos que han obligado a su reconstrucción. Con todo, es una muestra del patrimonio arquitectónico de Chimbarongo, a través del cual se cuenta parte de la historia de la comuna.

Una importante expresión campesina que pervive en Chimbarongo es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural del país. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también existe el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones comunitarias, tales como bautizos, velorios, matrimonios o fiestas religiosas (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

La identidad chimbaronguina está marcada a fuego por la historia y resistencia de sus artesanos del mimbre, la cual le ha valido diversos reconocimientos al sector. En el 2007 Chimbarongo fue reconocida como "Capital del Mimbre", en el 2015 fue declarada "Ciudad Artesanal del Mundo" por el World Crafts Council y los mimbreros han recibido múltiples premios en certámenes internacionales (Lacoste et al, 2017; Castro et al, 2020). A partir del 2005 se lleva a cabo la "Expomimbre", que se convirtió en una verdadera fiesta costumbrista que congrega a múltiples exponentes de productos típicos y de la gastronomía local, la cual es amenizada con un atractivo show nocturno. La trascendental actividad mimbrera de Chimbarongo fue además postulada en enero del año 2020 al programa Sello de Origen del Instituto Nacional de Propiedad Industrial.

Otro aspecto central del patrimonio cultural inmaterial de una comunidad son sus mitos y leyendas. Algunas señalan que en el sector de Peor es Nada ocurren sucesos extraños, como la aparición de traviesos duendes y el infaltable Diablo. Se dice que en 1900 un coche sin conductor llegó a la casa de un acaudalado vecino para sellar un diabólico pacto. Cuando éste falleció fue imposible mover el féretro, hasta que llegó un cura a bendecirlo. Finalmente, pudieron subirlo al tren escoltado por dos trabajadores, quienes desconfiaron de un misterioso pasajero que miraba fijamente al ataúd hasta que descendió en otra estación. Cuando llegaron al destino final se percataron de que el féretro estaba muy liviano, por lo que decidieron abrirlo y comprobaron que el cuerpo no estaba, concluyendo que el Diablo había ido a cobrar el pacto tranzado en vida. Otra leyenda señala que en el fundo La Platina había una feroz cabra negra con ojos rojos que intimidaba a todos los vecinos. Un día un joven se ofreció a domarla, la montó y pronunció unas extrañas palabras, ante lo cual el animal echó fuego por los ojos y desapareció. Los vecinos indican que el joven era en realidad el Diablo (Vásquez et al, 2013).

Chimbarongo cuenta con un nutrido repertorio de tenebrosos personajes, como el "hombre chancho", a quien muchos aseguran haber visto en la pérgola de la Plaza de Armas en las noches de niebla; el "cura sin cabeza" que habría deambulado alrededor de la Parroquia San José; y la "llorona", cuyos lamentos se escuchaban por toda la

calle Pisagua. Otra historia cuenta que existió una prodigiosa siembra de mimbre en la zona La Turbina, la cual se debería al satánico rito que efectuaba su dueño, toda vez que esparcía sobre el mimbral tierra del cementerio. Una noche, fue sorprendido por uno de sus trabajadores, al cual dio cruel muerte, lo que le ocasionó la más absoluta pobreza hasta el fin de sus días (Lira, 2014).

También se cuenta que un afamado personaje habría merodeado la zona durante la efervescente época previa a la Independencia de Chile. Se trató de Manuel Rodríguez, de quien muchos destacan su especial cercanía con la zona de Colchagua (Guajardo, 2010). Precisamente una de las audacias del connotado guerrillero habría ocurrido en el Convento de los Mercedarios de Chimbarongo, cuando un grupo de soldados realistas que lo perseguía llegó a las puertas del convento para consultar por su presencia. En ese momento, un anciano fraile los atendió y guío por todo el establecimiento con vela en mano, para que comprobaran con sus propios ojos que el fugitivo no estaba allí. No obstante, el anciano fraile escondía una particular sorpresa, ya que en realidad se trataba del mismísimo Manuel Rodríguez disfrazado (Rojas, 1953; Balbontín, 1963).

Expositores de mimbre y show nocturno Expomimbre. Foto: Municipalidad de Chimbarongo.

BIBLIOGRAFÍA

Aliaga, P. y Schätzke, R. (2016). Relatos sobre la práctica del tejido en mimbre en Chimbarongo. Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Álvarez, L. (2011). "La Categoría de Paisaje Cultural". Revista de Antropología Iberoamericana, 6.

Artesanos y artesanas de Chimbarongo. Catálogo de artesanías de mimbre de la comuna de Chimbarongo. (2014). Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Balbontín, M. (1963). Epopeya de los Húsares. Chile, Orbe.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile. LOM Ediciones.

Carta Iberoamericana del Paisaje Cultural. Cartagena de Indias. (2012). Recuperado de: http://ipce.mcu.es/pdfs/carta-iberoamericana-del-paisaje.pdf

Castro, A., Lacoste, P., Mujica, F. (2020). "Origen y evolución del mimbre de Chimbarongo (1762 – 2017)". Estudios atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas, 64: 127-151.

Caviedes, H., Armijo, G., Rocha, R. (2004). "La artesanía del mimbre de Chimbarongo y su impacto espacial en la VI Región". Anales de la Sociedad Chilena de Ciencias Geográficas.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Del Río, C., Tagle, B. (2001). Región de O'Higgins. Breve relación del patrimonio natural y cultural. Rancagua, Chile, Corporación de Desarrollo Pro O'Higgins.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Guajardo, E. (2010). Manuel Rodríguez historia y leyenda. Chile, RIL Editores.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". En: Ciencias e Investigación, vol. 21 (9). Buenos Aires.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile. Editorial Bicentenario.

INTEC-Chile. (2000). Manual proceso de industrialización y comercialización del mimbre. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J., Castro, A. (2015). "Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777". UNIVERSUM, 30 (2): 105-127.

Lira, H. (2014). Cosas y casos de Chimbarongo. La ciudad pequeña más grande de Chile. Chile, DIBAM.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile.

Muñoz, J. (2001). "Las viñas y el vino en Colchagua en el siglo XVII". Boletín de la Academia Chilena de la Historia, 110: 165-204. Chile.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J., Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788. Chile.

Pequeño atlas ilustrado del río Tinguiririca. (s/f).

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas". Atenea, 436: 169-237.

Rojas, E. (1953). Manuel Rodríguez. Santiago de Chile.

Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sánchez, M. (2013). "De San José de Toro a Chimbarongo, una historia parroquial (1663-1992)". Espacio Regional, 1(10): 13-30.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

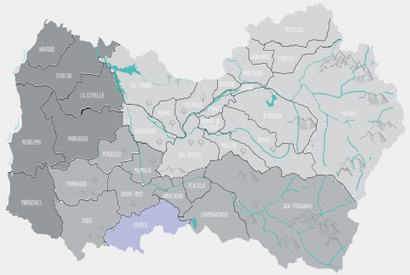
Soto, H. 1971. Historia de la Villa de Chimbarongo. Chile, Imprenta Morales.

UNESCO (2004). Gestión de Paisajes Culturales. Programa de Desarrollo de Capacidades para el Caribe.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Valenzuela, R. (1976). La Doctrina de San José de Toro en el siglo XVII. La parroquia de Chimbarongo, una parroquia rural. Revista de Estudios Históricos, Apartado del N° 21, Santiago de Chile.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.



CHÉPICA

Huellas de sus primeros habitantes y toponimia

En la comuna de Chépica se han encontrado diferentes huellas que son testimonios de la presencia de sus primeros habitantes. Un ejemplo de esto son algunas piedras de las cuales no existe consenso sobre su utilidad original, por lo que existen distintas teorías que apuntan a usos rituales o como morteros comunitarios de granos (Sociedad Chilena de Arqueología y Centro de Estudios Humanos y Patrimoniales – Arqueólogos, 2017).

Aunque el Imperio Inca no se extendió formalmente sobre las tierras de la actual comuna de Chépica, sí permeó significativamente su cultura local a través de sus magníficos conocimientos y aportes. En este sentido hay quienes sugieren que las pircas encontradas en sectores como Lima y La Candelaria podrían ser parte de las herencias incaicas,

al igual que la tradición alfarera de Lima y de textilería de La Candelaria y Rinconada (Valle, 1999; Fontecilla y Pizarro, s/f). Con todas estas valiosas contribuciones los incas sellaron su impronta en la cultura local de Chépica, la cual profesa un profundo amor y cuidado por la tierra y su cultura de trabajo, de la cual surgieron importantes productos típicos que son reflejo de su identidad campesina.

El nombre de la comuna proviene de la lengua de aquellos primeros habitantes indígenas. Desde el mapudungún podría interpretarse como "maleza", "hierba" o "plantas gramíneas" (Lenz, 1905-1910; González, 1941; Valle, 1999; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Ministerio de Bienes Nacionales, 2014). Este nombre habría sido otorgado al sector propiamente tal y luego se traspasó a las distintas unidades territoriales que allí se conformaron, como haciendas y el poblado.

Surgimiento del poblado de Chépica

Uno de los cambios que trajo aparejado el asentamiento español en Chile fue en la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Los hispanos, luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de repartición de tierras y las encomiendas indígenas como vías de reconocimiento y pago a los conquistadores por los servicios prestados a la corona. Precisamente desde el siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles. Tal fue el caso del Maestre de Campo don Juan Rodulfo Lisperguer, quien recibió en 1639 las tierras que conformarían la Hacienda La Candelaria, entre los ríos Chimbarongo y Teno.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Hardoy, 1965; Góngora, 1970). Además, de este modo aseguraban la disponibilidad de mano de obra y controlaban a la población nativa. Así fue como los territorios que hoy componen la comuna de Chépica vivieron múltiples divisiones y reparticiones, a partir de las cuales surgieron haciendas, fundos y estancias como La Candelaria, Los Culenes, San Antonio, Traiguén, Almendral, Pocillos, Sapal, Las Palmas y Santa Rosa, por ejemplo (Guevara, 1997; Fontecilla y Pizarro, s/f).

Especialmente en el Valle Central de Chile, a raíz de todas las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción. El modelo de hacienda chilena tuvo un orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. Los propietarios, pertenecientes a la aristocracia chilena, utilizaban sus propiedades como trampolín para alcanzar las altas esferas políticas o tenían familiares que se desenvolvían en aquel ambiente (Lacoste et al, 2017). En la comuna de Chépica existió la Hacienda Chépica, por ejemplo, en cuyos extensivos terrenos se llevaron adelante variadas actividades productivas, ya que solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba, en todo caso, en el hábil trabajo

Plaza de Armas de Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

de los campesinos (Bengoa, 2015). Ellos desarrollaron las destrezas necesarias para sostener la vida en aquellos campos, para lo cual necesitaban alimentos, herramientas, viviendas y ropas.

El inicio del poblamiento de la actual zona de Chépica es muy antiguo. Primero fueron los picunches quienes habitaron la zona y valoraron la fertilidad de este valle, la protección de sus cerros y la utilidad de sus riachuelos. Algunos sostienen que por esta zona pasó un ramal de la red caminera creada por los incas y que, por aquella época, al alero de este camino se formaron algunos caseríos (Montecinos, 1981). Si bien la autoría de la ruta no es del todo clara, Chépica efectivamente se ubica al costado del camino que desde antaño unía a Chimbarongo con la costa (Ministerio de Bienes Nacionales, 2014). A continuación, bajo el radio de influencia de las haciendas y fundos que se formaron en el sector -especialmente la Hacienda Chépica- se consolidó el villorrio de Chépica, que en todo caso no tenía un ordenamiento rígido al estilo "tablero de damero", sino que eran irregulares hileras de casas separadas por caminos de tierra (Guevara, 1997; Valle, 1999; Fontecilla y Pizarro, s/f).

En 1875 el Presidente Federico Errázuriz Zañartu nombró a Chépica oficialmente como Villa. En ese entonces, este sector ya se perfilaba como un importante punto comercial, que permitía el abastecimiento de la costa y el intercambio de sus productos locales (Montecinos, 1981). En medio de este auspicioso escenario los chepicanos tomaron con entusiasmo los rumores de la probable llegada del tren a sus tierras, proyecto que contó con el apoyo de la clase dirigente que poseía haciendas en el Valle Central y que veía con especial interés la utilidad del ferrocarril para sus terruños, ya que facilitaría la salida de sus productos y el arribo de los necesarios para la producción interna.

Aislamiento y dificultades naturales: arrieros y carreteros

Si bien la llegada del tren a Chépica hubiese resuelto su histórico problema de conectividad con el resto del país, esto nunca llegó a concretarse. En cambio, prevaleció el relativo aislamiento impuesto por la Cordillera de la Costa, sus desniveles y quebradas, además de los ríos que anegaban los campos en épocas lluviosas.

Durante la época colonial e inicios de la República la red caminera en Chile era bastante precaria, ya que los caminos existentes solían estar en malas condiciones y muchos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas. Lo que predominaba eran los caminos de herradura, es decir, que sólo podían ser surcados por hábiles jinetes sobre el lomo de caballos y mulas. En ese escenario el arriero fue el protagonista encargado de las comunicaciones y el comercio, ya que sobre sus animales salían los productos típicos locales para ser comercializados en centros de interés como Santiago y Valparaíso, y luego se devolvían hacia los campos de Chépica cargados con aquellos productos que allí no se elaboraban (Lacoste et al, 2017).

Al trabajo de los arrieros se sumaban los carreteros y sus yuntas de bueyes, siempre y cuando existieran rutas que les permitieran la circulación, las que en todo caso eran muy escasas (Aguilera, 2013). Otros obstáculos para el transporte eran los problemas asociados al bandidaje, los robos y los cobros de peajes no autorizados. Además, la reparación de los caminos implicaba altos costos que no fueron totalmente asumidos por las arcas fiscales, por lo que en el Valle de Colchagua se implementó un sistema mixto de financiamiento, mediante el cual los recursos públicos se complementaban con los aportes de los vecinos. Precisamente los pequeños y medianos campesinos asumieron esta tarea a pesar de su inferior poder adquisitivo, puesto que comprendieron que estas obras iban en directo beneficio de su comunidad. Así, el poder rural personificado en la cooperación de los pequeños campesinos fue fundamental para sobreponerse a las dificultades de conexión de la zona (Cáceres, 2007).

El relativo aislamiento de Chépica y sus comunas vecinas fue superado, en gran medida, por el esfuerzo y experiencia de los arrieros que actuaron como comerciantes, comunicadores e incluso embajadores de los productos típicos campesinos (Lacoste et al, 2017). Empero, estas dificultades naturales sirvieron como estímulo para los chepicanos, quienes conjugaron sus necesidades, ingenio y la gran canti-

dad de conocimientos heredados de sus ancestros, con lo cual dieron vida a productos de gran valor y utilidad. Por esto, la valoración de la vida de los campesinos del Valle Central debe relativizarse ya que, si bien su vida material podía ser austera, ellos guardaban una enorme riqueza de destrezas, conocimientos y resiliencias depositados en cada uno de los productos típicos que crearon.

Productos típicos de Chépica: trabajo de talabarteros, herreros, tejedoras, campesinos, viticultores, alfareros

Los arrieros y campesinos de Chépica estimularon el desarrollo de otras actividades locales, como las de los herreros y talabarteros, ya que demandaban aperos de buena calidad para labrar la tierra y también recorrerla transportando cargas. De este modo surgieron en la zona talabarterías y herrerías que abastecían de monturas, amarras, alforjas, espuelas, frenos y demás herramientas imprescindibles para el trabajo campesino. De renombre fueron los aperos confeccionados en sectores como La Ruda y La Candelaria (Valle, 1999; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Por su parte, las hábiles tejedoras asumieron la importante misión de elaborar en sus añosos telares mantas, ponchos, chamantos y demás prendas que ayudaran a capear el frío y la lluvia durante las extenuantes jornadas de trabajo en el campo (Valle, 1999; Plath, 1977; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). De este modo en la zona de La Candelaria y Rinconada se consagró la ancestral tradición del tejido a telar, por la que fluyen conocimientos acumulados desde épocas prehispánicas.

Por otro lado, los campesinos de Chépica también aplicaron sus ancestrales saberes sobre la tierra para hacer brotar de ella granos, hortalizas y frutas. Precisamente el maíz fue uno de sus productos estrella (Fontecilla y Pizarro, s/f). Gracias al esfuerzo conjunto de todos los campesinos de estos valles, Chile consiguió ser el principal productor de trigo del Cono Sur durante la época colonial, tanto para el consumo interno como para la exportación (Lacoste et al, 2017). Históricamente los campos de Chépica han brindado gran variedad de alimentos, como el arroz, maíz, porotos, papas y, actualmente, las cebollas.

Arriero Los Canelos, Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Campo de cebollas en Chépica.
Fotos: Municipalidad de Chépica.

La construcción de la comuna de Chépica es resultado de un arduo y extenso proceso que desde tiempos remotos llevaron adelante muchos hombres y mujeres con gran esfuerzo e ingenio.

Tejedoras de Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Junto a todo lo anterior, el campesino de Chépica desarrolló con gran esfuerzo la cultura de la vid. Estas plantas traídas por los españoles encontraron en el Valle de Colchagua el escenario propicio para su desarrollo y con ellas los campesinos dieron vida a productos típicos de gran valor e identidad, como el chacolí y el vino. Ambos productos emblemáticos del mundo campesino son testimonio del sacrificio, esfuerzo y paciencia de aquellos hombres y mujeres que incorporaron a las vides en su paisaje típico.

La historia del chacolí se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena, que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central (Lacoste et al, 2017). Este vino es la estrella en momentos de celebraciones, como el fin de la cosecha, carnavales y Fiestas Patrias (Lacoste et al, 2015). Gracias a las fuentes orales se sabe que los campesinos viticultores de Chépica elaboraron este producto típico en estrecho vínculo con su entorno natural.

En la comuna, la cultura vitivinícola se fusionó totalmente con la vida cotidiana del campesino, no pudieron establecerse una clara separación entre ambos. Los utensilios necesarios para la elaboración del vino eran parte de la cotidianeidad del viticultor, por lo que es frecuente encontrar en testamentos e inventarios coloniales registros de tinajas de greda empleadas en la fermentación del mosto. Igualmente, en dichos documentos se constata la elaboración temprana de vinos aliñados, que dan cuenta del esfuerzo de los campesinos de Chépica por mejorar la calidad y precios de sus brebajes mediante la añadidura de condimentos (Lacoste et al, 2017).

Otro estimado fruto de la tierra de Chépica, puntualmente del sector La Mina, fue la frutilla. El sector recibe este nombre porque antiguamente tenía la forma de un socavón, ya que era una calle sin salida con árboles a su alrededor que simulaban una mina. Las frutillas que los campesinos extraían de esta zona consiguieron gran fama y prestigio, por lo que fueron exitosamente comercializadas en Santiago, hasta donde llegaban cargadas en tren (González, 1941; Fontecilla y Pizarro, s/f).

El trabajo ganadero fue otra importante actividad desplegada por el campesino de Chépica. En testamentos e inventarios de la época colonial se coteja la preponderante presencia de ganado mayor y menor en la zona. Estos animales sirvieron principalmente como unidades de medida, reserva de valor y como medios de intercambio. Precisamente en 1639 las estancias La Encarnación de Nancagua y de Chépica se pagaron con 115 cabras, 100 vacas y 400 ovejas (Lacoste et al, 2017). A continuación, en el proceso de Independencia de Chile, la Región de O'Higgins recibió un importante influjo de ovejas producto del estratégico llamado que hizo el Director Supremo Bernardo O'Higgins en 1818. En aquella oportunidad solicitó a los habitantes de la Provincia de Concepción que quemaran sus casas y huertos y abandonaran la zona, para de este modo desabastecer al ejército realista que se reorganizaba para contraatacar desde el sur. Aproximadamente 50.000 patriotas respondieron a ese complejo llamado, sobrepusieron los intereses del proyecto libertario

y cruzaron hacia el norte del río Maule, sin mayores posesiones que lo puesto y sus ovejas (Lacoste et al, 2017). De este modo aquellos campesinos patriotas se convirtieron en héroes civiles de la Independencia de Chile, acompañados de sus animales con los que se asentaron en la zona centro del país, convirtiéndose muchos de ellos en ovejeros.

Por otro lado, la alfarería prehispánica también enterró profundas raíces en Chépica (Dannemann, 1998; Valle, 1999; Fontecilla y Pizarro, s/f). El connotado folclorólogo Oreste Plath detectó en el sector de Lima la tradición de la alfarería utilitaria de color predominantemente rojo. Allí comprobó la presencia de piezas como jarros, botellas y botijos con asas (Plath, 1977). El aprovechamiento del barro en utensilios e incluso en las viviendas es parte del patrimonio de Chépica, cuyos habitantes supieron valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Los mismos campesinos también desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial.

La vida en la zona de Chépica debió ser conquistada por sus habitantes de manera gradual y trabajosamente. Para esto, establecieron un pacto con la naturaleza a partir del cual obtuvieron alimentos y cobijo. Por su parte, para dar solución a sus necesidades cotidianas, crearon un conjunto de valiosos productos típicos. Todo lo anterior refleja la esforzada empresa encumbrada por estos campesinos, que dio como resultado la creación de la comuna de Chépica.

Chépica y su vida campesina: tradiciones, creencias y celebraciones

El valioso patrimonio cultural de Chépica está conformado por las distintas expresiones y prácticas campesinas de sus habitantes. Si bien la mayoría de estas tradiciones no son exclusivas de la zona de Chépica, reflejan su estilo de vida primigenio y cuyas huellas se niegan a desaparecer.

Algunas de estas prácticas son el rodeo, la trilla a yegua suelta, la esquila, las domaduras, la vendimia, las carreras a la chilena y de perros galgos. Respecto de la trilla, en ella convergen elementos de suma importancia para Chépica, como lo son el trigo, los caballos y su gastronomía típica. Antiguamente la trilla a yegua suelta era una instancia de reunión social, en la cual los campesinos se unían para realizar la separación de los granos de trigo de la paja, ayudados por sus caballos. Si bien es cierto que en las haciendas se operaba bajo el mandato de un patrón, la dinámica de las labores y el conjunto de rituales que allí se realizaban tenían un espíritu y carácter que omitían las diferencias socioeconómicas o de clase, puesto que son patrimonio transversal del mundo campesino. La trilla surgió a partir de una necesidad -obtener el grano- que encontró su solución en el trabajo solidario y comunitario.

En el transcurso de esta enorme empresa campesinos, talabarteros, herreros, tejedoras, alfareros, arrieros, viticultores, entre muchos otros participantes, dieron vida a productos típicos que son reflejo de la identidad y cultura de trabajo de sus creadores. Todos ellos legaron a sus descendientes un valioso conjunto de tradiciones y saberes que hoy conforman el patrimonio cultural chepicano.

Trilla a yegua suelta en Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Paisaje Candelaria 3.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Iglesia San Antonio de Padua de Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

La trilla a yegua suelta se realizaba en verano y tiene un marcado carácter de fiesta a pesar de lo arduo del trabajo. Se congregaban cantores populares con sus guitarras para animar la jornada y, en atención al desgaste de las labores, la alimentación era un aspecto de suma importancia, por lo que se realizaban platos comunitarios para reponer fuerzas, como por ejemplo las tradicionales cazuelas, albóndigas, empanadas y asados. Si bien en la actualidad las máquinas reemplazaron al hombre y sus caballos en las tareas de la trilla, en el cruce Los Amarillos de La Candelaria 3 continúa la celebración de la tradicional trilla a yegua suelta, la cual se acompaña con muestras gastronómicas, bailes y juegos artesanales (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Fontecilla y Pizarro, s/f).

Otra instancia de reunión y encuentro campesino se da en torno a la matanza de un animal. El faenamiento del chancho, por ejemplo, es un verdadero ritual comunitario, en el cual se comparten las faenas de matanza y posteriores preparaciones de los alimentos, todo esto con un tinte de festividad. A diferencia de la trilla, la matanza del chancho se realiza en invierno, cuando el animal engordó desde el verano y suele coincidir con la celebración de la Virgen del Carmen, el 16 de julio, día en que se festeja ese onomástico. De la matanza del chancho se obtienen múltiples subproductos, como el queso de cabeza, longanizas, embutidos, arrollados, prietas, chicharrones y la manteca que es utilizada como base en casi todas las preparaciones, por lo que su abastecimiento para todo el año es muy importante. Como la tradición indica, estos alimentos son compartidos entre los participantes y familiares de los patrocinantes. Igualmente, de la otoñal matanza de las vacas engordadas en primavera y verano, se consigue el cuero con el cual se fabrican importantes elementos, como las cuerdas, lazos y coyundas para enyugar los bueyes a las carretas.

Los chepicanos profesan un profundo respeto por sus creencias, especialmente por la religión católica. La historia de la iglesia de Chépica se remonta a 1824 cuando estaba instalada en la Estancia San Antonio. En atención a la gran cantidad de personas que vivían en los alrededores de la Estancia Chépica, se hacía necesario contar con un templo en dicho lugar. Por lo anterior, en 1860 los propie-

tarios de los terrenos de Chépica donaron algunas cuadras para la construcción de una nueva iglesia. Finalmente, en 1875 se ejecutó el traslado de la sede parroquial, con lo cual el poblado contó definitivamente con la Iglesia de San Antonio de Padua de Chépica, la cual ha sufrido los embates de sismos y terremotos que obligaron reparaciones y reconstrucciones (Mujica, 1943; Valle, 1999; Ministerio de Bienes Nacionales, 2014; Fontecilla y Pizarro, s/f).

San Antonio de Padua es el patrono de la comuna, por lo que cada 13 de junio se celebra la fiesta en su honor. Hace algunos años realizan la peregrinación de su imagen por las distintas comunidades que forman parte de la parroquia, para lo cual los vecinos decoran y organizan recibimientos. Aquel día se lleva adelante la Ceremonia del Pan, que consiste en que los vecinos llevan un pan sin sal y sin levadura para ser bendecido y luego esparcido en el campo para así asegurar una buena cosecha (Mujica, 1943; Valle, 1999).

Los chepicanos también han dado vida a una particular conjugación entre su fe católica y el folclore, a través del Canto a lo Divino, cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Por otro lado existe el Canto a la Humano, cuyas temáticas son de aspectos cotidianos y festivos. Todas estas expresiones folclóricas son tipos de Canto a lo Poeta, una de las tradiciones chilenas más antiguas con más de 400 años. Ambas tienen escenario en las distintas celebraciones y encuentros comunales que se realizan en Chépica durante el año. Además, dos de sus exponentes han brindado a la comuna el gran orgullo de ser reconocidos como Tesoros Humanos Vivos por parte del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

En el mes de enero Chépica realiza su famosa "Semana Chepicana", jornada en que la comunidad se reúne para festejar el aniversario de la comuna. En dicha instancia los vecinos exponen a los visitantes lo mejor de su comuna, a través de sus productos típicos, artesanía, gastronomía local y distintos shows artísticos.

Tour de carretones en Fiestas Patrias, Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Esquila tradicional en Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Almácigo de plantas Chépica.
Foto: Municipalidad de Chépica.

Otro momento de celebración que congrega a los chepicanos es el 18 de septiembre. Desde antaño en el cerro Lima se desarrollan las tradicionales ramadas, acompañadas de música y gastronomía local. Por otro lado, el tercer sábado de noviembre, en el sector de Pampa de Lima se realiza la "Fiesta de la Esquila", celebración que conmemora esta ancestral actividad campesina que tiene como protagonista a las ovejas. En esta jornada igualmente se exhibe a los visitantes la producción local artesanal y gastronómica (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016).

El paisaje natural de la comuna de Chépica es otro eslabón de su patrimonio. Un importante ejemplo de esto es Almácigo Las Palmas, que hoy es el centro de conservación de palmas chilenas más austral del mundo. Estos árboles fueron muy abundantes en los paisajes tradicionales del Chile prehispánico y colonial. Con la llegada de los españoles las palmas chilenas comenzaron a ser taladas indiscriminadamente para conseguir la miel, con lo cual se amenazó de manera grave su existencia. Este refugio ubicado en Chépica da cuenta de que la conservación de lo tradicional es una empresa posible y necesaria.

Mitos y leyendas en Chépica

Como buen exponente del campo chileno, Chépica tiene un rico conjunto de mitos y leyendas que permanecen vivos gracias a la transmisión de generación en generación. Varias de esas leyendas tienen lugar en el sector conocido como El Almendral, donde se asegura que existió un cementerio indígena. Una de aquellas historias se emplaza en el Rincón de las Cenizas, donde habría existido una casa embrujada en la que ocurrían sucesos inexplicables, como el incendio repentino de cosas, ruidos extraños a toda hora y gallinas descabezadas que corrían por el patio (Vásquez et al, 2013). En la misma zona de El Almendral hay un lugar denominado el Monte de la Viuda, donde cuentan que el espectro de una mujer se aparecía frente a los jinetes para luego subirse a las ancas del animal (Valle, 1999; Fontecilla y Pizarro, s/f).

Existe también un romántico relato campesino que explica el origen del nombre de la comuna. Cuenta que los picunches tenían un fuerte mocetón como líder, de nombre Ca, quien estaba enamorado de la bella nativa Chepi. Ambos fueron sorprendidos por los incas invasores, quienes capturaron a Chepi para llevarla hacia Perú. Una noche Chepi logró huir de sus captores y se fugó con Ca. Juntos se internaron en el bosque donde imploraron a la diosa de la tierra que les permitiera arraigarse para siempre en el suelo que los vio nacer. La diosa escuchó sus plegarias y fundió los cuerpos de los jóvenes que fueron consumidos por la tierra, donde brotó un hermoso y tupido pasto que proliferó veloz y cubrió toda la comarca que fue conocida con el nombre de ambos: Chépica (Valle, 1999).

Por otro lado, también existen trágicos relatos, como el de la joven novia que hace varios años atrás se dirigía hacia Chépica para casarse. Lamentablemente, en el sector de Las Pircas desbarrancó su caballo y falleció. Algunos vecinos cuentan que a veces se escucha el galope del caballo y la estridente risa de la

joven, mientras que otros aseguran que aún se aparece para invitar a su matrimonio (Vásquez et al, 2013). En el antiguo camino entre Chépica y Santa Cruz, en el estero Lima, indican que solía bañarse una joven que fue fatalmente atacada por un grupo de hombres que la ultrajó y luego asesinó. Los lugareños advierten que si alguien logra ver a la joven reposar sobre la Piedra de la Campana y escucha el sonido de una campana, es la advertencia de que le queda sólo un año de vida (Vásquez et al, 2013).

Otro suceso paranormal habría acontecido en el sector de la cuesta El Peral. Señalan que allí existe una laguna encantada, donde viviría un carnero que en realidad sería un huallepén, animal anfibio con cabeza de ternero y cuerpo de oveja que durante las noches de luna llena sale a preñar a las ovejas de los campesinos y de cuya cruza nacen crías deformes y mutiladas. Los lugareños cansados de esta situación fabricaron una trampa y lograron atraparlo, pero el animal los arrastró hasta la laguna y desde ese día no se ha vuelto a ver. En el mismo lugar se escondería un trapiche de oro, cuya ubicación exacta sólo los picunches conocían. Se relata que un día unos españoles quisieron robar el oro a los indígenas, pero éstos lograron ocultarlo en los cerros de Rinconada de Navarro. Como los hispanos no consiguieron obtener la información sobre la ubicación exacta del botín, los nativos fueron torturados hasta morir. Indican que en el lugar del entierro creció un hermoso peral de color dorado, pero que el tesoro jamás pudo ser desenterrado (Valle, 1999; Vásquez et al, 2013).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Dannemann, M. (1998). Enciclopedia del folclore de Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Fontecilla, P., Pizarro, S. (s/f). Eran otros tiempos. Investigación histórica y cultural de Chépica. Chile.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del centro de Chile. Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

González, R. (1941). Chépica aldea de nombres propios. Santiago. Talleres Gráficos El Chileno.

Guevara, T. (1997). Historia de Curicó. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Hardoy, J. (1965). "La influencia del urbanismo indígena en la localización de ciudades coloniales". Ciencias e Investigación, Vol. 21 (9).

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2014). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Briones, F., Cussen, F., Soto, N., Rendón, B., Mujica, F., Aguilera, P., Cofré, C., Núñez, E., Adunka, M. (2015). Vinos típicos de Chile: ascenso y declinación del chacolí (1810-2015). Idesia (Arica), 33(3): 97-108.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Lenz, R. (1905-1910). Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas. Santiago, Imprenta Cervantes.

Montecinos, H. (1981). Chépica y pueblos de Colchagua. Seminario Departamento de Historia de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad de Chile.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile, Imprenta La Prensa.

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas". Atenea, 436: 169-237.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

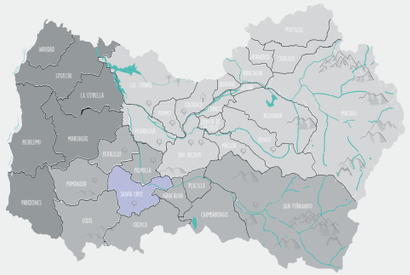
Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Sociedad Chilena de Arqueología y Centro de Estudios Humanos y Patrimoniales – Arqueólogos (Eds.). (2017). Actualizaciones en el estudio de piedras tácitas: nuevas perspectivas. Volumen 6 de serie monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología. Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales. (2014). Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua. Rutas Patrimoniales. Chile.

Valle, M. (1999). Raíces chepicanas. Santiago de Chile, Impresos Universitaria S.A.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.



SANTA CRUZ

La espontánea conformación de Santa Cruz de Unco y de Colchagua: encomiendas y haciendas

La conformación de la actual comuna de Santa Cruz es bastante particular, ya que a través de ella se pueden seguir fenómenos insignes de la época colonial. Primeramente, a inicios del siglo XVII el Gobernador de Chile Luis Fernández de Córdoba y Arce intentó fundar la primera ciudad del Corregimiento, muy probablemente en las tierras que hoy pertenecen a Santa Cruz. No obstante, los intereses de la Corona no estaban puestos en este tipo de empresas ya que la prioridad se concentraba en temas de poder y seguridad, como por ejemplo la denominada Guerra de Arauco y las amenazas de ultramar. Por tal motivo, la fundación fue cancelada por cédula real emitida por el Rey de España (Lacoste et al, 2017).

No obstante, la enorme fuerza de la costumbre y la paulatina cotidianeidad lograron congregar a algunas personas en torno a una cruz de madera que se alzó en la intersección de los caminos de la costa, la cual era utilizada por los viajeros y arrieros para descansar y rezar. Posteriormente, allí se ubicaron algunos negocios para abastecer a este público y el asentamiento fue adquiriendo notoriedad y movimiento. Todo lo anterior demuestra que la formación de Santa Cruz fue espontánea, es decir, no respondió a una fundación formal (León, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Ministerio de Bienes Nacionales, s/f; Pequeño atlas ilustrado del río Tinguiririca, s/f). De acuerdo con los relatos difundidos, el nombre de Santa Cruz se debe a la instalación de ésta y se precisa que inicialmente era llamada Santa Cruz de "Unco", palabra de origen indígena que significaría "amparo" y que luego sería reemplazada por la de Colchagua (Solano, 1867).

Por su parte el asentamiento de los españoles en Chile produjo múltiples cambios, por ejemplo, en la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de mercedes de tierras y las encomiendas indígenas a modo de reconocimiento y pago a los conquistadores. Precisamente a contar del siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

En el sector de Santa Cruz existieron encomiendas y haciendas de gran renombre y extensión. Precisamente la actual comuna se emplaza sobre las antiguas haciendas de Santa Cruz, Chomedahue, La Patagua, Paniahue y Barriales. De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Góngora, 1970). A raíz de las nuevas interacciones entre ambos grupos, en Chile y especialmente en el Valle Central surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, los que se sostuvieron en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo.

El modelo de hacienda chilena tuvo un orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. Los propietarios, pertenecientes a la aristocracia chilena, utilizaban sus propiedades como trampolín para alcanzar las altas esferas políticas o tenían familiares que se desenvolvían en aquel ambiente (Lacoste et al, 2017). Es más, se ha dicho que Santa Cruz fue el "riñón de la oligarquía", ya que allí se habrían ubicado los fundos más destacados y tradicionales de las grandes fortunas de Chile, por lo que sería un bastión del poder oligárquico (Bengoa, 1990).

La comuna de Santa Cruz ha conseguido salir al mundo con su identidad particular. Ésta cuenta la historia de campesinos, agricultores, fruticultores, viticultores, ganaderos y artesanos que consiguieron abrirse un lugar en estos paisajes y transformarlos en su hogar. La historia que estos personajes construyeron en el Valle de Colchagua es la carta de presentación y orgullo de los santacruzanos, la cual debe ser preservada y fortalecida sin transar sus raíces.

Comuna de Santa Cruz, Provincia de Colchagua.
Foto: Municipalidad de Santa Cruz

Estación Santa Cruz, Ruta del Vino.
Foto: Juan Cornejo Acuña www.amigosdeltren.cl

En los extensivos terrenos de estas haciendas y fundos se llevaron adelante variadas actividades productivas, ya que los campos solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba, en todo caso, en el hábil trabajo de los campesinos (Bengoa, 2015). Ellos consiguieron desarrollar las destrezas necesarias para sostener sus vida en aquellos paisajes, por lo cual es posible interpretar que fue el campesinado el que hizo posible, en gran medida, la existencia de aquellos fundos y haciendas en torno a los cuales se comenzó a gestar la historia de la comuna de Santa Cruz.

Conectividad de Santa Cruz: arrieros y ferrocarril

La historia del Valle Central no estuvo exenta de dificultades, algunas de las cuales fueron propiciadas por su misma naturaleza. Por ejemplo, la Cordillera de la Costa y de Los Andes fueron dos bastiones muchas veces infranqueables que impedían las comunicaciones o el tránsito fluido durante ciertas estaciones del año, al igual que las quebradas, ríos y los temporales que provocaban anegamientos. Estas condiciones afectaron a muchos sectores de la actual Región de O'Higgins, a las cuales se sumó la ausencia de una red de transportes eficiente y de calidad. Durante la época colonial e inicios de la República en Chile prácticamente no existían carreteras, o las que habían eran de pésima calidad, en cambio abundaron los caminos de herradura, es decir, que sólo podían ser surcados por hábiles jinetes. Con todo, muchas veces éstos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas (Aguilera, 2013; Lacoste et al, 2017).

En este complejo escenario el arriero representó la solución, por cuanto permitió el comercio, conectividad y comunicaciones, facilitando la incorporación de las comunidades interiores en la vida económica de Chile. Con todo, Santa Cruz detentó una ubicación privilegiada en relación con otros poblados perjudicados por el aislamiento. Los arrieros eran los encargados de trasladar los productos

típicos elaborados en los campos de la zona hacia sectores demandantes y proveer de aquellos que no se confeccionaban de manera local. Un ejemplo lo representaron los vinos, que en el temprano siglo XVII llegaban a la costa gracias a estos transportistas. Igualmente, los arrieros llevaban y traían noticias, por lo cual representaron un canal de comunicaciones popular (Lacoste et al, 2017).

Los arrieros fueron verdaderos dinamizadores de la economía local. Ellos dieron vida a las rutas existentes, como el Camino Real del Centro que pasaba por Santa Cruz. Por lo anterior también es viable interpretar que la fundación de la comuna respondió a la necesidad de formalizar la ruta por donde transitaban los arrieros (Lacoste et al, 2017).

Posteriormente, el Estado emprendió uno de sus proyectos de más alto impacto, como lo fue la red sur de ferrocarril, que buscaba hacer más eficientes los traslados y con el cual mejoró la conectividad y el flujo de las mercancías, todo esto financiado con las arcas fiscales engrosadas por el auge salitrero. Fue así como el ferrocarril llegó a la zona de Santa Cruz a inicios de la década de 1870. En ese momento se extendió el ramal desde San Fernando con destino a Pichilemu, ansiado proyecto que tomó algunos años más en concretarse. En un inicio Santa Cruz no contó con una estación propia, no obstante, por presión de los vecinos se instaló un paradero que concentró un alto tráfico de pasajeros y cargas. La estación primeramente se denominó Las Trancas, luego Paniahue, para finalmente ser conocida como Santa Cruz. A esta estación llegaba salitre y se cargaban principalmente productos agrícolas y ganados (León, 1996; 2008).

Gracias a la llegada del ferrocarril las familias del sector pudieron viajar hacia San Fernando y Santiago en búsqueda de provisiones, servicios médicos o educación. También permitía los viajes hacia el mar de Pichilemu en el denominado "tren excursionista". En todo lo anterior se reafirma el fuerte sentido social y democrático del tren, ya que trasladó a todas las personas sin importar su estrato socioeconómico.

Los forjadores de Santa Cruz y sus productos típicos

Si bien la formalización de la comuna de Santa Cruz data del 22 de diciembre de 1891, su alzamiento y consolidación fue un proceso anterior y paulatino. Detrás de esta creación estuvieron las manos de los hombres y mujeres que allí se asentaron y entablaron una alianza con la naturaleza salvaje, en base a la cual aprovecharon los recursos disponibles y los transformaron en valiosos productos típicos.

El relativo aislamiento de la zona y la necesidad de autoabastecerse de aquellos elementos necesarios para el desarrollo de la vida en aquellos paisajes, sirvieron como estímulo para las creaciones de los campesinos de Santa Cruz. El naturalista Claudio Gay dijo al respecto: "El campesino chileno retirado en su campo y alejado de toda sociedad, se ve en la necesidad de ser a la vez su tejedor, su sastre, su carpintero, su albañil, etc. Sin duda entre algunos la falta de estos artesanos despierta el razonamiento y estimula al mismo tiempo su destreza, su espíritu de invención y de recursos" (Gay, 1862).

Así fue como los campesinos de Santa Cruz crearon un conjunto de valiosos productos típicos ideados para cubrir sus necesidades básicas. Para esto, se valieron de los conocimientos que heredaron de sus antepasados y también de los propios. De este modo los agricultores, fruticultores y ganaderos de la comuna activaron el motor productivo que alimentó a las familias del sector y contribuyeron a que Chile colonial se convirtiera en el principal productor de trigo del Cono Sur (Lacoste et al, 2017).

Por su parte, los viticultores dieron vida a la cultura del cuidado de la vid, área en la cual se fusionaron los aportes hispanos y los conocimientos indígenas. Este tipo de plantas se adaptó perfectamente al paisaje de Santa Cruz y, gracias a los cuidados aplicados por los campesinos viticultores comenzó una tradición de elaboración de brebajes de alta calidad y reconocimiento que pervive hasta la actualidad. Debido a la fama conquistada por los vinos del Valle de Colchagua, en Santa Cruz se arraigó una importante fiesta costumbrista, como lo es la vendimia.

Viña Santa Cruz, Valle de Colchagua. Fotos: Viña Santa Cruz.

Estribos La Lajuela. Foto: SERNATUR.

Un importante producto típico de la comuna de Santa Cruz es el Chacolí. Su historia se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena, que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central. Este vino es la estrella en momentos de celebraciones, como el fin de la cosecha, carnavales y Fiestas Patrias (Lacoste et al, 2015; 2017).

Por otro lado, desde inicios de la época colonial se registró la existencia de numerosas cabezas de ganado. De estos animales los campesinos obtuvieron materias primas para el desarrollo de otras actividades, como por ejemplo lanas y cueros. Así, el ganado ovino proveyó a las tejedoras de las lanas necesarias para los ponchos, mantas, chamantos y demás prendas famosas de la zona. Y los cueros abastecieron a los talabarteros para la confección de lazos, monturas, riendas y demás aperos muy demandados por los campesinos huasos y arrieros para la ejecución de sus labores (Plath, 1977; Dannemann, 1998; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Lacoste et al, 2017).

De las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de Santa Cruz.

En el sector de La Lajuela se desarrolló un importante producto típico de la mano de los tejedores de fibras naturales, cuya técnica

tiene una larga data prehispánica. Las actividades al aire libre de los campesinos estimularon la necesidad de contar con la protección de sombreros resistentes y accesibles, ya que los confeccionados con piel de castor y vicuña, acostumbrados por los hispanos, resultaban demasiado costosos. Por lo anterior, la respuesta campesina fue la creación de las chupallas hechas con fibras de teatina. Las chupallas elaboradas en La Lajuela alcanzaron gran notoriedad y han sobrevivido al paso del tiempo, consagrándose como un producto típico y motivo de orgullo para sus creadores (Dannemann, 1998; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2008; 2013; Lacoste et al, 2017).

Fiestas, tradiciones, patrimonio, mitos y leyendas

Santa Cruz, como buena exponente de la cultura campesina, cuenta con un importante conjunto de mitos y leyendas que son parte del patrimonio cultural de su gente. Personajes infaltables son el Diablo y la Llorona, por ejemplo. Igualmente existen leyendas que hablan de tesoros escondidos, como la que habría ocurrido en La Lajuela, cuando un padre se arrepintió en el ocaso de su vida de la actitud tacaña que tuvo con sus hijos, por lo que les reveló el lugar donde enterró un tesoro de monedas de plata. Los esfuerzos de sus hijos fueron en vano, ya que jamás lograron encontrarlo y se dice que todas las noches los cerros brillan a la luz de la luna mientras el fantasma del padre deambula en búsqueda del tesoro para entregarlo a sus hijos (Vásquez et al, 2013). Otra leyenda cuenta que en Santa Cruz un cacique enterró grandes cantidades de oro que heredó de su abuelo. A pesar de que muchos han intentado tomar el tesoro, por las noches aparecen unos feroces perros negros que lo resguardan e impiden que se acerquen (Yáñez, 2006).

En la comuna se llevan a cabo diferentes fiestas costumbristas que son expresiones profundas de su patrimonio cultural intangible y que dan cuenta de la cohesión de su comunidad en torno a ritos, creencias y prácticas. Una de ellas es la "Fiesta de la Vendimia", que se inspira en esta antigua actividad tradicional y fundamental de la viticultura de la zona. Esta actividad trascendió de su función práctica original y adquirió ribetes simbólicos que la transformaron en una celebración anual desde 1998 (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Aguilera, 2021).

Juana Muñoz y Jaime Muñoz tejedores de teatina, La Lajuela. Foto: Patrimonio y Genero. Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Pastel de choclo en la Fiesta del Mundo Rural de San José de Apalta. Foto: Municipalidad de Santa Cruz.

Los agricultores, fruticultores y ganaderos de Santa Cruz fueron los responsables de activar el motor que alimentó a las familias del sector. Gracias a ellos, Chile colonial se convirtió en el principal productor de trigo del Cono Sur , por su parte, los viticultores dieron vida a la cultura del cuidado de la vid, área en la cual se fusionaron los aportes hispanos y los conocimientos indígenas.

Otra fiesta costumbrista del sector es la "Fiesta del mundo rural de San José de Apalta", donde se exhiben los principales atractivos campesinos de la zona acompañados por música folclórica y abundante gastronomía típica. En estos certámenes los vecinos elaboran los platos típicos más grandes de Chile o del mundo, como el pastel de choclo, churrasca, cazuela de campo, asado de conejo y porotos (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Aguilera, 2021).

vwEl patrimonio arquitectónico de la comuna de Santa Cruz es un eslabón muy importante de su historia, necesario de preservar y motivo de orgullo para sus habitantes. Las construcciones en base a tierra cruda son un verdadero emblema de la tradición campesina, que supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Algunas de sus construcciones han sucumbido a los embates de terremotos y al paso del tiempo, no obstante otras permanecen estoicas como testimonios de aquellos conocimientos y tradiciones. Algunos ejemplos son su Iglesia, el inmueble municipal y el reloj carrillón de la Plaza de Armas que fue declarado Monumento Nacional.

En Santa Cruz existe también un importante museo privado llamado "Museo de Colchagua", el que reúne numerosas y muy valiosas piezas de la historia regional y también nacional. Una particularidad es que el nombre de este museo fue cedido por su par de San Fernando luego de las gestiones realizadas por su propietario, el empresario Carlos Cardoen.

Santa Cruz forma parte de una importante ruta turística llamada "Ruta del Vino", que enlaza a las principales viñas del Valle de Col-

chagua con el objetivo de fomentar el turismo y el conocimiento de esta histórica actividad. Para este fin se reactivó el ferrocarril en la zona bajo el título de "Tren del Vino", no obstante, su actividad se encuentra en receso.

Una importante expresión campesina que pervive en Santa Cruz, de índole cultural y también religiosa, es el Canto a lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile con más de 400 años. Es un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural de Chile. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo de Santa Cruz, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Reloj carrillón de Santa Cruz.
Foto: SERNATUR.

Museo de Colchagua.
Foto: Museo de Colchagua.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Bengoa, J. (1990). Historia social de la agricultura chilena. Tomo II. Santiago de Chile, Ediciones SUR.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2008). Chile artesanal patrimonio hecho a mano. Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Dannemann, M. (1998). Enciclopedia del folclore de Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Gay, C. (1862). Historia física y política de Chile: agricultura, tomo I. Paris, Casa del autor. Chile, Museo de Historia Natural de Santiago.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777. UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales (s/f). Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua. Rutas Patrimoniales. Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Pequeño Atlas Ilustrado del río Tinguiririca. (s/f). Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas. Atenea, 436: 169-237.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

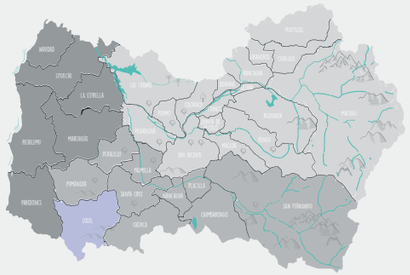
Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York. D. Appleton.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Yáñez, C. (2006). "Un acercamiento a las leyendas de entierros en la zona central de Chile". Culturas Populares Revista electrónica, 1.



LOLOL

El pasado de Lolol: toponimia y primeros habitantes

El nombre de la comuna de Lolol proviene de la lengua mapuche y podría interpretarse como "tierra o agujeros de camarones", aunque se traduce más extendidamente como "tierra de cangrejos", ya que el mapudungun posee otra palabra para referirse a los camarones de vega. Hace 140 millones de años esta zona fue lecho marino, por lo cual sus primeros habitantes encontraron diversos fósiles de crustáceos y cangrejos. Lo anterior habría reforzado la idea de denominar a este sector como Lolol (Departamento de Ciudadanía y Cultura Municipalidad de Lolol, 2014).

Los picunches habrían bautizado otros sectores como Guaico (quebradas de agua o gotera), Nerquihue (lugar donde abunda el gato güiña), Nilahue (donde cruza el estero), Ranguil (salida al carri-

zal), Ranguili (entrada al carrizal), Callihue (lugar silencioso), Chacayes (lugar donde abunda este arbusto), Culencó (arbusto de culén en el agua), entre otros (Rojas, 1996; Departamento de Ciudadanía y Cultura Municipalidad de Lolol, 2014).

Posteriormente, en el siglo XV, los incas incursionaron en este territorio con la intención de extender el Collasuyo, ala sur-este de su imperio. Si bien no consiguieron su cometido, los legados que dejaron en la zona son inconmensurables. Además de sus técnicas y conocimientos en diversos ámbitos, en la zona perviven ciertos vestigios de su paso. Uno de ellos son los restos rocosos de un trapiche en el cerro El Roble de Lolol, posiblemente utilizado para moler el oro que desde allí se extraía para pagar tributo (Millán 2001; Cubillos, 2003).

La conformación de Lolol: paisajes, mujeres y hombres lololinos

Es innegable la influencia que el medio ejerce en el desarrollo de la vida de sus habitantes. En el caso de la comuna de Lolol este hecho se refuerza, ya que la naturaleza y las dificultades propias de su emplazamiento en medio de la Cordillera de la Costa condicionaron en gran medida el perfil de los lololinos y las actividades que históricamente han desarrollado para sobrevivir en su hábitat.

En el paisaje natural de Lolol confluyen valles, cerros y montañas. Sus irregulares suelos han sido arduamente trabajados por sus hombres y mujeres para convertirlos en fértiles espacios para la agricultura y vitivinicultura. Gracias a las esforzadas labores de estos campesinos del Valle Central, Chile pudo ser durante los siglos coloniales el principal productor de trigo del Cono Sur, tanto para el consumo interno como para la exportación (Lacoste et al, 2017). Su producción todavía es de gran impacto en la zona, precisamente en el sector de La Vega pervive un interesante legado de sus antiguos habitantes, que consiste en un sistema de terrazas con plataformas de 20 metros de ancho aproximadamente, las que permiten arar y sembrar sin erosionar la tierra (Cubillos, 2003).

La comuna de Lolol posee una antigua historia forjada en la inventiva y perseverancia de sus habitantes. Esa aventura comenzó con los primeros hombres y mujeres que habitaron la zona, observaron su naturaleza y aprendieron de ella, con lo cual acumularon valiosos conocimientos que serían el cimiento sobre el cual las siguientes generaciones concretarían la creación de Lolol.

Vista panorámica de Lolol. Foto: Gabriela Giudici.

Trigales de Lolol.
Foto: Gabriela Giudici.

Hornos de barro para la fabricación de carbón en Lolol.
Foto: Gabriela Giudici.

Conjuntamente, en estas tierras las vides introducidas por los españoles encontraron un espacio fecundo para su desarrollo. Desde la época colonial en adelante, las parras de uvas son parte integrante del paisaje típico del Valle de Colchagua, en torno a las cuales se consolidó la importante cultura de la vid. Según los registros de inventarios y testamentos, las vides estaban presentes en la vida cotidiana de todas las familias de la región, aunque fuese en modestas cantidades (Lacoste et al, 2017). En la actualidad se ha coordinado una atractiva Ruta del Vino del Valle de Colchagua, que permite a los visitantes conocer de cerca este perfil de la región. Además de las grandes industrias viñateras que allí existen, en el sector perviven pequeños productores guardianes de esta cultura campesina. Incluso uno de ellos recibió el reconocimiento al Mejor Vino Campesino 2018 en la 23° edición del concurso internacional Catad'Or Wine, con su Cabernet Sauvignon Entre Cangrejos Reserva 2017, de la Viña Cangrejos, ambos nombres alusivos a la historia y toponimia de Lolol (CNN Chile, 2018).

Otro elemento muy característico de la naturaleza de Lolol son los espinos, los que desde antaño permiten la elaboración del carbón, cuya utilidad doméstica es fundamental, tanto para cocinar como para la calefacción, especialmente en aquellos tiempos en que no se contaba con mayores alternativas. Los carboneros, o artesanos del carbón, aprendieron a controlar el poder del fuego y el humo en los hornos de barro que construyeron para tal fin. Gracias a un interesante sistema de ventanillas, manejan la fuerza del fuego y el humo, los cuales transforman lentamente la madera de los espinos en carbón. La gran calidad del producto resultante llevó a que el carbón de espino de Lolol fuese reconocido como el mejor carbón vegetal de Chile (Mujica, 1943).

Los lololinos construyeron esta comuna acompañados y ayudados por sus animales. Vacunos, ovejas y caballos, por mencionar sólo algunos, desempeñaron un importante rol en el curso que tomó esta zona campesina. Éstos aportaron con su carne, leche, lana y fuerza de trabajo, además de su propio valor simbólico, como fue el caso del caballo, en torno al cual se desarrolló una cultura de valoración y actividades tradicionales que se han convertido en celebraciones comunitarias, como la trilla y el rodeo.

Los subproductos obtenidos de estos animales, junto a otras materias primas naturales, fueron la base para que los lololinos crearan productos típicos únicos, como los elaborados por los talabarteros, herreros, tejedoras, chupalleros, carboneros, curtidores, artesanos en madera y alfareros. Todas estas creaciones surgieron para cubrir sus necesidades, pero también se transformaron en engranajes dentro del circuito campesino de Lolol. De este modo, los ovejeros cuidaban con esmero a sus animales, en tanto las tejedoras hilaban y tejían la lana obtenida de los ovinos para confeccionar ropa resistente al frío y la lluvia, con la cual se abrigaban los campesinos para soportar sus trabajos a la intemperie o, por el contrario, en caso de sol utilizaban las chupallas tejidas con teatina de la zona. Por su parte, los talabarteros trabajaban el cuero para convertirlo en aperos, monturas, riendas y zapatos, mientras que los herreros elaboraban herraduras, frenos y cuchillos y los artesanos transformaban la madera de espino en estribos. Todos estos elementos

eran indispensables para las labores del campesino, pero también para otro sujeto fundamental en la historia de la comuna de Lolol: el arriero.

Una historia de sacrificios y esfuerzos: aislamiento, arrieros, carretas y ferrocarril

Si bien la naturaleza de Lolol es generosa con sus habitantes, también ha curtido en ellos el ingenio y la perseverancia para sobreponerse a las dificultades impuestas por su paisaje. Desde la época colonial este sector estuvo alejado de los grandes centros como Santiago y Valparaíso. Aunque existían distintas rutas y caminos que los enlazaban, éstos no eran de buena calidad y las condiciones geográficas o climáticas muchas veces impedían atravesarlos, especialmente durante las estaciones lluviosas. Inicialmente, la mayoría de los caminos eran de herradura, es decir, sólo era posible transitarlos sobre el lomo de los animales y no permitían el paso de las carretas. Esta condicionante dificultaba el ingreso y salida de los productos, no obstante, los arrieros representaron la solución a este problema.

Los arrieros eran hábiles jinetes y grandes conocedores de las rutas que permitían llegar a los lugares más apartados de Chile. En compañía de sus recuas de mulas realizaban largos circuitos cuya finalidad era transportar mercancías que en esos lugares no se producían, a la vez que se llevaban los productos típicos locales para comercializarlos en los mercados más lejanos. Así, por ejemplo, las chupallas, tejidos, huevos, frutos de la tierra, cueros y animales de la comuna de Lolol llegaban hasta Valparaíso y Santiago. Mientras que la comuna recibía desde la costa cochayuyos, sal y mariscos. Estas cargas eran transportadas sobre los resistentes lomos de las mulas y caballos, para lo cual se requerían aperos de buena calidad confeccionados por los talabarteros y herreros de Lolol (Cubillos, 2003, 2014; Rojas, 1996).

El Camino Real de la Sal fue ampliamente utilizado por los arrieros que recorrían la zona transportando los productos de los diferentes ecosistemas de la Región de O'Higgins hasta Valparaíso y Santiago. Dentro del circuito existió una ruta que empalmaba Lolol con el Camino Real de la Sal, la cual comenzaba en el actual cerro de San Francisco en Villa Manuel Larraín, antiguo sector La Vega, para luego tomar los senderos de La Churre o de La Mariana y así cruzar Pumanque para llegar al camino principal. A continuación, el río Rapel debía ser atravesado en balsa para llegar finalmente a Valparaíso, donde las cargas podían continuar su viaje hasta Perú (Cubillos, 2014). A través de esta ruta los arrieros también trasladaron pavos y gallinas que abundaban en el sector. Los lololinos recuerdan como estos animales eran llevados en jaulas o arreando, es decir, las aves iban caminando por su cuenta contra el viento norte que les impedía volar y cada cierta distancia eran alimentadas con maíz. El trayecto hasta Valparaíso duraba alrededor de quince días (Cubillos, 2003).

En aquellas rutas en que era posible su tránsito, los carreteros desempeñaron una función trascendental, por ejemplo transportando el trigo hasta ciudades más grandes como Santa Cruz. La enorme utilidad de las carretas tiradas por yuntas de bueyes ha transcendido en el tiempo y continúan siendo utilizadas en Lolol. Antes de la llegada del ferrocarril y posterior masificación del automóvil, las carretas eran el medio de transporte con mayor capacidad y eficacia frente a las crecidas de los ríos que aislaban totalmente ciertos sectores. Precisamente en la zona de Los Tricahues se desarrolló una interesante producción de yugos de madera para este fin (Rojas, 1996). Las carretas también fungieron como una importante pieza del sistema multimodal de transportes del Chile colonial, que contemplaba caminos carreteros, hidrovías y rutas de herradura (Aguilera, 2013).

Esta titánica obra fue posible gracias al trabajo incansable y comunitario de los lololinos, quienes alcanzaron una relación equilibrada y respetuosa con su entorno, que les proveyó de las materias primas para la invención de productos típicos únicos.

Durante la segunda mitad del siglo XIX el Estado chileno invirtió grandes cantidades de dinero en consolidar una ruta ferroviaria que uniera el centro del país con el sur. Las estaciones del ferrocarril sur se convirtieron en verdaderos polos de desarrollo, donde se concentraron las actividades comerciales, además de tener una gravitante importancia social al facilitar el tránsito de las personas hacia distintos lugares (León y Valenzuela, 2014). La estación de Paniahue, llamada posteriormente Santa Cruz, era la más cercana a Lolol y allí se descargaba principalmente salitre. Por su parte, se cargaban animales, trigo y demás frutos agrícolas locales que llegaban al paradero en carretas (León, 2008).

La estación desempeñó un importante rol en la construcción comunitaria de la iglesia de Lolol en 1916. Hasta allí la empresa de ferrocarriles transportó gratuitamente la madera de pino adquirida en Santiago para este fin, la que luego fue llevada a Lolol por las carretas desocupadas de sus mercancías originales, ocasionando un gran movimiento en la zona que sorprendió a los viajeros que creían al poblado dormido (Cubillos, 2003; Rojas, 1996). Aunque los deseos de los lololinos de tener una estación de ferrocarril propia nunca se concretaron, gracias a su esfuerzo y perseverancia erigieron una entrañable y original comuna campesina, fecunda en tradiciones y productos típicos que perviven hasta hoy como emblema de la superación de las adversidades.

La resistencia de Lolol: tradiciones campesinas, fiestas y leyendas

Lolol es una comuna campesina, con todo lo que eso significa. Posee un conjunto de tradiciones profundamente arraigadas y vinculadas al quehacer del campo. Algunas de esas tradiciones campesinas son la trilla, en la cual convergen elementos de gran importancia para Lolol, como lo son el trigo y los caballos, además de la gastronomía típica. La trilla a yegua suelta es una instancia de reunión social, en la cual los campesinos se unen para realizar la separación de los granos de trigo de la paja, ayudados por sus caballos. Si bien es cierto que en las haciendas se opera bajo el mandato de un patrón, la dinámica de las labores y el conjunto de rituales que allí se realizan tienen un espíritu y carácter que omiten las diferencias socioeconómicas o de clase, puesto que son patrimonio transversal del mundo campesino. La trilla surgió de las profundidades de la comunidad del campo, a partir de una necesidad -obtener el grano- que encontró su solución en el trabajo solidario y comunitario.

La trilla se realiza en verano y tiene un marcado carácter de fiesta a pesar de lo arduo del trabajo. Se congregan cantores populares con sus guitarras para animar la jornada, algunos bailan cueca y comparten bebidas como el ulpo, mezcla de harina tostada con agua, chicha, vino, galletas y pan amasado. En atención al desgaste de las labores, la alimentación es un aspecto fundamental, por lo que se preparan platos comunitarios para reponer fuerzas, como las tradicionales cazuelas y albóndigas (Rojas, 1996; Cubillos, 2003, 2014).

Otra instancia de reunión y encuentro campesino se da en torno a la matanza de un animal. El faenamiento del chancho, por ejemplo, es un verdadero ritual comunitario, en el cual se comparten las faenas de matanza y posteriores preparaciones de los alimentos, todo esto con un tinte de festividad. A diferencia de la trilla, la matanza del chancho se realiza en invierno, cuando el animal ya engordó desde el verano y suele coincidir con la celebración de la Virgen del Carmen el 16 de julio, día en que se festeja ese onomástico (Rojas, 1996). De

la matanza del chancho se obtienen múltiples subproductos, como el queso de cabeza, longanizas, embutidos, arrollados, prietas, chicharrones y la manteca que es utilizada como base en casi todas las preparaciones, por lo que su abastecimiento para todo el año es muy importante. Como la tradición indica, estos alimentos son compartidos entre los participantes y familiares de los patrocinantes (Cubillos, 2003). Igualmente, de la otoñal matanza de las vacas engordadas en primavera y verano, se consigue el cuero con el cual se fabrican importantes elementos, como las cuerdas, lazos y coyundas para enyugar los bueyes a las carretas.

Las liebradas y las zorreaduras son otras actividades tradicionales de Lolol, que consisten en salir a la caza de conejos o zorros con ayuda de perros y en cuyo transcurso se comparten pan amasado, vino o chicha que antiguamente eran transportados en cueros preparados para este fin por los hábiles talabarteros de la zona (Rojas, 1996; Cubillos, 2003).

Los lololinos profesan un profundo respeto por sus creencias, especialmente por la fe católica. La historia de la iglesia de Lolol se remonta a aquellos siglos coloniales en que la comuna no existía como tal y dependía del Departamento de Vichuquén, perteneciente a la Provincia de Curicó (Vichuquén: 400 años, 1985). Posteriormente, la zona de Lolol pasó a estar bajo la protección del convento franciscano de San Pedro de Alcántara, hasta que en 1824 se fundó formalmente en Lolol la Parroquia de Quiahue, en el sector El Membrillo, que luego se trasladó al poblado de Lolol llamándose finalmente Parroquia de Lolol, bajo la advocación de la Natividad de la Virgen Santísima, cuya celebración se realiza cada 8 de septiembre (Mujica, 1943). Parte de las tradiciones religiosas son la "Misa de la espiga", que se celebra hace al menos 100 años, el segundo domingo de octubre en el Cristo ubicado en la salida de Lolol. Hasta allí concurre toda la comunidad con manojos de trigo para que sean bendecidos y así asegurar la prosperidad y abundancia en sus hogares (Departamento de Ciudadanía y Cultura Municipalidad de Lolol, 2014). La "Misa de Ramos" es otra celebración de larga data, pues se dice que en Lolol se lleva a cabo desde el siglo XVII, entre los meses de marzo y abril.

Los lololinos también han dado vida a una particular conjugación entre su fe católica y el folclore, a través del Canto a lo Divino, cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. También existen agrupaciones dedicadas al Canto a lo Humano, cuyas temáticas son de aspectos cotidianos y festivos. Ambos son tipos de Canto a Lo Poeta, una de las tradiciones más antiguas de Chile, con más de 400 años (Salinas, 1991).

La "Fiesta de San Francisco de Asís" es otra celebración importante para la comunidad. Se realiza en la Villa Manuel Larraín, donde se dice que un agricultor instaló una imagen de San Francisco a modo de pago por haber respondido a sus suplicas de lluvia para salvar sus siembras de trigo y uva. Hasta el día de hoy se realizan peregrinaciones a ese sector, ya sea para pedir favores, pagar mandas, homenajear al santo con cantos o solicitar la bendición de los animales (Cubillos, 2003).

Lolol igualmente festeja su aniversario. La tercera semana de febrero se realizan diversas exposiciones artesanales, muestras gastronómicas y show para congregar a la comunidad y exhibir a los visitantes los múltiples atractivos que tiene esta comuna.

Como buen exponente del campo chileno, Lolol cuenta con un rico conjunto de mitos y leyendas que permanecen vivos gracias a la transmisión de generación en generación. Algunas historias hablan de la Llorona, una mujer que deambula por las noches a través de las calles de Lolol lamentando sus penas, mientras que otras se enfocan en el infaltable Diablo. Precisamente en el sector Rincón de las Ovejas habría sido avistado en múltiples ocasiones, a veces disfrazado de oveja negra. Se cuenta que los vecinos aburridos de esos espantos instalaron una cruz en el cerro colindante para detener sus apariciones (Vásquez et al, 2013).

También existe un interesante mito sobre un tesoro escondido por los Pincheira en la entrada de Lolol, donde actualmente hay una ermita dedicada a la Virgen María. Se dice que los Pincheira, ayudados por algunos cargadores, trasladaron hasta ese sitio un gran tesoro de joyas y, acto seguido, asesinaron a los cargadores para no dejar testigos sobre el escondite. Hasta el día de hoy se desconoce el paradero real del tesoro y algunos aseguran que en las noches de tormenta se escuchan los lamentos de los asesinados (Yáñez, 2006).

Fachada de adobe en Lolol.
Foto: Gabriela Giudici.

Lolol. Foto: Gabriela Giudici.

Lolol en el presente: patrimonio, adobe y productos típicos

La comuna de Lolol es un bastión del patrimonio campesino del Valle Central de Chile, ya que en ese sector permanecen resguardadas muchas tradiciones y saberes de tiempos remotos, que fueron los cimientos sobre los cuales se forjó Lolol. Sus habitantes permanecen estoicos en sus tierras, resistiendo el avasallador paso de la modernidad y al atractivo que representan las grandes urbes. Por lo anterior, visitar Lolol es un privilegio para todo aquel que desee palpar de cerca el campo chileno, conocer las esforzadas labores tradicionales de la zona, degustar su sabrosa gastronomía típica que es testimonio de las mixturas culturares indígenas y españolas y deleitarse con esos paisajes naturales que han sido testigos del surgimiento, consolidación y resistencia de Lolol.

Lolol fue declarado Monumento Nacional en la categoría de Zona Típica en el 2003. Dentro de su casco histórico se encuentra la Iglesia de Lolol, que fue reconstruida luego del terremoto del 2010. Esta catástrofe destruyó gran parte de la riqueza arquitectónica de la zona, no obstante, sus habitantes se han esforzado por reconstruir sus casas, procurando seguir el mismo lineamiento estético de los antiguos corredores en las fachadas de adobe que hicieron tan famoso al poblado.

Las construcciones en adobe fueron protagonistas dentro del paisaje de Lolol desde tiempos muy remotos. La tradición de este modo de construcción se debe a los conocimientos ancestrales de los que fueron herederos los campesinos, quienes supieron valorar de la tierra cruda todas sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Gracias a las técnicas heredadas por indígenas y españoles, los habitantes del sector perfeccionaron y desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertir a la tierra cruda, con sus propias manos, en su hogar.

Esa misma tierra cruda ha servido a la gastronomía típica de la zona. Sus hornos de barro son muy afamados, ya que dentro de ellos nacen sabrosas preparaciones como el pan amasado. Por su parte, las cazuelas y las albóndigas son los platos infaltables en las trillas. Todas estas preparaciones dan cuenta del sincretismo gastronómico resultante de los distintos aportes que recibió Lolol.

Los lololinos lograron abrirse un espacio en medio de naturaleza gracias a su esforzado trabajo y al respeto por su entorno. Si bien durante mucho tiempo el aislamiento y lejanía con los grandes centros representó una problemática, ellos supieron sobreponerse y desarrollaron un potente conjunto de productos típicos que les han permitido sobrevivir durante generaciones. Uno de esos productos típicos son los tejidos con lana obtenida de sus propias ovejas, la cual es hilada, teñida y luego trabajada en añosos telares por donde confluyen, una vez más, saberes ancestrales. Los tejidos que antiguamente abrigaron a campesinos y arrieros, hoy perviven en las manos de las tejedoras locales que con orgullo exhiben sus obras en la Casa del Artesano, espacio concebido para la exposición y venta de los productos típicos de la zona.

Otra antigua tradición es la que realizan las trenzadoras de paja y chupalleras que dan vida a los famosos sombreros de teatina, además de otras ingeniosas creaciones. Del mismo modo los talabarteros son depositarios de una antigua tradición de trabajos en cuero, que continúa siendo imprescindible para las labores de campesinos y jinetes. La alfarería es otro producto típico de la zona de muy larga data. Antiguamente todos los utensilios de las casas eran de greda, ya fuesen para el uso cotidiano o para el almacenaje de granos, carnes y bebidas como la chicha. Aún continúa la fama de las loceras de La Vega, Rinconada de Quiahue y Hacienda Lolol (Cubillos, 2003).

Tejedora e hilandera de Lolol.
Foto: Catálogo Cultural Nuestra identidad en un relato.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

CNN Chile (2018). Este es el vino chileno que obtuvo Medalla de Oro en los "Catad'Or Wine Awards: Vinos con Historia". Disponible en: https://www.cnnchile.com/pais/este-es-el-vino-chileno-que-obtuvo-medalla-de-oro-en-los-catador-wine-awards-vinos-con-historia_20180710/

Cubillos, J. (2003). Entre cangrejos y trigales: Lolol, historia y tradición. Chile, Impresión BJCREATIVE.

Cubillos, J. (2014). Cuentos de mi tierra lololina. Chile, Amapola Editores.

Departamento de Ciudadanía y Cultura Municipalidad de Lolol (2014). Catálogo Cultural Nuestra identidad en un relato. Comuna de Lolol.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

León, V., Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Millán, A. (2001). Historia de la minería del oro en Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile, Imprenta La Prensa.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

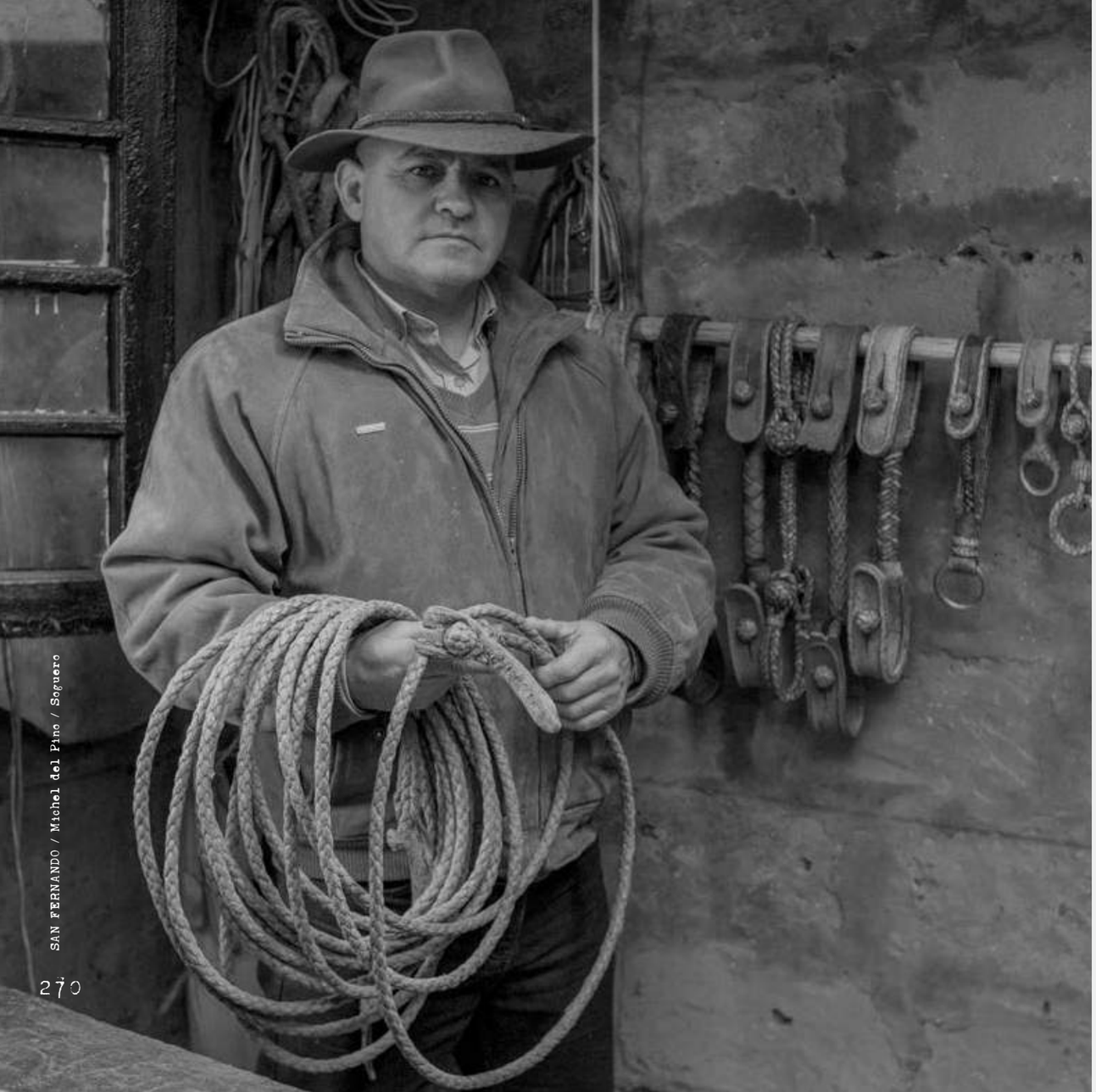
Rojas, J. (1996). Huellas Lololinas. Santa Cruz, Chile, Minigraf – Santa Cruz.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

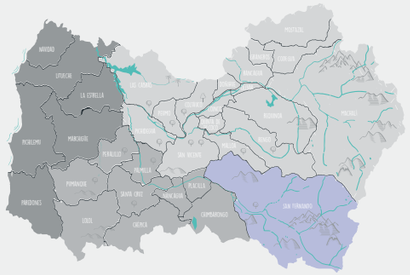
Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Vichuquén: 400 años. (1985). Curicó, Ediciones La Prensa.

Yáñez, C. "Un acercamiento a las leyendas de entierros en la zona central de Chile. Culturas Populares. Revista Electrónica 1, 2006.



SAN FERNANDO / Michel del Pino / Soguero



SAN FERNANDO

Remoto pasado e inicios de San Fernando

En la comuna de San Fernando, puntualmente en el sector Termas del Flaco, se encuentra un interesante sitio paleontológico que da cuenta del remoto pasado de la Región de O'Higgins. Allí perviven huellas de dinosaurios que habitaron el sector hace 120 a 150 millones de años atrás, los que en su huida de una violenta erupción volcánica las dejaron impresas sobre el barro y las cenizas que luego se petrificaron. Este sitio fue declarado Monumento Histórico en 1967.

Los grupos indígenas que ocuparon la actual comuna de San Fernando fueron los denominados picunches, puelches y pehuenches, los primeros vivieron en los valles, mientras que los dos últimos habitaron la zona cordillerana. En la Cordillera de Los Andes y en el cruce Las Damas generaron una interesante dinámica. Los puelches

que eran de costumbre nómades, cazadores recolectores, recorrían todo ese sector en búsqueda de alimentos, mientras que los pehuenches desarrollaban labores de pastoreo mediante el aprovechamiento estacional del ambiente, utilizando las veranadas e invernadas para la cría de sus animales, especialmente ovejas (Lacoste, 1999).

Como se indicó anteriormente, los grupos indígenas que habitaron la región desarrollaron un valioso sistema que les permitió intercambiar los productos que conseguían de sus respectivos entornos. Para realizar las permutas, los indígenas de la costa y del valle se reunían en Lihueimo, sector ubicado entre Palmilla y Peralillo, y los del valle también intercambiaban con los indígenas cordilleranos en el sector de Talcarehue, cerca de San Fernando (León, 1992).

La posterior irrupción de los españoles en Chile produjo múltiples cambios, entre ellos en la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de mercedes de tierras y las encomiendas indígenas a modo de reconocimiento y pago a los conquistadores. Precisamente a contar del siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles, quienes a partir de ellas erigieron exitosas o frustradas historias de fortunas.

En el sector de San Fernando existieron diversas encomiendas y mercedes, entre ellas la que dio paso a la Hacienda Ontiveros, de la cual se desprendió la Lircunlauta. Dentro de ella se construyó durante la primera mitad del siglo XVIII la reconocida Casa Lircunlauta, que hoy alberga al Museo de San Fernando y fue declarada Monumento Nacional en 1981 (Ministerio de Bienes Nacionales, 2014). Esta construcción siguió los patrones arquitectónicos propios de la Colonia, tanto en su forma, cuyo patio estaba rodeado por corredores dispuestos en forma de "U", como en su materialidad. El manejo de la tierra cruda fue una gran habilidad desarrollada por los campesinos del sector, quienes valoraron de este material sus bondades como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Por lo anterior,

Paso Las Damas.
Foto: Municipalidad de San Fernando.

Museo Casa Lircunlauta, San Fernando.
Foto: Municipalidad de San Fernando.

La comuna de San Fernando tiene alma campesina y moderna a la vez. El curso de su historia deja de manifiesto el carácter esforzado e ingenioso de sus habitantes, quienes convirtieron aquellos primigenios campos en las exitosas producciones que hasta el día de hoy son el sustento de la comuna. Campesinos, agricultores, fruticultores, viticultores, arrieros y artesanos en general, signaron la historia de San Fernando con su trabajo y creaciones únicas. Todos ellos construyeron el valioso patrimonio que hoy poseen los sanfernandinos, con la aparejada misión de preservarlo dentro del escenario moderno totalmente distinto y también fortalecerlo para enfrentar el futuro

la tierra cruda fue protagonista en las construcciones de la comuna, lo que se corrobora en el patrimonio arquitectónico que ha logrado sobrevivir en pie.

Los terrenos sobre los cuales se fundó la Villa de San Fernando fueron donados por los propietarios de la enorme hacienda Lircunlauta. El Gobernador del entonces, José Manso de Velasco, firmó el acta de fundación de San Fernando de Tinguiririca el 17 de mayo de 1742, en Malloa. El nombre habría sido escogido en honor al Príncipe de Asturias, quien luego sería coronado Rey Fernando VI de España (Solano, 1867; Mujica, 1943; Herrera, 2010). El objetivo de fundar esta villa era congregar a la población flotante para dar orden y servicio religioso, tal y como se precisó en su acta de fundación.

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían asentamientos indígenas (Góngora, 1970). A raíz de las nuevas interacciones entre ambos grupos surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, los que se sostuvieron en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo.

El modelo de hacienda chilena tuvo un orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. Los propietarios, pertenecientes a la aristocracia chilena, utilizaban sus propiedades como trampolín para alcanzar las altas esferas políticas o tenían familiares que se desenvolvían en aquel ambiente (Lacoste et al, 2017). Es más, se ha dicho que San Fernando fue el riñón de la oligarquía, ya que allí se ubicaban los fundos más destacados y tradicionales de las grandes fortunas de Chile (Bengoa, 2015).

En los extensivos terrenos de las haciendas y fundos se llevaron adelante variadas actividades productivas, ya que estos campos solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba, en todo caso, en el hábil trabajo de los campesinos (Bengoa, 2015). Ellos desarrollaron las destrezas necesarias para sostener sus vidas en aquellos campos, en torno a los cuales se comenzó a fraguar la comuna de San Fernando.

Arrieros y la conectividad en torno al ferrocarril

Otro importante catalizador en la consolidación del poblado de San Fernando fue la llegada del ferrocarril el 3 de noviembre de 1862, cuando se concretó la extensión de la línea desde Santiago.

La red caminera en Chile durante la época colonial e inicios de la República era más bien deficiente. La naturaleza de la Región de O'Higgins presentaba importantes obstáculos para la circulación fluida, como por ejemplo la Cordillera de la Costa, de Los Andes, los ríos, quebradas y los fenómenos estacionales como las lluvias e inundaciones. El sistema que imperaba en el país previo a la instauración del ferrocarril era multimodal, compuesto por caminos carreteros, hidrovías y predominantes rutas de herradura, es decir, que sólo podían ser surcadas por hábiles jinetes sobre el lomo de sus caballos (Aguilera, 2013). En aquel contexto, el arriero fue el protagonista que permitió la salida de los productos locales hacia mercados distantes y atractivos, proveyó los que no se confeccionaban internamente, se encargó del ganado y también sirvió como comunicador de las noticias que traspasaba de un lugar a otro (Lacoste et al, 2017).

El histórico arriero de San Fernando posee una gran cantidad de sabiduría acumulada, ya que todos los aprendizajes de su compleja actividad son resguardados y traspasados de generación en generación. Unos de gran importancia son los conocimientos acerca de las rutas y el comportamiento de la naturaleza en sus distintas estaciones, ya que de ellos depende el éxito de su labor y muchas veces su vida y la de sus animales. Durante el proceso de Independencia los arrieros patriotas desempeñaron un importante rol, puesto que guiaron a través de los senderos de montaña, precisamente por el paso Las Damas, a los soldados y patriotas para que huyeran hacia Argentina luego del Desastre de Rancagua en 1814. Posteriormente, esa misma valía fue determinante para que la tragedia del avión uruguayo capotado en 1972 se convirtiera en el llamado "milagro de los Andes".

A fines del siglo XIX y comienzos del XX el Estado de Chile se concentró en uno de sus proyectos más impactantes, como lo fue la red sur de ferrocarriles. Su finalidad era hacer más eficiente el traslado de los productos mediante la aceleración del transporte y el aumento de su capacidad de carga. Igualmente, su impacto social fue enorme, ya que permitió la movilización democrática de las personas (León, 1996, 2008; León y Valenzuela, 2014).

La llegada del ferrocarril a San Fernando permitió su inserción en la red comercial estimulada por los trenes a lo largo del país. Precisamente desde la estación de San Fernando se extendió el importante ramal hacia Pichilemu, que permitía la circulación de los productos típicos provenientes de los campos del interior de la Región de O'Higgins. Además, las estaciones de trenes actuaron como polos de atracción en torno a los cuales se instalaban poblados, comercios y múltiples servicios, además de población itinerante que participaba en las faenas de construcción. Fue así como al alero de la estación San Fernando se conformó un barrio estación con casas, servicios, hostería, bodegas, almacenes, talleres, corrales e incluso un molino, el que fue instalado para procesar la gran cantidad de granos que hasta allí llegaban (León, 2008).

Escultura en Paso Las Damas: "La hermandad no tiene fronteras. En Honor a huasos y gauchos que hacen de este paso parte de sus vidas". Foto: Municipalidad de San Fernando.

Igualmente, los trenes permitieron movilizar a la población en todas las direcciones, incorporando costa, secano y valles. Desde las localidades del interior se tomaba el tren para viajar hacia San Fernando en busca de mercadería, por fines médicos o educacionales, lo cual incentivó que el servicio que se dirigía a San Fernando los días domingo fuese llamado "tren del estudiante". Otros servicios denominados "trenes populares" fueron el "tren excursionista", que permitía a las familias campesinas viajar durante el día a la playa de Pichilemu para hacer un paréntesis en su rutina; el "tren de la victoria", que trasladaba a los hinchas del Club Colchagua; y el "tren curado", que salía desde Talcahuano hacia Santiago y en su paso por San Fernando dejaba pescados y mariscos procedentes de la VIII región (León, 2008).

Los sujetos forjadores de San Fernando y sus productos típicos

Viviesen dentro de las grandes haciendas o en pequeños terrenos, los campesinos debían valerse de su ingenio y los conocimientos heredados de sus antepasados para abastecerse de alimentos, abrigo, vivienda y herramientas. La necesidad de autosustentarse, sumado al relativo aislamiento de la zona, estimularon el surgimiento de distintos productos típicos. De este modo los habitantes se transformaron, por ejemplo, en destacados agricultores, fruticultores, viticultores, ganaderos, talabarteros y artesanos. A la par que cubrían sus necesidades básicas, estas mujeres y hombres robustecían su patrimonio comunal.

El arduo trabajo sostenido por los agricultores sanfernandinos les permitió transformar su paisaje natural y difundir la fama productiva de su tierra. Esta popularidad comenzó en la época colonial, cuando Colchagua fue llamada el "granero de Chile". Por aquel entonces, San Fernando destacó en la producción de sebo, grasa, cecinas, cordobanes y velas que eran trasladados hacia Valparaíso para su exportación, junto con abundante trigo que le valió a Chile ser reconocido como el principal productor del Cono Sur (Cáceres, 2007; Lacoste et al, 2017). La fecundidad de la tierra de San Fernando continúa hasta la actualidad gracias a la producción de frutas, trigo, uvas, tabaco y remolacha, por mencionar sólo algunas (Ministerio de Bienes Nacionales, 2014).

Otra importante y antigua actividad desempeñada por los campesinos de la zona es la viticultura. Los sanfernandinos se valieron de los aportes y conocimientos legados por sus antepasados indígenas e hispanos y los perfeccionaron para erigir la cultura del cuidado de la vid. Gracias al éxito que conquistaron, esta zona se destacó desde la época colonial por su clara vocación vitivinícola (Lacoste et al, 2015). Con el tiempo la viticultura se consolidó y dio paso a productos típicos de gran reconocimiento y valor como el vino, aguardiente, mistelas y licores (Lacoste et al, 2017; Pequeño atlas ilustrado del río Tinguiririca, s/f). Lo anterior explica la enorme importancia que tiene la vendimia en estas tierras, la cual trascendió de su función práctica original y adquirió ribetes simbólicos que la llevaron a convertirse en una verdadera fiesta costumbrista (Aguilera, 2021).

Junto a lo anterior, la ganadería es otra histórica actividad desplegada en los campos de San Fernando, tanto para la obtención de alimentos como otros subproductos. De las tareas asociadas al cuidado de los animales se desprendieron otras importantes actividades, como el rodeo. Fue así como el arte de cabalgar también trascendió de sus utilidades prácticas y se convirtió en la destreza central del rodeo, declarado disciplina deportiva en 1962 por el Consejo Nacional de Deportes y el Comité Olímpico de Chile. Su práctica tiene raíces en la época colonial, cuando los jinetes buscaban el ganado disperso que era arreado, apartado y, finalmente, marcado para aclarar la identidad de sus propietarios. En esto se evidencia que el rodeo surgió de la necesidad práctica de controlar el ganado (Plath, 1962; León, 1974; Müller, 2004). Si bien su ejercicio cuenta con detractores, la data de su trayectoria lo instala como una práctica históricamente arraigada en la Región de O'Higgins y, puntualmente, en la comuna de San Fernando.

Como se mencionó, el surgimiento de muchos productos típicos de la zona respondió a la necesidad de autoabastecerse, estimulada además por el relativo aislamiento. De este modo se desarrollaron la talabartería, sombrerería y textilería. Precisamente de la crianza de ganado se obtenían los cueros que los talabarteros de la zona transformaban en aperos imprescindibles para las labores de campesinos y arrieros. La fabricación de sombreros de paja, popularmente llamados chupallas, fue otra significativa actividad desplegada por los artesanos de San Fernando, ya que no se trataba de un accesorio trivial, sino que fundamental para el desarrollo de las tareas al aire libre. Por su parte, la textilería es una tradición de larga data en la cual confluyen conocimientos y técnicas indígenas e hispanas, a partir de la cual se obtenían ropas y abrigos, mención especial merecen los ponchos que abrigaron a los arrieros durante sus sacrificadas jornadas bajo las inclemencias del clima. También los indígenas pehuenches desarrollaron una destacable comercialización de sus ponchos en ambos lados de la Cordillera de los Andes (Dannemann, 1998; Lacoste 1999; Lacoste et al, 2017).

La historia de la comuna de San Fernando fue metódicamente construida sobre un pilar fundamental: el trabajo de sus mujeres y hombres, que explotaron sabiamente los recursos disponibles gracias a las herencias culturales y a su propio ingenio. Esto permitió que la zona se transformara en cuna del arte campesino, verdadero polo cultural desde el cual se irradiaron variados oficios hacia otros sectores de la región, como fueron los emblemáticos casos del mimbre de Chimbarongo y la madera y piedra rosa de Pelequén (Lacoste et al, 2017). Hasta el día de hoy los productos típicos de la zona de San Fernando son testimonio de su historia y exponentes vivos de su patrimonio comunal.

Tradiciones de San Fernando: historias, fiestas, mitos y leyendas

La comuna de San Fernando ha sido escenario de múltiples historias arraigadas en el anecdotario de sus habitantes. Algunas corresponden a sucesos históricos comprobados y otras, no menos valiosas, conjugan algo de mito con veracidad.

Muchas de estas historias se ambientan en el proceso de Independencia de Chile, cuando el afamado Manuel Rodríguez habría deambulado por estos campos para escapar de los realistas, organizar la resistencia y atravesar continuamente, de un lado a otro, la imponente Cordillera de Los Andes, para lo cual se disfrazaba de arriero, el que fue su atuendo favorito para merodear por San Fernando (León, 1992).

Manuel Rodríguez tuvo gran cercanía con la gente de la zona y su popularidad trascendió en el tiempo, convirtiéndose en un entrañable y querido personaje popular. Se ha dicho que

XXV Clasificatorio Regional de rodeo en la medialuna de San Fernando. Foto: Municipalidad de San Fernando.

Escultura de Manuel Rodríguez erigida en la plazuela que lleva su nombre. Foto: Municipalidad de San Fernando.

los colchagüinos se sienten especialmente conectados con su figura, por cuanto representaría fielmente al campesino del sector: ladino, carruzo, a veces desconfiado cuando las circunstancias lo ameritan y siempre generoso (Soto, 2010). Rodríguez atrajo esta buena fama a través de su atractivo discurso patriota, pero también con sus acciones, como cuando en 1816 recorrió los campos del Valle de Colchagua para constatar el estado en que vivían los campesinos. La complicidad y lealtad que sembró entre los vecinos fue tal que ninguno lo delató cuando se ofreció precio por su cabeza junto con el indulto de cualquier crimen cometido (Balbontín, 1963; Opazo, 2010). Precisamente su cercanía con los colchagüinos explica la gran adhesión a la causa patriota que consiguió entre los hacendados y más desposeídos.

Son muchas las historias de las andanzas del guerrillero por esta zona. Su figura habría sido decisiva en el asalto a San Fernando ya que, si bien no participó personalmente, él organizó la acción. La madrugada del 11 o 12 de enero de 1817 resultó sorpresiva para los realistas que permanecían en San Fernando, cuando un estridente ruido seguido de los gritos "avance la artillería" los despertó. Muchos huyeron despavoridos y otros fueron detenidos, sin sospechar que el ruido de los aparentes cañones del Ejército de Los Andes provenía, en realidad, de los cueros llenos de piedras sacadas del estero Ontiveros que eran arrastrados por los rebeldes patriotas. Posteriormente, el 11 de febrero Rodríguez tomó posesión de San Fernando y organizó su gobierno como máxima autoridad, detentando el cargo de Comandante Militar hasta el 21 de marzo, con lo cual se convirtió en la primera autoridad patriota de San Fernando (León, 1992; Opazo, 2010).

Si bien en torno a la figura de Manuel Rodríguez existen múltiples mitos e imprecisiones de fechas y lugares, es innegable que la comunidad de San Fernando le guarda especial aprecio. Esto se vislumbra en el himno de la comuna, escrito por José Vargas Badilla, donde se le dedica la siguiente estrofa: "Por tu calles aún ronda Rodríguez, guerrillero, adalid popular, y en tu plaza la fuente susurra, emotiva canción colonial" (Del Río y Tagle, 2001; Tapia, 2010). También en el centro de la ciudad se bautizó una plazuela con el nombre Manuel Rodríguez, donde se erigió un monumento en su honor.

Otro importante suceso marcó profundamente la memoria de los sanfernandinos cuando en diciembre de 1972 fueron socorridos los sobrevivientes uruguayos del avión que capotó entre los volcanes Tinguiririca y Sosneado, en el lado argentino de la frontera. Sus héroes salvadores fueron Sergio Catalán, un baqueano que se encontraba en plenas veranadas con su ganado y Armando Cerda, un campesino conocedor del sector. Ambos hombres pudieron brindar ayuda gracias a su generosidad y conocimientos que les permitían desenvolverse en aquellos complicados paisajes donde la naturaleza se vuelve hostil. Con esta historia, bautizada como "milagro de los Andes", quedó patente que el temple de los sujetos de la zona, forjado sobre adversidades y necesidades, los convirtió en verdaderos domesticadores o socios de su paisaje.

Parte importante de los sanfernandinos profesan una ferviente fe católica. Fueron primero los jesuitas en 1744 y luego los franciscanos quienes brindaron apoyo espiritual en la naciente Villa de San Fernando de Tinguiririca. Sus vecinos conservan antiguas expresiones de fe como la "Fiesta de la Virgen del Carmen", que durante el último domingo de septiembre reúne a los habitantes de la comuna para que acompañen a la imagen de la Virgen en su recorrido por las calles, la que también es escoltada por huasos y el Ejército de Chile. Otra instancia de reunión comunal es la peregrinación a la localidad de Roma que se realiza el primer domingo de diciembre, en la cual los vecinos cargan en andas la imagen de la Virgen del Carmen y la celebran con una multitudinaria misa al término del recorrido y un desayuno compartido entre los feligreses.

Un interesante ejemplo de rescate de las tradiciones lo representa la "Pascua de los Negros en la localidad de Roma", que desde el 2008 fue retomada por la comunidad. Ésta se celebra cada 6 de enero, del mismo modo que lo hacían los esclavos de la Hacienda Los Lingues durante la Colonia. Gracias a los relatos acumulados y al trabajo desplegado por diversas instituciones, se reconstituyen distintas actividades como la carrera al cerro con antorchas, los bailes y los disfraces que antiguamente usaban los esclavos en esta celebración (Ministerio de Bienes Nacionales, 2014).

Otra valiosa expresión de fe que se fusiona con el folclor campesino es el Canto a lo Poeta. Esta antigua tradición de Chile tendría más de 400 años y consiste en un tipo de poesía basada en la memoria y la improvisación, que surge de lo profundo de la cultura rural y semirural. Dentro de sus modalidades se encuentra el Canto a lo Divino, de carácter devocional y cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural. Y también está el Canto a lo Humano, de carácter mundano festivo. Ambas expresiones tienen lugar en las distintas celebraciones del campo sanfernandino, como bautizos, velorios, matrimonios o de carácter religioso (Uribe, 1974; Salinas, 1991; Astorga, 2000; Sepúlveda, 2008; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

La comuna de San Fernando además posee importantes fiestas costumbristas centradas en sus actividades tradicionales. Una de ellas es la mencionada "Fiesta de la Vendimia del Valle de Colchagua", que se realiza en el mes de marzo y tiene gran poder de convocatoria. Otra es la "Feria de artesanía, gastronomía y antigüedades", que se lleva a cabo en el mes de febrero y conjuga todos estos elementos en torno a un espectáculo popular que busca difundir la identidad local. Por otro lado, en la localidad de Puente Negro los arrieros organizan en octubre la "Fiesta del arriero" para exhibir sus indumentarias, comidas y herramientas, con la finalidad de educar en torno a su centenaria ocupación y así preservarla (Aguilera, 2021).

San Fernando cuenta con un valioso conjunto de mitos y leyendas que son parte de su patrimonio cultural. Uno de esos relatos detalla que cerca del paso Las Damas un arriero escuchó una misteriosa voz que le ofreció hacer realidad tres deseos, no sin antes advertirle que los meditara. De inmediato el arriero pidió que sus mulas fuesen de oro. Cuando esto se hizo realidad, comenzó una estrepitosa tormenta con rayos y truenos que eran atraídos por las mulas metálicas, ante lo cual gritó desesperadamente que todo volviera a ser como antes, deshaciéndose en el acto el milagro del oro. Otra historia es la que se refiere al origen del nombre del sector Vegas del Flaco, la cual indica que unos mineros abandonaron en una vega del río Tinguiririca a un famélico y enfermo burro que no podía continuar el recorrido. Grande fue la sorpresa cuando de regreso vieron al burro totalmente repuesto y vigoroso, por lo que desde ese día el sector fue conocido como Vegas del Flaco (Plath, 1983).

Otras leyendas tienen como protagonistas a infaltables personajes del campo chileno, como el Diablo, el mítico Tue Tue, el Culebrón y la Llorona. En el sector de Talcarehue algunos vecinos incluso aseguran haber visto al Chupacabras junto a los cadáveres de sus víctimas, entre ellos un perro, chanchos y gallinas. Otros indican que en el sector de Los Lingues existiría un hombre mitad humano y mitad chancho (Vásquez et al, 2013).

La trascendencia de estas historias no debe juzgarse bajo el criterio de realidad, sino por el valor que representan para su comunidad, que las preserva y transmite de generación en generación, por cuanto forman parte de su patrimonio cultural.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Astorga, F. (2000). "El Canto a lo Poeta". Revista Musical Chilena, 54(194): 56-64.

Balbontín, M. (1963). Epopeya de los húsares. Santiago de Chile, Orbe.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Dannemann, M. (1998). Enciclopedia del folclore de Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Del Río, C., Tagle, B. (2001). Región de O'Higgins: breve relación del patrimonio natural y cultural. Rancagua, Chile, Corporación de Desarrollo Pro O'Higgins.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015). Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777. UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Lacoste, P. (1999). "El camino transandino por el Paso Las Damas (siglos XVI al XXI)". UNIVERSUM, 14: 113-149.

León, R. (1974). Diversiones y juegos típicos chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nacional Gabriela Mistral.

León, V., Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

León, V. (1992). José Gregorio Argomedo y Montero de Águila. Participación Colchagüina en la Independencia de Chile. San Fernando, Chile. Sergio Morales Ediciones.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales (2014). Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua. Rutas Patrimoniales. Chile.

Mujica, J. (1943). Antigüedades curicanas. Chile.

Müller, J. (2004). "La profesionalización del rodeo en Chile 1960-1980". Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

Opazo, G. (2010). "Manuel Rodríguez (III)". En: Guajardo, E. Manuel Rodríguez Historia y leyenda. Santiago de Chile, Ril Editores.

Pequeño Atlas Ilustrado del río Tinguiririca. (s/f). Chile.

Plath, O. (1962). Folklore chileno. Santiago de Chile, Ediciones PlaTur.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile. Editorial Nascimento.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile. Ediciones Rehue.

Sepúlveda, F. (2008). El Canto a lo Poeta. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York. D. Appleton.

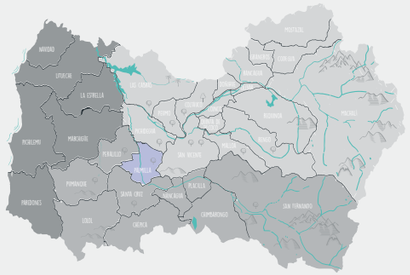
Soto, H. (2010). "El teatro de las hazañas de Manuel Rodríguez". En: Guajardo, E. Manuel Rodríguez Historia y leyenda. Santiago de Chile, Ril Editores.

Tapia, M. (2010). "Visita al calabozo donde estuvo Manuel Rodríguez". En: Guajardo, E. Manuel Rodríguez Historia y leyenda. Santiago de Chile, Ril Editores.

Uribe, J. (1974). Flor de Canto a lo Humano. Santiago de Chile, Editorial Gabriela Mistral.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.

PALMILLA / Yolanda Moraga / Bordadora de Lihueimo



PALMILLA

El paisaje de Palmilla: toponimia, dificultades naturales y productos típicos

Es enorme la influencia que tiene el entorno sobre el curso de las vidas humanas y sus consiguientes creaciones. En la comuna de Palmilla se aprecia este influjo en las características de sus frutas, hortalizas, el carácter de su gente y también en el sello de sus productos típicos. Incluso el nombre de esta comuna se debe a una de las particularidades que tenía su paisaje, donde abundaba una planta muy semejante a las palmas, por lo cual al sector se le denominó "Palmilla" (Herrera, 2010).

Las tierras del Valle de Colchagua fueron arduamente trabajadas por sus hombres y mujeres hasta convertirlas en los terrenos cultivables que han sido su sustento durante generaciones. Sin ir más

lejos, Chile debe precisamente a esta zona gran parte del trigo que lo convirtió en el principal productor del Cono Sur durante la época colonial (Lacoste et al, 2017). En el siglo XVIII y XIX este valle fue ampliamente alabado y reconocido por su fecundidad agrícola y por la abundancia de vides y ganados (Cáceres, 2007).

Para obtener frutos de esta tierra los campesinos utilizaron los conocimientos heredados de sus antepasados y los complementaron con su propia observación de la naturaleza, gracias a lo cual lograron autoabastecerse, convirtiéndose éste en el principal mecanismo que sostuvo la sacrificada vida en estos campos. Durante la época colonial e inicios de la República la conectividad fue un problema que aquejó a esta zona, ya que la escasez de caminos y la mala condición de los existentes dificultó la circulación fluida.

Los principales obstáculos para el transporte eran las irregularidades geográficas, como por ejemplo las quebradas y los ríos. También existían problemas como el bandidaje, los robos y los cobros de peajes no autorizados. Además, la reparación de los caminos implicaba altos costos que las arcas fiscales no cubrían, por lo que en el Valle de Colchagua se implementó un sistema mixto de financiamiento, mediante el cual los recursos públicos se complementaban con los aportes de los vecinos. Precisamente los pequeños y medianos campesinos asumieron estos costos a pesar de su inferior poder adquisitivo, puesto que comprendieron que estas obras iban en directo beneficio de su comunidad. De este modo los palmillanos se esforzaron y cooperaron, por ejemplo, suministrando alimentos a los trabajadores encargados de las reparaciones, mismo esquema que se repitió en otros lugares de la región. Así, el poder rural personificado en la cooperación de los pequeños campesinos fue fundamental para sobreponerse a las dificultades de conexión de la zona (Cáceres, 2007).

En medio de esta compleja geografía surgió un actor fundamental que resolvió, durante mucho tiempo, las problemáticas de las conexiones y el transporte. Se trataba del arriero, un sujeto diestro en el arte de cabalgar, resistente a las inclemencias del clima y a las largas jornadas sobre el lomo de su caballo, además gran conocedor de las rutas que

Letrero de bienvenida a la comuna de Palmilla.
Foto: Municipalidad de Palmilla.

Comuna de Palmilla.
Foto: Municipalidad de Palmilla.

La historia de la comuna de Palmilla se ha desarrollado a un ritmo armónico dictado por su naturaleza. Esas apacibles tierras permitieron el surgimiento de campos abundantes en frutales y hortalizas, con su correspondiente estilo de vida basado en el arduo e ingenioso trabajo campesino. Allí también nacieron prósperas haciendas, que en todo caso preservaron el ritmo calmo de la zona.

"Fiesta de Cuasimodo" y "Pesebre a la chilena" en cerámica de Lihueimo.
Foto: Museo Regional de Rancagua.

le permitían transportar hacia Palmilla las mercancías allí inexistentes y llevar desde esos campos sus productos típicos para comercializarlos en centros atractivos, como Santiago y Valparaíso (Lacoste et al, 2017).

El relativo aislamiento de Palmilla sirvió como estímulo para el nacimiento de valiosos productos que resultaban imprescindibles para el éxito de otras actividades locales, como las de los campesinos y arrieros. Ambos rubros requerían de aperos de buena calidad para trabajar la tierra y surcar las complejas rutas sin arriesgar su vida y la de sus animales. De este modo en la zona surgieron talabarterías y herrerías que abastecían de monturas, amarras, alforjas, espuelas, frenos y demás herramientas. Por su parte, las hábiles tejedoras asumieron la importante misión de elaborar en sus telares mantas, ponchos y todas aquellas prendas que ayudaran a capear el frío y la lluvia durante las extenuantes e impostergables jornadas de trabajo en el campo.

En la actualidad, en el sector de Lihueimo todavía se ejecuta una ancestral actividad desempeñada por hábiles artesanas que consiguen de los cerros la materia prima para sus creaciones. El barro que obtienen lo purifican y moldean con sus propias manos hasta conseguir figuras únicas, las que a continuación cuecen y pintan con tierras de colores preparadas con huevos. Esta cerámica tiene una impronta única, puesto que las figuras se inspiran en la cotidianeidad del mundo campesino de Palmilla (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Gracias al dedicado trabajo de estas mujeres palmillanas nació un original producto típico de la zona: los "pesebres a la chilena", en los que incorporan gallos, pollos, cantoras, huasos, bailarines de cueca, canastos y demás elementos propios del campo de Palmilla.

Hacienda El Huique: tradiciones y legados para Palmilla, Chile y el mundo

En el campo de la comuna de Palmilla se configuró una tradicional hacienda, El Huique, cuyo nombre también se habría inspirado en la naturaleza de la zona, puntualmente en un pájaro así llamado que habitaba entre las arboledas (Peña, 1999). El Huique en sus casi 7.000 hectáreas poseía construcciones de recio adobe, una enorme y elegante casa patronal con amplios corredores, patios interiores y tradicional capilla. También contaba con múltiples producciones agrícolas y ganaderas, además de una gran cantidad de árboles, viñas y talleres, todo lo cual se sostuvo en el arduo trabajo de los inquilinos, artesanos y campesinos mestizos.

Las diversas producciones de la hacienda eran comandadas por sus respectivos maestros, como por ejemplo los herreros, fragüeros, cocheros, carboneros, talabarteros, cañameros, carpinteros, carreteros, loceras, tejedoras, queseros, panaderos, matanceros y los obreros de los ladrillos y las tejas. El trabajo de todos estos hombres y mujeres permitió el autoabastecimiento de la hacienda y da cuenta de la gran variedad de conocimientos y técnicas que los palmillanos lograron desarrollar. Fue así como a partir de estas sabidurías, en Palmilla surgieron valiosos productos típicos.

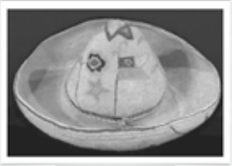
Uno de esos productos típicos nacido precisamente dentro de la hacienda El Huique fue el Bonete Huicano, cuyo surgimiento habría sido en la década de 1920. Este sombrero puntiagudo se elaboraba en base a lana prensada y se decoraba con delicados y coloridos bordados que representaban el paisaje con animales y flores, escenas ecuestres o la fachada de la hacienda. Su uso estaba reservado para los "hombres de a caballo" de la hacienda, es decir para los jefes, administradores y capataces, de este modo adquirió el poder simbólico de ser un elemento de prestigio y distinción. El encargado exclusivo de su elaboración era el maestro bonetero y sólo él conocía y resguardaba celosamente los secretos de la confección. Es más, sólo existieron dos boneteros, Manuel Jesús Rojas y su hijo Absalón Rojas, quien terminó con la tradición en la década de 1970 cuando la hacienda desapareció como tal y los inmuebles fueron donados al Ejército de Chile, que hasta hoy los preserva como un museo. En un acto simbólico, el último bonetero lanzó sus herramientas al fuego y decretó el fin de la era del Bonete Huicano (Lacoste et al, 2017). No obstante, continúan los esfuerzos por rescatar esta tradición, tal y como lo hacen las mujeres bordadoras que ahora imprimen su delicado y paciente oficio en manteles, ropas y otras piezas (Territoria Consultores, 2017).

wwLa Hacienda El Huique fue propiedad de familias de la aristocracia chilena y sirvió como trampolín socioeconómico para proyectar a sus miembros hacia la cima del poder político, logrando dos de ellos la presidencia de Chile, Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876) y Federico Errázuriz Echaurren (1896-1901). Fue durante el mandato del primero que se consolidó una parte del trascendental proyecto del Ferrocarril Sur. En 1873 se extendió la línea férrea hasta Palmilla, lo cual fue en directo beneficio de la hacienda puesto que permitía la llegada de distintas mercancías, en especial salitre, y la salida de las producciones agrícolas locales (León, 2008).

No obstante, el valor simbólico de El Huique va más allá que el de un bastión del poder hacendal. En ese lugar se decidieron cuestiones fundamentales para el curso de la historia de Chile y del Cono Sur a fines del siglo XIX, por lo cual El Huique podría ser incluso reconocido como Patrimonio de la Humanidad (Lacoste et al, 2017). La influencia que el calmo escenario del Valle de Colchagua ejerció especialmente en Federico Errázuriz Echaurren, resultó determinante en las decisiones que adoptó durante su presidencia.

En aquella época las grandes potencias emprendieron una carrera armamentista de gran envergadura, con el fin de apertrechar a sus ejércitos y posicionarse en los primeros lugares del poderío internacional. Esta tendencia también llegó a Chile y Argentina, en el preciso momento en que ambos países contaban con divisas de sus exportaciones de salitre y alimentos, y mantenían conflictos geopolíticos pendientes producto de la Guerra del Pacífico. En medio de este escenario, el Presidente Federico Errázuriz Echaurren debió resolver si Chile se embarcaba en un conflicto bélico con Argentina o se mantenían a raya enfrentamientos como los que se vaticinaban en Europa. Su tarea no fue sencilla, ya que imperaba una corriente sensacionalista y de exaltación optimista en torno del poderío militar chileno. En esos instantes decisivos El Huique fue el refugio del Presidente, lugar donde dejó las investiduras protocolares del cargo y pasó a reflexionar abrigado por su poncho y sombrero, los mismos que exhibía con gran orgullo en sus viajes a Europa (Larraín, 1964). Allí deambuló por los amplios corredores y se reunió con su gabinete para discutir acerca del porvenir de la política internacional de Chile, en medio de un espacio tranquilo, protegido por los cerros y marcado por el tempo de la naturaleza. En aquel lugar decidió finalmente por la paz, probablemente inspirado por la misma que lo rodeaba, la cual se materializó en el "Abrazo del Estrecho" que los presidentes de Chile y Argentina celebraron en febrero de 1899 en el Estrecho de Magallanes y en los consiguientes "Pactos de Mayo con Argentina", con los cuales se descartaba la idea de un enfrentamiento y se establecía la vía del arbitraje como solución pacífica a las controversias (Lacoste et al, 2017).

Este fascinante capítulo de la historia de Chile engloba muchos simbolismos y tiene alcances de gran magnitud. Gracias a esta pacífica decisión se salvaron las vidas de muchos sujetos que habrían sucumbido como carne de cañón. Además, ese simbólico encuentro entre los mandatarios fue la primera cumbre presidencial en la historia de ambos países.



Bonete Huicano.
Foto: Museo de Colchagua.

En medio de esa quietud, las hábiles manos de los artesanos dieron vida a productos típicos únicos y de gran valor, como los elaborados a partir de la arcilla, cueros, metales y telares, además del famoso Bonete Huicano, en cuyos bordados se resume y atesora la vida campesina de Palmilla.

Tradiciones de Palmilla: festividades, mitos y leyendas

La comuna de Palmilla es poseedora de un rico conjunto de tradiciones. Dentro de ellas se encuentran las expresiones de fe que tienen un profundo arraigo en la comunidad. Algunos ejemplos son el "Canto a lo Divino", cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991). En la actualidad los cantores participan en la mayoría de las celebraciones de la comuna, por ejemplo en la denominada "Fiesta de las misiones", la cual se desarrolla desde antaño en el sector, como cuando funcionaba la Hacienda El Huique. Antiguamente se realizaba en el mes de enero, momento en que toda la comunidad se reunía para los bautizos, matrimonios, primeras comuniones y confirmaciones. La celebración se iniciaba con los cantores a lo divino, luego se daba paso a la peregrinación hacia la capilla de la hacienda, en la cual participaban huasos a caballo y también carros alegóricos y finalmente se llevaba a cabo una concurrida misa a la chilena. En el presente la fiesta de las misiones se efectúa a fines del mes de septiembre y se complementa con la procesión a los cerros para bendecir los campos (CNCA, 2013). Otros festejos religiosos infaltables en el campo chileno son la "Fiesta de la Virgen del Carmen", en el mes de julio y la "Fiesta de Cuasimodo", el domingo siguiente de la Pascua de Resurrección.

También en Palmilla se homenajea a su gastronomía mestiza. En la "Fiesta del chancho muerto", a fines del mes de mayo, los vecinos se reúnen para ofrecer al público los distintos productos obtenidos de la matanza del animal y para revalorar el simbolismo de este ritual de faenamiento tan arraigado en los campos, donde los trabajos de matanza y preparaciones de los alimentos son totalmente comunitarios. Un festejo que se llevó a cabo por primera vez en el año 2019 es la "Fiesta de la tortilla al rescoldo", que tiene como protagonista a esta típica preparación del campo chileno.

El connotado perfil vitivinícola de esta comuna es igualmente celebrado a fines del mes de marzo y comienzos de abril, a través de la "Fiesta de la vendimia", la cual posee la particularidad de ser una celebración totalmente campesina, organizada por los pequeños viticultores de la zona. Del mismo modo, en Palmilla se celebra el "Día del roto chileno" para conmemorar la Batalla de Yungay librada por el Ejército Libertador el 20 de enero de 1839. En esa instancia se ofrece a la comunidad un entretenido espectáculo artístico y exposiciones de distintos productos típicos y gastronomía de la zona, con el fin de homenajear la identidad local y visibilizar a sus cultores, como los esforzados campesinos, temporeros y artesanos.

Palmilla, como buena comuna exponente del campo chileno, cuenta también con interesantes historias que forman parte de su folclore popular. Un personaje mítico que se aparecería en esta zona es el Pihuichén, lagarto con alas que prefiere salir de noche para beber la sangre de los corderos (Plath, 1973; Montecino, 2017).

También existe una leyenda muy difundida que cuenta las cualidades sanadoras del agua de la vertiente del cerro Agua Santa. Los vecinos del sector cuentan que esa agua es milagrosa, por cuanto sana las heridas y dolores de los creyentes que en ella se bañan. También se rumorea que un antiguo dueño del cerro quiso hacer negocios con esta agua milagrosa y, en castigo, la vertiente se secó durante un tiempo (Municipalidad de Palmilla, 2013).

Por otro lado, en el sector de Lihueimo existe un elemento fuera de lo común que no guarda relación con el paisaje tradicional de Palmilla. Se trata de una construcción que imita a un castillo medieval europeo, propiedad de la familia Errázuriz otrora dueña de la Hacienda El Huique. Según algunos lugareños este castillo de 400 metros cuadrados habría sido construido por un sólo obrero en el lapso de 19 años.

El patrimonio de Palmilla en la actualidad

La comuna de Palmilla se mantiene como un fiel exponente de las tradiciones campesinas y en ella abundan vestigios del pasado que se niegan a desaparecer, como por ejemplo las antiguas instalaciones de la Hacienda El Huique, hoy convertidas en el Museo San José del Carmen de El Huique y que son posibles de visitar para apreciar de cerca aquel pasado hacendal que se sostuvo, innegablemente, en el trabajo campesino. Junto con lo anterior, es posible vislumbrar lo que fue el Puente Techado o Puente Tapado, antigua construcción de 1875 única en Latinoamérica, que conectaba la Hacienda El Huique permitiendo el cruce del río Tinguiririca y que además aseguraba su protección, ya que durante la noche era cerrado para impedir el ingreso y salida de la hacienda (Bengoa, 2015).

El paisaje de Palmilla está signado por su naturaleza, que rodea a la comuna con colinas y la engalana con una gran cantidad de viñas que hoy representan exitosos destinos turísticos que están enlazados por la "Ruta del Vino del Valle de Colchagua", que en todo caso dan cuenta de una antigua actividad de gran arraigo en la zona.

Las construcciones típicas de Palmilla tuvieron como protagonista al adobe, verdadero emblema de una tradición campesina que supo valorar este noble material, reconociéndolo como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y, además, desarrolló su técnica constructiva utilizando conocimientos ancestrales. No obstante el paso del tiempo y los terremotos que han derribado muchos de estos vestigios, algunos permanecen en pie como testimonios de la sabiduría campesina, como por ejemplo las casas de los sectores Los Olmos, Nenquén y San José del Carmen.

Interior capilla Hacienda El Huique.
Foto: Santiago Scholl.

Demostración a la vista de la materialidad de los muros de la casa patronal de la Hacienda El Huique.
Foto: Santiago Scholl.

BIBLIOGRAFÍA

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago, Editorial LOM.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Larraín, C. (1964). "Adiciones y ampliaciones a un libro de familia: los Errázuriz". En: Medina José Toribio. Los Errázuriz. Notas biográficas y documentales para la historia de esta familia en Chile. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago.

Montecino, S. (2017). Mitos de Chile. Enciclopedia de seres, apariciones y encantos. Santiago de Chile, Catalonia.

Municipalidad de Palmilla (2013). Plan de desarrollo comunal 2013-2016. Chile.

Peña, M. (1999). "El Huique, una hacienda con historia". Mapocho, 45: 207-213.

Plath, O. (1973). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimiento.

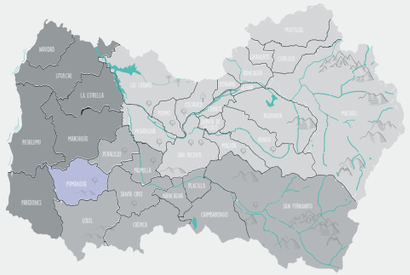
Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Territoria Consultores (2017). Nodo de Artesanía. Valle de Colchagua. Catálogo 2017. Chile.

PUMANQUE / Sonia Díaz / Artesana en telar



PUMANQUE

Domesticadores de su paisaje: campesinos, artesanos, tejedoras, arrieros y ovejeros

La palabra "Pumanque" provendría del mapudungún "pu mañque" que significa "cóndores" y se ha interpretado como "tierra de cóndores" (Solano, 1867; Herrera, 2010). Precisamente los lugareños indican que en este territorio merodeaban muchas de esas aves.

En el siglo XIX la comuna de Pumanque perteneció al Departamento de Vichuquén y luego de Santa Cruz, ambos entonces pertenecientes a la antigua Provincia de Curicó (Vichuquén 400 años, 1985). Luego, en 1927 por modificaciones administrativas, Pumanque fue incluido a la Provincia de Colchagua. No obstante, todos estos cambios de organización, que fueron más bien nominales, no afectaron lo más profundo de estas tierras y su gente: su identidad.

Si bien la zona de Pumanque corresponde al secano costero, sus hombres y mujeres son parte de la denominada cultura "costina", que surgió en medio de las adversidades del aislamiento y es de gran riqueza y complejidad (Echaíz, 1968; Leiva et al, 2017). Estos sujetos históricamente se sustentan de las actividades que realizan de la mano de la naturaleza, lo que ha sido posible gracias a la convergencia de, a lo menos, dos factores claves: uno de ellos es su temple esforzado, ingenioso y perseverante, y el otro es la gran cantidad de conocimientos que han acumulado, perfeccionado y transmitido de generación en generación.

Gracias a su cultura de trabajo, los pumanquinos se convirtieron en domesticadores de su paisaje y gracias a eso crearon productos típicos de gran valor. De este modo surgió el campesino mestizo, que hace brotar de la tierra trigo, maíz y garbanzos. Igualmente cultiva con esmero las vides, de las cuales obtiene la uva para el vino y otros licores. El cuidado de los animales es otra actividad fundamental que lo abastece de huevos, carne y leche. Mientras tanto, algunos aprendieron a domesticar al humo y lo continúan utilizando en la fabricación del carbón de espino en hornos de barro con ventanillas, en el cual avivan o sofocan el fuego para conseguir el carbón, proceso que es medido a través de la observación del humo y su color. Estas actividades, y muchas otras, permitieron el sustento de las familias campesinas de la zona que durante mucho tiempo padecieron problemas de conectividad.

Durante la época colonial y primeros momentos de la República, esta zona vivió en un relativo aislamiento, ya que no existían caminos que aseguraran el tránsito fluido hacia los grandes centros. Santiago y Valparaíso se encontraban a largas jornadas desde los campos de Pumanque, pero la distancia no era la principal dificultad, sino que las condiciones geográficas que existían de por medio. La Cordillera de la Costa fue un enorme obstáculo, ya que sus quebradas, desniveles y ríos hacían imposible el paso de las carretas. Por este motivo las comunicaciones, el transporte y el comercio estuvieron a cargo de un intrépido personaje, diestro en la cabalgadura y valiente para sortear los peligros que encontraba a su paso: el arriero.

Los arrieros, junto con sus recuas de mulas, se transformaron en un elemento fundamental del engranaje de aquellos tiempos, ya que aseguraban el abastecimiento de los productos que no se elaboraban en los campos pumanquinos y permitían la salida de la producción local para su comercialización en otros sectores. Además, el arriero era un canal de comunicación horizontal y popular que llevaba y traía noticias, con lo cual se rompía el relativo aislamiento de la zona (Lacoste et al, 2017).

Plaza de Armas de Pumanque.
Foto: Santiago Scholl.

La comuna de Pumanque tiene una interesante historia de tradiciones, la cual se niega a desaparecer a pesar de los terremotos, incendios y sequías que han azotado a la zona. En estas tierras del secano costero se han entramado las historias de aquellos hombres y mujeres que transformaron aquel paisaje natural y lo hicieron su patrimonio. Llenaron sus campos y cerros de siembras, ganados, casas de adobe y artesanías únicas; estrecharon lazos en su comunidad a través de la trilla y el mingaco; y se acompañaron contando historias y leyendas.

La línea punteada indica los caminos antiguos. En: "Pumanque lo que perdura cuando cae lo material".

Manuel Galáz, talabartero de Pumanque.
Foto: Catálogo Cultural de Pumanque.

Sonia Díaz y Victoria Guajardo, tejedoras de Pumanque.
Fotos: Catálogo Cultural de Pumanque.

Para el desarrollo de las actividades de campesinos y arrieros eran fundamentales ciertos productos que se elaboraban en Pumanque (Lacoste et al, 2017). Fue así como las creaciones de los talabarteros y herreros se volvieron imprescindibles, tales como monturas, calzados, lazos, frenos, amarras, riendas, alforjas y demás aperos.

Otros productos de gran importancia eran los tejidos a telar, como por ejemplo los ponchos, mantas y chamantos que antiguamente abrigaban al arriero y le permitían repeler la lluvia y cuyo prestigio perdura hasta hoy (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). Aquella tradición textil es ancestral y en ella convergen conocimientos indígenas e hispanos que todavía fluyen por las manos de las hábiles tejedoras y sus telares para dar vida a los conocidos tejidos de Pumanque (Plath, 1977).

Para el desarrollo de la textilería pumanquina era necesaria la lana de las ovejas, animales protagónicos en los campos de la comuna. Las ovejas se adaptaron con mucho éxito al paisaje del secano costero y aprendieron a convivir armoniosamente con las parras, las cuales desmalezan mientras comen. Además, las ovejas con su leche fueron importantes para el desarrollo de otro producto típico de gran valor durante la época colonial e inicios de la República, el queso de Chanco (Aguilera, 2016).

El cordero de Pumanque es un prestigioso producto reconocido hasta la actualidad. Las condiciones en que estos animales son criados en el campo de la zona les imprimen sus características más estimadas y convierten a la comuna en cuna del afamado "cordero del secano costero". La historia de estos animales ha sido posible gracias al esfuerzo de otro importante actor, el ovejero. Estos sujetos han sido responsables del cuidado y crianza de las ovejas, labor especialmente delicada en el pasado por el multifacético valor de estos animales, ya que proveían carne, leche, lana y además eran utilizados como moneda de cambio (Lacoste et al, 2017).

La Patria en Pumanque: ovejeros y Manuel Rodríguez

La comuna de Pumanque ha sido escenario de importantes gestas épicas, las primeras de ellas son su surgimiento y consolidación, las que fueron posibles gracias al esfuerzo sostenido de las mujeres y hombres que se abrieron un espacio en esta naturaleza y forjaron su patrimonio comunal.

Otra hazaña es la protagonizada por los ovejeros que durante el proceso de Independencia de Chile desempeñaron un papel no muy conocido. Por allá por el 1818 el entonces Director Supremo Bernardo O'Higgins solicitó a los habitantes de la Provincia de Concepción que quemaran sus casas y huertos y abandonaran la zona, para de este modo desabastecer al ejército realista que se reorganizaba para contraatacar desde el sur. Aproximadamente 50.000 patriotas respondieron a ese complejo llamado, sobrepusieron los intereses del proyecto libertario y cruzaron hacia el norte del río Maule, sin mayores posesiones que lo puesto y sus ovejas (Lacoste et al, 2017). De este modo aquellos campesinos patriotas se convirtieron en héroes civiles de la Independencia de Chile, los que se asentaron en la zona centro del país acompañados de sus animales, convirtiéndose muchos de ellos en ovejeros.

Otro hito lo marcó el paso del connotado Manuel Rodríguez por estas tierras, motivado por el amor hacia Francisca de Paula Segura y Ruíz, a quien visitaba en la Hacienda Pumanque. Algunos seguidores de la biografía del patriota afirman que de aquella relación nació un hijo al cual no alcanzó a conocer, cuyo nombre fue Juan Esteban Rodríguez Segura y quien vivió en dicha hacienda (Guajardo, 2010).

Muchos vecinos aseguran que por las tierras de Pumanque efectivamente cabalgó Manuel Rodríguez, para algunos el guerrillero, el caudillo, el revolucionario, el padre de la patria, el rebelde, el espía o el patriota. Relatan con orgullo que allí vivió su amor con Francisca y dejó la semilla viviente de un hijo que jamás conoció. Unos incluso indican que las monturas de ambos amantes están en poder de una vecina del sector y que sus restos descansan junto a los de su amada en la Iglesia de Pumanque. Si bien hay quienes dudan y piensan que el mito empaña estas historias, un documento oficial podría ayudar a disipar algunas dudas. Se trata del Libro de Registros de la Iglesia de Pumanque que señala: "En la Iglesia Parroquial de Pumanque a veintiocho de julio de mil ochocientos setenticuatro, se hizo oficio de entierro con rito mayor al cadáver de doña Francisca Segura, fallecida de ayer, sepultada en el Cementerio Parroquial, viuda de don Manuel Rodríguez, de más de noventa años de edad, natural de Santiago y residente en ésta muchos años".

Esta romántica historia es bastante citada por los pumanquinos que en cada relato agregan o quitan detalles, pudiendo mezclarse la realidad con el mito, no obstante, lo más importante es que la atesoran y transmiten con orgullo y cariño ya que forma parte de su historia comunal. Por este motivo perpetuaron un reencuentro simbólico entre ambos amantes y nombraron a dos calles que se interceptan como Avenida Manuel Rodríguez y Calle Francisca de Paula Segura y Ruiz.

Ovejas alimentándose en el campo pumanquino. Foto: Santiago Scholl.

Restos de una antigua construcción en la ex Hacienda Pumanque, donde Manuel Rodríguez visitaba a Francisca y posterior casa de su hijo Juan Esteban Rodríguez Segura. Foto: Santiago Scholl.

Escultura instalada en Pumanque, cuya inscripción señala: "Con esta escultura el Artista Visual Mauricio Cabrera Barraza da a conocer, el gran Amor oculto que tuvieron aquí en Pumanque, el Guerrillero Manuel Rodríguez y Francisca Segura". Foto: Santiago Scholl.

Patrimonio de Pumanque, religiosidad y fiestas comunitarias

Los vecinos de Pumanque profesan una arraigada fe católica que demuestran en distintas celebraciones. Una de ellas es la "Fiesta de la Virgen del Rosario", que se realiza desde el 7 al 14 de octubre para festejar a la Patrona de Pumanque, cuya imagen habría sido traída en el siglo XVIII desde Cusco por la propietaria de la Hacienda Pumanque, doña Mariana Castillo. Para esta festividad la imagen es llevada a recorrer los distintos sectores de la comuna acompañada de procesiones y huasos montados a caballo. En cada parada la esperan los pumanquinos con adornos y cantos, en las cuales también se da lugar a la gastronomía local.

Otras celebraciones son la "Fiesta de la Virgen del Carmen" el 16 de julio y la "Fiesta del 11 de febrero", en la cual se celebra a la Virgen de Lourdes y se realiza la tradicional procesión al cerro Agua Santa, cuyo nombre se originó, según cuenta la leyenda, cuando un hombre encontró una imagen de la Virgen de Lourdes junto a un charco en el cual lavó sus pies y milagrosamente sanaron sus heridas. En ese lugar luego se instaló una gruta y a la imagen de la Virgen se le atribuyen poderosos milagros, como devolverle la visión a una pequeña niña. Todos los años los feligreses acuden con gran devoción al cerro Agua Santa para pedir y pagar mandas (Jiménez et al, 2017)

En todas estas festividades religiosas la comunidad devota expresa su fe y participa en las eucaristías, peregrinajes, rosarios rezados al alba y demás celebraciones animadas por los "Cantores a lo Divino". El Canto a lo Divino es una expresión de fe que tiene gran arraigo en Pumanque y sus orígenes se encuentran en el proceso de evangelización del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991).

Otras instancias en que los pumanquinos se fortalecen como comunidad son las antiguas trillas y los mingacos. El sentido original de la trilla y el mingaco es precisamente la cooperación entre vecinos para llevar a cabo las tareas del campo. También se reúnen en torno a la matanza de algún animal o incluso cuando "salen a conejear", que consiste en perseguir conejos por el campo, ya sea a pie o acompañados de perros.

Una interesante demostración de comunidad fue la organización que logró un grupo de campesinos que compró la Hacienda Pumanque y formó la Comunidad Manuel Rodríguez (Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo, 2009). El sentido de esa comunidad era que los campesinos vendieran en conjunto sus productos, con lo cual aseguraban mejores precios para luego redistribuir las ganancias entre todos los participantes (Araya et al, 2012). Ejemplos como estos demuestran que un fuerte lazo entre los habitantes sirve como herramienta efectiva para el desarrollo comunal.

A partir de la cultura de trabajo de los pumanquinos nació y se consolidó su patrimonio. Aquel está conformado por todos sus productos típicos que son presentados con orgullo en las distintas exposiciones y ferias que se realizan en la comuna, como la "Expo Secano Costero" y la "Feria gastronómica", ambas en el mes de noviembre.

También es parte del patrimonio de Pumanque su paisaje tradicional, en el cual las construcciones de adobe y teja son las protagonistas. Los antiguos campesinos de la zona supieron valorar las bondades de la tierra cruda como eficiente aislante natural, ecológico, que brinda gran confort térmico y es de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y, a continuación, esos mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertir la tierra cruda en sus viviendas y de este modo las casas de adobe se incorporaron al paisaje tradicional de Pumanque. Lamentablemente, el paso del tiempo y los terremotos han destruido muchas de aquellas casas con corredores continuos en las fachadas que antaño decoraban Pumanque. Con todo, las que sobreviven en pie son verdaderos testimonios de aquella sabiduría y tradición campesina en las cuales convergen saberes ancestrales.

Calles de Pumanque que simbolizan el reencuentro de Manuel Rodríguez con Francisca de Paula Segura y Ruiz.
Foto: Santiago Scholl.

Parroquia Nuestra Señora del Rosario, año 2019, reedificada en cinco oportunidades desde su fundación en 1824.
Foto: Santiago Scholl.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2016). "El Queso de Chanco: un producto típico de la industria popular de Chile (siglos XVIII y XIX)". RIVAR, 3(8): 41-63.

Araya Espinoza, A., Vega Palma, A., Eltit, B., Belliard, C., Llermaly, C., Franch Maggiolo, C., Mejías, E., Gálvez, F., Jiménez, L., Ubilla, L., Rivera, M., Alarcón, M., Hernández, P., Pemjean Contreras, I., Solís, R., Mora, T. y Catepillán, T. (2012). Pumanque: lo que perdura cuando cae lo material. Disponible en http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122969

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de Patrimonio Cultural Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Echaíz, R. (1968). Historia de Curicó. Tomo II. Santiago de Chile, Editorial Neupert.

Guajardo, E. (2010). Manuel Rodríguez: historia y leyenda. Santiago de Chile, RIL Editores.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1919: Provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile, Editorial Bicentenario E.I.R.L.

Jiménez, L., Riquelme, W., Aeschlimann, E., Palma, F. (2017). Proyecto de Investigación "Puesta en valor de las devociones de la Virgen del Agua Santa, comuna de Pumanque",

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

Leiva, L., Pequeño, A., Baeza, P. (2017). La sal de la vida: memorias de las antiguas salinas de la laguna de Bucalemu. Municipalidad de Paredones.

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas". Atenea, 436: 169-237.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

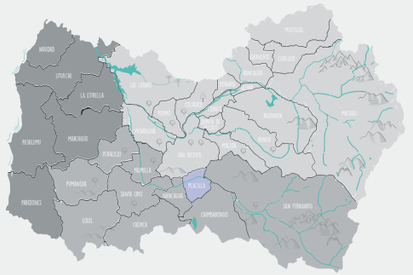
Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Solano Asta-Buruaga, F. (1867). Diccionario Jeográfico de la República de Chile. Nueva York, D. Appleton y Cía.

Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo. (2009). Identidad Regional reconociendo la diversidad para el desarrollo de los territorios. Chile.

Vichuquén: 400 años. (1985). Curicó, Ediciones La Prensa.

PLACILLA / Pan de Huevo / Natalia Jaramillo



PLACILLA

Legados del pasado y conformación de la cultura campesina de Placilla

El remoto pasado de la Región de O'Higgins se corrobora con los innumerables vestigios arqueológicos diseminados por sus tierras. Algunos ejemplos se hallan en la comuna de Placilla, precisamente en los sectores de Rinconada de Manantiales y La Dehesa, tales como piedras tácitas, horadadas y cuchillos de caza. Si bien no hay consenso absoluto sobre la función de las piedras tácitas y horadadas, las teorías apuntan a un uso utilitario como moledores comunitarios de granos o a una finalidad ritual (Municipalidad de Placilla, 2017; Programa red cultura, 2016).

Los incas fueron un excelente y destacado pueblo agricultor que desarrolló gran cantidad de conocimientos y técnicas que les permi-

tieron beneficiarse de los frutos de la tierra. Estos saberes ancestrales se los traspasaron a los indígenas locales que se emplazaban en el territorio de la actual comuna de Placilla. A partir de esta complementación de saberes se conformó el invaluable patrimonio cultural de la comuna.

Los hombres y mujeres de Placilla entablaron con la naturaleza un pacto de respeto y aprendizaje, con lo cual transformaron aquel paisaje en su hogar. Históricamente los campesinos de la comuna han hecho brotar de sus tierras una gran cantidad de frutas y hortalizas, tales como maíz, papas, porotos, trigo, paltas, limones, naranjas, sandías, tomates, entre otros (Muñoz et al, 2013).

Por otro lado, las vides introducidas por los españoles encontraron en este territorio un lugar fecundo para su anclaje. A continuación, el campesino viticultor de Placilla erigió la cultura del cuidado de la vid y decoró sus paisajes tradicionales con estas plantas. A partir de sus frutos creó reconocidos y estimados productos típicos, como por ejemplo el chacolí y el aguardiente (Lacoste et al, 2017). Precisamente el chacolí, vino joven sin envejecimiento en barrica ni guarda en botella, es un producto típico de enorme valor, ya que surgió hace más de 200 años de las entrañas de la cultura popular campesina y luchó por no desaparecer en las fauces de la corriente tecnócrata europea que desdeñó las cepas y procedimientos tradicionales locales. A pesar de que su edad de oro terminó a inicios del siglo XX, su presencia permanece viva en sectores populares y campesinos del Valle Central de Chile y representa un valioso eslabón del patrimonio inmaterial de la nación (Lacoste et al, 2015).

Al trabajo de los campesinos se sumó el esfuerzo de las tejedoras de Placilla, que también fueron depositarias de ancestrales saberes que les han permitido transformar la lana en imprescindibles piezas (Plath, 1977). Gracias a la lana que obtenían de las ovejas criadas por el ovejero, otro actor primordial, las tejedoras proporcionaron a los campesinos y arrieros mantas, ponchos y chalecos para protegerse durante sus extenuantes jornadas de trabajo a la intemperie. Por otro lado, los sombrereros se encargaron de confeccionar la solución para los calurosos días de verano, ya que sus sombreros tejidos en fibras vegetales ofrecían protección y frescura.

Sector Lo Moscoso, Placilla.
Foto: Municipalidad de Placilla.

El valle de Colchagua tiene una muy remota historia de poblamiento que habría comenzado, a lo menos, hace 11.000 años atrás y la comuna de Placilla es testimonio de aquello. Los registros arqueológicos encontrados en los sectores de Rinconada de Manantiales y La Dehesa, tales como piedras tácitas, horadadas y cuchillos de caza, son vestigios de aquellos primeros asentamientos humanos. Si bien no hay consenso absoluto sobre la función de las piedras tácitas y horadadas, las teorías apuntan a un uso utilitario, como moledores comunitarios de granos, o a una finalidad ritual. A estos restos se suman otros como árboles petrificados, conchales, vestigios alfareros y puntas de flechas encontrados en distintos sectores de la región, todos los cuales demuestran la antigua presencia humana en la zona.

Juan Silva, artesano mimbre.
Foto: Municipalidad de Placilla.

Fundo San Luis, Placilla.
Foto: Municipalidad de Placilla.

El ingenio campesino igualmente se vio reflejado al interior de sus hogares y bodegas. Durante la época colonial e inicios de la República la vida material en los campos de esta zona era bastante austera. Los utensilios de las casas eran elaborados por sus propios habitantes en base a madera, tierra, cueros, huesos y fibras vegetales. De este modo nacieron importantes actores encargados de proveer los elementos necesarios, como los talabarteros, quienes trabajaron el cuero para confeccionar zapatos, monturas y riendas, mientras que los herreros se encargaron de los frenos, espuelas y cuchillos. Por su parte los hábiles tejedores de fibras vegetales confeccionaron cestas, canastos y sillas y los alfareros transformaron la tierra en recipientes para el agua o almacenaje de granos y vinos.

Además, en Placilla se conserva la interesante tradición de las calabazas romanas, utilizadas desde muy antaño como receptáculos para almacenar líquidos, semejantes a las cantimploras. Desde la antigüedad las calabazas fueron empleadas para transportar agua y vino, mismo uso que le dieron los arrieros durante sus jornadas de viaje. Las más difundidas tenían capacidad para 5 a 9 litros, con lo cual aseguraban el agua necesaria de todo un día (Lacoste et al, 2017). En Placilla pervive esta tradición en las manos de algunos artesanos que las elaboran como piezas de decoración o para beber mate (Municipalidad de Placilla, 2017).

Por otro lado, los placillanos encontraron dentro de su paisaje natural otro importante elemento para construir sus viviendas y bodegas. Los campesinos apreciaron las bondades de la tierra cruda como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y se valieron de sus conocimientos ancestrales para desarrollar las destrezas constructivas necesarias para convertir a la tierra cruda en su hogar. Gracias a este recurso natural los campesinos de la zona construyeron viviendas y bodegas, las que se acoplaron como un elemento más del paisaje patrimonial de la zona. Igualmente, con la greda los alfareros confeccionaron vasijas, platos y recipientes de uso doméstico, al igual que tinajas que permitían la elaboración, crianza y conservación de los vinos (Lacoste et al, 2017).

El ingenio de los actores de Placilla sostuvo también un sistema muy particular dentro del campo chileno: las haciendas. El modelo de hacienda chilena tenía un claro orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. En la comuna de Placilla existieron los renombrados Fundo Taulemu, Fundo San Luis, Fundo Placilla y la Hacienda Rinconada de Manantiales. En aquellos extensivos terrenos se llevaron adelante variadas actividades productivas, ya que las haciendas solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba en el hábil trabajo de los campesinos (Bengoa, 2015). Ellos desarrollaron destrezas en las distintas áreas que eran imprescindibles para desarrollar la vida en aquellos campos, por lo cual es posible interpretar que fue el campesinado el que hizo posible, en gran medida, la existencia de aquellos fundos y haciendas.

Conectividad y medios de transporte: arrieros y ferrocarril

La historia de la comuna de Placilla contiene capítulos que narran el esfuerzo de sus habitantes por sobreponerse a las dificultades que su paisaje les imponía. Una de ellas fue el relativo aislamiento al que estuvo sometida la zona, esto por los obstáculos que representaban de la Cordillera de la Costa, los ríos, los cerros, las quebradas y las lluvias, que impedían trayectos fluidos desde Placilla hacia los grandes centros comerciales de Santiago y Valparaíso.

Paralelamente, durante la época colonial e inicios de la República, la red caminera en Chile era bastante precaria, ya que los caminos existentes solían estar en malas condiciones y muchos no pasaban de ser sólo huellas mal demarcadas. Lo que predominaba eran los caminos de herradura, es decir, que podían ser surcados sólo sobre el lomo de caballos y mulas. En ese escenario el arriero fue el protagonista encargado de las comunicaciones y el comercio, ya que sobre sus recuas salían los productos típicos locales para ser comercializados y de regreso internaban a los campos de Placilla los elementos que internamente no se producían (Lacoste et al, 2017). Al trabajo de los arrieros se sumaban los carreteros y sus yuntas de bueyes, siempre y cuando existieran carreteras que les permitieran la circulación, las que en todo caso eran escasas y de mala calidad. De este modo, el sistema que imperaba en Chile previo a la instauración del ferrocarril era multimodal, compuesto por caminos carretos, hidrovías y rutas de herradura (Aguilera, 2013).

Esta localidad sirvió como lugar de descanso en el trayecto que iba desde la costa hacia San Fernando, o viceversa (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Ministerio de Bienes Nacionales, 2014). Era un punto estratégico donde los caminos se unían y por lo tanto era utilizado como lugar de encuentro y descanso por los viajeros, comerciantes y arrieros. Desde antaño éstos últimos trasladaban animales desde la costa para reproducirlos en la zona de Nancagua, en cuyo trayecto pernoctaban en Placilla para continuar su recorrido de madrugada (Municipalidad de Placilla, 2017). De este modo la comuna se configuró como un importante y estratégico emplazamiento, motivo por el cual fue llamado Placilla, en referencia a su utilidad como lugar de encuentro.

Su posición privilegiada se vio reforzada por la llegada del ferrocarril en 1872. Durante la segunda mitad del siglo XIX el Estado de Chile se concentró en un proyecto de enorme impacto, como lo fue la red Ferrocarril Sur. Su finalidad era hacer más eficiente el traslado de las cargas y las personas. Con la implementación del tren se logró superar en gran medida la dificultosa geografía del Valle Central, lo cual trajo aparejados beneficios para los campos circundantes. Si bien no era su objetivo principal, la repercusión social del ferrocarril fue enorme, ya que permitió la movilización democrática de las personas y les facilitó el acceso a las grandes ciudades, ya fuese para abastecerse, por fines médicos, educacionales o también recreativos (León, 1996, 2008; León y Valenzuela, 2014).

El ferrocarril arribó a la estación de Placilla en 1869. Hasta allí llegaban salitre y semillas de papas, mientras que se cargaban maderas, cuarzo, vinos y vacunos para trasladarlos hasta el matadero de Santiago. Por su parte en la cercana estación Manantiales, fundada en 1868, se cargaban frutos agrícolas y animales bovinos, pero no se descargaban productos ya que no existía bodega, por lo cual todas las cargas llegaban directamente a la estación Placilla (León, 1996; 2008). El ferrocarril, por tanto, fue un importante estimulo comercial para la zona, ya que facilitó la salida de los productos locales y abasteció a los campesinos del sector con nuevas mercancías.

Sus creencias, tradiciones, mitos y leyendas

Dentro del influjo español desplegado en esta zona se encuentra la religión católica. Fue así como en Placilla se erigieron capillas e iglesias, dentro de las cuales destaca la Iglesia de Rinconada de Manantiales, de la misma hacienda, cuya construcción dataría de 1876. Anecdóticamente se cuenta que cuando la propietaria visitaba su casa que estaba ubicada en frente de la iglesia, cerraba con cadena el camino para así evitar que entrara el polvo levantado por los transeúntes, animales y carretas, y sólo se abría cuando ella regresaba

Antigua estación "Placilla".
Foto: Municipalidad de Placilla.

Santuario Virgen
Lourdes, La Dehesa.
Foto: Municipalidad de
Placilla.

a Santiago. Dentro de la misma hacienda los propietarios construyeron un Santuario a la Virgen de Lourdes, según cuenta la leyenda motivados por expulsar al Diablo que acudía a jugar al tejo y espantar a los vecinos que atravesaban por el sector (Programa red cultura, 2016).

En el sector de La Dehesa existe otro santuario dedicado a la Virgen de Lourdes, el cual contaría con una roca traída directamente desde la Gruta Massabielle, en Francia, donde la Virgen habría hecho sus apariciones (Programa red cultura, 2016).

Otro importante lugar que congrega a los placillanos es la Parroquia de San Francisco de Asís, donde todos los 4 de octubre, desde el siglo XIX, se celebra la fiesta de su patrono. En esa instancia se bendice el pan que es entregado a los vecinos al término de la misa. Igualmente, esa instancia es aprovechada para ofrecer a los participantes los productos típicos del sector (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Los habitantes de Placilla también expresan su fe católica en conjunción con el folclor a través del Canto a lo Divino, cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Programa red cultura, 2016).

Parte fundamental del patrimonio cultural inmaterial de las comunidades son sus fiestas costumbristas. Algunas de ellas se concentran en torno a las tradiciones, tal y como es el caso de la "Fiesta de la cosecha" que se desarrolla la primer semana de marzo, o la "Fiesta del término de la cosecha" que tiene lugar en la primera semana de mayo. Otro ejemplo es el "Festival de los temporeros" del mes de febrero, instancia en que los placillanos se reúnen en torno a la importante actividad campesina de recolección. Otra temática central de las fiestas costumbristas es el patrimonio gastronómico y en esta categoría se encuentra la "Fiesta de la Huma", en el mes de febrero y la "Fiesta del Pastel de Choclo", en enero (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Programa red cultura, 2016; Aguilera, 2021).

Placilla, como fiel exponente del campo chileno, es escenario de variados mitos y leyendas que se transmiten de generación en generación. Infaltables son los testimonios de los vecinos que aseguran haber visto al Diablo merodeando por el sector. También existe una leyenda que indica que al sur del río Tinguiririca, en el camino que se dirige al sector El Calabozo, existe una cueva en cuya entrada hay una piedra grabada con una pata de mula y en cuyo interior se esconde un valioso tesoro. Se cuenta que para entrar a la cueva debe

acudir un grupo de personas, pero para salir con los preciados objetos una de ellas debe quedarse dentro para siempre.

Existe otro mito en el sector de Santa Eusebia, precisamente en el cerro La Mina, donde se aparecería el fantasma de una niña que peina su cabello. Se dice que la niña fue castigada por su padre por salir mucho de casa y la convirtió en piedra como sanción (Vásquez et al, 2013).

En el sector de Peñuelas se ubica el castillo que perteneció a la familia Lyon Rojas. Son varias las leyendas que se cuentan en torno a este lugar, como por ejemplo que es el punto de encuentro del Diablo con otros seres demoniacos para realizar macabras danzas (Programa red cultura, 2016). Otras versiones señalan que el castillo se encontraría maldito, puesto que distintos sucesos trágicos han tenido lugar allí. Se rumorea que el encargado de la construcción huyó con el dinero destinado a la obra y al pago de los obreros y que lo perdió en una apuesta por lo que se suicidó. Desde ese momento se suscitaron distintas desgracias, como derrumbes, suicidios y accidentes fatales, por lo que los obreros abandonaron la faena y nadie quiso retomarla.

En el sector de Rinconada de Manantiales efectivamente existen unos antiguos túneles que, según algunos, habrían sido utilizados como escondite por el afamado Manuel Rodríguez. Posteriormente, sirvió como cava de vinos de la hacienda y también como refugio de animales (Programa red cultura, 2016).

Una muestra visible de la tradición campesina de Placilla se encuentra en su arquitectura típica, la cual supo valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Y luego, los mismos campesinos desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial. Si bien los embates del tiempo y la naturaleza, como los terremotos, han destruido gran parte del patrimonio arquitectónico de Placilla, subsisten algunos ejemplos como la Iglesia de Rinconada de Manantiales, la Parroquia de San Francisco de Asís y algunas viviendas de adobe. Otros edificios de gran valor son las estaciones de tren de Placilla y Manantiales, que evocan aquel prometedor pasado cuando los trenes acortaban distancias y permitían que trozos de Placilla llegaran a distintos lugares.

Iglesia de San Francisco de Asís, Placilla. Foto: Municipalidad de Placilla.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (2021). "Fiestas costumbristas en la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile: tradiciones, gastronomía y religiosidad en el centro de la fiesta". RIVAR, 8, n° 22: 179-197.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Briones, F., Cussen, F., Soto, N., Rendón, B., Mujica, F., Aguilera, P., Cofré, C., Núñez, E., Lacoste, M. (2015). Vinos típicos de Chile: ascenso y declinación del chacolí (1810-2015). Idesia (Arica), 33(3), 97-108.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Chile.

León, V. y Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Municipalidad de Placilla. (2017). Plan municipal de cultura, Comuna de Placilla 2017-2020. Chile.

Muñoz, J., Morales, G., Basso, J., Quilodrán, D. (2013). Noticias territoriales de los distritos colchagüinos, 1787-1788.

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas". Atenea, 436: 169-237.

Programa red cultura. (2016). Placilla rescatando lo nuestro, Catálogo Cultural. Chile.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

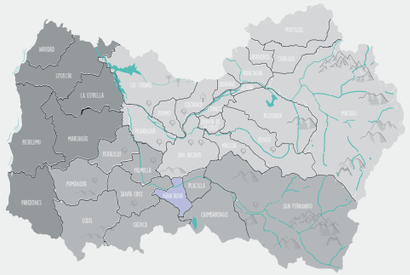
Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Ministerio de Bienes Nacionales. (2014). Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua. Rutas Patrimoniales. Chile.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando.

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.



NANCAGUA

Toponimia, pueblo de indios, haciendas, villa y modernidad

El nombre de la comuna de Nancagua proviene de la lengua mapuche y podría interpretarse como "lugar de nalcas", una planta nativa de Chile (Herrera, 2010). Aunque otras versiones indican que sería "celo de animales", "lugar para estar en celo" o "animal en celo" (Wilhelm, 1991; León, 2008; Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua, 2014). Estas últimas interpretaciones se explican a la luz de un importante capítulo de la historia de Nancagua. En el pasado este sector fue muy reconocido porque hasta allí conducían los arrieros a los rebaños de animales para cruzarlos y luego continuaban el recorrido hasta las veranadas en la cordillera (Plan municipal de cultura comuna de Placilla, 2017). Otras traducciones son "salto de agua" o "lugar donde hay muchos aguiluchos", puesto que el término "ñanca" designa a un pequeño aguilucho que habitaba el sector (Plan municipal de cultura de Nancagua, 2014).

Con el asentamiento de los españoles en Chile se produjeron un sinfín de cambios, entre ellos en la forma de entender el espacio, sus límites y la posesión de la tierra. Luego de imponer su poderío sobre las comunidades locales, aplicaron los mecanismos de mercedes de tierras y las encomiendas indígenas a modo de reconocimiento y pago a los conquistadores por sus servicios a la corona. Precisamente a contar del siglo XVI las tierras del Valle Central de Chile fueron divididas y muchas entregadas a distintos españoles. Tal fue el caso de José de Riveros y Aguirre, quien recibió una merced de tierra que actualmente forma parte de la comuna de Nancagua.

Nancagua además fue un importante pueblo de indios, uno de los 11 que existieron dentro del Corregimiento de Colchagua, otro sistema impuesto por los españoles para asegurar la mano de obra, control y evangelización de los nativos (Góngora, 1970). Inicialmente el pueblo de indios de Nancagua prestaba sus servicios para la extracción de oro de los trapiches cercanos, como los de Nancagua, Yaquil, Apalta y Millague, lo que le valió gran fama en la época colonial (Solano, 1867; Valle Central, 2014; Plan municipal de cultura de Nancagua, 2014).

De acuerdo con la lógica de ocupación de los españoles, éstos solían instalar sus poblados y centros productivos donde ya existían los asentamientos indígenas (Góngora, 1970). Así fue como alrededor del pueblo de indios y la casa del encomendero de Nancagua se formó un poblado donde convergían españoles e indígenas. Del mismo modo las haciendas del sector irradiaron gran influencia y atractivo, ya que junto a las haciendas Cunaco, El Huape y El Cardal se formaron las poblaciones de Cunaco, El Cardal, Puquillay, San Gregorio, Ana Luisa, entre otros (Gómez, 2008; Geografía UC-Proyectos, 2016).

A raíz de las nuevas interacciones entre indígenas y españoles, en Chile y especialmente en el Valle Central surgió y se consolidó el sistema de haciendas, dentro del cual se reprodujeron complejas relaciones y modos de producción, los que se sostuvieron en el trabajo de un nuevo sujeto protagónico: el campesino mestizo.

El modelo de hacienda chilena tuvo un orden estratificado encabezado por el patrón, que era secundado por los capataces y demás

Paisaje de Nancagua y sus naranjos amargos. Fotos: Municipalidad de Nancagua.

Ex Hacienda El Huape de Cunaco. Foto: Catálogo de Patrimonio Cultural.

administradores que controlaban a la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. En la zona de la actual Nancagua existieron las haciendas Nancagua, El Huape, Cunaco, La Calvina y el fundo El Cardal, por ejemplo. En aquellos extensivos terrenos se llevaron adelante variadas actividades productivas, ya que las haciendas solían tener un alto grado de autosustentabilidad que se basaba, en todo caso, en el hábil trabajo de los campesinos (Bengoa, 2015). Ellos desarrollaron las destrezas necesarias para sostener su vida cultural y material en aquellos campos.

En 1871 el sector obtuvo el título de villa y un año más tarde recibió el fuerte impacto de la modernidad con la llegada del ferrocarril, cuyo ramal arribó a Nancagua el 1 de octubre de 1872 (Núñez, 1910; Quiros, 1939). A partir de la segunda mitad del siglo XIX el Estado de Chile se concentró en uno de sus proyectos más ambiciosos y de gran impacto, como lo fue la construcción de la red sur de ferrocarriles. Esta iniciativa encontró ferviente apoyo en la clase dirigente que poseía haciendas en el Valle Central y que veía con especial interés la llegada del ferrocarril a sus terruños, ya que eso facilitaría el transporte de sus producciones y la llegada de aquellos elementos para el funcionamiento interno. Precisamente a la estación de Nancagua llegaba salitre y se cargaban abundantes productos de chacarería, mientras que a la estación Cunaco, muy cercana a la Hacienda El Huape, llegaba salitre y trigo para procesar en el molino de la hacienda, a la vez que se cargaban vacunos, porotos, papas, maíz y harina de trigo (León, 2008).

Finalmente, en 1891 se creó la comuna de Nancagua y se instaló el municipio y los servicios básicos como el correo, telégrafo, registro civil y escuelas públicas (Geografía UC-Proyectos, 2016). No obstante, todos estos cambios no alteraron la profunda identidad campesina que se venía fraguando en Nancagua, a partir de la cual sus habitantes obtuvieron su identidad.

SUJETOS FORJADORES DE NANCAGUA Y SUS PRODUCTOS TÍPICOS:

Campesinos y molineros

La comuna de Nancagua, perteneciente al valle de Colchagua de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, es un bastión dentro de la lucha por preservar la historia y cultura tradicional del campo chileno.

En la creación de la comuna de Nancagua participaron muchas manos. Inconmensurable fue el aporte de los campesinos que labraron la tierra e hicieron brotar de ella los frutos y hortalizas que alimentaron a las familias del sector, pero no sólo eso, sino que también hicieron posible que Chile fuese el principal productor de trigo del cono sur durante la época colonial (Lacoste et al, 2017). Esta vocación agrícola de Nancagua perduró en el tiempo hasta la actualidad.

La importante producción agrícola de toda esta región generó la necesidad de contar con molinos para el procesamiento de los granos y así convertirlos en harina. Por ejemplo, la Hacienda de Cunaco tuvo una exitosa historia de producción triguera y exportación a California, por lo que contó con su propio molino hidráulico para pulverizar los granos utilizando la fuerza del agua (Quintanilla, 2016). De este modo, desde los siglos coloniales se comenzó a formar una estratégica red molinera en toda la Región de O'Hi-

ggins, tanto para el abastecimiento local como para la exportación. El transporte del trigo convertido en harina era mucho más eficiente, puesto que el tamaño de la carga era menor (Cubillos y Muñoz, 2014; Lacoste et al, 2017). El agente dinamizador de estos centros era el maestro molinero, el cual desarrolló los conocimientos y habilidades necesarios para operar el molino, mantenerlo y repararlo.

Los sujetos del transporte

Al esfuerzo y sabiduría del campesino de Nancagua se unió otro aporte fundamental dentro del circuito productivo de la comuna. El arriero junto con sus animales actuó como transportista y comerciante de los productos típicos locales, con lo cual permitió que llegaran a mercados distantes y atractivos, como Santiago y Valparaíso. A su regreso, llevaba hasta la zona de Nancagua los productos que allí no se elaboraban. Para realizar esta crucial labor, el arriero debía ser un diestro jinete y contar con aperos de buena calidad que aseguraran el éxito de sus misiones en aquellas complejas rutas, aperos que eran confeccionados por hábiles talabarteros y herreros de la región.

Previo a la instauración del ferrocarril el sistema que imperaba en Chile era multimodal, compuesto por caminos carreteros, hidrovías y rutas de herradura (Aguilera, 2013). Los caminos de herradura muchas veces eran de mala calidad y las carreteras prácticamente inexistentes. Por otro lado, el Estado no aseguraba los recursos necesarios para sus reparaciones, por lo que muchas veces los vecinos debieron organizarse para financiarlas, tal y como sucedió en Nancagua cuando el párroco asumió el pago de los salarios de los peones que arreglaban los caminos cercanos (Cáceres, 2007).

Precisamente en esta región las múltiples quebradas, ríos y desniveles de la Cordillera de la Costa representaban verdaderos impedimentos para el tránsito fluido y grandes peligros para la vida de los transportistas y sus animales. En este contexto de relativo aislamiento los arrieros actuaron como un efectivo canal de comunicaciones horizontal y popular, puesto que difundían noticias por todo el territorio, con lo cual se rompía la desconexión y se estrechaban las distancias (Lacoste et al, 2017).

Para sortear con éxito la misión, los nancagüinos cuentan con un importante arsenal de tradiciones, legados ancestrales, productos típicos y las enseñanzas de los inestimables personajes que forjaron la cultura de trabajo de la comuna. Su historia, por tanto, es su máximo tesoro, que le permitirá a Nancagua permanecer estoica sin transar su singular identidad campesina.

Nancagua ganadera

Conjuntamente, los arrieros estimularon el perfil ganadero de la zona. Como se precisó anteriormente, una de las explicaciones de la toponimia de la comuna es que se trató de un centro neurálgico para la reproducción de animales. En ese circuito los arrieros eran los encargados de conducir a los rebaños desde los distintos sectores de la región hasta Nancagua. Allí los animales se cruzaban y luego los arrieros los conducían hasta las veranadas en la cordillera. Del mismo modo, desde esta zona los arrieros trasladaban cueros, lo cual da cuenta de la existencia de mataderos y de artesanos curtidores y talabarteros (Góngora, 1970). En definitiva, todo lo anterior refleja el gran aporte de los arrieros en la consolidación de Nancagua como polo ganadero, lo cual se perpetuó en el tiempo (Solano, 1867).

Es posible rastrear los orígenes del perfil ganadero de Nancagua hasta su remoto pasado colonial. En testamentos e inventarios de la época se coteja la preponderante presencia de ganado mayor y menor. Estos animales sirvieron como unidades de medida, reserva de valor y como medios de intercambio. Precisamente las estancias La Encarnación de Nancagua y la de Chépica se pagaron con 115 cabras, 100 vacas y 400 ovejas (Lacoste et al, 2017).

A continuación, en el proceso de Independencia de Chile la Región de O'Higgins recibió un importante influjo de ovejas producto del estratégico llamado que hizo el Director Supremo Bernardo O'Higgins en 1818. En aquella oportunidad solicitó a los habitantes de la Provincia de Concepción que quemaran sus casas y huertos y abandonaran la zona, para de este modo desabastecer al ejército realista que se reorganizaba para contraatacar desde el sur. Aproximadamente 50.000 patriotas respondieron a ese complejo llamado, sobrepusieron los intereses del proyecto libertario y cruzaron hacia el norte del río Maule, sin mayores posesiones que lo puesto y sus ovejas (Lacoste et al, 2017). De este modo aquellos campesinos patriotas se convirtieron en héroes civiles de la Independencia de Chile y se asentaron en la zona centro del país acompañados por sus animales, convirtiéndose muchos de ellos en ovejeros.

Artesanos

Respecto de las ovejas es importante destacar su multifacético valor, por cuanto proveían a las familias campesinas de alimentos como la carne y leche, a la vez que brindaban una importante materia prima: su lana. A partir de los conocimientos prehispánicos acumulados en el tiempo y en sus añosos telares, las tejedoras de Nancagua transformaban la lana en importantes prendas. No se trataba de artículos suntuarios, sino que totalmente necesarios para la sobrevivencia. Gracias a los resistentes y gruesos ponchos y mantas, los campesinos y arrieros pudieron sobreponerse a las dificultades que representaban el frío y la lluvia durante sus labores a la intemperie.

El trabajo de los artesanos de la zona de Nancagua fue fundamental por cuanto proveyó a sus habitantes de productos utilitarios que, a la vez, estaban forjados en base a conocimientos ancestrales y sobre una cultura de trabajo. Otro producto típico son los elaborados por los artesanos del mimbre, quienes desarrollaron las técnicas necesarias para tejer las fibras vegetales y transformarlas en canastos para la ropa, muebles, cestas, sillas, sillones, marquesas y mecedoras (Plath, 1977).

Viticultores

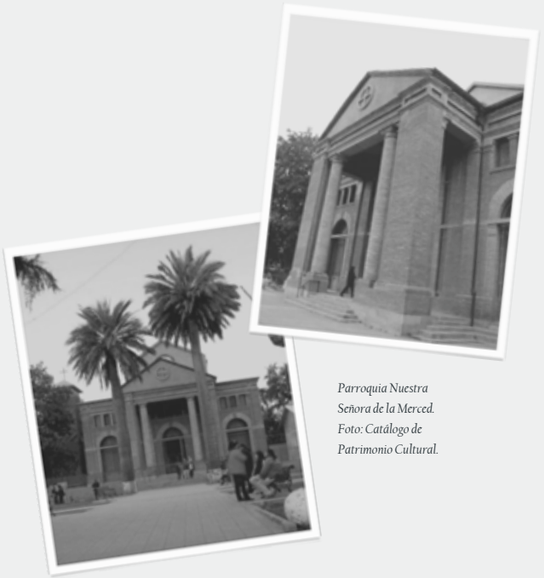
Un actor fundamental en la construcción de la comuna de Nancagua es el viticultor. Estos sujetos han sostenido y perfeccionado durante siglos la cultura del cuidado de la vid, la cual pasó a formar parte integrante del paisaje típico de Nancagua. En esta zona las parras encontraron condiciones naturales propicias para su desarrollo, lo que explica que en prácticamente todas las casas de la comuna hayan existido parrones. A partir de las abundantes uvas y cultura de trabajo de sus habitantes, en Nancagua surgieron importantes productos típicos tales como el chacolí, la chicha y el vino, en los cuales se refleja la clara vocación vitivinícola de la comuna (Lacoste et al, 2015b).

En Nancagua se generó una estrecha relación entre la cultura vitivinícola y la vida cotidiana del campesino, no pudiendo establecerse una clara separación entre ambas esferas. Los utensilios necesarios para la elaboración del vino eran parte de la cotidianeidad del viticultor, lo que se refleja en sus testamentos e inventarios coloniales, donde abundan los registros de tinajas de greda empleadas en la fermentación del mosto. Allí igualmente se constata la elaboración temprana de vinos añejos y aliñados, que dan cuenta del esfuerzo de los campesinos de Nancagua por mejorar la calidad y precios de sus brebajes, el primero mediante la guarda en tinajas en sus bodegas y el segundo mediante la añadidura de condimentos (Lacoste et al, 2017).

La historia del chacolí se remonta al siglo XIX, centuria que fue testigo de su nacimiento y gran auge, ya que llegó a ser la bebida más popular de Chile y representó un tercio de la producción total nacional. Se trata de un vino típico de la vitivinicultura popular chilena, que surgió de la tradición desarrollada por los campesinos viticultores desde el Huasco, en el Norte Chile, hasta el Valle Central, donde Nancagua se destacó como polo chacolinero (Lacoste et al, 2017). Este vino es la estrella en momentos de celebraciones, como el fin de la cosecha, carnavales y Fiestas Patrias (Lacoste et al, 2015a).

A partir de la fraternal relación que forjaron los campesinos con su entorno y los parrones, crearon otro producto típico con la Uva País de Nancagua: la chicha. La elaboración de esta bebida popular también significó un tercio de la producción nacional durante el siglo XIX y hasta el día de hoy posee un rol protagónico dentro de celebraciones nacionales como las Fiestas Patrias y el Día de las Glorias del Ejército (Lacoste et al, 2015a; Castro et al, 2016). Si bien el chacolí y la chicha fueron víctimas de las corrientes tecnócratas que se concentraron en desprestigiar a los productos nacionales en post de venerar los elaborados en Europa, existen lugares -como Nancagua- que actúan como verdaderos bastiones de resistencia, cuya lucha mantiene con vida a estas producciones tradicionales y populares, que son reflejo de la identidad de sus gestores y parte sustancial de su patrimonio.

Uvas de Nancagua.
Foto: Municipalidad de Nancagua.



Parroquia Nuestra Señora de la Merced.
Foto: Catálogo de Patrimonio Cultural.

Santuario de Puquillay.
Foto: Municipalidad Nancagua.

Nancagua tradicional: creencias, mitos, leyendas y celebraciones

La comuna de Nancagua es poseedora de un rico conjunto de tradiciones que surgen de la esencia campesina de sus habitantes. Gran parte de estas tradiciones están fuertemente imbricadas con su fe católica. En 1770, en terrenos de la Hacienda Nancagua, se fundó la Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes de Nancagua, bajo la advocación de "La Merced" que corresponde a un título mariano representativo de la misericordia de Dios y que tiene sus cimientos en la Orden de los Mercedarios. En Nancagua estos frailes dejaron su huella por medio de esta devoción, transformándose la Señora de la Merced en la patrona de la comuna (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Gran cantidad de nancagüinos profesan la religión católica y veneran especialmente a la Virgen a través de diversos homenajes. Precisamente la construcción del Santuario de la Virgen de Puquillay es una demostración de aquello, puesto que requirió del arduo trabajo comunitario para su ejecución. En 1904 comenzó la recolección de fondos para la adquisición de una gran imagen de la Virgen elaborada en fierro forjado en Francia, en tanto el pedestal fue construido por los artesanos del sector con piedras canteadas. Un año más tarde la imagen arribó a la estación de tren y fue trasladada por los vecinos en carreta hasta la Parroquia de Nancagua. Durante los dos años siguientes se realizaron complejos trabajos en el cerro Puquillay para acondicionarlo como santuario definitivo. En la cima se instaló una cruz de aproximadamente 9 metros, la cual sucumbió a los embates de un fuerte temblor, no obstante los nancagüinos insistieron en reposicionarla. Se dice que diariamente trabajaron más de 100 voluntarios en dichas faenas, junto con numerosas yuntas de bueyes para subir la imagen hasta la cumbre. Finalmente, en 1908 se dio por inaugurado el santuario. A la virgen la llaman Patrona del Valle de Colchagua, ya que desde su privilegiada posición tiene una vista panorámica de los campos, por lo que sus fieles devotos le suplican bendiga sus campos y cosechas y le encomiendan protección frente a sequías y enfermedades (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Valle Central, 2014; Geografía UC-Proyectos, 2016).

La Virgen Purísima del cerro Puquillay tiene su propia celebración, cuando cada 8 de diciembre se congregan miles de peregrinos para celebrar el misterio de la Inmaculada Concepción a través de misas que comienzan en la Parroquia de Nancagua y continúan a lo largo de todo el trayecto hasta ascender al santuario, periplo que es aprovechado como pago de las mandas hechas a la Patrona del Valle de Colchagua. Igualmente, existe otra importante procesión al santuario cada Viernes Santo, cuando sólo los hombres de Nancagua suben el cerro para dar su pésame a la Virgen por la muerte de su hijo Jesús (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Los nancagüinos preservan en su memoria uno de los milagros que Santa Teresa de Los Andes habría realizado en la Hacienda El Huape, donde concurría a pasar sus vacaciones en compañía de sus primas. En aquel lugar enviaba correspondencia a su madre comentándole acerca del hermoso paisaje y el buen

temple de sus habitantes. Precisamente en noviembre de 1918 el sacerdote Félix Henle habría presenciado la levitación de la Santa, cuando después del mediodía entró silenciosamente al oratorio del fundo y observó que ella se encontraba elevada 30 centímetros sobre el suelo, con las manos juntas y los ojos fijos en el Sagrario (De Lassus, 2019).

Otra expresión de la fe de los nancagüinos, que se fusiona con su folclore campesino, es el Canto a lo Divino, cuyos orígenes se remontan a la evangelización católica del territorio, para lo cual se utilizaron cantos religiosos que luego fueron apropiados por la comunidad y transformados en poesía rural (Salinas, 1991). En Nancagua existen diversos expositores de este popular arte campesino. En el mismo tenor, en la comuna se lleva a cabo el "Festival del Villancico Tradicional chileno", el tercer fin de semana de diciembre. En esa instancia se presentan composiciones inéditas de villancicos con raíz folclórica chilena, las que son interpretadas con instrumentos tradicionales del país. Además, este festival sirve como vitrina para que la comuna exponga a los visitantes sus productos típicos, gastronomía y artesanía (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016).

Igualmente, los productos típicos de la zona reciben el debido reconocimiento en celebraciones comunitarias de gran importancia. Una de ellas es la "Fiesta de la Chicha", que tiene lugar en Puquillay la última semana de abril o la primera de mayo. En dicha ocasión participan productores de la comuna y de toda la Región de O'Higgins, teniendo como producto estrella a la Chicha de Nancagua, la que es acompañada por diversos platos surgidos de la gastronomía local tradicional, en los que confluyen sabores y saberes indígenas y españoles. Igualmente, en el mes de febrero la comuna de Nancagua realiza su "Fiesta Nancagüina", en la cual participa activamente toda la comunidad para ofrecer a los visitantes lo mejor de su repertorio artístico y producción tradicional (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Geografía UC-Proyectos, 2016). Y si bien la "Fiesta del Chancho" es un evento nuevo que tiene lugar en el mes de julio, se sustenta en una tradición campesina invernal de muy antigua data. La matanza de este animal implica todo un ritual comunitario, que congrega a los vecinos y familiares para el faenamiento, las preparaciones de los platos típicos y para el festejo final donde se comparte la mesa y los productos obtenidos.

Por otro lado, los mitos y leyendas también son elementos constitutivos de la cultura nancagüina. Esta comuna al ser eminentemente campesina cuenta con un nutrido repertorio de leyendas, como aquella que se localiza en la zona de Yáquil, donde se cuenta que tres hermanos quisieron ir a una fiesta para tocar el arpa y la guitarra, pero su madre no los autorizó. De todos modos los tres hermanos acudieron y la madre, enceguecida por el enojo, les lanzó una maldición. Cuando los jóvenes alcanzaron la cumbre de un cerro se convirtieron sorpresivamente en piedras blancas y, según cuenta la leyenda, cuando alguien pica u horada esas piedras el día Viernes Santo de ellas brota sangre (Plath, 1983).

También existen testimonios de vecinos que aseguran haber visto a extraños personajes merodear por la zona. Puntualmente en el sector de La Noria se relata que un enano hostigó insistentemente a una joven de

Casas de adobe con corredores continuos en la fachada. Foto: Catálogo de Patrimonio Cultural.

Ex Hacienda Nancagua, actual Municipalidad de Nancagua. Foto: Municipalidad Nancagua.

19 años, a quien persiguió y molestó para conseguir su amor a cambio del cual le ofreció un gran tesoro. Pero este tipo de apariciones no serían aisladas, ya que el primo de la joven también declaró haberse encontrado con unos duendes que lo salvaron en una inundación. Por otro lado, distintos lugareños aseveran haber visto al temido Chupacabras en el sector de Puquillay y en el centro de Nancagua, al cual describen de color negro, con un metro y medio de estatura y ojos rojos intimidantes, el cual habría sido responsable de la muerte de múltiples gallinas que aparecieron desangradas y con extrañas heridas en sus lomos (Vásquez et al, 2013).

El patrimonio natural y arquitectónico de Nancagua

La comuna de Nancagua se conformó gracias al incansable trabajo de generaciones de nancagüinos que preservaron y perfeccionaron los ancestrales conocimientos sobre su tierra y paisaje. Este sector alberga un sinfín de muestras de esta enorme proeza campesina que fue domesticar la naturaleza y transformarla en su hogar.

Uno de los testimonios de la cultura campesina de Nancagua es su arquitectura tradicional, la cual forma parte del patrimonio de sus habitantes. Esta arquitectura refleja la sabiduría ancestral de los campesinos que supieron valorar de la tierra cruda todas sus bondades, como eficiente aislante natural, ecológico y de fácil obtención (Sahady, 1996; Rodrigues, 2007; Lacoste et al, 2014). Esos mismos campesinos también desarrollaron las destrezas constructivas necesarias para convertirla, con sus propias manos, en su hogar, incorporando definitivamente a la tierra cruda como un elemento más de su paisaje patrimonial.

Los nancagüinos preservan con gran respeto sus paisajes típicos, a pesar de que la naturaleza no les da tregua con sus sismos y terremotos. Con todo, aún sobreviven estoicas algunas casas tradicionales con corredores continuos en la fachada y techos de tejas, además de construcciones emblemáticas como la casa patronal de la ex Hacienda de Nancagua y su parque, que datan de fines del siglo XIX y que hoy albergan a la Municipalidad de Nancagua. A un costado de este

edificio municipal se encuentra la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, que ha sufrido la fuerza de dos terremotos y un sinfín de sismos que han obligado su reconstrucción (Valle Central, 2014).

Otros inmuebles patrimoniales de Nancagua dan cuenta de su pasado hacendal, cuando en el Valle Central abundaba aquel modelo. Algunos de estos espacios son la ex Hacienda Cunaco, la ex Hacienda El Huape y sus edificios como la lechería y escuela, además de las casas de los Fundos San Gregorio, La Calvina, El Cardal y San José de Puquillay (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013).

Por otro lado, el paisaje natural de la comuna enriquece el patrimonio de Nancagua. Algunos ejemplos son sus añosos naranjos amargos que engalanan las calles de la ciudad, así como el cerro Rucatalca, el río Tinguiririca que históricamente ha regado sus campos y movilizado sus molinos, los esteros Las Toscas, Pudimávida y Chimbarongo y las quebradas que conforman la hoya hidrográfica del río Rapel. Todos estos hitos de la naturaleza son postales dignas de exhibir con orgullo a los visitantes de la comuna, para que se compenetren con la historia de sus habitantes y aprecien la titánica tarea que llevaron adelante para sostener el pacto de mutuo respeto con su medio ambiente.

Izquierda: Lechería de la Ex Hacienda El Huape.
Derecha: Ex Fundo La Calvina.
Foto: Catálogo de Patrimonio Cultural.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Chile

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile. LOM Ediciones.

Cáceres, J. (2007). Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860. Valparaíso, Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso.

Castro, A., León, A., Cussen, F. y Lacoste, P. (2016). "¡Viva la chicha nueva! La chicha en la vida popular y campesina chilena". Idesia 34(1): 77-83.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Cubillos, F. y Muñoz, J.G. (2014). El intercambio de tierras por bienes y dinero en Colchagua durante el siglo XVII. Santiago de Chile.

De Lassus, A. (2019). "Los fenómenos místicos en la vida de Santa Teresa de los Andes". Revista Católica, 1204: 449-455.

Geografía UC-Proyectos. (2016). Estudio y diseño de tres rutas patrimoniales de fiestas tradicionales y populares de tres regiones del centro de Chile. Chile.

Gómez, R. (2008). Los Caminos de la Memoria: lo vivido, lo recordado, lo olvidado. Historia Social de Nancagua. Estudio preliminar. Nancagua, Chile.

Góngora, M. (1970). Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista 1580-1660. Santiago de Chile. Universidad de Chile.

Herrera, R. (2010). Centenario de 1910: provincias y comunas de Chile: una historia fotográfica. Chile. Editorial Bicentenario.

Lacoste, P., Castro, A., Briones, F., Cussen, F., Soto, N., Rendón, B., Mujica, F., Aguilera, P., Cofré, C., Núñez, E., Adunka, M. (2015a). Vinos típicos de Chile: ascenso y declinación del chacolí (1810-2015). Idesia (Arica), 33(3): 97-108.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

Lacoste, P., Muñoz, J. Castro, A. (2015b). Aguardiente y viñas en Chile: Quillota, Colchagua y Cauquenes en el Padrón de 1777. UNIVERSUM, 30(2): 105-127.

Lacoste, P., Premat, E., Aranda, M., Soto. N. Solar, M. (2014). "La bodega como espacio dinámico: paisaje vitivinícola y arquitectura en tierra cruda en Cuyo y Chile, siglos XVI-XIX". Colonial Latin American Historical Review, 2(2): 131-158.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Santiago de Chile.

Ministerio de Bienes Nacionales. (2014). Valle Central circuito Camino Real del Centro del Corregimiento de Colchagua. Rutas Patrimoniales. Chile.

Núñez, S. (1910). Los ferrocarriles del estado. Santiago de Chile. Imprenta i encuadernación Chile.

Plan municipal de cultura comuna de Placilla 2017-2020. (2017). Chile.

Plan municipal de cultura de Nancangua 2015-2020 (2014). Chile.

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas". Atenea, 436: 169-237.

Plath, O. (1983). Geografía del mito y la leyenda chilenos. Santiago de Chile, Editorial Nascimento.

Quintanilla, J. (2016). "Una casa, una hacienda, un parque. Cunaco, Valle de Colchagua, Chile". Disponible en: http://lofscapes.com/una-casa-una-hacienda-un-parque-%C2%B7-cunaco-valle-de-colchagua-chile/

Quiros, G. (1939). "Nomenclatura histórica de las estaciones de los ferrocarriles del Estado en Chile". En Viaje, 63: 41-45.

Rodrigues, R. (2007). "El uso de la tierra como elemento constructivo en Brasil: un corto panorama del proceso histórico, manejo, usos, desafíos y paradigmas". Apuntes, 20(2): 232-241.

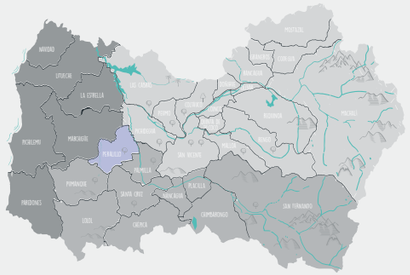
Sahady, A. (1996). "Invariantes de una arquitectura reconocible: La vivienda colonial urbana en Chile". Revista INVI, 29: 24-33.

Salinas Campos, M. (1991). Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile. Santiago de Chile, Ediciones Rehue.

Solano, F. (1867). Diccionario jeográfico de la República de Chile. Nueva York. D. Appleton.

Vásquez, F., Gatica, A., Salinas, P. (2013). Guía de recorrido de seres y zonas mágico míticas de la Región de O'Higgins. San Fernando, Chile.

Wilhelm, E. (1991). Voz de Arauco. Temuco, Chile. Editorial Millantú.



PERALILLO

La conformación de Peralillo: disputas hacendales, el ferrocarril y la base campesina

La comuna de Peralillo no se creó de un día para otro, sino que surgió de un arduo proceso, que fue impulsado y consolidado sobre la base del esfuerzo y sacrificio de los hombres y mujeres campesinos de la zona. En esta creación confluyeron también otros elementos catalizadores, como por ejemplo la existencia de haciendas de gran importancia y la llegada del ferrocarril, que fueron determinantes para concentrar gran cantidad de habitantes en el sector.

Historia de haciendas

A mediados del siglo XVIII los terrenos donde actualmente se emplaza la comuna de Peralillo fueron donados a la Compañía de Jesús y conformaron la Hacienda San Felipe de Colchagua, la cual logró un notable desarrollo económico de acuerdo con las tasaciones realizadas en la época (Barros, 1932; Cabrera, 2010). La influencia que ejercieron las congregaciones religiosas instaladas en el territorio, ya fuese por medio de sus conventos o haciendas, fue determinante en la proyección de los habitantes locales. Estos centros religiosos ejercieron como verdaderos polos de desarrollo en el Chile colonial, ya que en torno a ellos se articularon asentamientos y rutas comerciales, además del evidente servicio religioso que prestaron a los vecinos. De igual manera estimularon conocimientos, técnicas y la proactividad de los lugareños, ingredientes claves para la creación de productos con identidad y, conjuntamente, ayudaron a generar el circuito comercial para venderlos o intercambiarlos. Por lo tanto, en los sectores donde los centros religiosos tuvieron marcada influencia, como Peralillo, surgieron productos típicos fuertemente enraizados en la identidad local (Lacoste et al, 2017).

Con todo, la expulsión de los jesuitas en 1767 desencadenó la división y ventas de estos terrenos, con lo cual surgieron importantes haciendas tales como Calleuque, Puquillay, Peralillo, Población, entre otras. Precisamente el curso que tomaron estas haciendas desembocó en la formalización de la comuna de Peralillo. Por un lado, en 1870 los hermanos Rafael y Emilio Velasco adquirieron la Hacienda Población, la misma que luego se transformó en una villa bautizada con el mismo nombre (Cabrera, 2010). Mientras que en 1886 Miguel Echeñique Tagle compró las haciendas de Calleuque y Puquillay y comenzó su auspiciosa historia, perfilándolas como uno de los centros comerciales más importantes de la zona central (Plan de desarrollo comunal, 2015). Igualmente, a fines del siglo XIX la familia Errázuriz obtuvo los terrenos correspondientes a la Hacienda Peralillo, otro polo comercial de gran proyección (Bengoa, 2015; Lizama, 2018).

Plaza de Armas de Peralillo.
Foto: Municipalidad de Peralillo.

La comuna de Peralillo guarda un valioso tesoro que es su rica historia. En el pasado de Peralillo existen muchos capítulos previos a su formalización como comuna, a través de los cuales es posible seguir el surgimiento del Chile campesino y sus subsiguientes transformaciones.

Hacienda Calleuque en la actualidad.
Foto: Municipalidad de Peralillo.

Casona Agustín Echeñique Tagle, Monumento Nacional desde el año 2009, ubicada dentro de la antigua Hacienda Peralillo.
Foto: Municipalidad de Peralillo.

La historia de la Hacienda Calleuque fue muy exitosa, ya que consiguió un importante desarrollo agrícola y ganadero que ayudó a definir el perfil campesino de la zona. Dentro de sus campos se daban el trigo y la cebada, además de numeroso ganado ovino y caprino. También existía un molino para procesar los granos que allí se daban, lo que da cuenta de su gran capacidad productiva (Almonacid, 2009). Esta misma capacidad se repitió en el resto del Valle Central y fue la que permitió que el Chile colonial se convirtiera en el principal productor de trigo del Cono Sur (Lacoste et al, 2017). La Región de O'Higgins no sólo producía trigo, sino que también otros granos como la quínoa y el maíz, lo que explica que en el transcurso del siglo XVII se consolidara una red de molinos que abastecían de harina para el consumo local y también para la comercialización en otros lugares (Cubillos y Muñoz, 2014).

Por otra parte, la Hacienda Peralillo también actuó como otro importante polo de desarrollo con sus productos agrícolas y ganaderos. Allí se configuró fielmente el modelo de hacienda chilena, es decir, con un claro orden estratificado de patrón, capataces y demás administradores y la gran base de trabajo que eran los inquilinos y peones. De hecho, fue propiedad de una familia de la aristocracia chilena y, como otras grandes haciendas, también sirvió como trampolín socioeconómico para posicionar a su propietario, Francisco Javier Errázuriz Echaurren, en las esferas del poder político. Es más, su hermano Federico Errázuriz Echaurren, propietario de la vecina Hacienda El Huique, desempeñó la presidencia de Chile entre los años 1896 y 1901.

Para la historia de la comuna de Peralillo las haciendas Calleuque y la perteneciente a la familia Errázuriz fueron determinantes, por cuanto discutieron entre ellas su protagonismo como cabeceras de la comuna de Calleuque, creada en 1899. Los primeros años de historia de esta comuna estuvieron marcados por la pelea entre dos alcaldías, por un lado la de Carlos Errázuriz Mena, conversador propietario de la Hacienda Peralillo y la de Miguel Echeñique Tagle, liberal dueño de la Hacienda Calleuque. Bajo el intercalado mandato de ambos

hacendados el asiento de la municipalidad fue cambiado de lugar de acuerdo con la conveniencia del alcalde de turno, es decir, deambulaba entre las localidades de Peralillo y Calleuque. Finalmente, en 1902 se le concedió el título de villa a Peralillo y pasó a ser el asiento alcaldicio definitivo, hasta que en 1928 la comuna pasó a llamarse Peralillo.

Si bien el nombre de esta comuna viene signado por una lucha de poderes económicos y políticos en la cual se sobrepuso la Hacienda Peralillo, es importante destacar que incluso la hacienda llevaba dicho nombre por la abundante presencia de árboles perales en el sector (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013). De este modo, es viable interpretar que fue el paisaje real el que terminó triunfando en la toponimia del lugar.

El ferrocarril: otro frente de batalla hacendal en Peralillo y Población

Otro frente de batalla para los hacendados fue el ferrocarril y su emplazamiento. A fines del siglo XIX y comienzos del XX el Estado de Chile se embarcó en uno de sus proyectos más ambiciosos e importantes, como lo era conectar el territorio a través de la red sur de ferrocarriles. Este proyecto buscaba acelerar los trayectos para optimizar la circulación de las cargas y mercancías. Con todo, igualmente tuvo una impactante repercusión social, ya que permitió la movilización democrática de las personas y les facilitó el acceso a las grandes ciudades, ya fuese para abastecerse, por fines médicos, educacionales o incluso recreativos (León, 1996, 2008; León y Valenzuela, 2014).

La importancia de contar con un medio de transporte rápido y eficiente se fundamentó también en la mala conectividad imperante hasta ese momento en el país. Durante la época colonial e inicios de la República la red caminera en Chile era deficiente. La mayoría de las rutas eran de herradura, es decir sólo podían ser surcadas sobre el lomo de los animales, por lo cual los arrieros fueron protagonistas imprescindibles. Sobre sus recuas de mulas ellos transportaron las cargas y noticias de un punto a otro, no sin grandes dificultades y peligros, tales como los accidentes geográficos de la Cordillera de la Costa, el clima lluvioso en invierno y los frecuentes episodios de bandidaje en los caminos. Si bien la capacidad de carga se limitaba al número de mulas y caballos disponibles, los arrieros fueron una inteligente y eficaz alternativa para sobreponerse al relativo aislamiento en la época (Lacoste et al, 2017). A los arrieros se sumaba el trabajo de los carreteros y sus yuntas de bueyes, siempre y cuando existieran rutas que permitieran su circulación, las que eran más bien escasas y de mala calidad. De este modo, el sistema que imperaba en Chile previo a la instauración del ferrocarril era multimodal, compuesto por caminos carretos, hidrovías y rutas de herradura (Aguilera, 2013).

Ante el boyante desarrollo alcanzado por las haciendas Peralillo y Calleuque, sus propietarios se entusiasmaron con la idea de que la línea férrea pasara por sus campos, de este modo mejoraría el acceso y disminuiría el costo del traslado de sus producciones. Fue así como se abrió un nuevo frente de batalla entre ambas haciendas que pretendían ser el emplazamiento de la extensión ferroviaria Palmilla-Alcones, cuyo destino final era la costa para facilitar también la carga de los productos del Departamento de Vichuquén (Cabrera, 2010). Cuando el propietario de la Hacienda Peralillo se enteró de las gestiones realizadas por el dueño de la Hacienda Calleuque para que la estación se ubicara en Puquillay, envío misivas al Ministerio de Obras Públicas en las que expuso las ventajas de sus campos y ofreció financiar la construcción de más caminos y puentes en favor de la empresa ferroviaria. Con lo anterior, en 1889 Errázuriz terminó por convencer al Ministerio y consiguió su objetivo, por lo que donó los terrenos necesarios para la construcción de la Estación Peralillo y demás edificios que se constituyeron como el centro del poblado (Lizama, 2018).

Lo más significativo es que desde los inicios de la historia de Peralillo se vislumbra a un grupo de sujetos que silenciosa y metódicamente trabajaron la tierra y la transformaron en su hogar, a la vez que dieron vida a importantes productos típicos que formaron parte del engranaje campesino. Esos hombres y mujeres fueron los verdaderos creadores de Peralillo y sus descendientes hoy se transforman en los guardianes de su invaluable patrimonio.

Estación Peralillo en la actualidad.
Foto: Municipalidad de Peralillo.

Conjuntamente se acordaba la creación de la Estación Peralillo, el Ministerio de Obras Públicas detectó la necesidad de erigir una estación intermedia y el sector escogido fue el de Población. Allí se expropiaron algunos terrenos y se iniciaron los trabajos de construcción, con lo cual arribaron al sector muchas familias que se sumaron a los inquilinos de la antigua hacienda y se instalaron cerca del camino principal y de las faenas del tren (Lizama, 2018). De este modo comenzó la vida de la villa Población, perteneciente actualmente a la comuna de Peralillo, que obtuvo gran movimiento y notoriedad al alero del ferrocarril gracias a los servicios que ofrecía a los viajeros como posadas y hoteles, además de molinos y bodegas para el almacenaje de los productos provenientes del secano costero para ser transportados en el tren (León y Valenzuela, 2014). Población entonces se configuró como otro importante polo de desarrollo dentro de la comuna, en tanto albergó producción agrícola, ganadera y comercial (Lizama, 2018).

Como se precisó anteriormente, la comuna de Peralillo no tuvo un surgimiento espontáneo, ya que para su creación recibió la ayuda de dos grandes catalizadores, como lo fueron las haciendas -en torno a

las cuales se congregó gran cantidad de personas que desarrollaron una amplia gama de actividades productivas- y la llegada del ferrocarril -que fungió como un nuevo imán para quienes decidieron instalarse a su alero, atraídos por las promesas de futuro y desarrollo-. No obstante, ambos catalizadores funcionaron sobre una base común que, en definitiva, impulsó la creación de la comuna de Peralillo: el trabajo e ingenio campesino.

El cimiento campesino de Peralillo

La historia de Peralillo fue escrita por cientos de manos de mujeres y hombres campesinos que fueron el principal motor de las haciendas y de los polos de desarrollo surgidos al alero del ferrocarril.

El ingenio desplegado históricamente por los campesinos de Peralillo les permitió consolidar un hogar en aquellos campos. Valiéndose de los ancestrales conocimientos sobre la tierra, la labraron y obtuvieron de ella frutales, cereales, leguminosas y hortalizas. A continuación, transformaron su paisaje para dar cabida a las vides introducidas por los hispanos, desarrollaron una compleja cultura vitivinícola artesanal y con sus uvas dieron vida a un importante producto típico popular: el pipeño. Este vino recibe su nombre por su almacenaje en contenedores de madera llamados pipas, que fueron usados desde fines del siglo XVIII y se expandieron durante el siglo XIX. El curso que tomó la viticultura durante el siglo XIX se dividió en dos caminos, por un lado las grandes empresas adoptaron el paradigma francés y valoraron las cepas y procedimientos importados, y por el otro se alzaron voces defensoras de lo tradicional, que mantuvieron el interés por las variedades criollas e históricas y por los implementos artesanales. En torno a esta última tendencia es que los viticultores de Peralillo consolidaron al pipeño como un producto típico estrella de la comuna, el cual recibió la impronta de la identidad campesina y pasó a formar parte de la tétrada de productos típicos vitivinícolas patrimoniales de Chile, junto con el pajarete del Huasco y el asoleado de Cauquenes y Concepción (Lacoste et al, 2017).

Viñas en la comuna de Peralillo. Foto: Municipalidad de Peralillo.

Dentro del mundo campesino de Peralillo han existido otros sujetos de gran importancia para la consolidación de la comuna. Uno de ellos es el temporero, que se dedica a la recolección estacionaria de frutas con gran esfuerzo y perseverancia (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014). También están los históricos carboneros, que desde muy antaño manejan el arte de domesticar el fuego y el humo en sus hornos de barro. Para desempeñar este antiguo oficio, los carboneros de Peralillo aprendieron a observar el humo para detectar el momento exacto en que deben abrir las ventanillas del horno o cerrarlas para así obtener carbón de calidad a partir de la madera que la naturaleza les provee.

Otros actores fundamentales de la comuna fueron los mencionados arrieros y carreteros, quienes permitieron la salida de sus productos típicos hacia mercados atractivos, como Santiago y Valparaíso, a la vez que abastecían de aquellos elementos que internamente no se elaboraban. Conjuntamente su trabajo demandó y estimuló el desarrollo de otras producciones locales, como las creadas por las tejedoras, ovejeros, herreros y talabarteros de Peralillo.

El encadenamiento de la producción local de Peralillo se llevó a cabo como una coordinada danza que unió a los distintos productores de la zona. Por un lado, las tejedoras supieron sacar provecho de la lana obtenida de las ovejas que todavía existen en la zona, las cuales deben su existencia a los cuidados de los ovejeros, otro primordial actor (Plan de desarrollo comunal, 2015; Lacoste et al, 2017). Las mujeres esquilaban a los animales e hilaban la lana, al tiempo que desempeñaban otras funciones como ordeñar a los animales, cocinar, preparar mantequilla y queso, sembrar, cosechar y cuidar a los hijos (Lizama, 2018). A continuación, las tejedoras creaban en sus añosos telares prendas resistentes al frío para facilitar a los campesinos y arrieros sus trabajos a la intemperie. Por su parte los herreros y talabarteros, muy abundantes en el pasado de Peralillo, tenían en sus manos la gran responsabilidad de fabricar aperos de excelente calidad, tales como frenos, monturas, riendas, amarras, entre muchos otros, de los cuales dependía el éxito de las faenas en el campo y en el transporte de cargas (Plath, 1977; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014; Lacoste et al, 2017).

Una labor de larga data en Peralillo es la correspondiente a los trenzadores de mimbre y pita. Los artesanos elaboran en base a las fibras vegetales cestos, muebles, sillas, canastos y sombreros (Plath, 1977; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014). Este tipo de productos ha sobrevivido al paso del tiempo y permanecen como vestigio de aquellas tradiciones y conocimientos de antaño.

Finalmente, otro producto típico de la comuna son las cuchillas parroninas. Su historia se remonta a la primera mitad del siglo XX, cuando su creador Gonzalo Castro comenzó a desarrollar su técnica de manera autodidacta y creó todo un procedimiento de fabricación que legó a sus descendientes y es el sello distintivo de estas creaciones. La naturaleza de Peralillo también imprimió su sello en este producto típico, ya que el mango elaborado en madera de espino local se inspiró en las alas de un halcón en vuelo que habría sido avistado por su creador.

Esta danza perfecta y equilibrada entre los distintos actores de Peralillo explica su surgimiento y sobrevivencia en el tiempo. Estos hombres y mujeres sacaron provecho de los elementos que la naturaleza les brindó y los convirtieron en su sustento, alimento y abrigo. Todos los productos típicos que surgieron de las manos de los peralillanos son motivo de orgullo y, a la vez, herramientas para continuar escribiendo la historia de su comuna.

La comunidad de Peralillo, tradiciones y fiestas

La comuna de Peralillo, campesina por antonomasia, forjó su historia sobre el trabajo comunitario y solidario de sus habitantes, así lo reconocen hasta el día de hoy los peralillanos (Lizama, 2018). Todos ellos son dueños de un rico conjunto de tradiciones, fiestas y creencias que son manifestaciones de aquel estrecho lazo que los une.

Algunas expresiones de profundo arraigo en Peralillo se dan en torno a la fe católica. En la comuna existen festividades como la de "San Francisco de Asís", que se celebra cada 4 octubre y "Cuasimodo", que se realiza impostergablemente el domingo siguiente de la Pascua de Resurrección. Esta última es una de sus mayores celebraciones comunitarias, en la cual un grupo de huasos a caballo acompaña en procesión al sacerdote a entregar la comunión a los ancianos y enfermos que no pudieron acudir a la eucaristía de resurrección (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2013; Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

Otras citas importantes se desarrollan en el Parque Municipal de Peralillo, otrora Casona Agustín Echeñique Tagle. Allí, a fines del mes de marzo o comienzos de abril, se efectúa la "Fiesta de la Vendimia", instancia en que se exhiben al público los productos típicos de la comuna, su gastronomía, artesanías, show artísticos y musicales. En el mismo Parque Municipal se lleva a cabo la "Semana Peralillana", que consiste en una serie de eventos, exposiciones y actividades recreativas para conmemorar el aniversario de la comuna. En el mes de septiembre la comunidad nuevamente se congrega para celebrar el mes de la patria con distintas actividades, como por ejemplo las caravanas del folclor, fondas, ramadas, juegos criollos, domaduras en la medialuna y el tradicional paseo al cerro Cañetes del sector Puquillay (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014).

BIBLIOGRAFÍA

Aguilera, P. (Septiembre 2013). Rutas de transporte terrestre en el Cono Sur antes del ferrocarril. En I Coloquio Argentino-Chileno de Ciencias Sociales, llevado a cabo en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.

Almonacid, F. (2009). La agricultura chilena discriminada (1910-1960). Una mirada de las políticas estatales y el desarrollo sectorial desde el sur. Madrid, Editorial Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Barros, D. (1932). Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo II Crisis y ruptura del poder hacendal. Santiago de Chile, LOM Ediciones.

Cabrera, L. (2010). Casa Morales. El valor patrimonial de un inmueble histórico. Investigación histórica sobre Peralillo y Población pueblos de la VI Región. Chile, Proyecto financiado por FONDART.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2014). Catálogo Cultural de Peralillo. Chile.

Cubillos, F. y Muñoz, J.G. (2014). El intercambio de tierras por bienes y dinero en Colchagua durante el siglo XVII. Santiago de Chile.

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. (2013). Inventario de patrimonio cultural. Región del Libertador General Bernardo O'Higgins. Chile.

Lacoste, P., Castro, A., Mujica, F., Lacoste, M. (2017). Patrimonio y desarrollo territorial. Santiago de Chile.

León, V. (1996). En nuestra tierra huasa de Colchagua: energía y motores. Santiago de Chile, Ediciones Museo de Colchagua.

León, V. (2008). Cultura ferroviaria de San Fernando y sus ramales. Pichilemu y Las Cabras-El Carmen. Chile.

León, V. y Valenzuela, C. (2014). Voces a toda máquina. Historia social del tren de San Fernando a Pichilemu 1871-1986. Chile, GeoBlack editores.

Lizama, C. (2018). Trazando la historia. "Peralillo ayer y hoy". Chile.

Plan de desarrollo comunal Peralillo 2015-2019. (2015). Chile.

Plath, O. (1977). "Regionalización de las artes populares chilenas". Atenea, 436: 169-237.

Conclusiones Generales

En las 33 historias de las comunas de la Región del Libertador General Bernardo O'Higgins se constatan elementos en común, como la esforzada cultura de trabajo y el gran ingenio de sus habitantes que los transformó en maestros de oficios imprescindibles, con lo cual dieron vida a variados productos típicos de enorme significado práctico y simbólico. Éstos últimos son de gran valor para sus comunidades, ya que a través de ellos es posible relatar la historia del surgimiento y consolidación de aquellos poblados.

Cada uno de los productos típicos y tradiciones de esta región son capítulos de su historia. Por ejemplo, lo que pareciera ser una simple fachada continua de una antigua casa, tiene el poder de relatar el pasado de su localidad y la arraigada tradición campesina en torno al manejo de la tierra cruda. Otra muestra es su gastronomía, ya que en los platos tradicionales se patenta el sabroso mestizaje entre indígenas y europeos que se traspasaron técnicas, granos, plantas y animales. Y así, existen otras grandes proezas, como la domesticación del agua, del fuego, del humo, de la tierra y los ríos, que se representan en los molinos hidráulicos, azudas, acequias, cuarteles salineros, hornos de barro, arrieros y jinetes que todavía perviven en la región.

Igualmente, de la revisión de estas historias surgen reflexiones en común. Primeramente, que la modernidad tiene diversos efectos sobre este tipo de comunas tradicionales. Al lado opuesto de los adelantos y avances que son bienvenidos, se encuentran los efectos más nocivos de la modernidad, como aquel manto homogeneizante que tiende sobre las localidades que aborda, borrando sus particularidades y estandarizándolas en pos de sus intereses económicos y productivos. También presiona a sus habitantes para que abandonen sus paisajes y actividades tradicionales y se sumen a los engranajes productivos de las grandes

ciudades. Todo esto resulta altamente perjudicial para las comunas campesinas del país, ya que con las nuevas generaciones también se fugan las oportunidades de preservar las tradiciones y el patrimonio, con lo cual se vuelven lugares sin identidad.

En la actualidad, todas las comunas de la Región de O'Higgins se enfrentan a grandes retos. Uno de ellos es definir una hoja de ruta o proyección para avanzar hacia el desarrollo sin tranzar su identidad original. Esto es posible de conseguir siempre y cuando no abandonen a su historia patrimonial. Para esto, una poderosa arma es la educación. La estrategia consistiría en empoderar a las nuevas generaciones con el conocimiento de su historia, para que la asuman con orgullo y tomen el estandarte de su defensa. Sólo así se conseguirá el amor y respeto de los actuales habitantes, quienes podrán sentir el orgullo y responsabilidad que significa ser herederos de un invaluable tesoro acumulado por miles de años.

Al mismo tiempo las comunas deben visibilizar insistentemente el gran valor y originalidad de su patrimonio, lo que les permitirá reposicionar y fortalecer sus múltiples tradiciones, como aquellas asociadas a la ganadería, agricultura, fruticultura, viticultura, alfarería, textilería, talabartería, pesca, herrería, curtiduría, salineros, tejidos en fibras vegetales y un largo etcétera. Enaltecer a aquellos personajes clave de las historias comunales evitará que ellos y sus grandes proezas pasen al olvido como meras anécdotas y permitirá mantener vigente la particular identidad de cada comuna.

El desafío allí no termina, ya que todo este rescate identitario debe concretarse en un proyecto con viabilidad económica, que permita el sustento de los habitantes de las 33 comunas. Para esto, necesariamente, se debe valorizar a los productos típicos comunales en su real dimensión, es decir, como trozos de historia y no simples objetos. Su valor se sustenta en que son productos únicos, con identidad y larga trayectoria, depositarios de antiquísimos conocimientos y ejecutados con gran sacrificio por sus cultores. Todo esto les debería otorgar un precio de mercado acorde no sólo con la inversión de sus productores, sino que también coherente con su impacto y trayectoria.

Por otro lado, la ruta para el desarrollo y proyección de las tradiciones podría ser adoptada en alianza con el Estado y el mundo privado, reservando eso sí, en todo momento, el trono a los verdaderos protagonistas de estas historias. Este pacto permitiría obtener recursos y apoyos que faciliten el desenvolvimiento en el mundo actual, tal y como ocurre en la Fiesta Nacional de la Vendimia de Mendoza. Ésta es un modelo para las celebraciones tradicionales del continente, ya que ha sabido mantener en el epicentro a los auténticos protagonistas populares, sirviéndose de un acuerdo con privados y agentes estatales que le permite engrandecer su fiesta sin tranzar su identidad original.

En la Región de O'Higgins existe un encadenamiento histórico de enorme valor, que fue erigido por los multifacéticos productores de las diferentes comunas y los arrieros encargados del transporte. En base a éste se sustentó toda la región, el país e incluso sus productos llegaron al extranjero. Precisamente esta coordinada danza es una poderosa herramienta dormida que permitiría el despegue de la región y sus cultores. Este relato histórico de la conformación de la región es una enorme gesta épica y sus actores verdaderos héroes, no obstante, suele ser desconocido incluso entre sus actuales habitantes. Con todo, esta desventaja es reversible y se puede revivir aquel ciclo creador de la región. Hoy los diferentes productores locales, artesanos, hoteleros, del mundo gastronómico y turístico podrían retomar aquella antigua alianza y encumbrar juntos un nuevo proyecto regional. El enoturismo es exitoso en la región, ¿por qué no extenderlo a todas las demás áreas productivas de las 33 comunas?

En este nuevo y recargado encadenamiento regional no pueden quedar fuera sus fiestas costumbristas. Éstas son eslabones del patrimonio cultural de sus habitantes, por lo que su valor es inconmensurable. Además, son escenario propicio para los productos de confección local, el que debe ser de su total exclusividad, para dejar fuera la competencia desleal que representan los productos importados de bajo costo con los que es muy difícil competir.

Las 33 comunas de la región son magníficas por sí mismas, empero, unidas tendrían una fuerza descomunal que les permitiría superar los límites de ser enclaves de sus propias tradiciones. Con esto, erigirían un potente entramado regional que iría en directo beneficio de sus habitantes.

Lacoste, P. y Aruj, A. (2020). "Antropología, cultura y enoturismo en la Fiesta Nacional de la Vendimia (Mendoza, Argentina)". En Compés, R. y Szolnoki, G. (eds.). Innovative and sustainable wine tourism. National and International successful models. Enoturismo sostenible e innovador. Madrid, Caja Rural de España.

Una invitación a conocer el desarrollo histórico, cultural y patrimonial de una región en cuyos protagonistas, sus habitantes, late un corazón orgulloso de su origen.

Rutas de la Patria Nueva